



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

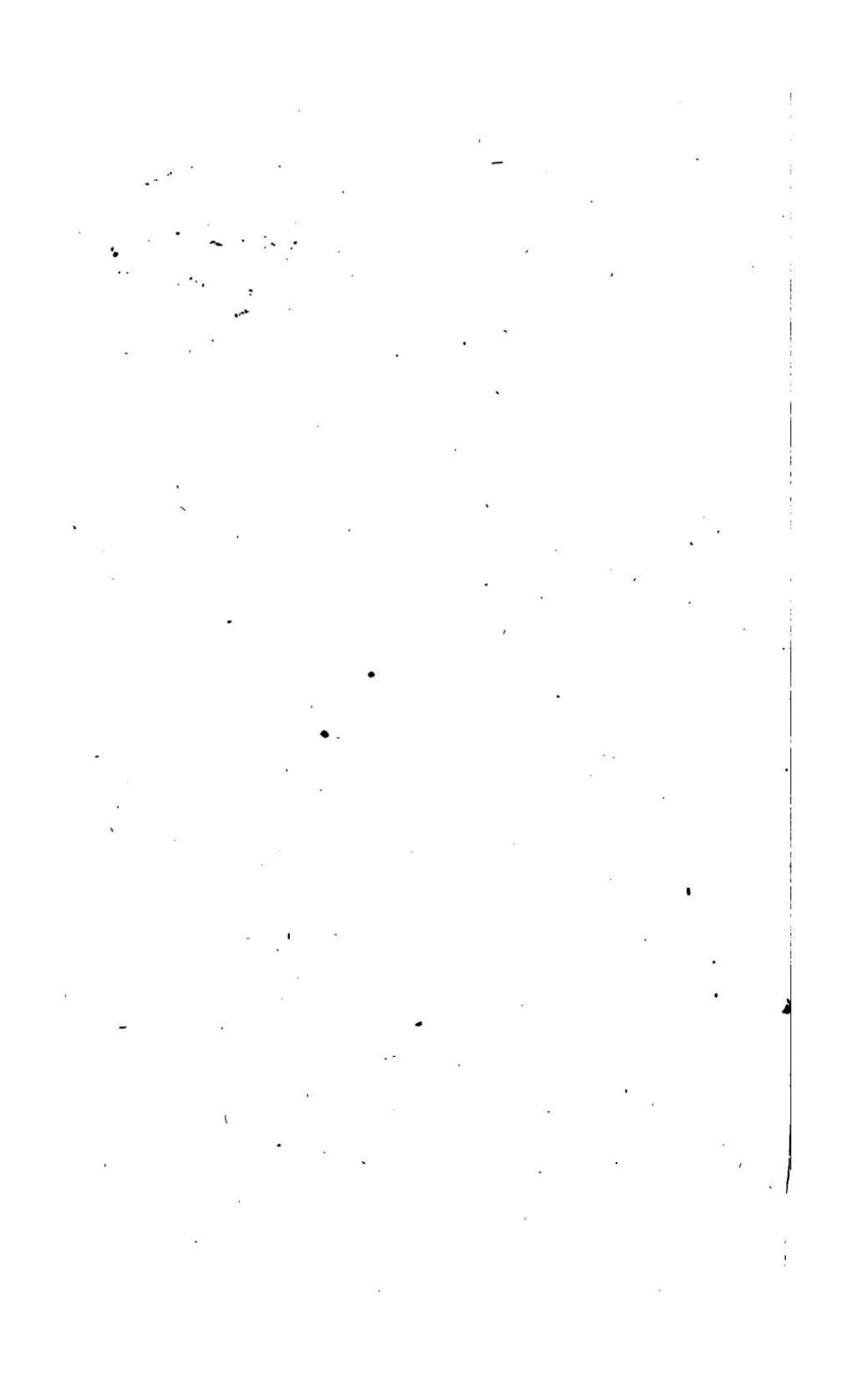




*The Bancroft Library*

*No. 2983*

LIBRARY  
OF THE  
UNIVERSITY  
OF  
CALIFORNIA



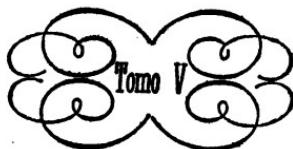
LAS DOS  
**DIANAS.**

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

ALEJANDRO DUMAS,

—  
TRADUCIDA AL CASTELLANO.



MEJICO:

—  
PUBLICADA POR LOS EDITORES DEL GLOBO.

—  
1849.





PQ 2227

D5S7

1849

v. 5-6

## I.

### **Amor desdefiado.**

**L**A dulce y seductora voz de Diana conmovía las fibras mas ocultas y secretas del corazon del joven, como si fueran las cuerdas de un dócil instrumento.

—Ademas, Gabriel, ya que la suerte nos prohíbe reunirnos para el amor y la felicidad, ¿cómo teneis valor para rehusarme la única comunidad que nos es permitida, la de la tristeza? ¿No padecemos ménos, padeciendo los dos á un mismo tiempo? Ya veis si es doloroso el pensar que el único lazo que debia reunirnos nos separa.

**M641468**

Y conociendo que Gabriel, medio vencido vacilaba aun, añadió:

—Y tened cuidado; porque si os obstináis en callar, volveré á usar con vos el lenguaje que, no sé porqué, os causa ahora tanto espanto y angustia; siendo así que vos mismo me lo enseñasteis en otro tiempo. Por último, vuestra prometida tiene derecho para repetiros que os ama, que á nadie ama sino á vos. Vuestro amante puede muy bien ante Dios, en sus cortas caricias, reclinar su cabeza en vuestro hombro, acercar sus labios á vuestra frente....

Gabriel con el corazon oprimido se apartó de Diana estremeciéndose.

—Tened piedad de mí, Diana; yo os lo suplico. ¿Quereis saber nuestro terrible secreto? ¿quereis que os lo diga á toda costa? Pues bien, ántes que cometer un crimen, faltaré á mi juramento. Sí, Diana; las palabras que en mi delirio he dejado escapar, pueden ser ciertas por desgracia. ¡Tal vez sois la hija del conde de Montgommery, mi padre!

—¡Vírgen Santísima! exclamó la señora de Castro anonadada con esta revelacion. ¿Pero cómo puede ser eso?

—Habria querido que en toda vuestra vida, pura y tranquila, hubiera llegado á vuestro conocimiento esta historia llena de crímenes y de

terror. Pero conozco, ¡ay de mí! que mis fuerzas no son bastantes para defenderme de mi amor. Es preciso que me ayudeis contra vos misma, Diana; y os lo diré todo.

—Os escucho con espanto y atencion.

Gabriel contó entonces, que su padre había amado á Diana de Poitiers y ella le había correspondido á presencia de toda la corte; que el Delfin entonces, rey actual, había llegado á ser su rival; que un dia desapareció el conde de Montgommery, y que Aloisa había sabido su paradero y se lo había revelado á su hijo. Pero esto era todo lo que la nodriza sabía, y supuesto que la señora de Poitiers rehusaba obstinadamente confesarlo, el único que podria revelar el secreto del nacimiento de Diana era el conde de Montgommery, si aun vivia.

Cuando Gabriel concluyó su lúgubre narracion,

—Eso es espantoso, exclamó Diana. Sea el que fuere el desenlace, no veo sino desgracias en el porvenir de nuestro destino. Si soy hija del conde de Montgommery, vos sois mi hermano, Gabriel, y si soy la hija del rey, vos sois el enemigo de mi padre. En ámbos casos tenemos que separarnos.

—No, Diana, gracias á Dios, en nuestra desgracia nos queda aun una esperanza: ya que os

he dicho parte, quiero confesároslo todo. Conozco que teniais razon; esta confianza me ha aliviado, y despues de todo, mi secreto no ha salido de mi corazon sino por salvar al vuestro.

Gabriel refirió entonces á la señora de Castro el pacto extraño y peligroso que habia concluido con Enrique II, y la solemne promesa del rey de devolver la libertad al conde de Montgommery si despues de haber defendido á Sau Quintin contra los españoles, arrancaba á Calais del poder de los ingleses; lo que Gabriel habia cumplido por su parte, puesto que Calais era ya ciudad francesa; y el vizconde de Exmés creia haber contribuido no poco á este acontecimiento.

A medida que hablaba, la esperanza íba disipando la tristeza del rostro de Diana poco á poco, como la aurora dispersa las tinieblas.

Luego que Gabriel hubo concluido, ella se quedó pensativa un momento, y alargándole la mano en seguida:

—Mi pobre Gabriel, le dijo, hay indudablemente para nosotros en lo pasado y en el porvenir mucho que reflexionar y mucho que padecer. Pero esto no debe detenernos, amigo mio, no nos acobardemos; yo procuraré, por mi parte, mostrarme fuerte y valerosa como vos y con vos. Lo esencial en la actualidad es obrar

y descifrar nuestro destino ó de un modo ó de otro. Nuestras penas, si no me engaño, tocan á su término. Desde luego habeis, no solamente cumplido, sino sobrepujado, vuestros compromisos con el rey. Espero que el rey cumplirá los suyos respecto á vos. Sobre este punto hemos de concentrar de aquí en adelante todas nuestras ideas y sentimientos: ¿Qué es lo que pensais hacer ahora?

—Monseñor el duque de Guisa, contestó Gabriel, ha sido el confidente y el ilustre cómplice de todo lo que he intentado hasta aquí. Bien sé que sin él no habría hecho nada: pero también él conoce, que tampoco hubiera hecho nada sin mí. El es el único que puede y debe atestigar ante el rey la parte que yo he tenido en esta nueva conquista. Tengo tanto mayor motivo para esperar del duque este acto de justicia, cuanto que ahora por segunda vez se ha comprometido solemnemente á darme este testimonio. Así, pues, trato de recordarle su promesa, pedirle una carta para S. M., y no siendo ya necesaria mi presencia en Calais, partir inmediatamente para París.

Aun estaba hablando Gabriel lleno de animación y Diana le escuchaba, radiante el rostro de esperanza, cuando la puerta se abrió y apareció Juan Peveruoy, pálido y consternado.

—Y bien ¿qué hay? preguntó Gabriel con inquietud. ¿Está peor Martin Guerra?

—No, señor vizconde; contestó Juan Peuquoy; Martin Guerra ha sido trasportado á mi casa y visitado por maese Ambrosio Paré; aunque este juzga necesaria la amputacion de la pierna, cree no obstante poder asegurar, que vuestro valiente escudero sobrevivirá á la operacion.

—¡Excelente noticia! exclamó Gabriel; y sin duda ¿Ambrosio Paré está ahora al lado de Martin?

—Monseñor, repuso tristemente el tejedor, el cirujano se ha visto precisado á abandonarle, para acudir á otro herido de consideracion y gravedad.

—¿Quién es? preguntó Gabriel mudando de color; ¿es acaso el mariscal Strozzi, el señor duque de Nevers? . . .

—Es monseñor el duque de Guisa, que se está muriendo en este momento, contestó Juan Peuquoy.

Diana y Gabriel arrojaron al mismo tiempo un grito doloroso:

—¡Y decia yo que tocábamos al término de nuestras desgracias! exclamó la señora de Castro despues de un momento de silencio. ¡Oh Dios mio!

—No invoqueis á Dios, señora, dijo Gabriel con una risa histérica. Dios es justo y no hace sino castigar mi egoísmo. Yo no había tomado á Calais, sino por mí padre y por vos: Dios quiere que lo haya conquistado por la Francia únicamente.

Sin embargo, aun había alguna esperanza para Diana y Gabriel, puesto que el duque de Guisa todavía respiraba. Los desgraciados se agarran ávidamente al evento mas incierto, como el naufrago á una tabla flotante. El vizconde de Exmés, dejó á Diana para ir á ver por sí mismo hasta donde penetraba el nuevo golpe, que acababa de herirles en el mismo momento en que su mala suerte parecía mitigar sus rigores. Juan Peuquoy, que le acompañaba, le contó por el camino lo que había pasado.

Obligado lord Derby por el paisanaje amotinado á rendirse ántes de la hora que lord Wentworth le había fijado, envió sus parlamentos al duque de Guisa para tratar de la capitulacion.

En muchos puntos, sin embargo, duraba aun el combate, mas encarnizado por los últimos esfuerzos de la cólera de los vencidos y de la impaciencia de los vencedores. Francisco de Lorena, soldado tan intrépido como hábil general, se presentó en el punto donde la refriega estaba mas trabada y refida. Era una brecha ya

medio tomada sobre un foso enteramente cegado. El duque de Guisa á caballo, blanco de miles de tiros que le dirigian de todas partes, animaba á los suyos, ya con la palabra, ya con el ejemplo. De repente percibió, por encima de la brecha, la bandera blanca de los parlamentos. Una orgullosa sonrisa animó su noble rostro, al ver aparecer la señal que consagraba su victoria.

—¡Deteneos! exclamó en medio del estruendo. Calais se rinde. ¡Abajo las armas!

Alzó la visera de su casco, y picando á su caballo, se adelantó algunos pasos, con la vista fija en la bandera, señal de su triunfo y de la paz. La noche empezaba á tender su oscuro manto y el tumulto aun no había cesado. Un soldado inglés, que probablemente no había visto á los parlamentos, ni oido las voces del duque en medio de la pelea, se lanzó á lasbridas del caballo, haciéndole cejar, y como el señor de Guisa, distraído sin mirar siquiera el obstáculo que detenia su marcha, continuaba dando de espuelas al caballo para pasar adelante, el soldado dió una lanzada al duque en la cabeza.

—No han podido decirme, continuó Juan Peuquoy, en qué sitio del rostro ha sido herido el duque, pero sí que la herida es terrible. El tronco de la lanza se ha roto y el hierro ha

quedado dentro de la herida. El duque, sin pronunciar una palabra, cayó de frente sobre el arzon de la silla. Dicen que el ingles que dió este desastroso golpe, fué hecho pedazos por los franceses; pero esto, por desgracia, no ha salvado al duque. Ha sido conducido como muerto, y aun no ha recobrado el conocimiento.

—¿De manera que Calais no es nuestro?

—¡Oh! sí tal, el duque de Nevers recibió á los parlamentos y ha puesto como amo las condiciones mas ventajosas; pero apénas compensará á Francia la adquisicion de tal ciudad, la perdida de un héroe como el duque.

—¡Dios mio! ¿le considerais ya como muerto? dijo Gabriel estremeciéndose.

—Ah! fué la única respuesta del tejedor.

—Y á dónde me llevais con tanta prisa? ¿Sabeis á dónde condujeron al duque?

—Al cuerpo de guardia del Castillo Nuevo, así ha dicho á maese Ambrosio Paré el hombre que nos ha dado la fatal noticia. Maese Ambrosio Paré ha echado á correr en seguida. Pedro ha ido á enseñarle el camino y vine á avisaros. Conocia que esta noticia debia interesaros demasiado, y se os ocurrirria hacer algo en tales circunstancias.

—¿Qué he de hacer sino afigirme como los demás, ó mas aun? contestó Gabriel. Pero en

lo que me permite distinguir la oscuridad de la noche, creo que ya estamos cerca.

—Efectivamente, ese es el Castillo-Nuevo.

Una turba inmensa compuesta de paisanos y soldados, agitada y murmurando rodeaba las avenidas del cuerpo de guardia, adonde había sido trasportado el duque de Guisa. Preguntas, conjeturas, comentarios, circulaban en los inquietos grupos como una ráfaga de viento entre las hojas de los bosques.

Trabajo costó al vizconde de Exmés y á Juan Peuquoy, atravesar por medio de este gentío para llegar á la entrada del cuerpo de guardia, adonde un fuerte destacamento de arqueros y alabarderos defendía la entrada. Algunos de estos tenían en las manos antorchas encendidas que arrojaban sus rojizos resplandores sobre las masas móviles de gente.

Gabriel se estremeció percibiendo á la luz vacilante de las teas al pie de los escalones del cuerpo de Guardia á Ambrosio Paré, sombrío, inmóvil, con las cejas contraídas y apretando convulsivamente con los brazos cruzados su pecho commovido. Lágrimas de dolor é indignación anublaban su mirada otras veces serena. Detrás de Ambrosio estaba Pedro Peuquoy, tan triste y abatido como el cirujano.

—¿Vos aquí, maese Paré? exclamó Gabriel.

¡Pero qué haceis en este sitio? Si monseñor el duque de Guisa conserva aun un soplo de vida, vuestro lugar es estar á su lado.

—No es á mí á quien debeis decir eso, señor de Exmés; contestó el cirujano; decídselo á esos guardas estúpidos, si teneis sobre ellos alguna autoridad.

—¡Pues qué! ¿os impiden la entrada?

—Sin querer oír razones. ¡Oh! ¡qué cruel es pensar que depende existencia tan preciosa de fatalidades tan miserables!

—Pero es indispensable que entreis, absolutamente indispensable.

—Hemos suplicado al principio, dijo Pedro interviniendo en la conversación; despue nos hemos valido de amenazas; las guardias han contestado á nuestras súplicas con risas, á nuestras amenazas con golpes. Maese Paré, que ha tratado de abrirse paso, ha sido rechazado con violencia y golpeado con el regatón de una alabarda.

—Es cosa muy natural, repuso Ambrosio Paré con amargura; yo no tengo ni collar ni espuelas de oro, lo único que tengo es un golpe de vista certero y una mano segura.

—Escríbad, dijo Gabriel, yo haré que entreis.

Y se adelantó hacia los escalones del cuerpo de guardia.

Un arquero, al mismo tiempo que le hacia una profunda reverencia, le impidió el paso.

—Perdonad, le dijo: hemos recibido la consigna de no dejar penetrar á nadie sea quien fuere.

—¡Bríbon! dijo Gabriel haciendo lo posible por contenerse; ¿alcanza tu consigna al vizconde de Exmés, capitán de guardias de S. M., y amigo íntimo de monseñor el duque de Guisa? ¿A dónde está tu jefe? quiero hablarle.

—Monseñor, repuso el arquero con mas humildad, el jefe está custodiando la puerta interior.

—Quiero verle, insistió Gabriel, venid, maese Paré, entrad conmigo.

—Vos, monseñor, podeis pasar, puesto que así lo exigís, contestó el soldado, pero este otro no pasará de ningun modo.

—¿Yporqué no ha de pasar? Un cirujano debe llegar hasta donde se encuentre el herido.

—Todos los cirujanos, médicos y boticarios, repuso el arquero, á lo ménos todos los que tienen patente de tales, han sido llamados á la cabecera de monseñor; nos han dicho que ya no faltaba ninguno.

—Justamente es lo que mas me hace temblar, dijo Ambrosio con desden irónico.

—Ese hombre no tiene el título en el bolsi-

llo, continuó el soldado. Bien le conozco; es verdad que ha salvado la vida á alguno que otro; pero no es cirujano capaz de curar á los duques....

—Basta de conversacion, interrumpió Gabriel impaciente, dando una patada en el suelo. Yo quiero que pase conmigo maese Ambrosio Paré.

—Imposible, señor vizconde.

—Tunante, he dicho que lo quiero.

—Reflexionad que mi consigna me manda desobedeceros.

—¡Ah! exclamó dolorosamente Ambrosio Paré, miéntras perdemos el tiempo en inútiles debates el duque estará agonizando tal vez.

—Esta exclamacion por sí sola habria disipado toda la indecision de Gabriel, si el impenitioso jóven hubiera tenido alguna.

—¿Quereis, pues, que os trate como si fuerais ingleses? gritó á los alabarderos, tanto peor para vosotros. La vida del señor de Guisa, bien vale por veinte de las vuestras. Veremos si vuestras picas se atreven á tocar á mi espada.

La hoja de esta brilló como un relámpago fuera de la vaina, y llevándose detras de sí á Ambrosio Paré, subió Gabriel con la espada desnuda, por los escalones del cuerpo de guardia.

—Eran tan amenazadoras su actitud y mirada, tan serenas y poderosas las del cirujano, y era tal el prestigio que gozaba un caballero en aquella época, que fascinados los guardias se apartaron y bajaron las alabardas, ménos ante la espada, que ante el nombre del vizconde de Exmés.

—¡Dejadles entrar! gritó una voz del pueblo. Sin duda Dios los envia para salvar al duque de Guisa.

Gabriel y Ambrosio Paré, llegaron pues, sin mas obstáculo á la puerta de guardia.

El teniente de ella con tres ó cuatro hombres estaba en el pequeño vestíbulo que precedía la sala; el vizconde de Exmés sin detenerse, le dijo con voz decidida que no admitía réplica:

—Traigo á monseñor un nuevo cirujano.

El teniente se inclinó y les dejó pasar sin hacer la menor objecion.

Gabriel y Ambrosio entraron.

La atención general estaba demasiado ocupada para que nadie reparara en ellos á su entrada. El espectáculo que se ofreció á su vista era verdaderamente terrible y lastimoso.

En medio de la sala, sobre una camilla, yacía inundado de sangre, inmóvil y sin conocimiento el duque de Guisa. Tenía atravesado el rostro de parte á parte; el hierro de la lanza,

despues de herir la mejilla por debajo del ojo derecho, habia penetrado hasta la nuca hacia la oreja izquierda. Causaba horror la vista de tal herida.

Alrededor de la camilla estaban diez ó doce médicos y cirujanos de pie, consternados, en medio de la desolacion general.

Nada hacian, miraban la herida, y consultaban entre sí.

Cuando Gabriel entró con Ambrosio Paré, uno de ellos decia en alta voz:

—Despues de lo que hemos convenido, nos vemos en la dolorosa necesidad de declarar, que monseñor el duque de Guisa está herido mortalmente, sin esperanza ni remedio humano; porque para que hubiera alguna probabilidad de salvarle, seria necesaria la extraccion del pedazo de la lanza: tratar de sacar ese hierro es matar indudablemente á monseñor.

—Segun eso, ¿preferís el dejarle morir? exclamó atrevidamente detras de los espectadores Ambrosio Paré, que desde lejos habia juzgado al primer golpe de vista el estado, casi desesperado del ilustre paciente.

El médico que habia hablado anteriormente, volvió la cabeza para buscar á su audaz interruptor, y no viéndole, dijo:

—¿Y quién seria el temerario que pusiera sus

manos impías sobre ese augusto rostro y aventurea semejante operacion, á riesgo de no poderla concluir?

—Yo, contestó Ambrosio Paré con la frente erguida, abriendose paso por medio del círculo de facultativos.

Y sin ocuparse, en lo mas mínimo de los que le rodeaban, ni de los murmullos de sorpresa que sus palabras habian excitado, se aproximó al duque para ver la herida desde mas cerca.

—¡Toma! ¡es maese Ambrosio Paré! exclamó desdénosamente el médico de cabecera, reconociendo al insensato que osaba emitir un parecer distinto del suyo. Maese Ambrosio Paré se olvida, añadió, que no tiene el honor de ser del número de los cirujanos de cámara del duque de Guisa.

—Decid mas bien, contestó Ambrosio, que yo soy su único cirujano, puesto que los demás le abandonan. Ademas, hace algunos dias que el duque de Guisa, despues de presenciar una operacion que ejecuté delante de él, tuvo la bondad de decirme, si no oficialmente, con toda formalidad á lo ménos, que en caso de necesidad, reclamaría mis servicios. El señor vizconde de Exmés, que se halla presente, puede decir si es cierto.

—Es verdad, dijo Gabriel, yo lo afirmo.

Ambrosio Paré se había vuelto á inclinar sobre el cuerpo del duque, inanimado al parecer, y examinaba de nuevo la herida.

—Y bien, preguntó el médico de cabecera con irónica sonrisa, despues del exámen que habeis hecho, ¿persistís en querer extraer el hierro de la herida?

—Persisto, despues de haberlo examinado, contestó Ambrosio con resolucion.

—¿Y de qué instrumentos maravillosos pensais hacer uso?

—Nada mas que de mis manos.

—Protesto altamente contra la profanacion de esa agonía, exclamó el médico furioso.

—Y todos protestamos con vos, dijeron sus compañeros.

—¿Teneis algun medio de salvar al príncipe? dijo Ambrosio Paré.

—No; salvarle es imposible, contestaron todos.

—En ese caso me pertenece, dijo Ambrosio extendiendo la mano sobre el cuerpo como para tomar posesion.

—Y nosotros nos retiramos, dijo el médico de cabecera haciendo efectivamente el movimiento de marcharse con los suyos.

—Pero qué vais á hacer? preguntaron todos á Ambrosio.

—El duque de Guisa está muerto para todos respondió este, quiero tratarle como si realmente lo estuviera.

Diciendo estas palabras, se quitó el jubón y se levantó las mangas de la camisa.

—Hacer semejantes experimentos en monseñor, ¡tanquen *in anima vile!* dijo alzando las manos al cielo un médico viejo escandalizado.

—Efectivamente, contestó Ambrosio sin apartar los ojos del herido, voy á tratarle, no como á un hombre, no como á una alma vil, sino como á una piedra. Mirad.

Y puso sin ceremonias el pie sobre el pecho del duque.

—Un murmullo de terror, de duda y de amenaza resonó por toda la asamblea.

—Cuidado maese, con lo que haceis! dijo el duque de Nevers tocando en la espalda á Ambrosio Paré: ¡Cuidado! si salís mal, no respondo de la cólera de los amigos y servidores del duque.

—Nada me importa, contestó Ambrosio con melancólica sonrisa.

—Aventurais vuestra cabeza, dijo otro.

Ambrosio miró al cielo, y con solemne gravedad dijo:

—Sea enhorabuena, arriesgaré mi cabeza por salvar la vida del duque; pero al menos, añadió

con una mirada altanera, que se me dejé tránsito en el ombo estremo obvio, se me cibnó que quillo.

Todos se separaron con cierta especie de respeto, debido á la influencia del genio. Ya no se oyó en la sala, en medio de un solemne silencio, mas que las respiraciones anhelantes.

Ambrosio Paré afirmó su rodilla izquierda sobre el pecho del duque; en seguida cogió con las uñas únicamente el extremo roto de la lanza y lo sacudió, suavemente al principio y después con mas fuerza.

El duque se estremeció como si sufriera atroces dolores. El espanto había hecho palidecer á todos los espectadores; el mismo Ambrosio se detuvo un momento como asustado; un sudor frío bañaba su frente; pero su decisión fué instantánea, volvió á emprender su tarea.

Al cabo de un minuto, que para todos fué mas largo que una hora, el hierro salió por fin de la herida. Ambrosio Paré lo arrojó lejos de sí con prontitud y se encorvó rápidamente sobre la ancha boca de la herida. Cuando volvió á enderezarse un rayo de alegría brillaba en su rostro; pero tomando su seriedad habitual al instante, cayó de rodillas, alzó juntas las manos hacia el cielo, y una lágrima de felicidad resbaló lentamente por sus mejillas.

Fué este un momento sublime. Sin que el gran

cirujano hubiera hablado, todos comprendieron que podian entregarse á la esperanza. Los criados del duque lloraban á lágrima viva; otros besaban por detras los vestidos de Ambrosio Paré. Pero todos callaban, esperando sus primeras palabras. Sonó al fin su voz grave, pero commo-vida.

—Ahora, yo respondo de la vida de monseñor el duque de Guisa.

.....

Efectivamente; una hora despues el duque habia recobrado el sentido, y aun la palabra. Ambrosio acababa de vendar la herida y Gabriel estaba á la cabecera de la cama, á la que el cirujano habia hecho trasportar al augusto enfermo.

—De manera, Gabriel, decia el duque, que os soy deudor, no solamente de la ciudad de Calais, sino de mi vida, puesto que fuisteis vos quien, á viva fuerza, trajo á mi lado á maese Paré.

—Sí, monseñor, contestaba Ambrosio, á no ser por el señor de Exmés no me habrian dejado aproximar á vos.

—¡Oh mis salvadores! dijo Francisco de Llorena.....

—No hableis tanto, monseñor, interrumpió el cirujano, yo os lo suplico.

—Vamos, callaré; pero permitidme haceros una pregunta nada mas.

—¿Y cuál es, monseñor?

—¿Creeis que las circunstancias de esta horrible herida, no alterarán ni mi salud ni mi razon?

—Os lo aseguro. Solamente os quedará, segun temo, una cicatriz....

—¡Una cicatriz! exclamó el duque ¡oh! eso no vale nada, es un adorno de un rostro guerrero; será un apodo que no me disgustará, *el Acuchillado*.

El lector sabe que los contemporáneos y la posteridad han dado gusto al duque de Guisa, el que desde entonces, y su hijo despues, tuvo el sobrenombe de *el Acuchillado* para su siglo y para la historia.



## II.

### Desenlace parcial.

ESTAMOS á 8 de Enero, dia siguiente al en que Gabriel de Exmés devolvió al rey de Francia su ciudad perdida. Calais, y su gran capitan el duque de Guisa. Pero ahora no trattamos de cuestiones de las que depende el porvenir de las naciones; vamos á ocuparnos simplemente de asuntos plebeyos y negocios de familia. Desde la brecha de Calais y del lecho de muerte de Francisco de Lorena pasamos á la sala baja de los Peuquoy. Allí era donde Juan había hecho trasportar á Martin Guerra para cuidarle mejor; y adonde la víspera por la noche, Ambrosio Paré con su seguridad acostumbrada, había hecho la amputacion de la pierna

al valiente escudero. De modo que lo que hasta entonces no era mas que esperanza, se habia convertido en certidumbre. Martin Guerra quedaría liciado, es cierto, pero viviría.

Pintar el pesar, ó por mejor decir los remordimientos de Pedro Peuquoy, cuando supo la verdad, sería imposible. Aquella alma austera, pero íntegra y leal, no podía perdonarse jamás tan cruel equivocación. El honrado armero rogaba á cada instante á Martin que aceptara todo lo que él poseía, sus bienes, sus brazos, su corazón, su vida. Pero ya sabemos que Martin no había necesitado la expresión de este arrepentimiento para perdonar á Pedro Peuquoy, y lo que es más, aprobar su proceder.

Estaban, pues, todos reunidos, y el lector ya no se admirará al ver que pasa á presencia de Martin Guerra, que ya era considerado como de la familia, un concilio doméstico, semejante al que tuvo lugar mientras el bombardeo.

El vizconde de Exmés, que se volvía á París aquella misma tarde, asistía también á esta deliberación, menos penosa, sin embargo, que la precedente para sus valientes aliados del fuerte de Rinsbank.

Efectivamente la reparación que el honor de los Peuquoy exigía ya no era imposible. El verdadero Martin Guerra estaba casado, pero no

se sabia si el seductor de Babette lo era tambien. Lo que habia que hacer, era buscar al culpable. El rostro de Pedro Peuquoy anunciaba calma y serenidad; el de Juan, por el contrario, estaba bastante triste, y Babette, por su parte, parecia estar muy abatida. Gabriel observaba á todos en silencio, y Martin Guerra, tendido sobre el lecho del dolor, se desesperaba de no poder hacer por sus nuevos amigos nada mas que darles señas inciertas y vagas sobre su segunda persona. Pedro y Juan Peuquoy acababan de llegar de casa del señor de Guisa. El duque no habia querido retardar mas tiempo el dar las gracias á patriotas tan valientes, por la parte eficaz y gloriosa que habian tenido en la rendicion de la ciudad. Gabriel los habia conducido á su presencia, en virtud de su expreso mandato. Pedro Peuquoy, orgulloso y contento, referia á Babette los detalles de esta presentacion.

—Sí, hermana mía, decia el armero, cuando el señor de Exnés ha contado, con términos demasiado lisonjeros y exagerados ciertamente, al duque de Guisa, nuestra cooperacion en la toma de Calais, el grande hombre se ha dignado manifestar á Juan y á mí su satisfaccion, con una gracia y bondad tales, que por mi parte jamas las olvidaré, aun cuando viviera mas de cien años.

Pero lo que mas me ha conmovido, es cuando añadió que él á su vez deseaba sernos útil, y me preguntó en qué podria servirnos. No porque yo sea interesado, tú me conoces, Babette, sino porque, ¿presumes tú qué clase de servicio pienso pedirle?

—No, ciertamente, hermano mío, murmuró Babette.

—Pues bien; cuando háyamos encontrado al que vilmente te engañó, y estoy seguro que le encontraremos, pediré al duque de Guisa que me ayude con su crédito para hacerle que te devuelva el honor. Nosotros no tenemos ni fuerzas, ni riquezas, y así, semejante apoyo nos será tal vez necesario para obtener justicia.

—¿Y si aun con ese apoyo no os hace justicia? preguntó Juan.

—Gracias á este brazo, contestó Pedro con energía, no me faltará á lo menos la venganza. No obstante, continuó bajando la voz y echando una tímida mirada hacia donde yacía Martin Guerra; debo confesar que la violencia me ha salido mal hasta ahora.

Calló y se quedó pensativo un corto rato. Cuando volvió de su distraccion, vió con sorpresa que Babette estaba llorando.

—¡Y bien! ¿Qué es eso, hermana?

—Que soy muy desgraciada, contestó Babette sollozando.

—¡Desgraciada! ¿y porqué? El porvenir cerca que se serena.

—Se oscurece para mí.

—No: todo saldrá bien; tranquilízate. Entre una dulce reparacion y un terrible castigo, no debemos vacilar en la eleccion. Tu amante volverá, tú serás su mujer....

—¿Y si yo no le acepto por marido?

Juan Peuquoy no pudo contener un movimiento de alegría, que no se le escapó á Gabriel.

—¿Qué, no le aceptas? pues tú le amabas, exclamó Pedro en el colmo de la sorpresa.

—Yo amaba á una persona que padecia, que decia que me amaba, que me manifestaba respeto y ternura; pero al que me ha engañado, al que me ha mentido y abandonado, al que robó, para sorprender mi pobre corazon, el lenguaje, el nombre y hasta el traje, tal vez, de otro, á ese le detesto y le desprecio.

—Pero en fin, ¿si se casa contigo?....

—Lo haria, ó por fuerza, ó por merecer el favor del duque de Guisa; me daria su nombre por miedo ó por ambicion: no, no; yo ahora á mi vez, nada quiero de él,

—Babette, replicó Pedro con severidad, ya no teneis derecho para decir: "nada de él."

—Mi buen hermano, por compasion, por piedad, exclamó Babette desolada, no me obligueis

á casarme con él que vos mismo llamais malvado y miserable.

—Babette, pensad en vuestro deshonor!

—Prefiero avergonzarme de un error de un instante, á tener que sonrojarme de mi marido toda mi vida.

—Babette, ¡pensad en vuestro hijo sin padre!

—Creo que mas le vale perder á un padre, que le detestaria, que á su madre que le adorará. Ahora bien, si su madre se enlaza con ese hombre, morirá ciertamente de dolor y vergüenza.

—De manera que cerrais los oidos, Babette, á mis súplicas y á mis reconvenciones.

—Imploro vuestro afecto y vuestra compasion, hermano mio.

—Pues bien: mi afecto y compasion van á contestaros con dolor, con firmeza. Como es necesario ante todo, que vivais estimada de vos misma y de los demas, como yo preferiria que fuéseis desgraciada á estar deshonrada, puesto que deshonrada seriais dos veces desgraciada; yo, que soy vuestro hermano, vuestro protector, el jefe de la familia, quiero, ¿lo entendéis? que os caseis con el que os ha perdido, si consiente, puesto que es el único que puede devolveros en la actualidad el honor que os ha arrebatado. La ley y la religion me confieren, respecto á vos,

—¡Eso es magnífico! respecto á lo pasado, continuó Juan, agradecido sin embargo á la clemencia del escudero; pero, ¿y para lo sucesivo? ¿Quién nos responde del porvenir?

—Yo velaré por lo futuro, repuso Pedro: el esposo de Babette no se separará de mi lado, y será preciso que se porte como hombre honrado, porque si no . . .

—Os haremos justicia por vuestra propia mano, ¿no es verdad? contestó Juan: á buen tiempo, Babette no dejará por eso de haber sido sacrificada.

—Pero Juan, insistió Pedro con alguna impaciencia; si nuestra posición es difícil, no soy yo el que la ha creado, yo trato de remediarla. Vos, que tanto habláis, ¿habéis hallado algún medio que no sea el que yo propongo para salir de ella?

—Sin duda; hay otro medio.

—¿Cuál? preguntaron á la vez Babette y Pedro; y éste lo hizo, preciso es confesarlo, con tanta ansiedad como su hermana.

El vizconde de Exmés continuaba guardando silencio; pero redobló su atención.

—Pues bien, dijo Juan Peuquoy, ¿no pudiera encontrarse un hombre honrado, que condolido, mas bien que espantado de la desgracia de Babette, consienta en darla su nombre?

Pedro movió la cabeza con aire de incredulidad.

—¡Buena esperanza tendriamos! Para cerrar los ojos de esa manera, eran necesarias una de dos cosas: ó que ese hombre estuviera enamorado, ó que fuera un infame. En ambos casos nos veríamos obligados á iniciar en nuestro doloroso secreto á personas extrañas é indiferentes, cosa que me repugna terriblemente, puesto que aun cuando el señor de Exmés y su escudero Martin sean nuestros íntimos amigos, siento que las circunstancias les hayan revelado un secreto que no debia haber salido de la familia.

Juan Peuquoy replicó con una emoción que trataba en vano de disimular.

—Jamas propondré yo á Babette un infame por esposo; pero vuestra otra proposición ¿no es igualmente admisible, Pedro? Si amase á mi prima un hombre, á quien los acontecimientos hubieran revelado su falta, pero hecho ver su arrepentimiento al mismo tiempo; un hombre que estuviera resuelto, para asegurarse un porvenir tranquilo y dichoso, á olvidar lo pasado, seguro de que Babette procuraría borrarlo á fuerza de virtudes; si esto fuese así, ¿qué diríais vos, Pedro? Vos, Babette, ¿qué diríais?

—¡Oh! eso no puede ser, es un sueño, exclamó Babette, en cuyos ojos brilló un rayo de esperanza.

—¿Conoceis á ese hombre, Juan? preguntó Pedro mas pasivo, ¿ó no es mas que una suposicion vuestra, un sueño, como dice Babette?

Juan Peuquoy se turbó á esta pregunta, vacío, balbuceó algunas palabras.

Gabriel seguia todos sus movimientos con una atencion silenciosa y profunda; Juan no lo advertia, absorto en contemplar á Babette que con los ojos bajos, parecia sentir una emocion, que el bien tejedor, poco ducho en estas materias, no sabia como interpretar.

Sin duda la interpretacion que Juan dió á la arbacian de Babette no fué favorable para sí,uesto que con un tono compungido respondió la interpelacion de su primo.

—Es verdad, Pedro; confieso que lo que he dicho no es mas que un sueño; para la realizacion de este no basta que Babette sea amada, es necesario tambien que ella correspondiera, en cierto modo, á este amor, sin cuya circunstancia continuaria siendo desgraciada. El que quisiera adquirir de Babette la felicidad á costa del olvido, indudablemente tendria, por su parte, alguna desventaja que hacerse perdonar; probablemente no seria jóven ni buen mozo, ni amable en su palabra. No es probable que Babette consintiera en ser su esposa; y así, todo lo que he dicho no era mas que un sueño.

—Indudablemente, contestó Babette con suma tristeza, era sueño; pero no por las razones que dècis, primo. El hombre bastante generoso para concederme su afecto, aun cuando fuera el viejo mas ridículo é impertinente, deberia parecerme jóven, pues su accion manifestaría una lozanía de alma, que no se tiene regularmente á los veinte años: deberia parecerme hermoso, porque ideas tan buenas y caritativas, habrian impresio la hermosura de su alma noble en su rostro: deberia últimamente parecerme amable, pues me daba la prueba mas grande de su amor, que puede recibir nna mujer. Mi deber y mi alegría serian amarle toda mi vida y con todo mi corazon. Pero lo que es imposible é inverosímil, es encontrar en un hombre una abnegacion tal, como la que imaginais, primo, respecto de una pobre jóven sin belleza y sin honor como yo. Habrá tal vez hombres bastante grandes y clementes para concebir, por un momento, la idea de semjante sacrificio; pero luego que entra la reflexion, dudan, se arredran, y yo vuelvo á ceer en mi honda desesperacion. Estas son las razones, querido Juan, que hace no sea mas que un sueño todo lo que habeis dicho.

—¿Y si no fuera mas que la verdad? exclamó al fin Gabriel levantándose.

—¿Cómo' ¿qué decis? preguntó Babette conmovida.

—Digo, repitió Gabriel, que ese hombre generoso existe.

—¿Vos le conoceis? preguntó Pedro con ansiedad.

—Sí, le conozco, continuó sonriendose el jóven. Ese hombre os ama, Babette; pero con un afecto tan paternal como tierno, con un afecto que protege, al par que perdona y olvida. Así podeis aceptar sin temor un sacrificio, en el que no se mezcla ninguna idea de desprecio, sino que está inspirado por la compasion mas dulce y el mas sincero afecto. Ademas, vos, Babette, dareis tanto cuanto recibis, pues si bien recobrais el honor, tambien dais la felicidad: la persona que os ama se ve sola, aislada en el mundo, sin alegría, sin intereses, sin porvenir, y vos le aportais todo esto; y si quereis, lo habreis tan feliz hoy, que él á su vez os hará dichosa.... ¿No es así, Juan Peuquoy:

—Pero.... señor vizconde.... yo ignororo... balbuceó este temblando como la hoja en el árbol.

—Sí, Juan, continuó Gabriel con su eterna sonrisa; ciertamente, sin duda ignorais una cosa, es que Babette profesa á la persona de quien es amada, no solamente una profunda estima-

ción, sino tambien una dulce ternura. Si Babette no ha adivinado, ha presentido á lo menos vagamente ese amor de que era el objeto; de aquí es que al principio se ha realzado ella misma á sus propios ojos, luego se ha conmovido, y por último, ha llegado á creerse feliz. Desde entonces concibió esa violenta aversión al miserable que la ha engañado. Por esta razon suplicaba ahora mismo de rodillas, á su hermano, que no la uniera con un malvado, á quien creyó amar por una especie de fascinación y sorpresa, y á quien aborrece hoy con toda su alma, y desprecia por la persona que trata de salvarla. ¿Me engaño, por ventura, Babette?

—En verdad.... monseñor.... que no sé... contestó Babette, pálida como la cera.

—La una no sabe, y el otro ignora. Juan, Babette, ¿cómo es que no sabéis lo que pasa en vuestro corazon, que ignorais vuestros mismos sentimientos? Vamos, eso es imposible. No soy yo, Babette, quien os ha revelado que Juan os ama. Vos, Juan, ántes que yo, sospecháhais que Babette os correspondía.

—¿Será posible? exclamó Pedro Peuquoy, lleno de placer; no: seria demasiada felicidad.

—Pues miradlos, le dijo Gabriel.

Juan y Babette, irresolutos e incrédulos aun, se miraban uno á otro; pero era tan ferviente el

reconocimiento que brillaba en los ojos de Babette; y tan penetrantes las súplicas que encerraba la mirada de Juan, que ambos quedaron convencidos al mismo tiempo, y sin saber cómo se hallaron en los brazos uno de otro.

Pedro Peuquoy, en su júbilo, se encontraba sin fuerzas para decir una palabra; pero apretaba la mano de Juan, lenguaje que era el más elocuente del mundo.

Martin Guerra, fuera de sí, se había incorporado en la cama, y con los ojos llenos de lágrimas, palmoteaba con entusiasmo al ver tan inesperado desenlace.

Luego que se apaciguaron los primeros trastornos, dijo Gabriel:

—Punto concluido. Juan se casará con Babette lo más pronto posible; y antes de instalarse en casa de su hermano, vendrán comigo á París. De este modo, el secreto de Babette, causa triste de este feliz enlace, morirá sepultado dentro de cinco pechos leales que se hallan presentes; si una sexta persona, única que podría descubrirlo, informándose de la suerte de Babette, lo que dudo mucho, tratara de divulgarlo, yo respondo que no le quedará tiempo para hacerlo. Podeis, pues, mis buenos amigos, vivir tranquilos y contentos de aquí en adelante, y entregaros con toda seguridad en brazos del porvenir.

—¡Hombre noble y generoso! dijo Pedro Peuquoy, besando la mano de Gabriel.

—A él, á él solo debemos nuestra felicidad! exclamó Juan, así como el rey de Francia le debe á Calais!

—Todos los días, añadió Babette, rogarémos fervorosamente á Dios por nuestro salvador.

—Sí, Babette, contestó Gabriel conmovido; sí, os agradezco ese pensamiento. Rogad á Dios para que vuestro salvador pueda salvarse á sí mismo.

—Oh! respondió Babette Peuquoy á la duda melancólica de Gabriel. ¿No os sale bien todo lo que emprendéis? ¿No conseguisteis lo que deseabais, así en la defensa de San Quintín y la toma de Calais, como en la celebración del matrimonio de la pobre Babette?

—Sí, es cierto, contestó Gabriel sonriéndose tristemente: Dios permite que desaparezcan á mi vista, como por encanto, los obstáculos que encuentro en mi camino, por muy espantosos que sean. Pero esta no es una razón, querida mía, para que haya de conseguir el objete que me propongo alcanzar.

—Bah! dijo Juan Peuquoy, habeis hecho di-  
chosas á muchos para que no lo seais vos tam-  
bién.

—Acepto con toda mi alma ese pronóstico, respondió Gabriel; y nada sería para mí de mejor agüero que dejar á mis amigos de Calais tranquilos y alegres; pero sabeis que es necesario los deje, tal vez para sufrir y llorar.... Mas á lo menos que no quede ningun rastro de pesar, y arreglémos bien todo cuanto nos interesa.

Entonces convinieron en la época en que debía verificarse el matrimonio, al cual no concurriría Gabriel, con gran sentimiento suyo, y en el día que saldrían para París Babette y Juan.

—Quizá, dijo Gabriel, en tono triste, no me encontrareis en mi palacio cuando vayais á buscarme, porque tendré que dejar á París por algún tiempo; pero no importa: id á verme, y si no me encontrais, os recibirá Aloisa, mi buena nodriza, como podria hacerlo yo mismo. Lo que quiero es, que tanto ella como vosotros, penseis alguna vez en vuestro huésped.

En cuanto á Martin Guerra, debia quedarse en Calais, pues Ambrosio Paré manifestó que su convalecencia sería larga, y era preciso cuidarle mucho, lo cual causaba sumo despecho á Martin; pero no tuvo otro remedio que resignarse.

—Así que estés bueno, le dijo el vizconde de Exmés, vuelve tambien á París, y suceda lo que suceda, puedes estar seguro de que cumpli-

ré mi palabra, y te libertaré de tu cruel perseguidor, porque ahora estoy doblemente comprometido á ello.

—Monseñor, dijo Martin Guerra, pensad en vos y no en mí.

—Todo el que debe pagará, replicó Gabriel. Pero quedad con Dios, amigos, ya es tiempo de que vuelva en busca del señor de Guisa, á quien he pedido en presencia vuestra ciertas gracias, que creo concederá, si es que le he prestado algún servicio en los últimos acontecimientos.

Los Peuquoy no quisieron despedirse de aquel modo de Gabriel, y convinieron en que á las tres irian á la puerta de París para verle otra vez.

El único que entonces se separaba de su amo era Martin Guerra, y se separaba con sentimiento; pero Gabriel le consoló algun tanto con sus dulces palabras.

Un cuarto de hora despues se presentó el vizconde de Exmés al duque de Guisa; y Francisco de Lorena le dijo sonriéndose:

—¡Al fin os vuelvo á ver, ambicioso!

—Toda mi ambicion se reduce, contestó Gabriel, á serviros lo mejor que puedo, monseñor.

—¡Oh! Lo que es por esa parte, habeis traspasado los límites de la ambicion, repuso el Acuchillado, (ya podemos dar al duque este nom-

bre; ó por mejor decir, este título). Empero ahora os llamo ambicioso, continuó en tono festivo, por las mercedes exorbitantes que me habéis pedido, y que no sé si podré conceder.

—Efectivamente, monseñor; sé que al pedirlas no tanto he tenido en cuenta mis méritos como vuestra generosidad, dijo Gabriel.

—En ese caso, teneis muy buena opinión acerca de mi generosidad, replicó el duque de Guisa con dulce ironía; y dirigiéndose á un señor que había ido á visitarle, y estaba sentado junto á su lecho, le dijo: Señor de Vaudemont, vais á ser juez, y á decir si es permitido pedir unas cosas tan mezquinas.

—Mirad, monseñor, repuso Gabriel, que he dicho mal, y que al pedir esas gracias, no tanto he tenido en cuenta vuestra generosidad como mis méritos.

—¡Tampoco vale eso nada! dijo el duque, pues vuestro valor es cien veces mayor á mi poder. Ahora, señor de Vaudemont, oid los favores nunca vistos que quiere le conceda el vizconde de Exmés.

—Desde luego digo, monseñor, contestó el marques d'Exmés, que serán muy poca cosa para vos y para él.

—En primer lugar, prosiguió el duque de Guisa; me pide el señor de Exmés que lleve

conmigo á París, y emplee como lo tenga á bien, á los soldados que reclutó por su propia cuenta. Solo se queda con cuatro hombres para que le acompañen, y habeis de saber, señor de Vaudemont, que los valientes que me presta de este modo, so color de recomendármelos, no son otros que los diablos que se apoderaron con él, del inexpugnable fuerte de Rinsbank, escalándolo como Titanes. Ahora bien, ¿quién es aquí el servido, el señor de Exmés, ó yo?

—Debo convenir en que sois vos, monseñor, dijo el marqués de Vaudemont.

—Y á fé mia, repuso el duque de Guisa, que acepto esta obligacion. No echaré á perder vuestrlos soldados con la ociosidad, Gabriel; así que pueda levantarme, los llevaré al sitio de Ham, porque no quiero dejar á los ingleses ni una pulgada de terreno en nuestra Francia. Hasta el mismo Malemort, que siempre está herido, irá conmigo, pues Paré le ha prometido que estará curado para cuando yo lo esté.

—Cuán afortunado va á ser, monseñor! dijo Gabriel.

—Este primer favor, prosiguió el Acuchillado, está concedido, pues, y sin demasiado esfuerzo por mi parte. El segundo está reducido á recordarme el señor de Exmés, que aquí en

Calais se halla la señora Diana de Castro, hija del rey, á quien vos conoceis, señor de Vandemont, y á quien los ingleses tuvieron presa. El vizconde de Exmés, en medio de las atenciones que me rodean, me hace pensar muy á tiempo en que tengo que dispensar á esa señora de sangre real protección y disponer se le hagan los honores debidos. ¿No es este tambien un servicio de parte del señor de Exmés?

—Sin duda alguna, respondió el marques de Vandemont.

—Este segundo punto, está pues arreglado, dijo el duque de Guisa; ya he dado las órdenes oportunas, y aunque paso por mal cortesano, tengo demasiado empeño en cumplir como caballero con esas damas, para que vaya á olvidar ahora las atenciones que se deben á la señora de Castro, por lo que vale personalmente y el rango que ocupa. Así es que irá acompañada de una escolta hasta París, y como tenga á bien.

Gabriel se inclinó como para dar gracias, porque temía conociesen lo que le interesaba aquella promesa.

—Lord Wentworth, gobernador que fué de esta poblacion, continuó el duque de Guisa, ha sido hecho prisionero por el vizconde de Exmés. En la capitulación concedida á lord Der-

by nos comprometimos á soltarlo por un rescate; pero el señor de Exmés, que es á quien pertenece el prisionero y el rescate, nos permite que seamos todavía mas generosos; pidiéndonos nos le autorizemos para dejar que lord Wentworth torne á Inglaterra, sin que tenga que pagar cosa alguna por su libertad. Esta acción va á honrarnos, y mucho, allende el estrecho; y no es este otro servicio que quiere prestarnos el señor de Exmés?

—Nada mas cierto, monseñor, según la nobleza con que mirais este asunto, dijo el señor de Vaudemont.

—Así pues, estais satisfecho, Gabriel, prosiguió el duque: el señor de Thermes ha ido de parte nuestra á poner en libertad á lord Wentworth y devolverle su espada, pudiendo marcharse desde hoy cuando lo tenga á bien.

—Os doy gracias, monseñor, dijo Gabriel; pero no creais que soy tan magnánimo, pues no hago otra cosa que pagar á lord Wentworth algunas atenciones que tuvo contigo cuando fuí prisionero suyo, y darle al mismo tiempo una lección de integridad que presumo comprendrá en lo que vale.

—Vos, mejor que cualquiera otro, tenéis derecho para ser severo en estas cuestiones, dijo el duque de Guisa con seriedad.

—Ahora, monseñor, continuó Gabriel viendo con cierta inquietud que el duque de Guisa guardaba silencio acerca de lo que mas le interesaba, permitidme os recuerde lo que tuvisteis la bondad de prometerme en mi tienda de campaña la víspera de la toma del fuerte de Rinsbank.

—¡Aguardad, jóven impaciente! dijo el Acuchillado; despues de los tres eminentes servicios que os hago y que el señor de Vaudemont ha aprobado, tengo derecho á pediros me hagáis á mí uno. Os pido, pues, supuesto que vais á París, que lleveis al rey las llaves de Calais . . . .

—¡Oh! monseñor, interrumpió Gabriel profundamente agradecido.

—Creo, prosiguió el duque, que esto no os causará molestia demasiada, y mucho mas, estando como estais acostumbrado á esta clase de mensajes, pues vos fuisteis el encargado de conducir las banderas cogidas al enemigo en Italia.

—¡Ah! vos sabeis dar á los beneficios doble valor del que tienen, gracias á la exquisita urbanidad con que los haceis, monseñor, exclamó Gabriel, enajenado de gozo.

—Ademas, continuó el duque de Guisa, entregareis á S. M. con ese motivo, una copia de capitulacion, y esta carta en que le anuncio

nuestro triunfo, y que he escrito de mi puño y letra esta mañana, á despecho de lo dispuesto por el señor Ambrosio Paré. Empero, añadió en tono significativo, nadie hubiera podido con tanta autoridad como yo, haceros justicia, Gabriel; y hacer que otras os la hagan. Creo, pues, que quedareis contento de mí y del rey: aquí tenéis, amigo, la carta y las llaves; ya sé que no necesito encargaros cuideis de ellas.

—Y yo, monseñor, tampoco necesito deciros que soy vuestro hasta la muerte, dijo Gabriel con voz conmovida.

Y tomó el cofre de madera con embutidos y la carta cerrada que le presentaba el duque de Guisa, preciosos talismanes que le valdrían tal vez la libertad de su padre y su propia dicha.

—No quiero deteneros más, dijo el duque de Guisa, pues probablemente tendréis prisa por poneros en marcha; y en cuanto a mí que no soy tan afortunado como vos, después de haber pasado una mañana agitada, siento una fatiga que me obliga a descansar algunas horas, mucho más que las recomendaciones del señor Paré.

—Adios, pues, monseñor, y recibid de nuevo mi gratitud, contestó el vizconde de Exmés.

En aquel momento entró sumamente consternado el señor de Thermes, enviado a lord Wentworth por el duque de Guisa.

—¡Ah! dijo el duque á Gabriel así que le vió, nuestro enviado cerca del vencedor, no partirá sin haber vuelto á ver á nuestro enviado cerca del vencido.... Pero ¿qué hay, señor de Thermes, que tan apesadumbrado venís?

—Efectivamente estoy, monseñor, dijo Thermes.

—¿Cómo! ¿qué es lo que ha sucedido? preguntó el Acuchillado, lord Wentworth....?

—Lord Wentworth, á quien, cumpliendo vuestro mandato, monseñor, anuncié quedaba libre, y le entregué la espada, recibió este favor con frialdad y sin decir una palabra. Acababa de separarme de él, admirado de semejante reserva, cuando oí unos gritos que me obligaron á volver á donde se hallaba. El primer uso que lord Wentworth ha hecho de su libertad ha sido atravesarse con la espada que le dí, y cuando llegué había ya muerto.

—¡Ah! exclamó el duque de Guisa, eso lo habrá hecho desesperado con su derrota: ¿no lo creeis así, Gabriel? ¡Verdaderamente es una desgracia!

—No, monseñor, repuso Gabriel con triste gravedad; no, lord Wentworth, no se ha suicidado por haber sido vencido.

—¿Cómo! ¿y entonces, qué causa le ha movido á ello? preguntó el Acuchillado.

—Permitidme que la calle, monseñor, contestó el visconde de Exnés; yes un secreto que hubiera guardado viviendo lord Wentworth, y lo guardaré ahora que ha muerto. Sin embargo, continuó Gabriel bajando la voz, os diré en confianza, monseñor, que en su lugar hubiera hecho yo lo mismo. Sí, lord Wentworth ha hecho bien, pues aun cuando no hubiese tenido porqué abochornarse á mi vista, la conciencia de un caballero es ya un testigo bastante imponente, para que uno deba imponerle silencio á toda costa, y cuando uno tiene el honor de pertenecer á la nobleza de un país noble, hay caídas fatales de que no se levantá de otro modo que cayendo muerto.

—Os comprendo, Gabriel, dijo el duque de Guisa; lo único, pues, que os queda por hacer es mandar que se hagan á lord Wentworth los funerales.

—Ahora es digno de ello, contestó Gabriel, y al mismo tiempo que deploro amargamente ese fin necesario, me alegro, sin embargo, de poder estimar todavía y sentir la muerte del que me hospedó en esta población.

Algunos instantes después se despidió del duque de Guisa, volviendo á darle las gracias, y se dirigió al palacio donde ántes vivió el gobernador, y que entonces ocupaba la señora de Castro.

Desde el dia ántes no había visto á Diana; pero esta supo sin detencion, así como todo Gailis, la feliz intervencion de Ambrosio Paré, y que el duque de Guisa no corría peligro, de suerte que Gabriel la encontró tranquila y con valor.

Como los enamorados son supersticiosos, la tranquilidad de su amada le causó mucho bien.

En cuanto á Diana, se aumentó como es natural su contento, cuando el vizconde de Exmés le refirió lo que acababa de pasar entre el duque de Guisa y él, y le enseñó la carta y el cofre que había comprado á costa de tantos y tan graves peligros.

Sin embargo, y aun en medio de su alegría, se lamentó á fuer de cristiana, del triste fin que había tenido lord Wentworth, quien la ultrajó una hora, pero la respetó y protegió por espacio de tres meses.

—Dios le perdone como yo le perdono, dijo.

En seguida le habló Gabriel de Martin Guerra, de los Peuquoy, de la proteccion que estaba dispuesto á concederles el señor duque de Guisa, y de todo quanto le rodeaba, sin entregarse enteramente al placer de hablar de sus cosas.

De buena gana hubiera querido tener otros mil motivos de conversacion para poder quedarse, á pesar de que no dejaba de pensar en

ca viaje a París. Así es que deseaba partir y permanecer al lado de su amada; y al mismo tiempo que era feliz, estaba inquieto. Y si así Por último, viendo que se aproximaba la hora, Gabriel tuvo que anunciar su marcha que solo podía ya retardar unos cuantos instantes.

— Os vais, Gabriel, preguntó Diana, tanto mejor por cien razones. No tenía valor para hablaros de vuestra marcha, y sin embargo, con no retardarla, me dais la prueba mayor de cariño que podeis darme. Si, amigo mío, partid para que nuestra suerte se decida más pronto.

— Bendita seas, que así sosteneis mi valor con el vuestro! exclamó Gabriel.

— Hace poco, prosiguió Diana, sentía algo, y vos debíais sentir al hablarme, cierto embrazo. Hablamos de otras cosas, y no nos atreviamos á abortar la verdadera cuestión de nuestros corazones y nuestra existencia; pero supuesto que marchais dentro de algunos minutos, podemos hablar sin temer del único asunto que nos interesa.

— Os basta una ojeada, contestó Gabriel, para leer en mi alma y en la vuestra.

— Escuchadme, pues, dijo Diana; además de esa carta que lleváis para el rey de parte del duque de Guisa, entregártela á S. M. otra que escribí anoche, diciéndole como me habíais li-

bertado de la prisión y salvado. De este modo sabrán claramente él y todos, que habéis devuelto al rey de Francia su ciudad, y al padre su hija. Hablo así, porque tengo esperanza de que Enrique II no desmiente los sentimientos que le he inspirado, y porque tengo derecho á llamarle mi padre.

—¡Ojalá digais verdad, querida Diana! exclamó Gabriel.

—Os tengo envidia, Gabriel, dijo la señora de Castro, al ver que vais á alzar ántes que yo el velo que cubre nuestros destinos. Sin embargo, os seguiré de cerca, amigo mío; ya que el señor de Guisa está tan bien dispuesto en mi favor, le pediré me deje marchar mañana, y aunque tenga que viajar con mas lentitud que vos, llegaré á París pocos días despues de haber vos llegado.

—¡Oh! sí, id pronto, dijo Gabriel, pues se me figura que vuestra presencia va á hacerme feliz.

—En todo caso, prosiguió Diana, no quiero estar enteramente ausente de vos, sino que haya uno que me recuerde de vez en cuando á vuestro pensamiento. Puesto que os veis obligado á dejar aquí vuestro fiel escudero Martín Guerra, tomad el page francés que lord Wentworth puso á mis órdenes; Andres es un niño, apénas tiene diez y siete años, y quizá sea mas

joven en carácter que en edad; pero es servicial, fiel, y podrá serviros. Aceptadlo, pues, y con eso tendréis á vuestro lado, en medio de los rudos camaradas que os acompañan, uno mas dulce y cariñoso que os sirva.

—¡Oh! gracias por vuestra delicada atención, dijo Gabriel; pero ya sabeis que dentro de pocos instantes debo ponerme en marcha.

—Andrés está prevenido, dijo Diana; si comprendíais qué orgulloso está porque vá á perteneceros! ya debe estar dispuesto; y solo tengo que darle algunas instrucciones. Mientras que les despedís de esa buena familia de los Penquoy, Andrés irá á reunirse con vos, antes que hayáis salido de Calais.

—¡Acepto, pues, con júbilo! dijo Gabriel, á lo menos tendré uno con quien hablar de vos alguna vez.

—Tambien había yo pensado en ello! dijo la señora de Castro ruborizándose algun tanto. Ahora, adios, prosiguió con viveza, démonos el último adios.

—¡Oh! no, dijo Gabriel, que adios es una palabra muy triste que indica separacion: no nos digamos adios, sino hasta la vista.

—¡Ay! dijo Diana, ¿cuándo, y sobre todo, cómo nos volveremos á ver? Si se resuelve el enigma de nuestra suerte por medio de la des-

gracia, ¿no será lo mejor no volvernos á ver  
nunca?

—¡Oh! ¡no digais eso, Diana! exclamó Gabrيل, no digais eso. Por otra parte, á no ser yo, ¿quién podrá deciros si el desenlace ha sido funesto ó prospero?

—¡Ay! ¡Dios mío! repuso Diana estremeciéndose, sea próspero ó funesto, me parecerá que si he de oírlo de vuestra boca, me moriré de alegría ó de dolor, nada más que con éstos.

—Sin embargo, ¿qué haremos para que lo sepaís? preguntó Gabriel.

—Esperad un momento, contestó la señora de Castro.

Quitóse del dedo un anillo de oro, y en seguida sacó de un baúl el velo de religiosa que se ponía en el convento de benedictinas de San Quintín.

—Escuchad, Gabriel, dijo con tono solemne; como es probable que todo se decida ántes de mi regreso, decid á Andres que vaya á buscarme á las afueras de París. Si Dios está de nuestra parte, entregará este anillo nupcial á la vizcondesa de Montgomery, y si nos engaña, por el contrario, nuestra esperanza, entregará este velo de religiosa á sor Bendita.

—¡Oh! dejad que me arroje á vuestras plantas y que os adore como á un ángel! exclamó el joven al ver semejante prueba de amor.

— No, Gabriel, no levantes, dijo Diana, tengamos energía y seamos digno uno del otro, cuandesquiera que sean los designios de Dios. Deposital en mi frente un beso caro y fraternal, como yo lo deposité en la vuestra, dándolo en la forma que puedo, fe y energía.

Cambieron entre sí, sin pronunciar una palabra, aquél beso tan sagrado como doloroso, y Diana dijo:

— Ahora, amigo mío, separémonos, puesto que es preciso, no diciéndonos adiós, ya que teméis esta palabra, sino: hasta la vista, en este mundo ó en el otro.

— ¡Hasta la vista! ¡hasta la vista! murmuró Gabriel.

Y estrechó á Diana contra su pecho, mirándola con una especie de codicia, como si quisiera extraer de sus hermosos ojos la fuerza que había menester.

Al fin la dejó ir á una seña triste pero expresiva que ella le hizo, y poniéndose en el dedo el anillo, guardó en el pecho el velo.

— ¡Hasta la vista, Diana! volvió á decir con voz ahogada.

— Gabriel, hasta la vista! contestó Diana con un gesto de esperanza.

Puede decirse en cierto modo que Gabriel salió huyendo como un loco,

Habria pasado media hora, cuando mas tranquilo el vizconde de Exmés, salia de Calais, ciudad que acababa de devolver á Francia.

Iba á caballo en compagnia del jóven page Andres que le habia alcanzado, y de cuatro voluntarios.

Uno de ellos era Ambrosio, quien estaba sumamente contento, porque llevaba á París algunas mercancías inglesas que esperaba vender á buen precio, en algun pueblo inmediato á la corte.

El otro era Pilletrouse, que no queria permanecer mas tiempo en una poblacion conquistada, donde era amo y vencedor, así como los demás, porque temia las tentaciones, y volver á sus costumbres de antaño.

Respecto á Ivonnet, no habia hallado en Calais ni un sastre en quien poder confiar, y su trage habia sufrido demasiado deterioro con tantas pruebas para presentarse con él en lo sucesivo; pero creia que solo le vestirian bien en París.

Por ultimo, Lactancio pidió le permitiesen acompaniar á su amo, para que su confesor le dijese si sus hazañas habian traspasado los límites de la penitencia impuesta, y si la actividad con que se habia entregado á las privaciones era igual á la calma con que habia ejecutado sus hechos de armas.

Pediray ditan Peuquoy, así como Babette, quisieron acompañar á pie á los cinco ginetes hasta la puerta llamada de París.

Allí fué preciso separarse, y Gabriel se despidió de palabra y con la mano de sus buenos amigos, que le deseaban mil felicidades, y á cuyos ojos se agolpaban las lágrimas.

Empero los Peuquoy perdieron bien pronto de vista á los guerreros, quienes salieron al trotar y desaparecieron en un recodo del camino. Entonces se volvieron con el corazon oprimido á donde estaba Martín Guerra.

En cuanto á Gabriel, iba serio pero no triste.

¡Es verdad que esperaba!

Ya otra vez había dejado á Calais para ir á buscar en París la solución de su destino; pero entonces no eran las circunstancias tan favorables, porque le inquietaba la suerte de Martín Guerra, Babette y los Peuquoy, y sobre todo la de Diana, á quien dejaba prisionera en poder de lord Wentworth, enamorado de ella. Por último, sus vagos presentimientos acerca del porvenir nada bueno le decían, pues lo que había hecho estaba reducido á prolongar la resistencia de una ciudad; pero no por eso había dejado de perder la patria esa ciudad. Era aquél, pues, un servicio de tanta importancia que mereciese una recompensa de tanta magnitud.

Hoy nada dejaba tras él que debiera inquietarle, porque los heridos á quienes tanto quería, ésto es, el general y el escudero, no corrían peligro, y Ambrosio Paré respondía de su curación; porque Babette Peurquoy iba á casarse con un hombre á quien amaba y de quien era amada, y de hoy mas estaba asegurado su honor al mismo tiempo que su dicha; y porque la señora de Castro quedaba libre y siendo reina de una ciudad francesa, y al dia siguiente iba á ponerse en marcha para reunirse con Gabriel en París.

Por último, nuestro héroe había luchado bastante contra la fortuna para no esperar que se hubiese cansado de perseguirle, y la empresa que había llevado á cabo dando la idea y proporcionando los medios para tomar á Calais, no era de aquellas sobre cuyo precio se disputa y regatea. La devolución al rey de Francia de la llave de su nación era una de esas proezas que legitimaba la ambición mas ilimitada, y era tan justa, tan santa la del vizconde de Exmés.

Así es que esperaba. Las palabras persuasivas y las dulces promesas de Diana resonaban todavía en su oído mezcladas con los últimos votos de los Peurquoy, y Gabriel miraba en torno suyo con notable satisfacción. Es verdad que veía á su lado á Andres, cuya presencia le

atraria á la memoria su amada, y los soldados tan adictos como valientes que le escoltaban delante de él; veía el cofre en que iban las llaves de Calais, el cual había atado al arzon de la silla; en el jubon llevaba la preciosa capitulación y las cartas mucho mas preciosas del duque de Guisa y de la señora de Castro, y en su dedo brillaba el anillo de oro de Diana. ¿No eran todas estas prendas, garantías de futura dicha?

Hasta el cielo, enteramente azulado y sin nubes, parecía que hablaba de esperanza; el aire fuerte, pero puro, dejaba circular la sangre en las venas; los rumores que se oyen en el campo durante el crepúsculo de la noche, tenian un carácter de calma y tranquilidad, y el sol que se ponía en todo su divino explendor, á la izquierda de Gábel, presentaba á su vista y pensamiento el espectáculo mas consolador.

Era imposible ponerse en camino en busca de un objeto deseado bajo auspicios mas felices!

Ya veremos lo que sucedió.



### III.

#### Un cuarteto.

**E**L 12 de Enero de 1558 habia en el Lourve, en los salones de la reina Catalina de Médicis, una de esas brillantes reuniones de que ya hemos hablado, y en las cuales se veia al lado del rey á todos los príncipes é infanzones del reino.

—Aquella reunion sobre todo era animadísima, á pesar de hallarse guerreando en el Norte á la sazon, parte de la nobleza á las órdenes del duque de Guisa.

Entre las damas descollaban, ademas de Catalina, reina de derecho, Diana de Poitiers, que lo era de hecho; la jóven reina Delfina María Stuart, y la melancólica princesa Isabel, que iba á ser reina de España, y que debia ser tan desgraciada andando el tiempo, merced á su hermosura que ya todos admiraban.

Veíase entre los hombres al jefe actual de la casa de Borbon, á Antonio, rey ambiguo de Navarra, príncipe indeciso y débil, á quien su esposa Juana de Albret, mujer de corazon viril, había enviado á la corte de Francia para que hiciese lo posible para que le devolviesen, por mediacion de Enrique II, las propiedades navarras que España había confiscado.

Empero Antonio de Navarra empezaba ya á proteger á los que profesaban las opiniones calvinistas, y no se le miraba con buenos ojos en una corte que quemaba á los hereges.

Tambien se hallaba allí su hermano Luis de Borbon, príncipe de Condé; pero sabia hacerse respetar, ya que no querer mejor que él, á pesar de ser calvinista mucho mas decidido que el rey de Navarra, y pasar por jefe de los rebeldes. Es verdad que había tenido la suerte de conseguir que el pueblo le quisiera, porque montaba bien á caballo y manejaba con destreza la espada y la daga, sin embargo de ser de una escasa talla y tener unos hombros algo desmesurados. Además, era galante, hombre de talento, amaba á las mujeres con pasion, y había una cancion popular en que se decia hablando de él.

Dios guarde al hombre risueño,  
Que bonito y decidido,

TOMO V.

se salvaba, se perdía el pobre condestable; y debemos convenir en que su egoísmo había sido siempre superior á su patriotismo.

Así es que recibió con mucha aspereza á la hermosa favorita que se adelantaba hacia él con la sonrisa en los lábios.

Ya recordarán nuestros lectores lo que hemos dicho acerca del amor tan extraordinario como depravado, que tenía á aquel brutal soldado la querida del rey mas galante del mundo.

—¿Qué tiene mi anciano militar? le preguntó con voz melosa.

—Ah! ¿Tambien vos os burlais de mí señora? dijo Montmorency con gesto avinagrado.

—¿Yo burlarme de vos, amigo mío? Sin duda no sabeis lo que decís.

—¿Que no lo sé? repuso el condestable renegando; que no lo sé y me llamais vuestro anciano militar. ¡Anciano! Es verdad, ya no soy un mozalvete de veinte años. ¡Militar! No; pues ya veis que solo me creen bueno para presentarme en las paradas con una de las espadas que existen en la armería del Louvre.

—No hableis de ese modo, dijo la favorita, mirándole dulcemente. ¿No continuais siendo condestable?

—¿Y qué es un condestable, habiendo, como hay, un teniente general del reino?

—Este título desaparecerá así que se acaben los suseños que han hecho se confiera, al paso que el vuestro, ageno como se halla, de un modo irrevocable, á la primera dignidad militar del reino, bajará con vos á la tumba.

—Entónces estoy ya muerto, y muy muerto, dijo el condestable con amarga sonrisa.

—No digais eso, amigo mío, repuso la señora de Poitiers, pues no habeis dejado de ser poderoso, y tan temible para los enemigos públicos de fuera, como para vuestrros enemigos personales de dentro.

—Hablémos seriamente, Diana, y no tratemos de envanecernos uno á otro con palabras.

—Si os engaño, me engaño á mí misma, replicó Diana: probadme lo que decís, y no solo reconoceré al momento mi error, sino que lo repararé en lo que de mí dependa.

—Pues bien, dijo el condestable, asegurais para consolarme, que solo con verme tiemblan los enemigos exteriores: ¿y á quién envían contra ellos? A un general mas jóven, y sin duda mas afortunado que yo: á un general, que podrá muy bien explotar su posición en provecho propio.

—Y en qué conoceis que el duque de Guisa logrará sus intentos? preguntó Diana, adulándolo hábilmente.

ballero, y de poner en manos enemigas su secreto y el nuestro....

—Os vuelvo á decir que eso es una locura, exclamó Diana, poniéndose pálida.

—Y qué hariais, si tocáseis con la mano, si viéseis con vuestros propios ojos esto que digo?

—No lo sé, mi buen condestable, dijo la señora de Valentinois; en ese caso, seria necesario indagar, moverse, y obrar. ¡Todo, ménos eso! Si el rey nos abandonase, nos pasariamos sin él; y seguros de antemano de que no desaprobaria nuestra conducta visto el resultado, nos valdríamos de nuestro poder y crédito personal.

—¡Ah! ¡Aquí es donde yo os esperaba! dijo el condestable. ¡Conque nuestro poder, nuestro crédito personal! Hablad del vuestro, señora, pues por lo que hace al mío, ha bajado tanto, que si he de decir la verdad, le tengo por muerto. Mis enemigos de dentro, á quienes tanto compadeciais hace poco, mucho tendrían que hacer seguramente á estas horas para habérselas conmigo, cuando no hay en la corte un noble que no tenga mas valimiento que este mísero condestable. Y si no, mirad lo aislado que me veo; ¡ya se ve! ¿quién se ha de cuidar de hacer la corte á uno que, si tuvo poder ya, no lo tiene? Por consiguiente, señora, no

conteis de hoy mas con el apoyo de un antiguo servidor del estado, en desgracia ya, sin amigos, sin influjo, y hasta sin dinero.

—¿Sin dinero? repitió Diana, con alguna incredulidad.

—¡Sí, voto á tal! ¡sin dinero, señora! dijo por segunda vez el condestable, furioso; y esto es lo mas triste á mi edad, y despues de tantos servicios como he prestado á la patria. En la ultima guerra me arruiné, pues consumí todos mis recursos pecuniarios en mi rescate y el de algunos criados míos. ¡Bien lo saben los que me van abandonando! Así es que el mejor día tendré que salir á pedir una limosna por las calles como ese general cartaginés, llamado Belisario, segun créo, y de quien he oido hablar á mi sobrino el almirante.

—Y los amigos, condestable? preguntó Diana, riéndose á un mismo tiempo de la erudicion y la avaricia de su amante.

—Ya os he dicho que no los tengo, contestó el condestable.

Y añadió, con el acento mas patético del mundo:

—Los desgraciados no tienen amigos.

—Voy á probaros lo contrario, repuso Diana: ahora veo de qué proviene ese maldito humor que teneis hoy; pero, ¿porqué no me lo habeis

—¿Y qué debo hacer, señora, no pudiendo, como no puedo, hablar ni callar acerca del contestable?

—Hablar de él diciendo buenas cosas, contestó Diana.

—Corriente, dijo el astuto cardenal; en ese caso, diré, porque siempre he sido obediente y sumiso á los mandatos de una hermosa, que el señor de Montmorency es un gran guerrero que ganó la batalla de San Lorenzo, y levantó á Francia de su postracion, y que en este mismo momento trata de completar su obra, tomando una gloriosa ofensiva contra el enemigo, y haciendo un esfuerzo memorable para arrojarlo de Calais.

—¡Calais! ¡Calais! ¡ah! ¡quién me diera noticia de Calais! murmuró el rey, que solo oyó este nombre en la guerra de palabras que habían entablado el ministro y la favorita.

—Señor cardenal, repuso Diana, teneis un modo de alabar tan admirable y cristiano, que os doy la enhorabuena por lo caritativo que sois.

—Eso consiste, señora, dijo Carlos de Lorena, en que no sé qué otro elogio se puede hacer del pobre señor de Montmorency, segun le llamásteis hace poco.

—Tampoco es eso cierto, replicó Diana: ¿no podría, por ejemplo, hacerse justicia al zelo con

que el condestable está organizando en París los últimos medios de defensa que nos quedan y reuniendo las pocas tropas que tiene Francia, mientras otros aventuran y comprometen las verdaderas fuerzas de la patria, en arriesgadas expediciones?

—¡Oh! dijo el cardenal.

—¡Ay! dijo el rey exhalando un suspiro; porque solo pensaba en lo que le traía inquieto.

—¿No podria añadirse, prosiguió Diana, que la casualidad no ha favorecido los magníficos esfuerzos hechos por el señor de Montmorency, que si la desgracia se ha declarado en contra suya, á lo menos está exento de toda ambición personal, no defiende otra causa que la de su país, y por esta causa lo ha sacrificado todo; su vida, que exponía primero que ninguno; su libertad, de que estuvo privado mucho tiempo, y aun su fortuna, de la cual nada le queda en el día?

—¡Ah! dijo Carlos de Lorena, con muestras de asombro.

—Sí, insistió Diana, sepa V. E. que el señor de Montmorency está arruinado.

—De veras? preguntó el cardenal.

—Y tan de veras, continuó la impudente fa-verita, que vengo á pedir á S. M. socorro á ese leal servidor en su apuro.

Y como el rey, siempre distraído, no respondió, dijo Diana, dirigiéndose directamente él para llamarle la atención:

—Señor: os conjuro expresamente á que favorezcáis á vuestro fiel condestable, falto de todo recurso de resultas de su propio rescate, y de los gastos de una guerra que sostuvo por servir á V. M.... ¿No me oís, señor?

—Dispensadme, señora, dijo Enrique; pero esta noche no puedo ocuparme de ese asunto. El temor de que suframos un descabro en Caen, absorbe toda mi atención; ya lo sabéis.

—Justamente por eso, repuso Diana, debe V. M. contentar y favorecer al hombre que se está ocupando en atenuar los efectos de tamaño desastre, para en caso de que sobrevenga á Francia.

—Pero no veis, que no solo el condestable sino yo, estoy falto de dinero? preguntó el rey.

—¿Y el nuevo impuesto que acaba de recaudarse? interrogó Diana.

—Este dinero, dijo el cardenal, está destinado para pagar y mantener las tropas.

—Es decir, repuso Diana, que la mayor parte de ese dinero debe darse al jefe de esas mismas tropas?

—Sin duda, á ese jefe que se halla en Caen, respondió el cardenal.

—No. En París, en el Louvre, dijo Diana.

—¿Quereis, pues, señora, que se premie una derrota?

—Mucho mejor es eso, señor cardenal, que animar á que se cometá una locura.

—¡Basta! interrumpió el rey. ¿No veis que esta reyerta me cansa y ofende? ¿No sabéis, señora, ignorais, señor de Lorena, que hace poco he encontrado en mi libro de oraciones un cuarteto?

—Un cuarteto preguntaron á una voz Diana y Carlos de Lorena.

—Si la memoria no me engaña, respondió Enrique, dice así:

Si os dejais dominar, mi rey amado,

Por Carlos ó Diana, es muy posible

Que derretido, suave y ablandado,

Cera os volvais, señor, cera flexible.

Ni siquiera se desconcertó Diana; antes por el contrario, dijo:

—Eso no es mas que un juego de palabras, que se me atribuye mas influjo que el que tengo sobre el ánimo de S. M. ¡Ay de mí!

—Justamente porque sabéis que lo teneis, respondió el rey, deberíais no abusar de él.

—¿Lo tengo efectivamente, señor?... dijo Diana, con voz dulcísima. En ese caso, me concederá V. M. lo que le pido para el condestable, no es verdad?

—Corriente, dijo el rey, incómodo; pero dejadme entregado á mis tristes pensamientos y á mi inquietud.

Al ver el cardenal semejante debilidad, alzó los ojos al cielo, y Diana le miró de soslayo con aire de triunfo.

—Doy gracias á V. M., dijo, y me retiro obedeciendo vuestro mandato; pero desterrad todo recelo, señor, porque la victoria quiere bien á los reyes generosos, y creo que triunfareis.

—¡Ah! acepto ese pronóstico, Diana, exclamó el rey; ¡con qué placer recibiría la noticia de haber triunfado! Hace algun tiempo que ni duermo ni existo en el mundo. ¡Dios mío, que limitado es el poder de los reyes! ¡No tener medio alguno de saber lo que en este momento está sucediendo en Calais! Por mas que digais, señor cardenal, el silencio que guarda vuestro hermano es alarmante. ¡Ah! ¿Quién me traerá noticias de Calais?

Apénas acababa de decir esto, entró el ugier que se hallaba de servicio, é inclinándose delante del rey, anunció en voz alta:

—Un enviado del señor de Guisa, que ha llegado de Calais, pide á V. M. le conceda el favor de ser admitido á su presencia.

—¡Un enviado de Calais! repitió el rey, poniéndose en pie, brillándole los ojos de júbilo, y pudiendo apénas contenerse.

—¡Al fin llegó! dijo el cardenal, temblando de temor y de alegría.

—Introducid al mensajero del señor duque de Guisa, dijo el rey; introducidle sin detencion.

No hay necesidad de decir que habian cesado todas las conversaciones, que todos los corazones palpitaban, y todas las miradas se dirigían á la puerta.

Gabriel entró en medio de un silencio profundo.

Detras de Gabriel íban, como cuando regresó de Italia, cuatro compafieros de armas, esto es, Ambrosio, Lactancio, Ivonnet, y Pilletrousse, los cuales llevaban las banderas inglesas, y se detuvieron en el umbral de la puerta.

En cuanto al jóven, tenía en la mano un cojin de terciopelo, en que había dos cartas y unas llaves.

Al ver esto Enrique II, expresó su rostro una mezcla muy singular de alegría y de terror, pues creyó comprender el feliz mensaje, pero le inquietaba la severidad del mensajero.

—¡El vizconde de Exmés! murmuró al ver á Gabriel acercarse á él á paso lento.

La señora de Póitiers y el condestable se miraron alarmados, y tartamudearon en voz baja:

—¡El vizconde de Exmés!

Gabriel entre tanto, con ademán solemne y

grave, fué á poner una rodilla en tierra delante del rey, y le dijo con voz firme:

—Señor, aq'ñ están las llaves de la ciudad de Calais, que á los siete días de sitio, y despues de tres asaltos encarnizados, pusieron los ingleses en manos del señor duque de Guisa, y el señor duque se apresura á entregar á V. M.

—¿Calais es nuestro? preguntó el rey, á pesar de haber oido perfectamente.

—Sí, es vuestro, señor, contestó Gabriel.

—¡Viva el rey! gritaron á una voz cuantos se hallaban presentes, á excepcion quizá del condestable de Montmorency.

Enrique II, que solo pensaba en sus temores, ya desvanecidos, y en la victoria que habian alcanzado sus armas, saludó á la reunion con el rostro radiante de júbilo, diciendo:

—¡Gracias, señores, gracias! Acepto en nombre de Francia esas exclamaciones; pero no deben dirigirse á mí solo; justo es que la mayor parte recaiga sobre el valiente jefe de la empresa, sobre mi noble primo el señor de Guisa.

Se oyeron en toda la sala murmullos de aprobacion; pero no habia llegado el tiempo de que ninguno se atreviese á gritar delante del rey, ¡viva el duque de Guisa!

—Y en ausencia de nuestro caro primo, continuó Enrique, es una fortuna para nosotros po-

der á lo ménos, dirigir nuestras gracias y felicitaciones, á vos, que lo representais aquí, señor cardenal de Lorena, y á vos, señor vizconde de Exmés, encargado de participarnos un hecho tan glorioso.

—Señor, dijo Gabriel respetuosamente, pero con osadía, inclinándose ante el rey; dispenseme V. M., pero ya no me llamo vizconde de Exmés.

—¿Qué es lo que decís? preguntó Enrique II, arqueando las cejas.

—Señor, continuó Gabriel, desde el día de la toma de Calais, he creido que podía llamarle el vizconde de Montgommery, que es mi verdadero nombre y mi verdadero título.

Al oírse este nombre, que no se había pronunciado en la corte en voz alta hacia tantos años, la reunión se quedó sorprendida, diciéndose todos, que puesto que aquel joven se titulaba vizconde de Montgommery, vivía aun el conde de Montgommery, su padre sin duda. ¿Qué significaba la vuelta de un hombre, tan famoso antiguamente, y que había desaparecido hacia tanto tiempo?

El rey no oía tantos comentarios, mudos, por decirlo así, pero los adivinaba: por lo demás, se puso más blanco que su fresa italiana, y se estremecieron sus labios de impaciencia y de rabia.

La señora de Poitiers se estremeció también:

y el condestable, que permanecía en su rincón, salió de su taciturna inmovilidad, lanzando miradas vagas.

—¿Qué habeis dicho, caballero? preguntó el rey, con voz que procuraba suavizar: ¿qué nombre es ese que os atreveis á tomar, y de dónde nace tanta temeridad?

—Ese nombre es el mío, dijo Gabriel con calma, y lo que V. M. cree temeridad, es confianza únicamente.

Era evidente que Gabriel había querido, con un golpe atrevido, empeñar irrevocablemente la partida, arriesgar el todo por el todo, y hacer que ni él ni el rey retrocediesen.

Enrique lo comprendió así, pero temió su propia ira, y para aplazar á lo menos el escándalo que temía, dijo.

—Mas tarde hablaremos de vuestros asuntos; acordaos en este momento que sois un enviado del señor duque de Guisa, y que si no me engaño, no habeis acabado de desempeñar vuestro encargo.

—Es justo, contestó Gabriel haciendo un saludo profundo; me falta presentar á V. M. las banderas cogidas á los ingleses, y aquí las tiene V. M., así como esta carta que el señor duque de Guisa ha escrito al rey de su puño y letra.

Y presentó á Enrique en el cojin la carta del Acuchillado: el rey la tomó, rompió el sello, despues el sobre, y dando la carta al cardenal de Lorena, dijo:

—A vos os toca, señor cardenal, leer en alta voz la carta de vuestro hermano, carta que no viene dirigida al rey sino á la Francia.

—¿Cómo, señor! dijo el cardenal, ¿V. M. quiere? . . . .

—Deseo, señor cardenal, que acepteis la dicha que se os debe.

Carlos de Lorena se inclinó, tomó con respeto de manos del rey la carta, la desdobló y leyó lo que sigue en medio del mas profundo silencio:

“Señor:

“Calais se halla en poder nuestro; en una semana hemos recobrado de los ingleses, lo que hace dos siglos les costó un año de sitio,

“Guines y Ham, los dos únicos puestos que todavía poseen en Francia, no pueden ya sostenerse mucho tiempo, y me atrevo á ofrecer á V. M. que ántes de que hayan transcurrido quince dias, habremos expulsado definitivamente de todo el reino á nuestros enemigos hereditarios.

“Creyendo que debia ser generoso con los vencidos, me he apoderado de su artillería y sus municiones; pero la capitulacion da derecho á

los vecinos de Calais que lo deseen para retirarse con sus bienes á Inglaterra. Esto lo he hecho porque hubiera sido peligroso quizá dejar en una poblacion recien reconquistada, un elemento de rebelion.

“Nuestros muertos y heridos componen un número muy escaso, gracias á la celeridad con que fué tomada la plaza.

“Me falta tiempo y sosiego para dar hoy á V. M. mas amplios detalles. Herido yo gravemente....

Al llegar aquí se puso pálido el cardenal y dejó de leer.

—¡Cómo! ¡nuestro primo está herido! exclamó el rey fingiendo interes.

—Tranquilícese V. M., sosiéguese V. E., dijo Gabriel; gracias á Dios, no tendrá malas resultas la herida del señor duque de Guisa. A estas horas solo debe quedarle una noble cicatriz en el rostro, y el dictado glorioso de “el Acuchillado.”

El cardenal se convenció por sí mismo, leyendo algunos renglones, de que Gabriel decía la verdad, y tranquilizado, prosiguio la lectura en estos términos:

“Herido yo gravemente el mismo dia en que entramos en Calais, me he salvado, merced á la prontitud con que me asistió un cirujano jóven

y de mérito, llamado Ambrosio Paré; pero estoy aun muy débil, y de consiguiente no puedo tener el gusto de escribir con mas extensión á V. M.

“Los demás detalles podrá saberlos de boca del que va á llevar con esta carta las llaves de la ciudad y las banderas inglesas que hemos cogido, no pudiendo menos que hablar de él á V. M. ántes de concluir.

“No debe recaer sobre mí, señor, todo el honor de la importante toma de Calais, pues aun cuando yo he tratado de contribuir á ella con todas mis fuerzas al frente de vuestras valerosas tropas, la idea primera, los medios de ejecutarla y aun la realizacion de esta admirable hazafia, se debe al señor vizconde de Exmés, portador de esta carta. . . . .

—Parece, caballero, interrumpió el rey dirigiéndose á Gabriel, que nuestro primo no os conocia aun por vuestro nombre.

—Señor, dijo Gabriel, no me hubiera yo atrevido á usarlo por primera vez delante de una persona que no fuése V. M.

El rey hizo una seña al cardenal; y este continuó:

“Confieso efectivamente que ni siquiera pensaba en dar un golpe tan atrevido cuando el señor de Exmés fué á buscarme al Louvre, me

manifestó el sublime intento, disipó mis dudas, venció mi indecision, y me determiné en consecuencia á emprender este hecho de armas nunca visto, que seria suficiente, señor, para labrar la gloria de un reinado.

“Pero hay mas: como no podíamos arriesgar livianamente una expedicion tan grave, era preciso que los consejos de la experiencia acreditasen los sueños del valor. El señor de Exmés ha sido, pues, quien facilitó al señor marizcal Strozzi los medios para entrar en Calais disfrazado, y aumentar ó disminuir el ataque y la defensa. Ademas, nos dió un plano exacto y minucioso de las murallas y los puntos fortificados: de suerte, que nos acercábamos á Calais como si sus muros fuesen de vidrio.

“Al pié de las murallas de la ciudad, y en los asaltos, en el fuerte de Nieullay, en el Castillo-Viejo, en todas partes, hizo prodigios de valor el vizconde de Exmés al frente de un puñado de hombres que ha armado y mantiene á su costa; pero como en todo esto no hizo otra cosa que igualar en bizarría á nuestros intrépidos capitanes, á quienes es imposible aventajar, no me detendré en contar las pruebas de valor que dió en todas ocasiones, consignando únicamente aquello en que sobresalió.

“Siendo como es el fuerte de Rinsbank la

llave de Calais por la parte del mar, de quedar expedita aquella entrada, íban á recibir los sitiados auxilios de Inglaterra, y en tal caso, nos perdimos, frustrándose nuestra gigantesca empresa en medio de las risotadas de la Europa. Sin embargo, ¿cómo podíamos apoderarnos, no teniendo como no teníamos, buques, de una torre defendida por el Océano? El vizconde de Exmés ha sido quien ha hecho este milagro. Una noche saltó á una lancha con sus voluntarios, y con la ayuda de algunos amigos que tenía en la plaza, después de una navegación temeraria y un asalto espantoso, escaló aquél fuerte inexpugnable, enarbolando en él la bandera francesa . . . . .

Al oir esto, á pesar de hallarse presente el rey, nada pudo reprimir un murmullo de admiracion que interrumpió por un momento la lectura, saliendo de entre aquella multitud ilustre y valiente, como el acento irresistible de todos los corazones.

Hasta el rey se conmovió, mirando con mas dulzura al héroe de aquella aventura épica.

La señora de Poitiers fué la única que se mordió los labios, y en cuanto al señor de Montmorency, frunció sus espesas cejas.

Despues de aquella corta interrupcion, prosiguió el cardenal la lectura de la carta de su hermano.

tado los cortesanos, haciendo palpitlar el corazón de Gabriel violentamente commovido, á pesar de su aparente tranquilidad. Si el respeto no hubiese impuesto silencio al entusiasmo, sin duda alguna hubiese sido aplaudido el vencedor.

El rey sintió por instinto el entusiasmo general, de que por otra parte participaba un tanto; y no pudo ménos que decir á Gabriel, como queriendo ser intérprete del deseo manifestado por todos:

—Está bien, caballero; es magnífico lo que habeis hecho, tendria mucho gusto en poder, segun me indida el señor de Guisa, concederos una recompensa digna de vos y de mí.

—Señor, respondió Gabriel, solo ambiciono una, y V. M. sabe cual es....

Luego, al ver que Enrique hacia un movimiento de impaciencia, se apresuró á añadir:

—Perdóneme V. M.: aun no he terminado mi comision, señor.

—¿Qué mas hay? preguntó el rey.

—Señor, traigo para V. M. una carta de la señora de Castro.

—¿De la señora de Castro? repitió con viveza Enrique.

Y sin reflexionar lo que hacia, se levantó con lijereza del sillón, bajó las dos gradas del sólio real para tomar la carta de Diana, y dijo á Gabriel bajando la voz.

—¿Es verdad, caballero, no solo devolveis al rey una ciudad, sino á un padre su hija, por lo qual he contraido con vos dos deudas?.... Mas veamos lo que dice la carta.

Y viendo que los cortesanos permanecian inmóviles y en silencio, esperando con respeto órdenes del rey, Enrique, á quien importunaba aquel silencio observador, prosiguió en alta voz.

—Señores, no oculteis por mí causa vuestra alegría; nada mas tengo que manifestaros: lo demás es asunto que debemos tratar el enviado c'e nuestro primo y yo. Podeis de consiguiente comentar el feliz suceso que acabamos de saber, como mejor os parezca.

Todos acogieron con gusto el permiso del rey: la reunion se dividió en grupos, y poco despues no se oyó otra cosa que un cuchicheo confuso, como el que sale de la muchedumbre cuando hablan muchas personas á un mismo tiempo, pero esparcidas acá y allá.

La señora de Poitiers y el condestable, fueron los únicos que se dedicaron á espiar al rey y á Gabriel.

Con una mirada elocuente participáronse su temor, y Diana se acercó á su régio amante insensiblemente.

Enrique no observaba á la envidiosa pareja, porque se ocupaba en leer la carta de su hija.

os devolverá sin detencion el objeto que ambicionais.

Gabriel, cuyas rodillas temblaban de alegría, no pudo contenerse y cayó á los piés del rey diciendo:

—¡Ah! señor, mi pecho está inundado de júbilo, las lágrimas se agolpan á mis ojos, y esto prueba que toda la voluntad, toda la energía que he desplegado hasta aquí, las emplearé, lo que me quede de vida, en servir á V. M. como las hubiera empleado, lo confieso, en aborrecer á V. M. si me hubieseis dicho que no.

—¿De veras? preguntó el rey sonriéndose bondadosamente.

—Sí, lo confieso, señor, y debeis comprenderme, puesto que me habeis perdonado; hubiera perseguido hasta á los hijos de V. M. con el mismo ardor con que los defenderé y querré de hoy mas. Delante de Dios, que tarde ó temprano castiga á los perjuros, guardaré mi juramento de fidelidad, como hubiera cumplido mi juramento de vengarme.

—Vamos, levantaos, caballero, dijo el rey sin dejar de sonreirse: tranquilizaos, y referidnos algunos pormenores de la toma tan inesperada de Calais, de que nunca, á lo que creo, me cansaré de hablar y de oír hablar.

Mas de una hora tuvo Enrique II á su lado

á Gabriel, preguntándole, oyéndole y haciéndole repetir cien veces sin cansarse unos mismos pormenores.

Luego se vió obligado á tener que cederle á los demás, ansiosos por preguntar á su vez al joven héroe.

El cardenal de Lorena, bastante mal informado de los antecedentes de Gabriel, y que solo veía en él un amigo de su hermano, quiso presentárselo, y lo hizo efectivamente, á la reina.

Catalina de Médicis, tuvo, pues, que felicitar en presencia de toda la corte al que acababa de conseguir una victoria tan grande; pero lo hizo con una frialdad y una altanería significativas, y las severas y desdiferencias miradas que lanzaban sus ojos pardos, desmentian á medida que las iba pronunciando, las palabras que salían de su boca contra lo que sentía su corazón.

A pesar de que Gabriel dió á Catalina respetuosamente las gracias, sentía en cierto modo helada su alma al oír los mentidos cumplimientos de la reina, y recordando lo pasado, creyó ver en ellos una ironía oculta y una amenaza secreta.

Cuando después de saludar á Catalina de Médicis, se volvió para retirarse, creyó ver la causa del doloroso presentimiento que había sentido.

Efectivamente, fijó la vista en el sitio donde se hallaba el rey, y vió espantado que Diana de Poitiers se había acercado á él y le hablaba en voz baja con su sonrisa sardónica. Por lo demás, cuanto mas se defendía al parecer Enrique, tanto mas insistía ella segun todas las trazas.

En seguida llamó al condestable, quien habló tambien con el rey bastante tiempo y conviveza.

Todo esto lo veía Gabriel desde lejos, y como no perdía siquiera un movimiento de sus enemigos, sufria el martirio.

Empero en el mismo momento que sentía desgarrársele el corazon, acercóse al jóven alegremente y empezó á hacerle preguntas la reina Delfina María Stuart, cumplimentándole graciosamente.

A pesar de lo inquieto que estaba Gabriel, contestó como mejor pudo.

—¡Es magnífico lo que ha hecho! decia María entusiasmada, ¿no es verdad, Delfín mío? añadió dirigiéndose á Francisco, esposo suyo, y que se unió á ella para elogiar al vizconde.

—¿Qué no haría uno para ver de merecer esas palabras? decia Gabriel, cuyos ojos no se apartaban del grupo que formaban el rey, Diana y el condestable.

—Cuando me sentia inclinada hacia vos por no sé qué simpatía, continuó Maria Stuart con su gracia acostumbrada, sin duda me advertia mi corazon que ibais á aumentar la gloria de mi caro tío el duque de Guisa con esa hazafña prodigiosa. ¡Ah! quisiera tener medios, como los tiene el rey, de premiaros; pero ya sabeis que una mujer no tiene á su disposicion títulos y honores que poder dar.

—¡Oh! ya tengo cuanto podia desear en el mundo! dijo Gabriel, y añadió allá para sí: el rey no contesta, lo que hace es oír.

—Con todo, repuso Maria Stuart, si tuviera poder para ello, os daria deseos para realizarlos al momento; pero lo único que puedo disponer es de un ramillete de violetas que el jardinero de Turnelles me ha enviado, diciéndome debo tenerlas en estima, porque de resultas de las últimas heladas andan muy escasas. Señor de Exmés, con permiso de monseñor el Delfin os doy estas flores como un recuerdo de este dia. ¿Las aceptais?

—¡Oh! ¡señora! . . . exclamó Gabriel besando con respeto la mano que se las daba.

Y tenia fija la vista en el rey, quien á la sazon reflexionaba al parecer, acerca de lo que le estaban diciendo, cada vez con mas acaloramiento, la señora de Poitiers y el condestable.

Gabriel temblaba al pensar que seguramente había oido la favorita la promesa del rey, y se trataba de su padre y de él.

La joven reina Delfina se alejó burlándose graciosamente de la distraccion de Gabriel.

Entónces se llegó á él el almirante Coligny, y le felicitó cordialmente por lo bien que había sabido conquistar en Calais una reputacion mas brillante aun que la que logró alcanzar en San Quintin.

Nunca como entónces había creido tan favorecido por la suerte ni mas digno de envidia al pobre joven, y sin embargo sufria mortales angustias.

—Tanto valeis, le decia el almirante, para ganar victorias como para disminuir los daños de una derrota. Me envanezco de haber conocido ántes que nadie vuestro elevado mérito, y solo tengo un sentimiento; no haber participado de ese brillante hecho de armas, tan venturoso para vos, como glorioso para la Francia.

—No faltará ocasion, señor almirante, dijo Gabriel.

—Algo lo dudo, contestó Coligny con tristeza: ¡lo único que pido á Dios es que si nos volvemos á encontrar en un campo de batalla, no sea en opuestos bandos!

—El cielo me libre de ello! dijo con viveza

Gabriel; pero qué quereis decir con eso, señor almirante?

—El mes anterior han sido quemados vivos cuatro reformistas; y como cada dia se va aumentando su número y poder, acabarán por cansarse de unas persecuciones tan odiosas como inicuas. Cuando esto suceda, como Francia está dividida en dos partidos, quizá, ó á lo menos así lo temo, habrá dos ejércitos.

—¿Y qué? preguntó Gabriel.

—¿Y qué, señor de Exmés? que á pesar de que hemos ido juntos á la calle de Santiago, habeis conservado vuestra libertad, y solo os habeis comprometido con discrecion. Ahora bien, gozais y muy justamente por cierto, mucho favor para que no seáis del ejército del rey.

—Creo que os engañais, señor almirante, dijo Gabriel, sin separar la vista del rey; yo, por el contrario, tengo motivos para pensar que pronto tendré derecho para marchar con los oprimidos contra los opresores.

—¡Cómo! ¿qué es lo que decís? preguntó el almirante, . . . Pero os poneis pálido, Gabriel, vuestra voz se altera, ¿qué tenais?

—Nada! nada, señor almirante: permitidme que os deje. Hasta la vista que será bien pronto.

Gabriel acababa de sorprender de lejos un gesto de aquiescencia, que se escapó al rey, y

al momento se alejó el señor de Montmorency lanzando á Diana una mirada de triunfo.

Sin embargo, algunos minutos despues se disolvió la reunion, y al tiempo de despedirse Gabriel del rey, se atrevió á decirle:

—Señor, hasta mañana.

—Hasta mañana, caballero, contestó el rey.

Pero al decir esto, Enrique II no miró á Gabriel cara á cara, sino que separó la vista, y ni siquiera se sonrió, miéntras que la señora de Poitiers se sonreía por el contrario.

Gabriel, á quien todos creían lleno de esperanza y de júbilo, se retiró traspasado el corazón de dolor.

Toda la noche anduvo vagando por los alrededores del Chatelet; pero se animó un tanto al ver que el señor de Montmorency no salía.

Ademas, tenía puesto el régio anillo, y se acordaba de las palabras terminantes que le había dicho Enrique II, palabras que no admitían duda, ni podian ocultar una hazaña; á saber: "se os devolverá sin detencion el objeto que deseais."

Mas no importa: aquella noche que separaba á Gabriel del momento decisivo, iba á parecerle mas larga que un afio.



## IV.

### Precau<sup>c</sup>n<sup>es</sup>nes.

Lo que pensó, lo que sufrió Gabriel durante aquellas horas mortales, solo Dios lo sabe, pues cuando volvió á casa nada quiso decir á sus criados ni á su nodriza, y desde entonces empezó á abismarse en sí mismo, obrando únicamente, pero hablando poco; vida que continuó rígidamente despues, como si hubiese hecho voto allá para sí, de guardar silencio.

A las ocho era cuando podía presentarse en el Chatelet con el anillo que le había entregado el rey, y que debía abrir todas las puertas, no solo para él, sino para su padre.

Hasta las seis de la mañana permaneció Gabriel en su aposento sin querer recibir á nadie.

A la mencionada hora bajó vestido como pa-

rá largo viaje, habiendo pedido la víspera á su nodriza todo el oro que pudiera reunirse.

—Mi buena Aloisa, le dijo, espero de un dia á otro á dos amigos de Calais llamados Juan Peuquoy y Babette. Podrá ser que no esté yo aquí para recibirlos; pero no obstante, te suplico que los trates como á dos hermanos míos. Babette te conoce por haberme oido hablar cien veces de tí, y tendrá en tí una confianza filial; te pido, pues, por el carisimo que me profesas, que seas para ella una madre tierna e indulgente.

—Os lo prometo, monseñor, dijo la excelente nodriza con sencillez, y ya sabeis que basta que yo de una palabra para cumplirla. Descuidad acerca de vuestrros huéspedes, que nada les faltará por lo que hace al alma y al cuerpo.

—Gracias, Aloisa, dijo Gabriel apretándole la mano. Ahora te toca á tí, Andres, prosiguió dirigiéndose al paje que le dió Diana de Castro. Tengo algunos encargos importantes que hacer, y tú que haces las veces de mi fiel escudero Martin Guerra, serás quien los evague.

—Estoy á vuestras órdenes, monseñor, dijo Andres.

—Oyeme, pues: dentro de una hora tengo que salir de casa, si vuelvo al instante, no haré nada, ó por mejor decir, harás lo que te

mande; pero es muy posible que no vuelva, ó que á lo menos no vuelva hoy ni mañana, ni en mucho tiempo....

La nodriza alzó los ojos al cielo sumamente afligida, y Andres interrumpió á su amo.

—Perdonadme, monseñor; ¿decís que puede ser que no volvais en mucho tiempo?

—Sí, Andrés.

—¿Y yo no os acompañó? ¡y quizá no os volveré á ver en mucho tiempo! prosiguió Andres, quien al oir aquella noticia se quedó triste y cortado.

—¡Así puede suceder á no dudarlo! dijo Gabriel.

—Es que la señora de Castro, continuó el paje, me dió para monseñor, ántes de ponerme en marcha, una carta.....

—¿Y porqué no me la has entregado, Andres? preguntó Gabriel con viveza.

—Dispensadme, monseñor, respondió Andres; pero no debía entregárosla hasta que no regresaseis del Louvre, si os veía muy triste ó furioso. Solo entonces, me dijo mi señora Diana, darás al señor de Exmés esta carta que contiene para él una advertencia y un consuelo.

—Oh! ¡dámela, dámela pronto! exclamó Gabriel. A mejor tiempo no puedo recibir consejos y alivio á mis males.

Andres sacó del jubón la carta cerrada perfectamente, y la entregó á su amo, quien rompió el sobre de prisa y corriendo, y se retiró á leerla al alfeizar de una ventana con persianas.

Hé aquí el contenido de esta carta:

“Amigo mío: entra las angustias y los delirios de esta noche en que vamos á separarnos, quizá para siempre, el pensamiento mas cruel que ha desgarrado mi corazón, es el que vais á saber.

“Bien podrá ser que al cumplir el grandioso y temible deber porque os afanais, tengais que poneros en contacto y en conflicto con el rey; bien podrá ser que si vuestra lucha obtiene un resultado imprevisto, os veais obligado á aborrecerle ó á castigarle....

“Gabriel, aun no sé si es mi padre: pero sé que hasta aquí me ha querido como á una hija, y si me estremezco en este momento con solo pensar en que tratareis de vengaros, moriría de dolor si esta venganza se realizase.

“Y sin embargo quizá me veré yo obligada por mi nacimiento á pensar como vos; quizá me veré tambien en la espantosa necesidad de tener que vengar al que será mi padre contra el que ya lo ha sido.

“Empero mientras esta terrible cuestión esté oculta para mí en las tinieblas de la duda, mién-

tres ignore á quien debo amar ó aborrecer; os conjuro, Gabriel, y creo que me obedecereis si es que me amais; á que respeteis la persona del rey.

“En la actualidad raciocino, si no sin emoción, á lo ménos sin pasión, y conozco que á los hombres no es permitido castigar á los hombres, sino á Dios....

“De consiguiente, amigo mío, suceda lo que sucediere, no quiteis á Dios el derecho de castigar, ni aun para descargar el golpe contra uno que sea culpable.

“Si lo es el que hasta aquí he tenido por mi padre, y puede muy bien serlo porque es hombre, no os convirtais en juez suyo, y mucho ménos en verdugo. Confiad, pues, en su justicia sin temor alguno.

“Empero á ménos que Dios no os haga instrumento suyo para imponer ese castigo implacable; á ménos que no se valga á pesar vuestra de vuestra mano: á ménos que no deis el golpe sin querer, no condeneis yo, ys sobre todo, no ejecutéis vos mismo la sentencia.

“Hacedlo, pues, amigo mío, por el amor que me teneis, y no olvidéis que esta es la última súplica que os dirige

DIANA DE CASTRO.”

Dos veces leyó Gabriel esta carta, pero du-

rante la lectura, Andres y la nodriza no sorprendieron en su pálido rostro otra señal que la de la triste sonrisa que en él se había hecho familiar.

Despues de doblar la carta de Diana, se la guardó en el pecho, permaneció algun tiempo sin pronunciar una palabra, con la cabeza inclinada y pensativo.

Luego, saliendo, por decirlo así, de aquel sueño, dijo con voz alta:

—Está bien: lo que tengo que mandarte no ha variado en nada, Andres, y si, como te iba diciendo, no vuelvo aquí al instante, oigas ó no hablar de mí, y suceda ó no cualquier cosa, he aquí lo que tendrás que hacer.

—Ya os escucho, monseñor, dijo Andres, y os obedeceré con puntualidad, pues os quiero bien y deseo complaceros.

—Dentro de algunos dias, dijo Gabriel, llegará á París la señora de Castro; haz de modo que puedas saber cuanto ántes para qué tiempo estará de vuelta.

—Eso es muy fácil, monseñor, dijo Andrés.

—Sal tambien á recibirla si es que puedes, y entrégale de mi parte ese paquete cerrado. Ten cuidado de que no se extravíe; Andrés, aunque solo contiene un velo de mujer. Entrégale este velo en mano propia, y dile . . .

—¿Qué la digo monseñor? preguntó Andres viendo que su amo titubeaba.

—No le digas otra cosa, repuso Gabriel, sino que es libre, y que le devuelvo todas sus promesas, inclusa la que garantiza este velo.

—¿Se os ofrece algo mas, monseñor? preguntó el paje.

—Nada mas, contestó Gabriel, ... Sin embargo, si no se oye hablar de mí, y ves inquieta á la señora de Castro, añade . . . . Pero de qué serviría? No añadas una palabra, Andres; pídele, si lo tienes á bien, que te admita á su servicio. Si no, vuélvete aquí y espera mi regreso.

—¿Con que volveréis, monseñor, no es cierto? preguntó la nodriza saltándose las lágrimas. Como deciais que quizá no se oiría hablar de vos . . . .

—Tal vez sea lo mejor, madre bondadosa, y en ese caso espérame, y confia.

—Confiar cuando hayais desaparecido para todos, y aun para vuestra nodriza? ¡Ah! ¡difícil será! exclamó Aloisa.

—Y quién te dice que desapareceré? repuso Gabriel. Es necesario preverlo todo, y si te he de decir la verdad, aunque tomo estas precauciones, tengo esperanzas de que dentro de poco te abrazaré con efusión. Esto será lo mas probable, pues la Providencia es una madre



El Señor de Salvoison, gobernador del Chatelet y que fué quien recibió á Gabriel la primera vez que visitó aquella cárcel, había muerto hacía poco, y el nuevo gobernador se llamaba el señor de Sazerac.

V.

En sentenciado á no hablar.

**E**l Señor de Salvoison, gobernador del Chatelet y que fué quien recibió á Gabriel la primera vez que visitó aquella cárcel, había muerto hacía poco, y el nuevo gobernador se llamaba el señor de Sazerac.

A este fué presentado el joven:

La ansiedad apretaba con tanta fuerza con su mano de hierro la garganta del pobre Gabriel, que no pudo articular una palabra; pero presentó al gobernador el anillo que le había dado el rey.

Sazerac se inclinó con gravedad.

—Os esperaba, caballero, dijo á Gabriel: hace una hora que he recibido la orden que os concierne, y con solo ver este anillo, debo, sin

pedir mas explicaciones, entregaron el preso sin nombre, que hace muchos años se halla en Chatelet con el número 21. ¿No es eso, caballero?

—Sí, sí, respondió Gabriel, quien recobró la voz con la esperanza. ¿Y esa orden, señor gobernador? . . .

—Estoy dispuesto á cumplirla.

—¡Oh! ¡oh! ¿de veras? preguntó Gabriel temblando de piés á cabeza.

—A no dudarlo, respondió Sazerac con un acento en que una persona indiferente hubiera notado cierto colorido de tristeza y amargura.

En cuanto á Gabriel, estaba demasiado turbado y absorto con su alegría.

—¡Ah, con que es cierto! exclamó; y no soy soñando! ¡ni duermo! Mi terror insensato si que era un delirio. . . . . ¿Con que vais á devolverme el preso? ¡Oír gracias, caballero; gracias. . . . . Pero corramos en su busca; os lo suplico.

Y dió dos ó tres pasos como para ir delante de Sazerac; pero aunque sufría con tanto vigor pesares, no podía resistir á la alegría y le faltaron las fuerzas, temiendo que pudiese un momento, pues latía su corazón con tal violencia y celosidad que creyó iba á ahogarse.

La pobre naturaleza humana no pudo resistir tantas emociones reunidas.

Pero en medio de aquella turbacion inexplicable, de aquella dicha insensata, daba gracias con todo su corazon á Enrique II, de quien provenia aquella embriaguez.

Y Gabriel repetia allá para sí el juramento de consagrarse su vida en servicio de aquel rey caballeroso y de sus hijos, preguntándose como había podido dudar ni un minuto siquiera de aquel magnifico y bondadoso soberano.....

Saliendo por fin Gabriel de su éxtasis, dijo al gobernador del Chatelet que se habia parado con él.

—Perdonadme, caballero, esta debilidad que me ha anonadado un instante. ¡Es tan pesada algunas veces la alegría!

—¡Oh! no os disculpeis, caballero, respondio el gobernador con voz profunda.

A Gabriel le llamó la atencion aquel tono, y fijó la vista en Sazerac.

Era imposible ver una fisonomia mas bondadosa, mas franca y honrada; todo denotaba sinceridad y buenos sentimientos en aquel gobernador.

Lo mas extraño, sin embargo de esto, es que el sentimiento que en aquel instante expresaba el rostro de aquel hombre de bien, al contemplar el júbilo de Gabriel, era una especie de tierna compasion.

Gabriel notó aquella expresión singular, y sobrecogido de un presentimiento funesto, pálidó de pronto.

Empero era de tal índole, que aquél vago temor, que fité á disminuir de repente su dicha, no hizo otra cosa que dar elasticidad á aquél valiente espíritu.

Gabriel alzó la cabeza, y dijo al gobernador:

—Vamos, caballero; ya estoy pronto á seguirlos.

El vizconde de Exmés y Sazerac bajaron á los calabozos detrás de un criado que llevaba una antorcha en la mano.

A cada paso que daba Gabriel se le venían á la memoria sus lúgubres recuerdos, y conocía, al dar la vuelta á los corredores y las escaleras, las paredes sombrías que ya había visto; sintiendo las tristes impresiones que allí sintió en otro tiempo, aunque sin poderlas explicar.

Así que llegaron á la puerta de hierro del calabozo en que había visto con el corazón oprimido al preso mío, callento y mudo, sin titubear ni un momento se paró diciendo con voz ahogada:

—Aquí es.

Pero Sazerac movió la cabeza con aire triste, y dijo:

—No, no es aquí todavía.

—¡Cómo! ¿no es aquí? exclamó Gabrich; ¿queréis burlaros de mí, caballeros?

—¡Oh! ¡caballero! dijo el gobernador en tono de dulce reconvención.

Un sudor frío corrió por la frente de Gabriel.

—¡Perdonadme! dijo. ¿Pero qué es lo que significan esas palabras? ¡Oh! hablad, hablad al instante.

—Estoy encargado, caballero, de manifestaros que anoche fué trasladado el preso que se hallaba en este calabozo á un piso mas bajo.

—Creo que sabéis se le había prevenido que solo con que procurase hablar á cualquier persona que fuese, con que exhalase el menor grito, ó tartamudease un nombre, aunque le preguntaran, sería trasladado sin detención alguna á otro calabozo mas profundo y temible que el suyo.

—Lo sé, dijo Gabriel, pero tan bajo, que el gobernador no lo oyó.

—Una vez, prosiguió Sazerac, se atrevió el preso á infringir el mandato, y entonces fué cuando le trajeron á este calabozo, bien cruel por cierto, donde vos lo vísteis, pues se me ha dicho que vos sabíais que el preso estaba condenado á no hablar en la vida.

—Efectivamente; efectivamente, dijo Gabriel con una especie de impaciencia temible. ¿Y qué mas, caballero?

—Anoche, continuó Sazerac en tono triste,

poco ántes de que se cerrasen las puertas exte-  
riores, vino al Chatelet un individuo poderoso,  
cuyo nombre débo callar por su respeto.

—¡No importa! seguid, dijo Gabriel.

—El hombre en cuestión, continuó Sazerac,  
mandó le condujesen al calabozo núm. 2, y yo  
vine acompañándole. Lo primero que hizo fué  
dirigir la palabra al preso: pero este no le con-  
testó, y yo creí que el anciano íba á salir ven-  
cedor de la tal prueba, pues durante media ho-  
ra guardó profundo silencio, á pesar de todo  
cuanto le dijó para provocarle.

Gabriel exhaló un suspiro y alzó los ojos al  
cielo, pero sin pronunciar una palabra para no  
interrumpir la lúgubre narracion del goberna-  
dor.

—Por desgracia, continuó este, al oír el an-  
ciano una frase que le dijeron al oído, se levantó  
de la silla, brotaron algunas lágrimas sus  
ojos de piedra, y habló. Estoy autorizado pa-  
ra referiros todo esto á fin de que creais mejor  
mi aseveracion cuando añada que el preso ha-  
bló. Sí, juro por honor que yo mismo lo oí.

—¿Y qué sucedió entonces? preguntó Gabriel  
con voz que destrozaba el alma.

—Entonces, continuó el gobernador, me man-  
daron, á pesar de mis observaciones y súplicas,  
que cumpliese con el bárbaro deber que me im-

pone mi empleo, y viendo que tenía que obedecer á una autoridad superior á la mía, y que si yo no lo hacía, no faltarían otros mas dóciles, dispuse que el guarda mudo que cuida del preso, lo trasladase al calabozo situado debajo de este.

—;Al calabozo situado debajo de este! exclamó Gabriel: ¡Oh! ¡corramos allá, pues le traigo la libertad.

El gobernador movió tristemente la cabeza; pero Gabriel no lo advirtió, pues iba bajando muy precipitado los peldaños resbaladizos y medio derruidos de la escalera que iba á parar al abismo mas profundo de aquella lugubre cárcel.

Sazerac tomó la antorcha de manos del criado, á quién despidió con un gesto, y poniéndose un pañuelo en la boca, siguió á Gabriel.

A medida que iba bajando era sofocante el aire.

Cuando llegaron al fin de la escalera, apenas podían respirar, conociéndose al primer punto de vista que únicamente los bichos inmundos que aplastaban horrorizados con el pie, podían vivir algunos minutos en aquel mortífero albergue.

Pero en nada de esto pensaba Gabriel, precipitándose en el calabozo.

A la luz de la antorcha podía verse en un

ríncon, sobre una especie de estiércol de paja, un cuerpo tendido.

Gabriel se arrojó sobre él, lo levantó, lo movió y gritó:

—¡Padre!

Sazerac tembló de espanto al oír aquel grito.

Los brazos y la cabeza del anciano cayeron inertes así que Gabriel dejó de mover el cuerpo.

Gabriel siguió arrodillado, y alzando únicamente la cabeza y mirando en derredor suyo con una tranquilidad de mal agüero. Parecía que reflexionaba; pero aquella calma conmovió y asustó mucho más a Sazerac que todos los gritos y sollozos.

Luego, como si se le hubiese ocurrido una idea de pronto, el joven puso una mano sobre el corazón del cadáver.

Por espacio de uno ó dos minutos prestó atención; y en seguida dijo con voz dulce y pausada, pero terrible:

—¡Nada! ¡nada! el corazón ha dejado de latir, pero el sitio que ocupa está todavía caliente.

—¡Qué naturaleza tan robusta! murmuró el gobernador; hubiera podido vivir aun mucho tiempo.

El cadáver tenía aun abiertos los ojos, y Gabriel se inclinó sobre él cerrándolos piadosamente; en seguida besó por primera y última

vez aquellos pobres párpados ya inertes, que tantas lágrimas debian haber mojado.

—Caballero, le dijo Sazerac, queriendo sacarle de aquella espantosa contemplacion; si el muerto era para vos una persona querida:....

—¡Una persona querida! interrumpió Gabriel; sí, sí, era mi padre.

—Pues bien, si quereis hacerle exequias nada os lo impide, pues se me ha permitido que os deje sacarlo de aquí.

—Ah! ¿de veras? dijo el jóven con su espantosa calma. Entónces son justos conmigo, y debo convenir en que han cumplido su palabra. Sabed, señor gobernador, que me habían jurado delante de Dios devolverme mi padre, y ya veis como me lo devuelven. Es verdad que no se comprometieron á entregármelo vivo.

Y prorumpió en una carcajada penetrante.

—¡Vamos, valor! dijo el gobernador; ya es tiempo de que os despidais del hombre cuya muerte lamentais.

—Y eso es lo que estoy haciendo, caballero, ya lo veis.

—Sí; pero es preciso que os vayais de aquí, pues el aire que en este sitio se respira no es bueno para el pecho, y podría seros peligroso el permanecer por mas tiempo en medio de estos miasmas deleterios.

—He aquí la prueba, dijo Gabriel señalando al cadáver.

—¡Vamos, vamos, venid conmigo, repitió el gobernador, tratando de coger del brazo al joven para sacarle fuera.

—Sí, sí: voy á seguiros, pero tened la bondad, dijo con voz suplicante, de dejarme aquí un minuto todavía.

Sazerac hizo un gesto de aquiescencia, y se alejó hasta la puerta, donde era algo menos espeso y mefítico el aire.

En cuanto á Gabriel, permaneció de rodillas junto al cadáver, con la cabeza inclinada, caídas las manos, inmóvil y mudo, rezando ó reflexionando profundamente.

Aquel mudo diálogo entre un padre sin vida y su hijo, fué un secreto que solo Dios lo sabe.

Habrían trascurrido cuatro ó cinco minutos, cuando empezó á faltar la respiración á aquellos dos hombres que habían ido á pisar unos sitios tan mortales, por lástima el uno, y por un deber de piedad filial el otro.

—Ahora me toca á mí suplicaros, dijo á Gabriel el gobernador; ya es tiempo de que subamos.

—Estoy pronto á seguiros, contestó Gabriel. Cogió la mano ya helada de su padre y la besó, se inclinó sobre su frente húmeda y descolorida, y puso en ella sus labios.

· A todo esto sin llorar, porque no podía.

—¡Hasta la vista! le dijo, hasta la vista!

En seguida se levantó, siempre tranquilo y firme, si no de corazón en su actitud, si no de alma, en la apariencia á lo menos.

Miró á su padre por última vez, le envió el último beso, y siguió al gobernador con paso lento y grave.

Así que llegó al piso superior, pidió se le permitiese volver á ver la celda oscura y fría en que el preso había estado tantos años y sufrido tantos dolores, y donde ya había entrado Gabriel sin abrazar á su padre.

Tambien allí permaneció algunos minutos meditando sin decir una palabra, y mirándolo todo con ávida y desconsoladora curiosidad.

Cuando volvió á recobrar, en compañía del gobernador, la luz y la vida, le introdujo Sazérac en su aposento, no sin estremecerse así que le vió á la claridad del día.

Pero no se atrevió á decir al jóven qué sus cabellos castaños habían encanecido á trechos.

Lo que le dijo fué, al cabo de un momento de pausa:

—¿Qué es lo que puedo hacer ahora por vos, caballero? Hablad, pues será para mí una fortuna concederos todo cuanto no me esté prohibido en el desempeño de mi destino.

—Caballero, contestó Gabriel, me habeis dicho que puedo hacer exequias al muerto, y de consiguiente, esta noche vendrán aquí unos hombres enviados por mí. Tened la bondad de disponer sea colocado el cadáver en un ataúd, y dejad que se lo lleven, para que pueda ser enterrado en el panteón de su familia.

—Eso basta, caballero, respondió Sazerac; mas debo, sin embargo, advertiros, que quieren sea tolerante con una condicion.

—¿Y cuál es, caballero? preguntó Gabriel con frialdad.

—Que prometais no dar escándalo alguno con este motivo.

—Lo prometo y lo cumpliré, dijo Gabriel. A la noche vendrán los hombres, y sin saber siquiera de quién se trata, trasladarán el cadáver á la calle de los Jardines de San Pablo, para que sea depositado en el panteón de los condes de . . . .

—Dispensadme el que os interrumpa, dijo el gobernador con viveza; no sabía cómo se llamaba el preso, y ni quiero ni debo saberlo. He tenido que callar acerca de muchos puntos, porque así debía hacerlo, y porque lo había prometido, y de consiguiente vos debeis guardar conmigo igual reserva sobre el particular.

—Pero yo nada tengo que ocultar, respondió.

Gabriel con irritado orgullo: los criminales son los que esconden la cara.

—Y vos perteneceis al número de los desgraciados, dijo el gobernador; ¿no vale eso mucho más?

—Por otra parte, caballero, continuó Gabriel, lo que vos habéis callado lo he adivinado yo, y podría decíroslo. Por ejemplo, sé, poco mas ó meno, los medios de que se valió para hacer hablar al preso el hombre poderoso que viro aquí anche, con el objeto de que rompiese un secreto de que dependia el resto de vida que hasta aquí había disputado á sus verdugos.

—¿Cómo? ¿Vos sabeis? .... dijo Sazerac, sombrado.

—A no dudarlo, contestó Gabriel; el hombre poderoso dijo al anciano: ¡Vuestro hijo vive! O bien: vuestro hijo acaba de cubrirse de gloria! O vuestro hijo va á venir á poneros en libertad! En fin, el infame le ha hablado de su hijo á quien tanto estimaba.

El gobernador dejó escapar un movimiento de sorpresa.

—Y al oír el nombre de su hijo, continuó Gabriel, el desgraciado padre que hasta aquí había sabido contenerse delante de su mortal enemigo, no pudo reprimir un impulso de alegría; y si el odio le impedía hablar, el cariño le hizo

exhalar una exclamacion. ¡No es verdad, caballero?

El gobernador bajó la cabeza sin responder,

—Puesto que no negais, prosiguió Gabriel, es cierto: ya veis que era inútil el ocultarme lo que el hombre poderoso dijo al pobre preso. En cuanto á su nombre, ¿quereis que os lo diga?

—¡Caballero! ¡caballero! exclamó Sazerae, con viveza; es verdad que estamos solos, pero mirad lo que haceis!... ¿No temeis?....

—Ya os he dicho, contestó Gabriel, que no tengo porque temer. ¡Ese hombre es Montmorency, condestable y duque! ¡Oh! El verdugo no podia permanecer encubierto siempre.

—¡Caballero! interrumpió el gobernador, mirando como asustado.

—Por lo que hace al nombre del preso, continuó Gabriel con tranquilidad, y al mío, los ignorais; pero nada se opone á que os lo diga. Además, quizá no sea esta la última vez que nos veamos, quizás nos volveremos á encontrar en el mundo; y como os habeis portado conmigo en estos momentos supremos con suma bondad, bueno será que cuando oigais nombrarme, lo cual sucederá tal vez dentro de algunos meses, sepais que el hombre de quien se habla os queda obligado desde hoy.

—Y para mí será una suerte, dijo Sazerae.

Tomo V.

poder saber que no siempre os ha tratado esta con crueldad.

—¡Oh! contestó Gabriel, en tono grave, yo no me cuido de eso; pero con todo, sabed que desde esta noche que ha muerto mi padre en un calabozo, me llamo el conde de Montgomery.

El gobernador del Chatelet se quedó petrificado, y no pudo contestar una palabra.

—Ahora quedad con Dios, caballero, prosiguió Gabriel; con Dios, y gracias. Dios os guarde.

Y saludando á Sazerac, salió del Chatelet con paso firme.

Pero cuando sintió el aire exterior se paró un minuto, deslumbrado, admirándose al salir de aquel infierno, de que aun estuviese con vida.

Sin embargo, viendo que los que pasaban le miraban sorprendidos, reunió sus fuerzas y se alejó de aquella plaza fatal.

Al principio se dirigió á un sitio desierto de la playa, y sacando su librito de memoria, que eran unas tablillas, escribió á su nodriza lo siguiente:

“Mi buena Aloisa,

“De seguro te digo que no me esperes, pues no volveré á casa hoy. Tengo necesidad durante algun tiempo de estar solo, caminar, pensar y

esperar; pero no te inquietes por mí, pues amo que volveré.

“Haz que esta noche se recojan temprano todos los de casa, y quédate tú sola para abrir la puerta á cuatro hombres que irán á llamar poco ántes de las doce, á cuya hora ya está desierta la calle.

“Acompaña á esos cuatro hombres al panteón de la familia, pues llevan una carga lugubre y preciosa.

“Enséñales el sepulcro en que deben sepultar el cadáver, y cuida religiosamente de todos estos fúnebres preparativos. Luégo, así que se hayan terminado, da á los hombres cuatro escudos de oro, acompáñalos hasta la puerta de la calle sin hacer ruido, y vuelve en seguida á arrodillarte al pie de la tumba, y á rezar como si el muerto fuese tu amo ó tu padre.

“Yo tambien rezaré á esa misma hora, pero lejos de aquí, pues conozco que al ver esa tumba no podría contenerme, y ántes de recurrir á medios extremos, necesito pedir consejos á la soledad y á Dios.

“Hasta la vista, mi buena Aloisa, hasta la vista. Recuerda á Andres lo concerniente á la señora de Castro, y acuérdate tú de lo que concierne á mis huespsdes Juan y Babette Peúquoy. Hasta la vista, y Dios te guarde.”

“Gabriel de M.”

Escrita esta carta, Gabriel buscó quien la llevase, y encontró cuatro trabajadores.

A cada uno de ellos le dió cuatro escudos adelantados, y les prometió otros tantos para despues, diciéndoles que uno de ellos debía llevar al momento la carta á donde rezaba el sobre; y que así que llegase la noche, fuesen los cuatro á Chatelet, poco ántes de las diez, á recibir de manos del gobernador un ataúd, conduciéndolo, sin que nadie lo supiese, á la calle de los Jardines de San Pablo, al palacio á que iba dirigida la carta.

Los pobres trabajadores dieron las gracias á Gabriel, enajenados de gozo, y se separaron del desconocido, ofreciéndole cumplirán exactamente sus órdenes.

—¡A lo menos, hago felices á cuatro! se dijo Gabriel á sí mismo, con triste alegría, si podemos expresarnos así.

Y prosiguió su ruta para salir de París.

Teniendo que pasar por delante del Louvre, se embocó en su capa, y con los brazos cruzados, se paró algunos momentos á contemplar el palacio real.

—Ahora ya nos veremos las caras los dos, murmuró, lanzando una mirada de desafío.

Y volvió á ponerse en marcha, recitando de memoria el horóscopo que Nostradamus escri-

bijó en otro tiempo para el conde de Montgommery, y que por una extraordinaria coincidencia convenía exactamente á su hijo, con arreglo á las leyes de la astrología. El horóscopo decía así:

En amores ó en justas, con su mano  
llamará al soberano;  
y si no lo lastima, pondrá ufano  
cuernos al soberano:  
quiera ó no quiera, en el obrar liviano  
herirá al soberano;  
pero de una mujer amor insano  
salvará al soberano.

Gabriel iba pensando que esta singular predicción se había realizado en un todo por lo que respecta á su padre; y efectivamente, el conde de Montgommery, que siendo jóven hirió á Francisco I en la cabeza, con un tizón encendido, después fué rival en amores de Enrique, y acababa en fin de morir por instigaciones de la dama del rey, dama que le había amado.

Tambien Gabriel había sido amado por una reina, esto es, por Catalina de Médicis.

¿Sería igual su destino? ¿La suerte ó la venganza le proporcionaría ocasión de vencer al rey y herirle en alguna justa?

Como ésto sucediese, poco importaba á Gabriel que la querida del rey que le había amado le matase tarde ó temprano.

Aloisa, á pesar de que estaba acostumbrada á esperar, á estar sola y á sufrir, pasó dos ó tres horas mortales, sentada delante de la ventana, y mirando á la calle por si veía su querido amo.

Cuando llamó á la puerta el trabajador á quien Gabrìel encargó llevase la carta, corrió á abrir Aloisa, pensando que al fin iba á tener noticias.

—Terribles noticias, por cierto! Así que Aloisa empezó á leer la carta, sintió que turbaba su vista un espeso velo: á fin de ocultar su emoción tuvo que retirarse á su aposento, donde no sin trabajo acabó de leer la carta fatal, con los ojos bañados en lágrimas.

Sin embargo, como era de una naturalaza robusta, y tenía un alma muy fuerte, se dominó, enjugó su llanto, y salió para decir al mensajero:

—Está bien; hasta la noche; os aguardaré; así como á vuestros compañeros.

Andres le preguntó con ansiedad; pero apagó el contestar para el día siguiente, pues hasta entonces bastante tenía en qué pensar y hacer. Así que llegó la noche, mandó acostar muy temprano á todos los criados, diciéndoles:

—Seguramente no vendrá el amo esta noche.

Mas cuando se vió sola, se dijo á sí misma:

—¡Sí! El amo vendrá; pero ¡ay de mí! no re-

— 103 —

es elijóten; sino el viejo; no será el vivo, sino el muerto!... ¡Pues qué cadáver, sino el del conde de Montgomery, me mandan que conduzca al Panteón?... ¡Oh!, mi noble señor!... ¡Conque habeis ido á reuniros con mi pobre Perret que murió por vos!... ¡Pero basta con vos á la tumba vuestra secreta!... ¡Oh! misterios!... ¡En todas partes misterios y terror!... ¡Mas no importa! Obedeceré sin saber, sin comprender, sin esperar nada; tal es mi deber; y lo cumpliré, ¡Dios mío!

Y Aloisa salió de su dolores contemplación, para rezar con fervor, porque cuando el peso de la vida es demasiado gravoso para el alma humana, acostumbra refugiarse en el seno de Dios. A eso de las once, hora en que las calles están enteramente desiertas, sonó en la puerta un golpe sordo.

Aloisa se estremeció y se puso pálida; pero reuniendo todo su valor, cogió una bugía, y fué á abrir á los hombres que llevaban la lugubre carga.

Con un saludo tan profundo como respetuoso recibió al señor que volvía de aquel modo á su casa, después de estar ausente tanto tiempo, y luego dijo á los conductores:

— Seguidme, haciendo el menor ruido posible, voy á enseñaros el camino, yendo delante de ellos con la luz.

Así que llegaron, los hombres depositaron el ataúd en uno de los sepulcros que estaban abiertos, pusieron la tapa de mármol negro, y quitándose luego los gorros, porque los sufridores habían hecho religiosos á aquellos pobres hombres; se arrodillaron y rezaron, durante algunos minutos, por el alma de aquel difunto desconocido.

Cuando se levantaron, volvió á acompañarles la nodriza, sin pronunciar una palabra; y ya en el umbral de la puerta, dió á uno de ellos la cantidad que Gabriel les había prometido. Los conductores del cadáver se alejaron como unas sombras, sin desplegar sus labios.

En cuanto á Aloisa, volvió á bajar al panteón, y pasó lo que quedaba de la noche en rezar de rodillas y en llorar.

A la mañana siguiente, la encontró Andrés pálida, pero tranquila; y lo único que oyó de su boca en tono grave, fué:

—Hijo mío: debemos continuar teniendo esperanza; pero no aguardemos al señor vizconde de Exnés. Desempeñad, pues, los encargos que os hizo para en caso de que no volviese al instante.

—Está bien, dijo el paje, con voz triste; hoy mismo pienso salir á recibir á la señora de Castro.....

—En nombre de vuestro amo os doy gracias por ese zelo, dijo Aloisa.

El mancebo hizo lo que decía, poniéndose en camino aquel mismo día.

En varios puntos preguntó por la ilustre viajera; pero no la encontró hasta Amiens.

Diana de Castro acababa de llegar á aquella población, con la escolta que el duque de Guisa proporcionó á la hija de Enrique II, y se había apeado con el objeto de descansar algunas horas en casa del señor de Thuré, gobernador de la plaza.

Así que Diana vió al paje, mudó de color, pero dominándose, le hizo señas de que la siguiese á la habitación inmediata, y le preguntó luego que estuvieron solos.

—¿Qué me traes, Andros?

—Nada mas que esto, señora, respondió el paje, entregándole el velo empaquetado.

—Y el anillo no! exclamó Diana.

—Esto es cuanto vió en un principio; y luego, repitiéndose en un tanto, y llevada de la insaciable curiosidad que induce á los desgraciados á averiguar toda la extensión de su dolor, preguntó á Andros con viveza:

—¿No te ha dado el señor de Estrés ninguna carta para mí?

—Ninguna, señora.

—Pero te habrá hecho algún encargo de palabramos? . . .

—Ah! contestó el paje moviendo la cabeza, lo único que me ha dicho el señor de Exmés, es que os devolvía, señora, todas vuestras promesas, incluso la que garantiza el velo, sin añadir nada más.

—Pero en qué circunstancias te envió en busca mía? ¿Había recibido ya mi carta? ¿Qué dijo así que la leyó? ¿Qué dijo también al entregarte este paquete? Habla, Andres; de tus respuestas depende quizás el mayor interés de mi vida, y el menor indicio podrá servirme de guía en medio de las tinieblas de que me hallo rodeada.

—Señora, dijo Andres, voy á manifestaros todo lo que sé, aunque es muy poco.

—¡No importa! habla, habla, exclamó la señora de Castro.

Entonces contó Andres, sin omitir nada, pues Gabriel no le encargó guardase secreto, todo lo que su amo dijo antes de marcharse, á Aloisa y á él, previendo que su ausencia iba á prolongarse. Refirió la indecisión y las angustias del joven; dijo que así que Gabriel leyó la carta de Diana, quiso hablar en un principio, y que luego acabó por guardar silencio, soltando únicamente algunas palabras vagas; y por último, se

gun había prometido, nada dejó olvidado, ni un gesto, ni una media palabra, ni una reticencia. Pero como lo que sabía era muy poco, su narración solo sirvió para aumentar las dudas e incertidumbres de Diana.

Así es que se quedó mirando tristemente á quel velo negro, único mensajero, verdadero símbolo de su destino, y parecía quería pedirle consejo.

Y Diana se interrogaba á sí misma, para saber si debía seguir su primitivo intento, y volver á entrar, para nunca salir de él, en algún convento de París, ó de las provincias, ó si debía regresar á la corte, procurar ver á Gabriel, sacarle la verdad acerca de lo que había sucedido y lo que pensaba hacer, y mirar en todo caso por la vida del rey, de su padre, que quizá se hallaba amenazada.

¿De su padre hemos dicho? ¿Pero era padre suyo Enrique II? No era precisamente una hija impía y culpable, si ponía trabas á la venganza que querían imponer al rey? ¡Terrible extremo!

Empero Diana era mujer, y mujer tierna y generosa, de suerte, que se dijo á sí misma, que sucediera lo que sucediera, podría arrepentirse de haberse dejado llevar de la cólera, mas nunca de haber perdonado; y arrastrada por la inva-

cínacion natural en ella, á ser bondadosa, se decidió á volver á París, y permanecer al lado del rey para servirle de protección y salvaguardia, hasta el día en que tuviese noticias satisfactorias de Gabriel acerca de sus proyectos. ¿Quién sabe tambien si el mismo Gabriel necesitaría de su intervencion? Ya tendría tiempo de refugiarse en el seno de Dios, así que hubiese salvado á las personas á quienes amaba.

Una vez tomada esta resolucion, sin vacilar la valerosa Diana, continuó su camino para París.

Al cabo de tres días llegó á la corte, y se apó en el Louvre, donde la recibió Enrique II con sumo regocijo y la ternura propia de un padre.

Pero, por mas que hizo, no pudo menos que recibir aquellas demostraciones de cariño con tristeza y frialdad; y hasta el mismo rey, que se acordaba de la inclinación que Diana tenía á Gabriel, se sintió turbado y conmovido en presencia de su hija, porque le recordaba cosas que mejor hubiera querido olvidar.

Así es que no se atrevió á hablarle del matrimonio proyectado entre él y Francisco de Montmorency, y sobre este punto á lo menos, pudo estar tranquila la señora de Castro.

Otros pesares la tormentaban, sin embargo,

pues ni en el palacio de Montgomery, ni en el Louvre, ni en parte alguna, había noticias positivas del vizconde de Exmés.

El joven había desaparecido en cierto modo. Días, semanas, meses enteros transcurrían, y por mas que Diana preguntaba directa ó indirectamente, nadie podía decir lo que había sido de Gabriel.

Algunos creían, sin embargo, que le habían encontrado taciturno y sombrío; pero nadie le había hablado, porque el alma en pena que les pareció Gabriel, se alejó de ellos desde luego. Por otra parte, todos disentían acerca del sitio por donde habían visto pasar al vizconde de Exmés, diciendo unos, que había sido en San German, otros, en Fontainebleau, estos en Vincennes, y aquellos en París. ¿Qué fondo podía sacarse de aquellas noticias contradictorias?

Y sin embargo, muchos tenían razon; pues efectivamente, impulsado Gabriel por un recuerdo terrible, y un pensamiento mas terrible aun, no permanecía ni un día en un mismo sitio, y una necesidad eterna de obrar y moverse, le arrojaba de un paraje así que llegaba á él. A pie ó a caballo, en las poblaciones ó en las campañas, tenía que andar sin cesar, pálido y fatídico, como el Oroeste que nos pinta la antigüedad perseguida por las furias.

Por lo demas, siempre andaba vagando por el campo, á la luz del sol ó de las estrellas, y no entraba en las casas hasta que le obligaba á ello la necesidad.

Una vez, sin embargo, Ambrosio Paré, que regresó á París luego que curó á sus heridos, y se apaciguaron algun tanto en el Norte las hostilidades, vió entrar en su casa y sentarse á su lado á su antiguo conocido el vizconde de Exmés, á quien recibió cordialmente, como debía hacer con un caballero y un amigo. Gabriel, como si volviese de un país extranjero, preguntó al cirujano muchas cosas que nadie ignoraba.

El primero de quien se informó fué de Martín Guerra, y supo, que restablecido del todo, debia á aquellas horas hallarse en camino para París. En seguida le preguntó acerca del duque de Guisa y del ejército, y Paré le dijo que todo íba allí á las mil maravillas, que el Acuchillado se hallaba delante de Thionville, que el mariscal Thremes se había apoderado de Dunkerque; que Gaspar de Thavannes era dueño de Guines y el país de Oie; y que ya no quedaba á los ingleses, segun había jurado Francisco de Lorena, ni una pulgada de terreno en todo el reino.

Gabriel oyó con gravedad, y con bastante frialdad al parecer, aquellas noticias, y en seguida dijo á Ambrosio Paré:

—Os doy las gracias, y me alegra de saber que á lo ménos para Francia tendrá buenos resultados nuestra empresa de Calais. Sin embargo, no es la curiosidad de informarme de esas cosas lo que me trae aquí. Antes de admiraros á la cabecera de los heridos, me acuerdo de que vuestras palabras me conmovieron profundamente cierto día del año pasado, en la casita de la calle de Santiago, y vengo á hablar con vos acerca de esas materias religiosas que tan bien penetra la luz de vuestros pensamientos. ¿Supongo que habreis abrazado definitivamente la causa de la reforma?

—Efectivamente, señor de Exmés, dijo Ambrosio Paré, con firmeza. La correspondencia que ha querido sostener conmigo el gran Calvinista, ha desvanecido todas mis dudas, todos mis escrúpulos; y en la actualidad, soy el reformista de mas convicción que haber pueda.

—Pues bien, dijo el vizconde de Exmés, ¿quereis comunicar vuestras luces á un neófito animado de la mejor voluntad? De mí es de quien hablo; ¿quereis afirmar mi fé vacilante así como componeis un miembro roto?

—Mi deber es aliviar en cuanto pueda las almas de mis semejantes, lo mismo que sus cuerpos, dijo Ambrosio Paré. Estoy á vuestras órdenes, señor de Exmés.

Y estuvieron hablando durante mas de dos horas, Ambrosio Paré con ardor y elocuencia, y Gabriel tranquilo, triste y dócil.

En seguida se levantó Gabriel, y estrechando la mano al cirujano, le dijo:

—Gracias; esta conversacion me ha hecho mucho bien. Por desgracia, no es tiempo aun de que pueda declararme abiertamente reformado, y tendré que esperar por interes á la misma religion. De otro modo, mi conversion podría acarrear á vuestra santa causa persecuciones, ó á lo ménos calumnias. Yo sé lo que digo. Pero ahora comprendo, gracias á vos, que vuestros correligionarios marchan por el verdadero camino; y podeis creer que soy vuestro de corazon, ya que no de hecho. Adios, Paré, adios; ya nos veremos.

Y sin dar mas explicaciones, Gabriel saludó al filósofo y salió.

A principios del mes siguiente, esto es, en Mayo de 1558, se presentó por primera vez desde su misteriosa marcha, en el palacio situado en la calle de los Jardines de San Pablo.

Hacia quince días que Martin Guerra había vuelto á él, y tres meses que Juan Peuquoy y su esposa Babette permanecian con Aloisa.

Pero no queriendo Dios que Juan sufriese hasta el fin la pena del sacrificio que se había

impuesto, ni tal vez que quedase totalmente impune la falta de Babette, algunos días ántes había esta dado á luz un niño muerto.

La pobre madre lloró, y mucho, inclinó la cabeza ante un dolor que se le presentaba en su arrepentimiento como una expiacion; y así como Juan Peuquoy le había ofrecido generosamente su sacrificio, ella le ofreció su resignacion.

Por otra parte, no faltaron á la afligida jóven los consuelos afectuosos de su marido, y las reflexiones maternales de Aloisa.

Martin Guerra, con su acostumbrada llaneza, la animaba tambien allá á su modo.

Un día en que los cuatro estaban hablando amistosamente, se abrió la puerta, y con gran sorpresa suya, con extraordinario júbilo, vieron entrar con paso lento y mesurado, al dueño de la casa, al vizconde de Exmés.

Sus gritos se confundieron, Gabriel no tardó en verse rodeado por sus huéspedes, su escudero y su nodriza.

Así que se calmaron los primeros transportes, Aloisa trató de preguntar al que en voz alta llamaba su señor, aunque allá en su corazon le decía hijo:

—¿Qué había hecho durante aquella larga ausencia? ¿qué íba á hacer ahora? ¿Permanecería, en fin, al lado de los que tanto le querían?

Gabriel se llevó un dedo á los labios, y con una mirada triste, pero firme, impuso silencio á la tierna solicitud de Aloisa.

Era evidente que no quería ó que no podía explicarse acerca de lo pasado ni de lo porvenir....

Pero en revancha, interrógó á Babette y Juan Peuquoy, preguntándoles si les había faltado algo, y si hacía mucho tiempo que no habían recibido noticias de su hermano Pedro, que se había quedado en Calais.

Luego compadeció á Babette, y procuró consolarla, hasta donde puede ser consolada una madre que llora á su hijo.

Gabriel pasó, pues, el resto del día, en medio de sus amigos y sirvientes, tratándolos con afecto y bondad; pero sin poder sacudir un solo instante la negra melancolía que le devoraba.

En euanto á Martin Guerra, quien no quitaba los ojos de su querido amo, le habló Gabriel, informándose de sus cosas con mucho interes; pero en todo el día no dijo una palabra de la promesa que en otro tiempo le hizo, como si se le hubiese olvidado la obligacion que se había impuesto de castigar al ladron de nombre y de honra que tanto perseguía al pobre Martin.

Este, por su parte, era demasiado respetuoso y muy poco egoísta, para ir á llamar la atencion del vizconde de Exmés sobre este asunto.

Pero así que llegó la noche, se levantó Gabriel, y dijo, con un tono que no admitía ni contradicción ni réplica.

—Ya es hora de que me vuelva á marchar.

Luego, volviéndose hacia Martín Guerra, añadió:

—Martín, en mis correrías me he ocupado de tí; y como nadie me conocía, preguntaba, indagaba, y creo que he dado con la verdad de lo que te interesaba, pues has de saber qué me acordaba perfectamente del compromiso que había contraido contigo.

—¡Oh, monseñor! exclamó el escudero, contento, al mismo tiempo que corrido.

—Te repito, que tengo indicios suficientes para creer estoy en camino de descubrir lo que te concierne; pero es preciso que tú me ayudes, amigo. Parte esta misma semana para Rieux, para tu país, mas no vayas allí directamente: lo que has de hacer es estar en León de aquí á un mes; yo iré á buscarte, y nos pondrémos de acuerdo para obrar de consuno.

—Os obedeceré, monseñor; ¿pero no os volveré á ver hasta entonces?

—No, no; es preciso que esté solo en adelante, contestó Gabriel con energía. Me marcho otra vez, y no procureis detenerme, porque no conseguireis otra cosa mas que aflijirme. Adios,

mis buenos amigos. Martin, acuérdate que dentro de un mes has de estar en Leon.

—Allí os esperaré, monseñor, dijo el escudero.

Gabriel se despidió cordialmente de Juan Peuquoy y su esposa, estrechando en sus manos las de Aloisa, y sin atender á su dolor se puso en marcha por segunda vez, para seguir entregado á la vida errante á que al parecer se había condenado.

Seis semanas despues, esto es, el 15 de Junio de 1558, en la aldea de Artigues, cerca de Rieux, en el umbral de la casa mas bonita, una parra cubierta de verdes pámpanos, y que se encaramaba por la oscura pared, servía de fondo á un cuadro doméstico y campestre, que no porque fuese algo tosco, dejaba de tener cierto interés.

Un hombre, que á juzgar por sus empolvados piés, acababa de andar mucho, estaba sentado en un banco de madera, y daba sus zapatitos á una mujer que, arrodillada delante de él, acababa de desatárselos.

El hombre fruncía el entrecejo, y la mujer se sonreía.

—¿Acabarás de una vez, Beltrana? dijo el hombre, con dureza, eres tan torpe y pesada, que no puedo sufrirte.

—Ya están, Martín, dijo la mujer, con tono de mansedumbre.

—¿Está ya? repitió el que pasaba por Martín, refunfuñando. ¿Y los otros zapatos? Apuesto á que eres tan tonta que no has tenido la precaucion de traerlos, y tendré que estar descalzados minutos á lo ménos.

Beltrana corrió á casa, y no había pasado un segundo, cuando ya estaba de vuelta con otros zapatos, que se apresuró á poner á su dueño y señor.

Nuestros lectores habrán conocido sin duda alguna que uno de aquellos personajes era, aunque con el nombre de Martin Guerra, Arnaldo del Thill, siempre imperioso y brutal, y el otro Beltrana de Rolls, infinitamente mas dócil que ántes, y prodigiosamente avenida á la razon.

—¿Y mi vaso de aguamiel, dónde está? preguntó Martin con el tono regañón.

—Te lo tengo dispuesto, amigo mío, dijo Beltrana con temor, y voy á buscarlo.

—¡Esto de que siempre he de tener que esperar! dijo el otro dando una patada en el suelo impaciente. Vamos, despáchate, ó si no....

Con un gesto expresivo acabó lo que quería decir.

Beltrana salió y volvió como un relámpago

con un vaso de aguamiel, que Martin le quitó de las manos, bebiéndoselo de un trago con gusto.

—¡Está bien! se dignó decir devolviendo á su mujer el vaso vacío.

—¡Pobre Martin! ¡y qué acalorado vienes! se aventuró entonces á decir esta, enjugando la frente con un pañuelo á su esposo. Mira, ponte el sombrero, no sea que te dé un aire. ¡Estás muy cansado, no es verdad?

—Como que es preciso, contestó Martin Guerra, siempre refunfuñando, conformarse con las necias costumbres de este pais tan tonto, y todos los años en el aniversario de nuestra boda, ir á convidar á comer por todas las aldeas inmediatas, á una porcion de parientes hambrientos!.... ¡A mí se me había olvidado una costumbre tan estúpida, y si tú no me la hubieras recordado ayer!.... En fin, el convite está hecho, y dentro de dos horas se hallará aquí toda la parentela con sus voraces mandíbulas.

—Gracias, amigo mío, dijo Beltrana, tienes razon en decir que es una costumbre absurda; pero es preciso conformarse con ella, para no pasar por desdefiosos é insolentes.

—Raciocinas muy bien! dijo Martin Guerra

con ironía. ¿Y tú, holgazana, qué has hecho?  
¿está puesta la mesa en el huerto?

—Sí, Martín, segun lo mandaste.

—¿Has ido tambien á convidar al juez? pre-guntó el tierno esposo.

—Sí, Martín, contestó Beltrana, y me ha di-chó que hará lo posible por asistir al banquete.

—¡Que hará lo posible! exclamó Martín fu-rioso. ¡Nada de eso! es necesario que venga. ¡Le convidarías de mala gana! Tengo interes en contemplar á ese juez; ya lo sabes; pero haces cuanto puedes por disgustarme. Estando él presente, era el único modo de sufrir mejor la fastidiosa costumbre, la inútil carga de este ri-dículo aniversario, y nada!!

—Ridículo aniversario el de nuestro casa-miento! replicó Beltrana llorando. ¡Ah! Mar-tín, seguramente eres en el día un hombre ins-truido, has visto y viajado mucho, y puedes despreciar las antiguas costumbres del país... . . pero no importa! ese aniversario me recuerda un tiempo en que éras ménos severo y mas tier-no con tu pobre mujer.

—Sí, dijo Martín Guerra con risa sardónica, y en que mi mujer era ménos amable y mas áspera para mí, y en que se proposaba algunas veces hasta....

—¡Oh! ¡Martín! ¡Martín! exclamó Beltrana, no me recuerdes cosas que me hacen poner en-

carnada, y de que en el día apéñas me acuerdo.

—¡Pues yo sí! ¡cuándo yo fuí tan bestia que sufri!.... ¡Ah! ¡ah! ¡ah!..... Pero dejemos eso: mi carácter se ha modificado mucho, y el tuyo tambien, me complazco en hacerte justicia. Efectivamente, desde ese tiempo he visto tierras; tus malos tratamientos me obligaron á correr mundo, y al volver aquí el año pasado, restablecí las cosas en su estado natural. Para ello no he hecho mas que traer conmigo otro Martin, llamado Martin Palo. Gracias á esto, todo marcha á medida de mis deseos, y somos los mejores casados del mundo.

—Es verdad, dijo Beltrana.

—¿Beltrana?

—¿Qué quieres, Martin?

—Inmediatamente vas á ir, dijo Martin Guerra en tono soberano, á casa del juez de Artigues. Así que le veas, vuelve á instarle, hasta que prometa formalmente concurrir á nuestro banquete, y ten entendido que si no viene, á nadie mas que á tí echaré la culpa. Anda á donde te digo, y vuelve pronto.

—Voy y vuelvo al momento, dijo Beltrana, no tardando un minuto en desaparecer.

Arnaldo del Thill la siguió con la vista, y así que se quedó solo, se tendió perezosamente en su banco de madera, tomando el aire y guimán-

do los ojos con el egoísmo y desden del hombre dichoso que nada tiene que temer ni desear.

Así es que no vió á un viajero que, apoyándose en un bastón, cruzaba por el camino trabajosamente, solo á aquellas horas en que el sol caía á plomo, y que se paró delante de Arnaldo.

—Compañero, le dijo, ¿hay en ésta aldea alguna posada donde pueda descansar y comer?

—No, contestó Arnaldo sin moverse siquiera; para encontrar una fonda teneis que ir hasta Rieux, que dista dos leguas.

—¡Dos leguas todavía! exclamó el viajero, cuando ya no puedo conmigo de cansado que estoy. Dé buena gana daría una moneda de cuarenta reales por albergue y comida.

—Una monedá de cuarenta reales! dijo Arnaldo, siempre el mismo cuando se trataba de dinero. Si queréis, buen hombre, en mi casa podremos daros una cama, aunque sea en un rincón, y en cuanto á la comida, hoy tenemos banquete para celebrar un aniversario, y un invitado mas no estorbará. ¿Os conviene?

—A no dudarlo, contestó el viajero; ya os he dicho que me estoy cayendo de cansancio y de hambre.

—Pues bien, es cosa hecha, dijo Arnaldo; podeis quedarnos por esa moneda.

—Tomadla adelantada, dijo el viajero.

Arnaldo se puso en pie para tomarla, levantándose al mismo tiempo el sombrero que le tapaba los ojos y el rostro.

Así que el forastero vió sus facciones, retrocedió sorprendido exclamando:

—¡Mi sobrino! ¡Arnaldo del Thill!!

Arnaldo se puso pálido; pero reponiéndose al instante, dijo:

—¿Yo vuestro sobrino? si no os conozco.... ¿quién sois?

—¿No me conoces, Arnaldo? repuso el buen hombre; ¿no conoces á tu anciano tío por parte de madre, Carbon Barreau, á quien tanto diste quehacer, lo mismo que á toda tu familia?

—A fé mía que no, dijo Arnaldo con insolente risa.

—¡Cómo! ¿remiegas de mí y de tí? prosiguió Carbon Barreau. ¿No eres tú, dí, quien mató á pesadumbres á tu madre, hermana mía, y viuda, abandonándola en Sagías habrá diez años? ¡Ah! ¿con que no me conoces, mal sobrino? Pues yo te conozco!

—No entiendo una palabra de cuanto me decís, contestó sin desconcertarse el impudente Arnaldo. Yo no me llamo Arnaldo, sino Martin Guerra y no soy de Sagías, sino de Artigues. Los ancianos de este mismo país me han visto nacer y lo atestiguarían en caso necesario,

y así, si queréis que se burlen de vos, no teneis mas que repetir vuestro dicho delante de mi mujer Beltrana de Rolls y todos mis parientes.

—¡Vuestra mujer! ¡vuestros parientes! dijo Carbon Barreau estupefacto. Perdonadme, pues; ¿me habré equivocado efectivamente? Pero no, es imposible; esa semejanza....

—Al cabo de diez años es difícil averiguar, interrumpió Arnaldo. Vamos, sin duda teneis cataratas en los ojos. Mis verdaderos tíos y mis demás parientes van á venir aquí, y no tardareis en oír lo que dicen.

—¡Oh! pues en ese caso, repuso Carbon Barreau ya algo convencido, podeis alabaros de que os pareceis de un modo singular á mi sobrino Arnaldo del Thill.

—Vos sois quien lo decís, contestó Arnaldo mofándose de su tío; lo que es yo, hasta ahora no me he alabado de ello.

—¡Ah! si diga que podeis alabaros, prosiguió el buen hombre, no es porque haya motivos para envanecerse de ser uno parecido al bribón de mi sobrino! Puesto que soy de la familia, puedo asegurar que era el pícaro mas grande del mundo, y si he de decir la verdad, me parece imposible que viva aun, pues hace mucho tiempo que debía estar ahorcado.

—¿Lo creéis así? preguntó Arnaldo con alguna amargura.

—Estoy seguro de ello, señor Martin Guerra, dijo Carbon Barreau en tono de seguridad. Por supuesto que nada importa que hable así de ese tunante, en atención á que vos no sois mi sobrino, ¿no es verdad, compañero?

—Absolutamente no me importa nada, dijo Arnaldo no muy contento.

—¡Ah! compañero, prosiguió el tío que era algo hablador, cuántas veces me he alegrado delante de su pobre madre de haber permanecido, siendo soltero, y de no haber tenido nunca hijos que hubieran podido, como este tunante, deshonrar mi nombre, y amargar los días de mi vida!

—No hay duda, dijo Arnaldo como si hablase consigo mismo; el tío Carbon no tenía hijos, es decir, herederos.

—¿En qué pensais, compañero? preguntó el viajero.

—Estoy pensando, señor Carbon Barreau, dijo Arnaldo en tono halagüeño, en que á pesar de eso que decís, tal vez os alegrariais hoy de tener un hijo, ó á falta de ese hijo, el sobrino á quien tanto favor haceis, para depositar en él vuestro cariño y dejarle vuestros bienes.

—Mis bienes?.... dijo Carbon Barreau.

—Vuestros bienes, contestó Arnaldo. Pues tú que derramas con tanta liberalidad mon-

—84—

dos de cuarenta reales, no debéis ser pobre, y  
sepongo que ese Arnaldo á quien tanto me pa-  
rezco, sería vuestra heredero. ¡Cómo siento  
no ser él!

—Si Arnaldo del Thill no hubiese sido ahor-  
cado, sería efectivamente mi heredero, contestó  
Carbon Barreau con gravedad, pero no sacaría  
gran utilidad de mi herencia, pues no soy rico.  
Ofrezco una moneda de cuarenta reales porque  
me permitan descansar y me den de comer; y  
esto no lo extrañará el que sepa que estoy  
muerto de cansancio y de hambre; pero esto no  
impide que mi bolsillo pese muy poco, muy po-  
co, ¡ay de mí!

—¡Bah! . . . . . dijo Arnaldo con incredulidad.  
—¿No lo creéis, Martín Guerra? como gus-  
teis. Lo cierto es que voy á Leon en busca de  
un asilo y un pedazo de pan que el señor presi-  
dente del parlamento, de quien he sido portero  
veinte años, me ofrece para lo que me queda  
de vida. El generoso señor me ha enviado 25  
monedas de á cuarenta reales para que pague  
mis deudas y costee los gastos del viaje, y el  
sobrante, despues de pagado todo, es cuanto po-  
seo. Así, pues, aunque Arnaldo del Thill vi-  
viese todavía, mi herencia es muy poca cosa,  
para que fuese á reclamarla. Por eso . . . .

—Basta, charlatán! interrumpió Arnaldo.

descontento. ¡Pues estoy yo para escuchar bártillerías! Dadme la moneda, y entrad en esa casa si os place. Dentro de una hora comereis, despues dormireis, y estarémos en paz, sin que se necesiten tantos discursos para todo esto.

—Vos habeis sido el que me habeis preguntado, dijo Carbon Barreau.

—Vamos, buen hombre, ¿entrais, ó no entrais? Ya llegan algunos de los convidados, y me permitireis os dejé por ellos. Entrad sin cumplimiento, pues ya veis que os trato sin él.

—Es verdad, dijo Carbon Barreau.

Y entró en la casa refunfuñando contra el repentina mal humor del que le daba hospedaje.

Tres horas despues hallábanse todavía á la mesa debajo de los olmos, ocupando la cabecera el juez de Artigues, cuyo favor tanto empeño tenía Arnaldo en granjearse.

Circulaban de mano en mano los vasos de vino, oíanse acá y allá alegres chanzonetas, los jóvenes hablaban del porvenir y los viejos de las cosas pasadas, y el tío Carbon Barreau se aseguró por sus propios ojos de que su huésped se llamaba Martin Guerra, y todos los vecinos de Artigues le trataban como amigo y conocido.

—¿Te acuerdas, Martin Guerra, decía uno, del hermano Crisóstomo, aquel monge agustino que nos enseñó á leer á ambos?

— Sí que me acuerdo, contestaba Arnaldo.

— ¿Te acuerdas, primo, decía otro, que el día de tu boda fué cuando por primera vez se dijeron tiros en nuestro país, en señal de regocijo?

— ¿Pues no me he de acordar? respondió Arnaldo.

Y como para resucitar sus recuerdos, abrazaba á su mujer que estaba sentada á su lado muy orgullosa y satisfecha.

— ¡Camarada, dijo de pronto detrás de los convidados una voz fuerte y energética, ya que teneis tan buena memoria, y os acordais de tantas cosas, quizás os accordareis tambien de mí!

El que hablaba así con tono imperioso, arrojó la capa parda en que iba embozado y el sombrero de anchas alas que le tapaba el rostro, y los convidados de Arnaldo del Thill, que se habían vuelto al oirle, pudieron ver á un caballero, jóven y apuesto.

Algo distante de allí se hallaba un criado con dos caballos de la brida.

Todos se levantaron con respeto, bastante sorprendidos y burlados.

Por lo que hace á Arnaldo del Thill, se quedó mas pálido que la muerte, y murmuró aterrado:

— ¡El señor vizconde de Exmés!

—¿Me conocéis? preguntó Gabriel con voz de trueno, dirigiéndose á él.

Arnaldo vaciló un momento, pero calculando el peligro, tomó un partido, y dijo con voz mal segura:

—Conozco al señor vizconde de Exmés, de haberle visto algunas veces en el Louvre y en otras partes cuando yo me hallaba al servicio del señor Montmorency; pero no puedo creer que monseñor conozca á un pobre criado del condestable.

—Veo que se os ha olvidado que tambien lo fuisteis mío, dijo Gabriel.

—¿Quién? ¡yo! dijo Arnaldo fingiendo la mayor sorpresa. ¡Oh! perdóneme monseñor si le digo que seguramente está equivocado.

—Tan cierto estoy de que no me equivoco; repuso Gabriel con calma, que requiero abiertamente al juez de Artigues, que está presente, á que os reduzca á prision al instante. Me parece que esto es muy claro.

Todos los circunstantes se quedaron aterrados, el juez se quedó admirado, y el único que conservó su tranquilidad aparente, fué Arnaldo.

—Podré saber á lo menos de qué crimen se me acusa? preguntó.

—Os acuso, respondió Gabriel con entereza, de haberos apropiado de un modo inicuo el

nombre de mi escudero Martín Guerra robándole traidoramente su casa y esposa, gracias á una semejanza con él tan completa que excede á cuanto pudiera soñar la imaginación.

Al oír una acusación tan terminante, miráronse los invitados estupasfactos.

—¿Qué significa esto? decían en voz baja; ¿conque Martín Guerra no es Martín Guerra? ¿qué hechicería del diablo es esta?

Muchas de aquellas buenas gentes se peralgaron, pronunciando en voz baja fórmulas de exorcismo, y la mayor parte de ellos empezaron á mirar á su huésped con espanto.

Arnaldo del Thill comprendió que ya era tiempo de dar un golpe decisivo para atraerse los ánimos, y volviéndose á la que apellidaba su mujer, exclamó:

—Beltrana, ¿qué dices tú á eso? ¿soy, ó no soy tu marido?

La pobre Beltrana, asustada y sin aliento, no había dicho hasta entonces una palabra, limitándose á mirar con espantados ojos unas veces á Gabriel y otras á su supuesto esposo.

Pero al ver el gesto de soberano de Arnaldo del Thill, al oír su amenazador acento, sin titubear, se arrojó en sus brazos con cariño, exclamando:

—Querido Martín Guerra!

Estas palabras disiparon el encanto, y los marmallos ofensivos se volvieron contra el vizconde de Exmés.

—Caballero, le dijo Arnaldo del Thill con aire de triunfo, ¿insistís en vuestra extraña acusación, á pesar del testimonio de mi mujer y de todos los amigos y parientes que me rodean en este momento?

—Insisto, dijo Gabriel.

—Permitidme que hable una palabra, exclamó Carbon Barreau interviniendo en la disputa. ¡Ya yo sabía, compañero, que no tenía catarratas! Puesto que existe otro individuo que se parece á este como dos gotas de agua, afirmo que uno de los dos es mi sobrino Arnaldo del Thill, natural de Sagás, de donde yo también soy.

—¡Ah! ¡á qué buen tiempo nos envía la Providencia este socorro! dijo Gabriel. Buen hombre, añadió dirigiéndose al viejo, ¿tenéis por vuestro sobrino á este mozo?

—En verdad, contestó Carbon Barreau, que no podría decir si es este ó el otro; pero juro desde luego que si hay impostura, podemos acusar de ella á mi sobrino, porque está muy acostumbrado á estas cosas.

—Lo oís, señor juez? dijo Gabriel al magistrado, sea cual fuere el culpable, no hay duda en cuanto al delito.

—Pero en fin, ¿dónde está el que se finge rogado para robarme á mí? preguntó Arnaldo con osadía; ¿no va á confrontársenos uno con otro? ¿por qué se escudan? que se presente, y veremos quién dice la verdad.

—Mi escudero Martin Guerra, dijo Gabriel, se ha constituido preso en Rieux de órden mía. Señor juez, yo soy el conde de Montgommery, ex-capitan de guardias de S. M., y ya habeis visto que el acusado me ha conocido. Os intimo, pues, que reduzcáis á prisión á ese hombre, como ya lo está el acusador, y de este modo, cuando uno y otro estén en manos de la justicia, creo que será fácil probar de parte de quién está la verdad, y quién es el impostor.

—Es evidente, monseñor, dijo á Gabriel el juez. Que Martin Guerra sea conducido á la cárcel.

—Yo mismo me trasladaré á ella, dijo Arnaldo, porque confío en mi inocencia. Queridos amigos, añadió dirigiéndose á la multitud, á la cual juzgó prudente atraerse, cuento con vuestro leal testimonio para salir del trance en que me veo. Vosotros que me habeis conocido direis quien soy yo, ¿no es verdad?

—Sí, sí, no tengáis cuidado, Martin! dijeron todos los amigos y parientes, cernívolos y no poco.

En cuanto á Beltrana, tomó el partido de desmayarse.

Ocho días después empezó la vista de la causa en el tribunal de Rieux.

De seguro no se da una mas curiosa y difícil, siendo por lo mismo natural que aun en nuestros días sea célebre á pesar de haber transcurrido desde entonces trescientos años.

Si Gabriel de Montgommery no se hubiese mezclado en ella, es probable que los jueces de Rieux no hubieran resuelto un asunto tan intrincado.

Lo primero que Gabriel pidió fué que hasta nueva orden no se viesen los adversarios, y lo mismo Martin que Arnaldo fueron puestos en rigorosa incomunicacion, tomándoseles las declaraciones por separado.

Martin Guerra, embozado en una capa, fué presentado á su mujer, á Carbon Barreau, y á todos sus vecinos y parientes.

Todos le conocieron diciendo que aquél era el rostro, el aire de Martin y que no podían equivocarse.

Pero todos conocian tambien á Arnaldo del Thill, cuando se lo presentaban los jueces.

Por mas que gritaban asustados, ninguno dió indicios que pudieran aclarar la verdad.

—¿Cómo distinguir, en efecto, entre todos hombres tan parecidos como Arnaldo del Shabb y Martin Guerra?

—Ni el diablo lo acierta decía Cartier Berreau muy aburrido ya con sus dos sobrinos.

Empero en aquel capricho nunca visto de la naturaleza, á falta de diferencias materiales, debían servir de guía á Gabriel y á los jueces las contradicciones de hecho, y sobre todo, lo opuesto de los caracteres.

Al referir lo que hicieson en sus primeros años, contaban Arnaldo y Martin unos mismos hechos, recordaban las mismas fechas, y citaban unos mismos nombres con espantosa identidad.

En apoyo de su dicho, presentaba además Arnaldo cartas de Beltrana, papeles de familia, y el anillo bendecido el día de la boda.

Pero Martin contaba que después de hacer que le ahorcaran en Noyon, le robó los papeles y el anillo nupcial.

De consiguiente los jueces andaban perplejos, y cada vez era mayor su incertidumbre, pues las apariencias y los indicios eran tan claros y eloquentes por una parte como, por otra, y todo cuanto alegaban los acusados. No habían de parecer el sello de la sinceridad.

Para resolver una cuestión tan árdida se llevó  
Tomo V.

constitaban pruebas formales y testimonios evidentes; pero Gabriel se encargó de proporcionarlos.

—A petición suya preguntó el presidente del tribunal á Martín y á Arnaldo, por separado y supuesto.

—¿Dónde estuvisteis desde la edad de doce años hasta la de diez y seis?

—Y le respondieron sin pararse:

—En San Sebastián de Vizcaya, en casa de un primo mío llamado Sanxi.

—Sanxi, que se hallaba allí como testigo, aseguraba que el hecho era exacto.

—Gabriel se acercó á él, y le dijo al oído una palabra.

—Sanxi se rió, y preguntó á Arnaldo en dialecto vascuence; pero este se puso pálido y no contestó.

—¿Cómo es eso? dijo Gabriel, ¿habéis estado cuatro años en San Sebastián y no entendéis el vascuence?

—Se me ha olvidado, tartamudeó Arnaldo.

Martín Guerra tuvo también que someterse á aquella prueba; pero durante un cuarto de hora estuvo charlando en dialecto vascóngado con sumia alegría de su primo Sanxi, y no poca satisfacción por parte de los jueces y la concurrencia.

A esta prueba, que empezaba áclarar la verdad, se siguió otra, que no porque fuese tomada de la Odisea, era menos significativa.

Los vecinos de Artigues, de la misma edad que Martín Guerra, se acordaban todavía con admiración y envidia de lo bien que jugaba á la pelota.

Pero desde que había vuelto, el fingido Martín se había negado á aceptar todas las partidas que le proponían, so pretexto de tener una herida en la mano derecha.

Para el verdadero Martín fué un gusto, por el contrario, tener que habérselas, en presencia de los jueces, con los mejores jugadores de pelota.

Hasta jugó sentado y embozado en la capa, arrojando las pelotas que llevaban, con destreza verdaderamente prodigiosa.

Desde aquel momento la simpatía pública, tan importante en tales ocasiones, se declaró, por Martín, es decir, por el que tenía derecho, lo cual es bastante raro.

Otro hecho muy particular acabó de pesar en el ánimo de los jueces á Arnaldo del Thill. Los dos acusados eran de una misma estatura, pero Gabriel, á quien no se escapaba el más pequeño indicio, notó que el pié que le quedaba á su valiente escudero era mucho mas pequeño que el de Arnaldo.

El zapatero de Artigues, hombre ya viejo, compareció ante el tribunal con la medida antigua y la moderna.

—Sí, dijo el buen hombre, en otro tiempo calzaba Martín nueve puntos, y así me sorprendí en extremo cuando vi á su vuelta que calza diece; pero creí que esto sería de resultas de lo mucho que había viajado.

El verdadero Martín Guerra presentó entonces con orgullo al zapatero el único pie que le había conservado la Providencia, sin duda para que fuese mayor el triunfo de la verdad, y el sencillo zapatero, así que le tomó medida, dijo que era el mismo pie que había calzado en otro tiempo, pues á pesar de los viajes y las fatigas, era poco mas ó menos pequeño como ántes.

Desde entonces todos á una voz proclamaron la inocencia de Martín y la culpabilidad de Arnaldo.

Pero no bastaban pruebas materiales, y Gabriel quería tambien otras morales.

Hizo, pues, que se presentara á declarar el campesino á quien Arnaldo encargó fuese á París á anunciar qué Martín Guerra había sido ahorcado en Noyon; y el bueno del hombre contó sencillamente su sorpresa al encontrar en los jardines de la calle de San Pablo al que había visto tomar el camino de León, circunstancia que dió que sospechar á Gabriel.

En seguida se llamó de nuevo á Beltrana de Rolls.

La pobre Beltrana, á pesar del cambio de la opinión, estaba aun por aquel á quien temía.

Pregruntáronle, sin embargo, si no había notado variación en el carácter de su marido, y dijo:

— Mucho que sí; ha venido muy mudado, pero en ventaja suya, señores jueces, se apresuró á añadir.

Y como la instaran á que se explicase con claridad, dijo la sencilla Beltrana.

— Antes era Martín más cándido y humilde que un cordero, y se dejaba llevar por mí, sufriendo que le regañase con tal docilidad; que yo misma me abochornaba varias veces. Pero ha vuelto hecho un hombre, probándose que hice muy mal en aquel tiempo, y que como mujer que soy, estaba obligada á obedecer en todo á mi marido, da suerte que en el día él manda, y yo cumulo; él levanta la mano, y yo bajo la cabeza. Esa autoridad la ha adquirido en sus viajes, y desde que ha vuelto hacemos cada uno nuestro respectivo papel, estando yo contenta porque me he acostumbrado á los tristes.

Otros vecinos de Artigues afirmaron á su vez, que el antiguo Martín Guerra siempre fué un

hombre inofensivo, religioso y bueno, mientras que el moderno era pendenciero y tacaño; cambio que atribuian, ni mas ni menos que Beltrana y el zapatero, á los viajes.

El conde Gabriel de Montgomery, se dignó al fin tomar la palabra en medio del respetuoso silencio de los jueces y concurrentes al tribunal.

Contó las extraordinarias circunstancias que habían hecho tuviese á su servicio á los dos Martín Guerra, que en mucho tiempo no pudo explicarse á sí mismo porque su escudero había variado de humor y de carácter, y que al fin sospechó por motivos que refirió también.

Gabriel, por ultimo, les contó todo el terror de Martín, las traiciones de Arnaldo del Thill, las virtudes del uno y los crímenes del otro; acelaró á los ojos de los más perspicaces aquella historia oscura y embrollada, y acabó pidiendo que castigado el culpable y absuelto el inocente.

La justicia de aquellos tiempos no era tan complaciente y cómoda para los acusados como lo es en el día, de suerte que Arnaldo del Thill ignoraba los cargos que contra él había. Es verdad que vió con inquietud la prueba del dialecto vascongo y la del juego de pelota; pero aunque salió mal de ellas creía haberse dis-

culpado lo bastante. En cuanto á lo del zapatero, no comprendió una palabra, y por último, no sabía si Martin Guerra, á quien no había visto aun, había escapado mejor que él de las tretas judiciales, y salido de las dificultades.

Gabriel, por impulso de equidad, exigió que Arnaldo estuviese presente al tiempo de hacer la acusación, para que contestase á ella en caso necesario. Martin, como nada tenía que hacer allí, permaneció en su calabozo; pero Arnaldo fué conducido al tribunal para ser juzgado en juicio contradictorio, y no perdió una palabra del relato convincente de Gabriel.

Sin embargo, así que dejó de hablar el vizconde de Exnáes, sin dejarse intimidar ni desanimarse Arnaldo, se levantó tranquilamente, y pidió se le permitiera defendirse. El tribunal no quería acceder á su petición; pero Gabriel se unió al acusado, y en consecuencia, se le permitió hablar, y lo hizo de un modo admirable, pues el astuto bribón tenía natural eloquencia, habilidad y tino suficiente para embrollar y tergiversar las cosas.

Gabriel se había empeñado en aclarar perfectamente las temerarias aventuras de los dos Martin, y Arnaldo se empeñó en enredar todos los hilos y confundir por segunda vez el ánimo de los jueces, mezclando en su peroración con-

suma habilidad el nombre del condestable, como para deslumbrar á los jueces, suplicando con instancia se pidiesen informes acerca de su conducta á su ilustre amo, pues estaba seguro de que este era el medio de justificarse.

En una palabra, el discurso del astuto bribón fué tan hábil y capcioso, se expresó con tal calor, la impudencia se parece algunas veces tanto á la inocencia, que Gabriel vió que los jueces titubeaban nuevamente.

Era preciso, pues, dar un golpe decisivo, y Gabriel se determinó á ello aunque con sentimiento.

Dijo, pues, al presidente en voz baja unas cuantas palabras, y este mandó que Arnaldo del Thill fuese conducido á su calabozo, y que Martín Guerra compareciese ante el tribunal.

Arnaldo no fué conducido desde luego al calabozo que ocupaba en la cárcel real de Rieux, sino á un patio contiguo al tribunal, donde le dejaron solo por espacio de algunos minutos, diciéndole que tal vez necesitarían los jueces volver á oírle así que se concluyese el interrogatorio de su contrincante.

Cuando fueron á buscarle, Arnaldo, que todo lo observaba, notó que el que había ido en su busca y le iba acompañando, no era su carcelero.

— ¿De qué provendrá el cambio? — gera que redoblaban las precauciones para con él? — Querían hacerle hablar — Arnaldo se propuso mantenerse en guardia, y durante todo el camino permaneció mudo.

Otro motivo de admiracion para Arnaldo fué que el calabozo á que le condujo el nuevo carcelo no era en el que hasta entonces había estado.

Este otro tenía una ventana con reja y una chimenea muy alta, que no habia en el primero.

Sin embargo, conocíase que allí debía haber estado poco ántes un preso, pues se veían acá y allá pedazos de pan tierno, un cántaro de agua lleno hasta la mitad, una cama de paja, y un cofré medio abierto con ropas de hombre.

Acostumbrado como se hallaba Arnaldo del Thill á contenerse, no manifestó la mas minima sorpresa; pero así que se vió solo, corrió á registrar el cofre.

Lo único que encontró en él fué unos vestidos, pero de un color y una forma de que Arnaldo quería acordarse. Había sobre todo dos casacas de paño pardo, y unos calzones de punto amarillos, que seguramente no tenían viso ni corte de haber pertenecido á una persona comun.

— ¡Oh! ¡oh! dijo Arnaldo, ¡sería singular!

Sus ojos se inundaron de lágrimas, y empezo á temblar de piés á cabeza.

—¿Qué he de perdonarte? preguntó Arnaldo del Thill, no queriendo comprometerse.

—Mi torpe engaño, dijo Beltrana: he hecho mal en no conocerte; pero cualquiera se hubiera engañado, puesto que, segun parece, tambien hubo un tiempo en que tú te engañaste. Te confieso, que para creer en mi error, he necesitado que todo el país, el conde Montgommery, y la justicia, que nunca se equivoca, me afirman que tú eres mi verdadero marido, y el otro un embustero, un impostor.

—¿Quién es el impostor? dijo Arnaldo, ¿el que ha traído el conde, ó el que se hallaba en posesion del nombre y los bienes de Martin Guerra?

—¿Quién ha de ser? ¡El otro! respondió Beltrana, el que me ha engañado, aquél á quien la semana pasada llamaba todavía mi esposo, porque soy una mujer ciega y estúpida,

—¡Ah! ¿Conque sobre eso no hay ya género alguno de duda? preguntó Arnaldo con emocion.

—Ninguno, Martin, contestó Beltrana, cada vez mas corrida. Los señores del tribunal, y tu amo, ese señor tan bueno, me han asegurado, hace poco, que lo que es para ellos no hay el menor asomo de duda, y tú eres el verdadero Martin Guerra, mi querido esposo.

—¡Ah! ¿De veras? dijo Arnaldo, poniéndose pálido.

—Ademas, prosiguió Beltrana, me han dado á entender que haría bien en pedirte perdon, y en reconciliarme contigo ántes de que recaiga la sentencia, y me han permitido que venga á verte.

Al llegar aquí se detuvo; pero viendo que e que creía su marido no le contestaba, continuó diciendo:

—Es verdad, mi buen Martin Guerra, que soy muy culpable para tí; pero te ruego consideres ha sido una cosa involuntaria, pongo por testigo á la Santísima Virgen y al Niño Jesus. Mi principal culpa consiste en no haber descubierto y desenmascarado al pícaro de Arnaldo del Thill; pero, ¿podía yo suponer que hubiese en el mundo dos hombres tan parecidos, y que Dios se había de entretenér en formar dos criaturas tan iguales? Porque lo sois, en rostro y en estatura; pero no en carácter ni en corazon; y esta diferencia debia haberme hecho abrir los ojos, convengo en ello. Mas ¡ay! Nada me decia que desconfiase. Arnaldo del Thill me hablaba de cosas pasadas, como tú hubieras podido hablarme; tenía tu anillo, tus papeles; ningun amigo, ningun pariente desconfiaba de él; y me dejé llevar de la buena fé, atribuyendo el cam-

bio de humor que en tí notaba á la experiencia que se adquiere corriendo mundo. Considera, querido esposo, que al fin á tí es á quien yo quería, á tí á quien me sometía con gusto, puesto que ese desconocido tenía tu nombre; consideralo, y me perdonarás el error que me ha hecho cometer, sin quererlo, un pecado por el que pasare el resto de mi vida pidiendo perdón á Dios y á mi marido.

Beltrana de Rolls volvió á callar, por ver si Martin Guerra le hablaba, animándola algun tanto; pero este siguió en su obstinado silencio, y la pobre Beltrana le dijo, con el corazon traspasado de dolor:

—Sí, es imposible, Martin, que me guardes rencor por mi primer engaño; desgraciadamente merezco por el segundo que me reprendas severamente, y que te enfades conmigo, pues no estando tú presente, pude tomar á otro por tí; pero así que has venido, y he podido comparar, he debido conocerte desde luego. Reflexiona, sin embargo, y verás que tambien en esto tengo alguna disculpa. En primer lugar, Arnaldo del Thrill se hallaba en posesion, como tú mismo has dicho, del título y el nombre que te pertenecen. ¿Habré hecho mal en contar con tu indulgencia?

Hecha esta pregunta, casi directa, Beltrana

volvió á hacer una pausa; pero el fingido Martín no desplegó sus lábios.

—Por lo que á mí hace, prosiguió en tono suave, milde, me encontrarás muy variada; ya no soy la mujer caprichosa y colérica que tanto te hizo padecer; los malos tratamientos de Arnaldo, tratamientos que debían haberme hecho sospechar, han producido á lo menos un buen resultado, el de doblegarme y refrenarme, y de hoy mas seré para tí tan dócil y complaciente, como bondadoso y amable eres tú.... porque, ¿no es verdad, que serás para mí tan bondadoso y amable como en otro tiempo? Vas á probármelo perdonándome, y con eso te conoceré por tu corazón, como ya te conozco por tus facciones.

—Pero es cierto que me conoces, dijo al fin Arnaldo.

—¡Oh! sí, respondió Beltrana; y lo que siento es haber esperado para ello el dictámen de los jueces.

—Me conoces? repitió Arnaldo; ¿conoces que no soy el intrigante que en la semana última se titulaba tu marido, sino el verdadero y legítimo Martín Guerra, á quien no has visto hace años? Mírame bien; ¿soy yo tu primo, tu único esposo?

—A no dudarlo, dijo Beltrana.

—Y en qué lo conoces? preguntó Arnaldo.

—;Ah! dijo Beltrana, sencillamente; te conozco, no porque vea en tí ninguna señal que me pruebe eres Martin Guerra, sino por otras cosas. Si estuvieras al lado de Arnaldo del Thill, vestido lo mismo que él, como la semejanza que hay entre tú y él es tan completa, quizá no te conociera aun: pero conozco que eres mi verdadero marido, porque me han dicho que iba á ver á mi marido y no al otro, porque ocupas este calabozo, y no el de Arnaldo, porque me recibes con una severidad que merezco, mientras que Arnaldo procuraría aun engañarme y seducirme.

—;Ese Arnaldo es un miserable! exclamó Arnaldo, con voz severa. Y tú, mujer, fácil y demasiado crédula.

—Sí, dime cuánto quieras, dijo Beltrana de Rolis; mejor quiero que me reconvengas que no que guardes silencio. Luego que me hayas dicho todo lo que quieras, sé que me perdonarás, porque eres indulgente y cariñoso.

—;Vamos! no hay que desesperar, dijo Arnaldo, con voz mas dulce; ya veremos, Beltrana:

—;Ah! exclamó ésta; ¿no lo decía yo? Sí, tú eres mi querido Martin Guerra.

Y se arrojó á sus piés, regándole con sus lágrimas las manos, porque creía que hablaba á su verdadero marido; y Arnaldo del Thill, que

la observaba con desconfianza, no pudo concebir la menor sospecha. Las muestras que daba de alegría y arrepentimiento eran bien claras.

—Está bien! decía allá para sí Arnaldo. Ya me las pagarás con usura algun día, pícara.

Mientras tanto, parecía que se dejaba llevar de un impulso de ternura irresistible.

—Me siento sin valor, y conozco que me voy á dejar vencer, dijo, haciendo que se enjugaba una lágrima que no pensó en derramar siquiera.

Y como, á pesar suyo, dió un beso en la frente á la mujer arrepentida, que se inclinaba ante él,

—¡Qué felicidad! exclamó Beltrana, ¡Ya es toy casi perdonada!

En aquel momento se abrió la puerta, y volvió á entrar el carcelero.

—¡Se han reconciliado! dijo con áspero acento al ver el grupo sentimental de los fingidos esposos. Seguro estaba de ello. Está visto, Martin, que sois un marica.

—¡Cómo! ¿Le acusais porque es bondadoso? dijo Beltrana.

—Vaya, vaya! no hagas caso, decía Arnaldo sonriendose, con el aire mas paternal del mundo.....

—En fin, repito que allá se las avengan, siguió diciendo el inflexible carcelero. Lo que á

mí me importa es cumplir con lo que me mandan, y así, señora afligida, no podeis permanecer aquí ni un minuto mas.

—¡Cómo! ¡tan pronto he de dejarle!.... dijo Beltrana

—Ya tendreis tiempo de verle mañana y los días siguientes, contestó el carcelero.

—¡Es verdad! dijo Beltrana; mañana, amigo mío, te ponen en libertad, y volverémos á nuestra dulce vida.

—Dejad, pues, para mañana los requiebros, dijo el feroz carcelero; lo que es ahora, ya podeis desocupar el puesto.

Beltrana besó por última vez la mano que le alargaba Arnaldo del Thill, á guisa de soberano, le dió el último adios, y salió seguida del carcelero.

Al tiempo de cerrar este la puerta, le llamó Arnaldo para preguntarle:

—¿No hay por ahí una luz cualquiera?

—Sí, por cierto, lo mismo esta que todas las demás noches, contestó el carcelero, á lo menos hasta que suene la queda, es decir, hasta las nueve. Con vos no se tiene tanto rigor como con Arnaldo del Thill; y ademas, vuestro amo, el conde de Montgomery, es tan generoso, que el que os haga á vos un favor se lo hace á él. Dentro de cinco minutos tendreis aquí una vela, amigo Martin.

Efectivamente, un criado de la cárcel le llevó la luz, al cabo de algunos instantes: luego le dió las buenas noches, y se retiró, encargándole la apagase así que oyese la queda, como ya se lo había encargado el carcelero:

Luego que se vió solo Arnaldo del Thill, quitóse en breve la ropa que tenía puesta, y se puso, con no menos celeridad, una de las famosas casacas pardas, y uno de los calzones amarillos de punto que había encontrado en el cofre de Martin Guerra.

En seguida, quemó pieza por pieza su antiguo traje, á la luz de la vela, y mezcló las cenizas con las que había en el fogón de la chimenea.

Todo esto lo hizo en ménos de una hora; de suerte que apagó la luz y se acostó como bendito de Dios, ántes de que sonara la queda.

—Ahora, esperémos, se dijo á sí mismo, segun parece, estoy vencido en el ánimo de los juezes; pero sería cosa divertida que mi derrota me diera medios para salir victorioso. Esperaremos.

Cualquiera comprenderá que Arnaldo del Thill no dormiría aquella noche; y efectivamente, tendido en su lecho de paja, permaneció con los ojos abiertos, ocupado en calcular las probabilidades que tenía de salir adelante, en ordenar su plan, combinar sus recursos.

No hay duda en que era atrevido el proyecto que concibió de pasar otra vez por el pobre Martin Guerra; pero debía realizarse por su misma osadía.

Sirviéndole, como le servía la casualidad, de un modo tan prodigioso, ¿iría Arnaldo á hacerse traicion con su propia audacia?

No; en un momento tomó su partido, sin perjuicio de acomodarse á los incidentes que pudieran sobrevenir, y á las circunstancias no previstas.

Así que amaneció examinó su traje, lo halló en muy buen estado, y se puso á imitar de nuevo el modo de andar y los movimientos de Martin Guerra, imitacion tan completa, que lo único en que de este se diferenciaba, era en que exageraba algun tanto el aire bonachon del escudero: debemos convenir en que aquel tunante hubiera sido muy buen cómico.

A eso de las ocho de la mañana, giró sobre sus goznes la puerta del calabozo.

Arnaldo del Thill comprimió un estremecimiento, y trató de tomar una actitud indiferente y tranquila.

El carcelero con quien había hablado la víspera entró, acompañando al conde de Montgommery.

—Diantre! Se acerca la crisis, se dijo á sí

mismo Arnaldo; arrostrémos la tormenta con firmeza.

Y esperó con ansiedad á que hablase Gabriel.

—Buenos días, Martin, dijo este.

Arnaldo respiró, pues al mismo tiempo que el conde le llamaba Martin, le había mirado cara á cara, lo cual indicaba que no le había conocido.

—Buenos días, señor, dijo á Gabriel, con un tono de gratitud que, si hemos de decir la verdad, no era enteramente fingido.

Y llevó su osadía hasta añadir:

—¿Qué novedades hay, monseñor?

—Segun todas las probabilidades, hoy se dictará la sentencia, contestó Gabriel.

—¡Conque al fin!... ¡Gracias á Dios! exclamó Arnaldo. Deseo salir cuanto ántes de este asunto, lo confieso. ¿Y nada hay que temer para lo sucesivo, monseñor? ¿Triunfará la razón? . . .

—Así lo espero, dijo Gabriel, mirando á Arnaldo fijamente; de suerte, que ese infame de Arnaldo trata de acudir á medios desesperados

—¿De veras? ¿Y qué es lo que maquina? preguntó Arnaldo.

—¿Creerás, dijo Gabriel, que el traidor quiere valerse de los mismos embrollos que ántes?

—¡Qué tal suceda! exclamó Arnaldo, levantando las manos al cielo. ¿Pero qué intenta, gran Dios?

—Se atreve á sostener, que al salir ayer del tribunal, se equivocaron los carceleros, conduciéndole al calabozo tuyo, miéntras que á tí te han puesto en el de Arnaldo.

—¡Será posible! dijo Arnaldo, lleno al parecer de sorpresa e indignacion. ¿Y en qué se funda el desventurado para afirmar eso?

—En lo que vas á oír, dijo Gabriel. Ayer no fué conducido al instante á su calabozo, pues como podía suceder que los juezes necesitaran interrogar uno ú otro, los carceleros le dejaron en el portal de abajo, así como á tí en el patio. Ahora bien, jura que de aquí ha provenido el error; pues acostumbraban á dejar á Arnaldo en el portal y á Martin en el patio, de modo que, segun él, los carceleros han confundido á los presos. En cuanto á los que os custodian, son los mismos que os han conducido á los dos, y como vienen á ser unas máquinas humanas, sole conocen al preso sin distinguir la persona. Estas son las razones, bien pobres, por cierto, en que apoya su nueva pretension, y llora, y grita, y dice que quiere verme.

—¿Y le habeis visto, monseñor? preguntó Arnaldo con viveza.

—No, á fé mía, dijo Gabriel, porque temo su audacia y sus embrolllos. Sería capaz de engañarme otra vez, pues es tan osado, tiene tanto talento ese pícaro!

—¡Cómo! ¡Lo defendéis, monseñor! dijo Arnaldo del Thill, fingiendo descontento.

—No le defiendo, Martin, contestó Gabriel; pero convengamos en que nunca le faltan recursos en su imaginacion, y que si se hubiese dedicado á ser bueno...

—¡Es un infame! exclamó Arnaldo con vehemencia.

—¡Con que rigor le tratas hoy! dijo Gabriel. Sin embargo, confieso que por el camino he venido pensando que así como así no ha causado la muerte de nadie; que si le condenan dentro de algunas horas, de seguro le ahorcarán ántes que pasen ocho días; que quizá sus delitos no merezcan pena capital, y por ultimo, que podemos pedir, si tú quieres, que la justicia le perdone.

—¡Que le perdone! repitió Arnaldo, con algo de indecision.

—Sí, ya sé, dijo Gabriel, que esto debe reflexionarse; reflexiona, pues, Martin, y dime lo que se te ocurra sobre lo que ha manifestado.

Arnaldo del Thill, con la mano en la barba y rascándose la mejilla, permaneció en silencio algunos segundos, hasta que, tomando su partido, dijo con aire resuelto:

—¡No, no! ¡Que no le perdone! mejor es esto.

—¡Oh! ¡oh! dijo Gabriel; no creía fueses tan implacable, Martín; no entra eso en tus costumbres; y ayer, sin ir mas lejos, compadecías al que ha usurpado tu nombre, deseando poder salvarle.

—¡Ayer! ¡ayer! dijo Arnaldo, refunfuñando; ayer no nos había jugado esta mala pasada, mas odiosa, á lo que erco, que todas las demás.

—Es verdad, dijo Gabriel. ¿Conque eres de dictámen que el criminal debe morir?

—Ya sabeis, monseñor, contestó Arnaldo, en tono compunjido, hasta qué punto me repugna tener que acudir á medios violentos, á la venganza y al derramamiento de sangre. Tengo el alma oprimida al pensar que hay que aceptar una necesidad tan cruel; pero al fin es una necesidad; y debeis considerar, monseñor, que mientras viva un hombre tan parecido á mí, no puedo estar tranquilo. El golpe que intenta en este mismo momento nos prueba que es incorregible. Si sigue preso, se escapará; si se le destierra, volverá de su destierro, y siempre andaré inquieto, atormentado por la idea de verle aparecer de pronto para volver á turbar la tranquilidad de mi vida. Ni mis amigos, ni mi mujer, estarán seguros dé que soy yo con quien tratan; y será una desconfianza perpetua, viéndose á cada momento en nuevos conflictos y en

nuevas controversias. En fin; nunca podré verme en posesion de mí mismo, y de consiguiente debo violentar mi carácter, monseñor. Sé que estaré triste el resto de mi vida, sé que para mí será un motivo de desesperacion el haber causado la muerte de un hombre; pero es preciso, sí, ¡es preciso! ¡La impostura de hoy desvanece mis escrúpulos, y me resigno á que muera Arnaldo del Thill!

—Corriente, morirás, dijo Gabriel; se entiende si le condenan, pues aun no ha recaido la sentencia.

—¿Cómo? ¿aun no es cosa segura? preguntó Arnaldo.

—Probable, sí; cierta, no; respondió Gabriel; ese diablo de Arnaldo pronunció ayer un discurso muy capcioso y persuasivo.

—¡Qué necio soy! pensó Arnaldo allá para sí.

—Mientras que tú, Martin, continuó Gabriel, tú, que acabas de probarme, con una elocuencia y un aplomo admirables, lo necesario que es que muera Arnaldo, acuérdate de que no has podido alegar ayer en el tribunal ni un hecho siquiera en favor de la verdad. A pesar de mis instancias, permaneciste mudo, cortado; y eso que sabías lo que había dicho en defensa propia tu contrario.

—Eso consiste, monseñor, dijo Arnaldo, en

que delante de vos estoy tranquilo, miéntras que la presencia de los juezes me intimida. Además, contaba con el derecho que me asiste, me parecía que la justicia abogaría por mí mejor que yo mismo. Pero está visto que la gente de curia quiere palabras, y nada mas que palabras. ¡Ah! ¡si quisieran oirme de segunda vez!....

—¿Qué harías, Martín?

—Dominar mi cortedad, y hablar como un energúmeno; ¡como se necesita tanto para echar por tierra todo lo alegado por ese maldito Arnaldo!

—¡Oh, nada es tan fácil! dijo Gabriel.

—Perdonadme, monseñor, replicó Arnaldo, lo mismo que él veía yo la parte flaca de sus astucias, y á no haber sido tan miedoso, á no haberme faltado palabras, hubiera dicho á los juezes....

—¿Qué les hubieras dicho?

—¿Qué? dijo Arnaldo; nada mas sencillo; oídme, si gustais.

Y Arnaldo del Thill se puso á refutar desde el principio hasta el fin, el discurso que pronunció la víspera, desembrollando los sucesos y las equivocaciones á que había dado lugar la doble existencia de Martín Guerra y Arnaldo, con mas facilidad que los había embrollado.

El conde de Montgommery dejó sin aclarar á

los ojos de los jueces algunos puntos oscuros que no podía explicarse á sí mismo; pero Arnaldo del Thill los aclaró perfectísimamente, mostrando á Gabriel los respectivos destinos del hombre de bien y del pícaro, tan separados entre sí, á pesar de estar confundidos, como el aceite cuando se mezcla con agua.

—¿Pero todo eso lo averiguarías en París? preguntó Gabriel.

—Efectivamente, monseñor, contestó Arnaldo; y en caso necesario, presentaré pruebas que acrediten mis asertos. Yo no me muevo fácilmente; pero cuando me apuran, sé tener tanto valor como cualquiera.

—Sin embargo, dijo Gabriel, Arnaldo del Thill atestigua con el señor de Montmorency, y á esto no contestas.

—Si que contesto, monseñor: es verdad que Arnaldo ha servido al condestable; pero el servicio que le prestaba era un si es no vergonzoso, porque estaba reducido á ser espía suyo, y esto es precisamente lo que explica cómo y porqué entró á serviros: como que quería observaros y seguiros á todas partes. Pero á semejante gente se la emplea, mas nadie confiesa que se ha valido de ella para malos fines. ¿Creeis que el señor de Montmorency vaya á cargar con la responsabilidad de lo que ha hecho su emissario?

¡No! ¡no! Ni aun al pie del patíbulo se atreviera Arnaldo del Thill á invocar en realidad el testimonio del condestable; pero aun cuando se atreviese en último extremo, sería para mayor afrenta, pues el señor de Montmorency renegaría de él. Reasumiendo, pues . . .

Y en aquel resumen, tan lógico como claro, Arnaldo del Thill acabó de demoler el edificio de impostura que el día anterior construyó con tanta habilidad.

Teniendo Arnaldo, como tenía, facilidad para convencer, y expresándose como se expresaba, con fluidez, á vivir en nuestros días, hubiera sido un abogado distinguidísimo; pero tuvo la desgracia de venir al mundo tres siglos ántes de lo que debía. Compadecemos su memoria!

—Creo que esto no tiene réplica, dijo á Gabriel, así que concluyó. ¡Qué lástima que los jueces no me hayan oido!

—Te han oido, dijo Gabriel.

—¿Cómo?

—Mira.

La puerta del calabozo se abrió, y Arnaldo se quedó estupefacto; algo asustado al ver de pie en el umbral, inmóviles y con rostro grave, al presidente del tribunal y á dos jueces.

—¿Qué significa esto? dijo Arnaldo, volviéndose hacia Gabriel.

—Esto significa, contestó el señor de Montgomery, que desconfiaba de la timidez de mi pobre Martín Guerra, y he querido, que sin que él lo supiese, oyeran sus jueces la defensa sin réplica que acaban de oír.

—A las mil maravillas, contestó Arnaldo del Thill, respirando: os doy un millón de gracias, monseñor.

Y volviéndose hacia los jueces, dijo, con un tono que procuró no revelase temor:

—¿Debo creer que mis palabras han acreditado el derecho que me asiste, iluminando á los ilustrados jueces en cuyas manos está mi destino?

—Sí, dijo el presidente del tribunal, las pruebas que se nos acaban de presentar son convincentes.

—Ah! dijo Arnaldo del Thill, con aire de triunfo.

—Sin embargo, prosiguió el presidente, puede afirmarse en vista de otras pruebas, no menos ciertas y concluyentes, que al trasladar ayer dos presos á sus respectivos calabozos, Martín Guerra fué conducido al vuestro, y vos, Arnaldo del Thill, al que ahora ocupais.

—¡Cómo! tartamudeó Arnaldo, como si hubiera caído un rayo á sus piés. ¿Qué decís vos á esto, monseñor? añadió, dirigiéndose á Gabriel.

—Digo que lo sabía, contestó Gabriel con severidad; y os repito, Arnaldo, que he querido que vos mismo probeis la inocencia de Martin, y vuestro crimen. Vos me habeis obligado á esto, desventurado, á tener que hacer un papel que me causaba repugnancia; pero gracias á vuestra insolencia, comprendí ayer que cuando uno entra á luchar con gente de vuestra estofa, es preciso emplear sus mismas armas, y que á los que engañan se les vence engañándolos. Por lo demás, nada me habeis dejado por hacer, y os habeis dado tal prisa en olvidar vuestra propia causa, que vuestra infamia os ha precipitado en el lazo.

—¡El lazo! repitió Arnaldo: ¿Conque se me ha tendido un lazo? De todos modos, no me abandoneis, monseñor, porque á quien abandonaís es á Martin; no hay que engañarse.

—No insistais, Arnaldo, dijo el presidente; el error en que habeis caído se debe al tribunal; que él es quien lo dispuso, y no os queda otro medio sino confesar vuestro delito.

—Pero supuesto que convenis en que hay error, exclamó el impudente Arnaldo, ¿quién os asegura, señor presidente, que no lo ha habido también al tiempo de cumplir vuestras órdenes?

—El dicho de los guardas y los carceleros, dijo el presidente.

—Pues se engañan, dijo Arnaldo del Thill; yo soy Martin Guerra, el escudero del señor de Montgommery; y no me dejaré ahorcar así como quiera. Careadme con el otro preso, ya veremos si cuando estemos juntos os atrevereis á escoger, y á distinguir á Arnaldo del Thill de Martin Guerra, esto es, al criminal del inocente. Como si no hubiese bastante confusión en esta causa, la aumentais vosotros; pero vuestra conciencia os impedirá cortar por lo sano, y hasta el fin no cesaré de gritar, soy Martin Guerra; y desafio á todo el mundo á que me desmienta, si que me contradiga.

Los jueces y Gabriel movían la cabeza, sonriendose tristemente, al ver la obstinación de aquél hombre sin pudor ni vergüenza.

—Os digo por segunda vez, Arnaldo del Thill, replicó el presidente, que no hay confusión de ninguna especie entre vos y Martin Guerra.

—¿Porqué? dijo Arnaldo, ¿en qué se nos conoce? ¿porqué señal nos distinguimos?

—Vais á saberlo, miserable! dijo Gabriel indignado.

Y á una seña que hizo, apareció Martín Guerra en el umbral del calabozo.

Empero Martín Guerra se había quitado la capa, y descubría una pierna de palo.

—Aunque mi buen escudero, dijo Gabriel á Arnaldo, se libró del patíbulo á que queríais su-  
cumbiera en Noyon, no se libertó al pié de las  
murallas de Calais de una venganza harto legí-  
tima, que tendía á castigar vuestras infamias: y  
arrojado en lugar vuestro en un abismo, hubo  
que cortarle esa pierna que, á lo ménos, gracias á  
la Providencia, justa, por mas que nos parezca  
cruel, sirve ahora para que haya diferencia en-  
tre el perseguidor y la víctima. Los juezes que  
están presentes no corren, pues, riesgo de equi-  
vocarse, y pueden conocer al criminal por su  
desfachatez, al justo por su herida.

Pálido, anonadado Arnaldo del Thill, al oír  
las terribles palabras de Gabriel, y al ver que le  
miraba con ojos de furia, no trató de defender-  
se ni de negar: bien es verdad que la presencia  
de Marlin Guerra estropeado, destruía desde  
luego cualquiera otra mentira que hubiera dicho.

Inerte, como un pedazo de masa, se dejó  
caer en el suelo, murmurando:

—¡Estoy perdido! ¡estoy perdido!

Efectivamente, estaba perdido Arnaldo del  
Thill; tan perdido, que los juezes deliberaron al  
punto; y al cabo de un cuarto de hora llamóse  
al acusado, para leerle la sentencia siguiente,  
que copiamos al pié de la letra de los libros de  
acuerdos de aquel tiempo.

"Visto el interrogatorio de Arnaldo del Thill, conocido por Sancette, y que se decía Martin Guerra, preso en la cárcel real de Rieux.

"Vistas las declaraciones de varios testigos, de Martin Guerra, de Beltrana de Rolls, de Carbon Barreau, etc., y especialmente la del señor conde de Montgommery.

"Vista la confesión del acusado, quien, después de negar inútilmente su delito, lo ha confesado al fin:

"De cuyo interrogatorio, declaraciones y confesión aparece:

"Que el susodicho Arnaldo del Thill está convicto y confeso de impostura, falsedad, suposición de nombre y apellido, adulterio, rapto, sacrilegio, plágio, hurto y otros.

"El tribunal ha condenado y condena al susodicho Arnaldo del Till:

"En primer lugar, á que haga pública retractación de sus delitos delante de la iglesia de Artigues, de rodillas, en camisa, descubierta la cabeza, descalzos los piés, con una soga al cuello, y un cirio encendido en la mano.

"En seguida de esto, á que pida perdón públicamente á Dios, al rey, á la justicia, á Martin Guerra y á Beltrana de Rolls, marido y mujer.

"Hecho esto, el susodicho Arnaldo del Thill

será entregado al verdugo, para que le lleve por las calles y sitios de costumbre, y siempre con la soga al cuello, le conduzca frente á la casa del nominado Martin Guerra.

“Allí se levantará una horca, y el reo será a-justiciado, quemando despues su cadáver

“Ademas, el tribunal ha absuelto y absuelve al referido Martin Guerra, y á la expresada Bel-trana de Rolls; sentencia que Arnaldo del Thill pase al juez de Artigues, para que haga que se ejecute en forma y al tenor de lo mandado.

“Dada en Rieux, el día 2 de Julio de 1558.”

Arnaldo del Thill oyó esta sentencia, que preveía de antemano, con aire taciturno y sombrío: sin embargo, confesó de nuevo su delito, conoció lo justo que era el castigo, y se mostró algo arrepentido, diciendo:

—Imploro la misericordia de Dios y el perdon de los hombres, y estoy dispuesto á sufrir mi condena como buen cristiano.

—Martin Guerra, que se hallaba presente, dió una nueva prueba de su identidad, deshaciéndose en lágrimas al oír las palabras, hipócritas quizá, de su enemigo.

Hasta consiguió dominar su timidez para preguntar al presidente si no había términos hábiles para conseguir que Arnaldo del Thill fuese perdonado, diciendo, que él por su parte le perdonaba de todo corazon.

Pero contestaron al buen Martin Guerra, que únicamente el rey era quien tenía derecho para indultar de la pena de muerte, y que aun cuando el tribunal cargase con la responsabilidad de pedir el indulto, siendo como era aquel, un crimen excepcional y escandaloso, de seguro no indultaría al reo.

—Sí, murmuraba Gabriel, allá para sí, el rey no concedería el perdón, y sin embargo, necesita que le perdonen á él. ¡Pero tendría razon en ser inflexible! ¡No haya perdón, sino justicia!

Probablemente nopensaba Martin Guerra comosu señor, pues llevado de la necesidad de perdonar que le animaba, tendió los brazos á Beltrana de Rolls, cada vez mas contrita y arrepentida.

• Ni siquiera tuvo tiempo Beltrana para repetir las súplicas y promesas que dirigió á Arnaldo del Thill, creyendo que hablaba con su marido, pues Martin Guerra no le dió tiempo para deplorar de nuevo sus errores y debilidades. Desde luego le cortó la palabra con un beso muy restallado, y la condujo sumamente alegre, á la afortunada casita de Artigues que no había visto tanto tiempo.

Delante de esa misma casa, que al fin volvió á manos de su legítimo poseedor, á los ocho días de haber sido condenado, sufrió Arnaldo del

Thill la pena que tan bien merecía por sus crímenes.

De veinte leguas en contorno acudieron á presenciar la muerte del reo, los habitantes de las campiñas; y mas gente circuló aquel día por las calles de la pobre aldea de Artigues, que por las de la capital del distrito.

El reo mostró cierto valor en sus últimos momentos, y á lo ménos coronó con un fin ejemplar su indigna existencia.

Ya el verdugo había gritado por tres veces al pueblo, segun uso y costumbre; ¡la justicia está satisfecha! La multitud iba retirándose en silencio, y como aterrada; y todavía se hallaban en la casa de la víctima un hombre llorando y una mujer rezando. El hombre era Martin Guerra, y la mujer, Beltrana de Rolls.

Los aires patrios, la vista de los sitios en que transcurrió su juventud, el cariño de los parentes y los amigos antiguos, y sobre todo, el esmero con que le cuidaba Beltrana, disiparon en pocos días de la frente de Martin la huella de los pesares.

Una noche del mismo mes de Julio, estaba sentado en su puerta, debajo del emparrado, tomando el fresco, tanto mas apetecible, quanto que durante el día había hecho bastante calor. Su mujer andaba ocupada dentro de casa, en

algunos quehaceres domésticos; pero Martin no se creía solo, pues la oía andar de un lado para otro, y miraba hacia el oeste, pensando, en vista de que el sol se había puesto en todo su explendor, que el día siguiente sería tan hermoso como el que acababa de transcurrir.

Martin Guerra no vió en consecuencia á un caballero que se acercó á él por la izquierda sin hacer ruido.

El expresado caballero se paró un instante á mirar con grave sonrisa á Martin, quien permanecía absorto en su contemplación.

Luego tendió hacia él la mano, y le tocó en el hombro sin decir una palabra.

Martin Guerra se volvió con presteza, llevó la mano á la gorra y se levantó diciendo con voz conmovida:

—¡Cómo, vos! ¡vos aquí, monseñor! ¡perdonadme el que no os haya visto venir....

—No tienes porqué disculparte, Martin, contestó Gabriel, que él y no otro era el caballero; no he venido á turbar tu tranquilidad, sino á asegurarme de ella.

—Monseñor, en ese caso, con que me mireis basta.

—Y eso es precisamente lo que estaba haciendo, dijo Gabriel: con que dí, ¿eres dichoso?

—¡Oh! lo soy mas que la golondrina en su vuelo, ó qué el pez en el agua.

—Lo creo, repuso Gabriel, porque en primer lugar vives en la abundancia y estás tranquilo.

—Sí, dijo Martín Guerra, este es sin duda para mí un motivo de satisfaccion. Quizá he corrido bastante mundo, he visto bastantes batallas, he velado bastante, he sufrido bastante por cien estilos diferentes, para tener alguna derecho á reposar algunos días, ¿no es verdad, monseñor? En cuanto á la abundancia, prosiguió tomando un tono mas grave, he encontrado efectivamente rica, demasiado rica, mi casa; pero ese dinero no es mío y no quiero tocar á él. Arnaldo del Thill es quien lo ha traído, y creo que debo restituirllo á quien de derecho corresponda. La mayor parte es vuestra, monseñor, pues proviene del dinero de vuestro rescate, y así la tengo por separado para devolvérosla. Por lo que hace al sobrante, háyalo robado Arnaldo ó sea legítimamente adquirido, poco me importa; ese dinero debe manchar los dedos, y así lo conoce tambien el señor Carbon Barreau, quien teniendo, segun decía, lo necesario para vivir no quiere percibir la herencia de su sobrino. De siguiente lo que queda, despues de pagadas las costas judiciales, pertenece á los pobres.

—Pero tú no debes estar muy holgado, Martín, dijo Gabriel.

—Perdonadme, monseñor, si os digo que al

que sirve tanto tiempo como yo he servido á un amo generoso como vos, siempre le queda algo. En mi maleta he traído de París una cantidad bastante respetable, y ademas la familia de Beltrana tenía bienes y le ha dejado algun patrimonio. En una palabra, despues de volver lo que no me pertenece y pagar lo que debo, seremos los ricachos del país.

—Creo, Martin, dijo Gabriel, que viiniendo de mí, admitirás lo que rehusabas viiniendo de Arnaldo. Te ruégo, pues, que como un recuerdo mío y en pago de tu fidelidad, te quedes con la suma que dices me pertenece.

—¡Cómo, monseñor! dijo Martin, ¿yo he de aceptar un regalo de tanta importancia?

—¡Vamos! dijo Gabriel, ¿crees que trato de pagar el cariño que me tienes? ¿en ese caso no sería siempre deudor tuyo? deja á un lado, pues, el orgullo, y no hablemos mas de esto. Quedamos en que aceptarás lo poco que te ofrezco, si he de decir verdad, no tanto por tí, como por mí; pues ya me has dicho que no necesitas ese dinero para ser rico en tu país, y esto no aumentará tu dicha. Esta consiste mas que nada, en haber vuelto á los sitios donde has nacido y corrió tu juventud, ¿no es verdad?

—Es cierta, monseñor, dijo Martin Guerra: estoy contento solo con estar aquí, y miro ale-

gre y enternecido casas, árboles y caminos en que ni siquiera reparará una persona extraña. Decididamente, creo que solo se respira bien el aire que empieza uno á respirar el día en que viene al mundo.

—¿Y tu mujer, Martín? preguntó Gabriel, ya te he dicho que vengo á asegurarme por mis propios ojos de todo lo que constituya tu dicha; ¿cómo estás con tu mujer?

—Perfectamente, monseñor, gracias á Arnaldo del Thill, que de tigre me la ha transformado en oveja.

A todos los maridos contrariados y atormentados por sus mujeres, cuyo número es grande á lo que parece, les deseo un sustituto.... pero un sustituto tan persuasivo como el mío. Es cierto, monseñor, me ha causado muchos disgustos, pero ¿qué vienen á ser estas penas, comparadas con la dicha doméstica y la tranquilidad que hoy disfruto, gracias á su energética conducta?

—Tienes razon, dijo Gabriel.

—De consiguiente, la tengo tambien, prosiguió Martin Guerra en tono alegre, para bendecir á Arnaldo, aunque solo sea en secreto, puesto que disfruto de un bien que me ha proporcionado con su cooperacion. Ya sabeis, monseñor, que por carácter soy algo filósofo, y que

siempre miro las cosas por la parte mejor; ahora bien, es preciso que convengamos en que Arnaldo me ha prestado mas servicios que perjudicado en todo y por todo. Es verdad que ha sido interinamente esposo de mi mujer; pero me la ha devuelto mas dulce que una jalea; es cierto que me ha robado momentáneamente mis bienes y amigos; pero gracias á él, estos bienes se han aumentado, y la amistad de mis antiguos camaradas se ha afirmado mas y mas. En fin, me ha hecho sufrir grandes contratiempos, en Noyon y Calais; pero por lo mismo me parece mas agradable la vida, debiendo todo esto al bueno de Arnaldo.

—Eso es propio de un hombre agradecido, dijo Gabriel.

—¡Oh! dijo Martin Guerra, recobrando su seriedad, mas que á nadie, á quien debo dar las gracias con todo mi corazon, no es á ese Arnaldo del Thill que ha labrado mi dicha involuntariamente; sino á vos, monseñor, á vos que es á quien debo en realidad, el tener patria, fortuna, amigos y esposa.

—Te vuelvo á decir que no hablemos de eso, Martin; lo único que deseo es que tengas todos esos bienes: ¿eres dichoso efectivamente?

—Como nunca lo fui, monseñor, os lo repito.

—Es cuanto quería saber, dije Gabriel, y ya puedo irme tranquilo.

—¡Cómo! ¿os vais, monseñor?

—Sí, Martin, porque ya nada hay que me detenga.

—Teneis razon, ¿y cuándo pensais marchar?

—Esta noche, contestó Gabriel.

—¡Y no me lo habeis advertido! exclamó Martin Guerra. ¡Y á mí que se me ha olvidado!.... ¡y yo que me dormía.... vamos, está visto que soy un holgazan!.... Pero aguardad, monseñor, que no tardaré mucho.

—¿Qué es lo que dices?

—Que voy á hacer los preparativos para la marcha.

—Y se levantó presuroso, corriendo hacia la casa gritando:

—¡Beltrana! ¡Beltrana!

—¿Porque llamas á tu mujer, Martin? preguntó Gabriel.

—Para que avíe mi maleta, monseñor.

—Es inútil, Martin, pues tú no vienes conmigo.

—¡Cómo! ¿no me llevais en vuestra compañía, monseñor? preguntó Martin Guerra.

—No, me voy solo, dijo Gabriel.

—¿Para no volver?

—A lo menos en mucho tiempo.

—¿Teneis algun motivo de queja contra mí, monseñor? preguntó Martin Guerra con voz triste.

—Ninguno, Martin, eres el escudero mas fiel y cariñoso que puede hallarse.

—Entónces es natural que el criado acompañe al amo, que el escudero siga al caballero.

—Sí, pero tengo muy buenas razones para obrar de otro modo.

—¿Puedo saber cuáles son, monseñor?

—En primer lugar, contestó Gabriel, sería una crueldad arrebatarte esa dicha que has venido á disfrutar tan tarde, y el reposo que tan bien has ganado.

—¡Oh! en cuanto á eso, monseñor, mi deber me manda acompañaros y serviros hasta la hora de la muerte, y creo que por vos dejaría el paraíso.

—Sí, pero á mí me toca no abusar de ese zelo que te agradezco, dijo Gabriel. En segundo lugar, la desgracia de que has sido víctima en Calais no te permite, pobre Martin, servirme con la misma actividad que ántes.

—Es verdad, monseñor, que no puedo pelear á vuestro lado ni montar á caballo; pero en París, en Montgommery, y aun en un campamento hay cosas que podeis encargar al pobre inválido, seguro de que las hará como mejor pueda.

—Ya lo sé, Martin, y quizá sería tan egoísta que aceptase tus servicios si no tuviese otra razón para no hacerlo.

—¿Puedo saber cuál es, monseñor?

—Sí, contestó Gabriel en tono grave y melancólico, pero con la condición de que no tratarás de profundizar lo que te diga, que te darás por satisfecho, y no insistirás en querer seguirme.

—¿Tan serio e imperioso es, monseñor?

—Es muy triste, y no admito réplica, Martin, dijo Gabriel con voz profunda. Hasta aquí mi vida ha sido la de un hombre honrado, y si hubiera querido que mi nombre se pronunciase con más frecuencia, me hubiera cubierto de gloria, pues creo que he prestado á Francia y al rey inmensos servicios. Aunque no hubiera hecho otra cosa que lo de San Quintin y Calais, quizá habría pagado á la patria con tanta liberalidad como nobleza lo que tiene derecho á exigir á todos sus hijos.

—Nadie lo sabe mejor que yo, monseñor, dijo Martin Guerra.

—Sí, Martin, pe así como ha sido leal y generosa la primera parte de mi existencia, así como fué pública y franca mi conducta, será sombrío, espantoso y oscuro el porvenir de mi vida. No hay duda que tendré que desplegar la misma energía que ántes, pero por una causa que no confesaré, y por la consecución de un objeto que ocultaré á todos. Hasta aquí tenía

que ganar una recompensa en campo abierto; ante Dios y los hombres; pero ahora tengo que vengar un crimen, oculto en las sombras y lleno de angustia. Antes peleaba; ahora debo castigar: de soldado de Francia voy á convertirme en verdugo de Dios.

—Ay Jesus! exclamó Martin Guerra juntando las manos.

—De consiguiente, prosiguió Gabriel, tengo que estar solo para llevar á cabo esa obra funesta en que yo mismo ruego al cielo emplazé mi brazo y no mi voluntad, y en que quisiera ser únicamente un ciego instrumento y no una cabeza que pensase. —¿Cómo quieres, Martin, que te asocie á una obra en que deseo emplear nada mas que la mitad de mi ser?

—Es justo y lo comprendo, monseñor, dijo el fiel escudero bajando la cabeza. Os doy gracias por haberos dignado darme esta explicacion, aunque ha venido á afligirme, y me resigno segun os lo había prometido.

—Y yo tambien te doy gracias por tu sumision, dijo Gabriel: el carisimo en este caso constante en no hacer mas pesada la carga que me tiene agobiado.

—Pero absolutamente no puedo serviros en nada, monseñor?

—Puedes pedir á Dios, Martin, que me libre.

de tener que tomar una iniciativa que tanto me cuesta: como tienes un corazon piadoso y una vida honrada y pura, tu plegaria podrá valernos mas que tu brazo.

—Rezaré, monseñor, rezaré por vos con todo el fervor de mi alma.

—Ahora, adios, Martin; prosiguió Gabriel; tengo que dejarte para volverme á París, á fin de estar dispuesto á obrar el dia que Dios señale. Toda mi vida la he pasado peleando en favor de una causa justa: ¡ojalá se acuerde Dios de esto el dia supremo de que hablo, y haga justicia á su siervo, como yo he conseguido que se la haga á mi escudero.

Y con los ojos clavados en el cielo, repetía el noble joven:

—¡Justicia! ¡justicia!

Hacia seis meses que siempre que Gabriel abría los ojos, los fijaba en el cielo pidiendo justicia; pero así que los cerraba, se le aparecía el oscuro calabozo del Chatelet, y gritaba: ¡Venganza!

Diez minutos despues se despidió de Martin Guerra y Beltrana, á quien este había llamado.

Concluida la causa, tan árdua como felizmente sentenciada, de los dos Martin, Gabriel de Montgommery volvió á desaparecer por espacio de muchos meses, siguiendo su vida errante,

misteriosa é indecisa. Solíasele encontrar en veinte sitios diferentes; pero nunca se alejaba de las cercanías de París ni de la corte, tomando tales precauciones, que todo lo veía sin ser visto.

Aguardaba los sucesos; pero estos no eran conformes á sus miras; y el alma del joven, entregada á una sola idea, no entreveía aun el resultado que esperaba para comenzar su justa venganza.

El único hecho importante que acaeció en el mundo político durante aquellos meses, fué la celebración de la paz de resultas del tratado de Cateau-Chambresis.

Envidioso el condestable de Montmorency de las hazañas del duque de Guisa, y de los nuevos derechos que cada día iba adquiriendo su rival á la gratitud de la nación y al favor del soberano, consiguió al fin que Enrique II consintiese en la paz, gracias á la omnívoda influencia que sobre él ejercía Diana de Poitiers.

El tratado se firmó el día 3 de Abril de 1559; pero aunque celebrado cuando nuestras armas se hallaban victoriosas, en manera alguna era ventajoso á la Francia.

En él se estipuló que esta se quedase con los tres obispados, Motz, Teul y Verdum con todo su territorio; que retuviese á Calais solo por ocho años y pagase á la Inglaterra 800,000 es-

tudos de oro si al fin de ese tiempo no le devolvía la expresada plaza: (esta llave de Francia nunca volvió á poder de la Gran-Bretaña, ni se le dieron los 800,000 escudos); y por último, que Francia entrase á poseer á San Quintín y á Ham, conservando interinamente el Piamonte, Turin y Pignerol.

Empero Felipe II obtuvo derecho de soberanía sobre las plazas fuertes de Thionville, Maastricht y Hesdin; mandó demoler á Thetouanne é Ivoy; hizo que se devolviese Beuillon al obispo de Lieja, la isla de Córcega á los genoveses, y á Filiberto de Saboya la mayor parte de esa misma Saboya y el Piamonte conquistado en el reinado de Francisco I; y por último estipuló su casamiento con Isabel, hija del rey, y el del duque de Saboya con la princesa Margarita. Estas eran ventajas enormes para él, tan enormes, que ni aun la victoria que alcanzó en San Lorenzo hubiera podido proporcionárselas mayores.

El duque de Guisa dejó furioso el ejército, y corrió á decir en alta voz, no sin motivo, que era una traición lo que había hecho Montmorency, y que el rey no debía haber llevado su debilidad hasta el extremo de ceder de una plumada lo que las armas españolas no hubieran podido quitarnos al cabo de treinta años de continuas victorias.

Pero ya el mal estaba hecho, y el Acuchillado no podía evitarlo con su mal humor y disgusto: lo que él mismo deseaba es que la Francia

Tambien lo sintió Gabriel, pues no porque persiguiese al rey odiaba á la Francia, y hubiera querido poder vengarse por su patria, pero no contra ella.

Sin embargo, observó allá para si lo presentido que debía estar el duque de Guisa al ver frustrados por las sordas maquinaciones de la intriga, los esfuerzos sublimes de ingenio que él había hecho para defender á la Francia.

El furor de un hombre emparentado con reyes, podía servir en tiempo oportuno para los intentos de Gabriel.

Por otra parte, no era Francisco de Lorena el único descontento que entonces había en el reino.

Un día encontró Gabriel en el Prado de los clérigos al baron de La Renaudie, á quien no había vuelto á ver desde la conferencia que tuvo con él en la calle de Santiago.

En vez de evitar su encuentro, como hacía siempre que veía á alguna persona conocida; Gabriel se acercó á él:

Es verdad que aquellos hombres habían nacido para entenderse: se parecían por muchos estilos, especialmente en lo leales y energicos;

uno y otro eran activos así como amigos de la justicia.

Pasados los primeros cumplimientos, dijo La-Renaudie con aire resuelto.

—He visto á Ambrosio Paré y me ha dicho que sois de los nuestros: ¿es verdad que lo sois?

—De corazon sí, pero de hecho no, respondió Gabriel.

—¿Y cuándo pertenecereis á nuestra secta abiertamente? dijo La-Renaudie.

—Ahora no usaré con voz el lenguaje egoísta que os indignó en otro tiempo, contestó Gabriel; por el contrario, os digo que quiero ser vuestro así que me necesiteis y cuando yo os necesite á vos.

—Esa conducta es muy generosa, dijo La-Renaudie; pero aun cuando os admire como caballero, no puedo imitaros como hombre de partido. Si es perais el momento en que necesitamos á todos nuestros adictos, sabed que es llegado ya.

—Pues qué es lo que sucede? preguntó Gabriel.

—Se prepara un golpe secreto contra nuestros correligionarios, dijo La-Renaudie: tratan de deshacerse de una vez de todos los protestantes.

—¿Y en qué os fundais para creerlo?

—¡Toma! dijo el baron; en que no ocultan sus designios. Antonio Minard, presidente del parlamento, ha dicho en un consejo que ha habido en San German, que era preciso dar un buen golpe si no quería tener por gobierno una especie de república como la de los Estados suizos:

—¿Cómo! ¿ha pronunciado la palabra república? exclamó Gabriel sorprendido. Quizá exageran el peligro para justificar el remedio.

—No, contestó La-Renaudie bajando la voz; no exageraba mucho el presidente del parlamento, si ha de decirse la verdad, porque hemos variado algun tanto desde que nos reunimos en el aposento de Calvin. Las teorías de Ambrosio Paré no nos parecen tan atrevidas como en otro tiempo, y ya veis que se nos obliga á acudir á medios extremos.

—En ese caso, dijo Gabriel con viveza; quizá seré vuestro ántes de lo que pensaba.

—¡Me alegro! exclamó La-Renaudie.

—¿Dónde es preciso que tenga puesta la vista? preguntó Gabriel.

—En el parlamento, contestó el baron; allí va á entablarse la cuestión, y el partido evangelieta se halla en minoría, componiéndolo Ana Duburgo, Enrique Dufaur, Nicolas, Duval, Eustaquio de la Porte y otros veinte mas. A los que piden se lleve á efecto la persecución con-

tra los hereges, contestan los partidarios del calvinismo solicitando se reuna un concilio general, que resuelva los asuntos religiosos con arreglo á lo dispuesto en Constanza y Basilea. El derecho lo tienen de su parte, y tendré que emplear contra ellos la violencia; pero nosotros estamos alerta.

—Eso basta, dijo Gabriel,

—Permaneced en París y en vuestro palacio para que podamos avisaros en caso necesario, dijo La-Renaudie.

—Mucho me cuesta, contestó Gabriel: pero permaneceré, con tal que no me dejéis en la inacción mucho tiempo. Creo que bastante habéis escrito y hablado, y que ya es preciso obrar.

—Ese es también mi dictámen, dijo La-Renaudie, estad pronto y no tengais cuidado.

Dicho esto se separaron, y Gabriel se alejó pensativo.

En medio del ardor de la venganza de que estaba animado, quizás le remordía la conciencia la idea de que estaba trabajando por encender la guerra civil.

Los sucesos no le ayudaban, y era preciso que él los buscase.

Aquel mismo día regresó Gabriel á su palacio de la calle de los jardines de San Pablo, y

solo encontró en él á su fiel Aloisa, pues Martín Guerra se hallaba en su país, como ya sabemos, Andres permanecía al lado de la señora de Castro, y Juan y Babette Peuquoy habían vuelto á Calais, para dirigirse desde allí á San Quintin, cuyas puertas abría al tejedor patriota el tratado de Cateau Chambresis.

Impaciente y lleno de aprensiones, pasó mas de un mes, unas veces inquieto y otras fastidiado,

Segun había prometido á su nodriza, no salió sino muy rara vez de palacio; algunas noches, sin embargo, iba á vagar por los alrededores del Chatelet, y á su vuelta se encerraba en el fúnebre panteón á donde condujeron en secreto unos hombres desconocidos el cadáver de su padre.

Gabriel recibía un placer sombrío en trasladarse con el pensamiento al día en que se cometió el ultraje, para mantener en todo su brío el valor de que se sentía animado y el furor que le devoraba.

Al ver las negras paredes del Chatelet, y sobre todo, el sepulcro de mármol á donde había ido á parar un hombre tan noble y que tanto había sufrido, se le representaba con todo su horror la mañana en que cerró los ojos á su padre asesinado en un calabozo.

Entónces apretaba los puños, erizábansele los cabellos, se ensoberbecía, y salía de aquella contemplacion terrible con un ódio nuevo enteramente.

En aquellos momentos sentía Gabriel haber levado su venganza á remolque de las circunstancias, y se le hacía imposible esperar.

¡Esperar con tanta impaciencia cuando los asesinos triunfaban y vivían entregados á la alegría! ¡cuando el rey se hallaba tranquilo en su trono, divirtiéndose en el Louvre! ¡cuando el condestable se enriquecía á costa de la miseria del pueblo! ¡cuando Diana de Poitiers se embriagaba con la copa de sus infames amoríos!

¡Esto no podía durar! pues que Dios no vibraba el rayo vengador, puesto que temblaba el dolor de los oprimidos, Gabriel debía prescindir de Dios y de los hombres, ó por mejor decir, ser el instrumento no solo de la justicia del cielo sino del rencor humano.

Y llevado de un impulso terrible, ponía la mano en la empuñadura de la espada, dando un paso para salir.....

Pero espantada su conciencia, se acordaba de la carta de Diana de Castro, carta escrita en Calais, y en que le suplicaba no castigase por sí mismo, que á no ser que fuese un instrumento involuntario, no descargase el golpe, ni aun carton los criminales.

Gabriel leía aquella carta interesante y dejaba caer la espada en la vaina.

Pero indignado de sus remordimientos, se reponía y esperaba.

Efectivamente, Gabriel era uno de esos hombres que obran, pero no que dirigen, y así como era admirable su energía cuando contaba con un ejército, un partido, ó siquiera un hombre, ni por su rango, ni por su naturaleza era capaz de ejecutar por sí solo cosa extraordinarias, ni aun tratándose de hacer bien, cuanto mas en el camino del mal. Ni había nacido para ser un príncipe poderoso, ni era un gran genio, y le faltaba no solo poder, sino voluntad para tomar la iniciativa.

Al lado de Coligny y del duque de Guisa, hizo hazañas sorprendentes; pero ahora, como lo dió á entender á Martin Guerra, su tarea era muy diferente: en vez de un enemigo con quien pelear, tenía que castigar á su rey, y no contaba con persona alguna que le ayudase para realizar aquella obra terrible.

Sin embargo, todavía contaba con los dos hombres que le habían prestado su poder; en Coligny el protestante y el ambicioso duque de Guisa.

Una guerra civil en defensa de la verdad religiosa, y una rebelión por el triunfo de la usur-

pacion de un hombre de genio, tales eran las esperanzas que allá en su pecho abrigaba Gabriel, pues de uno ú otro de estos dos sucesos debía resultar la muerte ó el destronamiento de Enrique II, es decir, su castigo en ambos casos. Gabriel se propónia presentarse en segunda fila como hombre que estaba por el primero, y cumpliendo el juramento que había hecho al mismo rey, estaba dispuesto á perseguir hasta los hijos y nietos del perjuro.

De faltarle estas dos probabilidades de venganza, como Gabriel estaba acostumbrado á marchar en pos de los sucesos, no le quedaba otro recurso sino dejar que Dios obrase.

Empero dichas dos probabilidades, no debían faltarle segun las trazas, pues el día 13 de Junio recibió Gabriel casi al mismo tiempo dos cartas.

La primera se la llevó á eso de las cinco de la tarde un hombre misterioso que no quiso entregarla á nadie sino á él, y que no se la entregó hasta que comparó las facciones de su rostro con las señas que le habían dado.

Hé aquí los términos en que iba concebida la carta:

“Amigo y hermano:

“Llegó la hora; los perseguidores se han quitado la mascarilla; pero bendigamos á Dios, porque el martirio conduce á la victoria.

“Esta noche á las nueve búsquereis en la plaza de Maubert una puerta pintada de amarillo y que tiene el número 11.

“Llamad á la puerta tres veces, pero que medie un intervalo regular entre cada golpe: entonces os abrirá un hombre os dirá: “No entreis, porque no vereis claro.” A esto responderéis: “Traigo conmigo una luz;” y el hombre os conducirá á una escalera de diez y siete gradas que subireis á oscuras. Cuando esteis arriba, se acercará á vos otra persona, y os dirá: “¿Qué quereis?” Contestadle: “Lo que es justo,” y os introducirá en un aposento desierto donde os dirán al oido: *Génova*. Respondele: *Gloria*, y al instante os conducirán donde se hallan los que *hoy os necesitan*.

“Hasta la noche, amigo y hermano. Quemad esta esquina. ¡Discrecion y valor!”

L. R.

Gabriel pidió una luz, quemó la carta en presencia del mensajero, y se contentó con decirle:

—Iré.

El hombre le saludó y se retiró,

—Vamos, dijo Gabriel para sí, al fin se cansan de esperar los reformistas.

A eso de las ocho, ocupábase en reflexionar sobre la convocatoria de La-Reuaudie, cuando

Aloisa le presentó un paje con el uniforme de Lorena.

El referido paje llevaba una carta así concebida:

“Mi querido compafiero:

“Hace seis semanas que me hallo en París de vuelta del ejército, donde nada tenía ya que hacer.

“Se me ha asegurado que tambien vos debéis hallaros en vuestra casa desde hace algun tiempo, y no sé porqué no habeis venido á verme. ¿Me habeis olvidado como tantos otros, dignos de vivir en estos tiempos de ingratitud y olvido? No, os conozco, y sé que es cosa imposible.

“Venid, pues, en el concepto de que, si no lo llevais á mal, os espero mañana á las diez en mi casa de la calle de Tournelles.

*Francisco de Lorena.*”

—Iré, dijo Gabriel al paje.

Y así que el mancebo se retiró, pensó allá para sí:

—Vamos, el ambicioso sale tambien de su sueño.

Animado de una noble esperanza, se puso en camino un cuarto de hora despues para la plaza de Maubert.

La casa número 11 de la plaza de Maubert,

á que La-Renaudie citaba en su carta á Gabriel, era de un abogado llamado Trouillard, y ya corría la voz de que en ella se reunían los hereges. El haber oido algunas veces los vecinos cantar de noche allá á lo léjos salmos, contribuia á que se diese crédito á rumores tan peligrosos; pero no pasaban de rumores, y ni siquiera había pensado la policía en averiguar si eran ciertos ó no.

A Gabriel no le costó trabajo encontrar la puerta amarilla, y con arreglo á las instrucciones que le daban en la carta, llamó tres veces, mediando entre cada golpe cierto espacio de tiempo.

La puerta se abrió, y una mano cogió en la oscuridad la de Gabriel, diciéndole uno al oído:

—No entrais, porque no vereis claro.

—Traigo conmigo una luz, respondió Gabriel, segun la fórmula.

—Entónces entrad, le dijo la voz, y seguid la mano que os va guiando.

Gabriel obedeció, y dió de aquel modo algunos pasos, hasta que le soltaron diciéndole:

—Continudad vuestro camino,

Gabriel toeó con el pié en la grada de una escalera, y fué contando hasta diez y siete. Entónces se paró y otra voz dijo:

—¿Qué quereis?

—Lo que es justo; contestó.

Inmediatamente se abrió una puerta; y entró en un aposento alumbrado por una luz opaca. Allí había un hombre que se acercó á Gabriel, y le dijo en voz baja:

Génova.

—Gloria! respondió el conde sin pararse.

El hombre dió un golpe en una campana, y La-Renaudie se presentó al instante, saliendo por una puerta secreta.

Acercóse á Gabriel, y le apretó la mano con cariño, preguntándole:

—Sabeis lo que ha sucedido en el parlamento?

—No he salido de casa, respondió Gabriel.

—En ese caso, todo lo sabréis aquí, dijo La-Renaudie, nada importa que aun no hayais contraído compromiso con nosotros. Nosotros nos comprometeremos con vos. Conocereis nuestros designios, contareis nuestras fuerzas, y en nuestro partido no habrá secreto que no sepáis. Vos, sin embargo, sereis libre de obrar solo ó con nosotros, según tengais á bien; me habeis dicho que sois de los nuestros, y esto basta. Ni aún os exijo palabra de caballero de que nada revelareis de cuanto vais á ver y á oír, pues con vos son inútiles las precauciones.

—Os doy gracias por la confianza que tenéis

én mí, dijo Gabriel conmovido, y haré que no os arrepintais.

— Entrad conmigo, contestó La-Renaudie, y permaneced á mi lado; con eso os iré diciendo los nombres de los hermanos á quien no conocéis. En cuanto á lo demás, juzgareis por vos mismo. Venid, pues.

Cogió á Gabriel de la mano, empujó el resorte de la puerta secreta, y entró con él en un salón oblongo, donde había reunidas cerca de doscientas personas.

Algunas antorchas esparcidas acá y allá alumbraban á medias los grupos, y ni muebles, ni colgaduras, ni bancos había allí, reduciéndose todo á un púlpito de madera sin labrar, que servía de cátedra para el sacerdote, y de tribuna para el orador.

El hallarse allí tambien una veintena de mujeres, explicaba, pero en manera alguna justificaba [apresurémonos á decirlo] las calumnias, que daban lugar entre los católicos los concilios bulos nocturnos y secretos de los reformados.

Nadie reparó en Gabriel ni en su guia, porque todos los ojos y todas las imaginaciones estaban fijas en el, que en aquel momento ocupaba la tribuna, el cual era un correliigionario de frente triste y grave en sus palabras.

La-Renaudie dijo á Gabriel en voz baja:

—Ese que acaba de contar lo que hoy ha sucedido en los Agustinos, es Nicolas Duval, consejero del parlamento. Oíd lo que dice:

Gabriel se puso á escuchar.

—Por hallarse ocupada, continuaba el orador, con los preparativos que se están haciendo para las fiestas del casamiento de la princesa Isabel, la sala del palacio donde celebramos nuestras sesiones, nos hallábamos interinamente y por primera vez en los Agustinos, y no sé porqué al entrar en aquella sala, presentimos, aunque de un modo vago, que iba á tener lugar un suceso inusitado tambien.

Sin embargo, el presidente Gil Lemaitre abrió la sesion como lo tenía de costumbre, y no había motivo para los temores que algunos de nosotros abrigábamos.

Ventilábamos la cuestion entablada el miércoles último acerca de las opiniones religiosas, y Antonio Fumée, Pablo Foix y Eustaquio de La Porte hablaron en favor de la tolerancia, causando al parecer gran impresion en la mayoría sus discursos tan elocuentes como enérgicos.

Acababa de sentarse Eustaquio de La Porte en medio de los aplausos, y Enrique Dufaur iba á usar de la palabra para atraerse los ánimos vacilantes aun, cuando de pronto se abrió la puerta y el ugier del parlamento dijo en voz alta: “el rey.”

El presidente no mostró la menor sorpresa, y dejó su asiento con premura para salir á recibir al rey. Todos los consejeros se levantaron sin orden, estupefactos unos, y otros muy tranquilos como si esperasen lo que iba á suceder.

El rey entró acompañado del cardenal de Lorraine y el condestable.

—No vengo á interrumpir vuestras tareas, señores del parlamento, dijo, sino á ayudarlos.

Y despues de algunos cumplimientos insignificantes, concluyó diciendo:

—Se ha celebrado un tratado de paz con España; pero de resultas de las guerras que han aflijido á Francia, se ha introducido en el reino la heregía, y es preciso acabar con ella. ¿Por qué no habeis aprobado el edicto, contra los heterodoxos que he presentado al parlamento?... pero repito que sigais deliberando libremente, como si yo no me hallase entre vosotros.

Enrique Dufaur, que, como ya he dicho, se hallaba en el uso de la palabra, volvió á tomarla con valor, y abogó por la libertad de conciencia, añadiendo algunas verdades tan tristes como severas acerca de la conducta del rey.

—¡Os quejais de desórdenes! exclamó; pues bien, nosotros sabemos quién los promueve, y podríamos contestaros lo que Elías decía á Achab: “¡Vos sois el que atermentais á Israel!”

Enrique II se mordió los labios, pálido de cólera, pero nada dijo.

Entonces se levantó Ana Duburgó, y habló de un modo mas directo y formal, diciendo:

—Conozco, señor, que hay ciertos crímenes que se deben castigar irremisiblemente, como por ejemplo, el adulterio, la blasfemia y el perjurio, que cada día se aumentan con el desorden en que vivimos, y la impudencia con que nos entregamos á amores criminales; pero de qué se acusa á los que hoy son entregados al hacha del verdugo? ¿De lesa majestad? ¡Nunca han omitido el nombre del príncipe en sus oraciones! ¡nunca han tramado una rebelión ni han sido traidores! ¡Qué! ¿porqué han descubierto, gracias á la luz que se desprende de la Sagrada Escritura, los grandes vicios y las bochornosas faltas que comete el poder romano, porque han pedido que se ponga coto á esos desmanes han de ser condenados á la hoguera?

El rey no se movía; pero sentía tronar sordamente su cólera.

El presidente Gil Lemaitre procuró adular bajamente su mudo rencor, exclamando con fin gida indignacion:

—Se trata de unos hereges, y debe acabarse con ellos como con los albigenses; Felipe Augusto quemó seiscientos en un día.

La virulencia de este lenguaje era quizá mas favorable para la buena causa que la templada energía de los nuestros, y conocíase que al fin iban á equivocarse las opiniones cuando menos.

Enrique II lo comprendió, y quiso atropellar las cosas, dando un golpe de estado.

—El señor presidente tiene razon, dijo; es preciso acabar de una vez con los hereges, ó que salgan del reino. Señor condestable, reducid á prision á esos dos rebeldes..

Señaló con la mano á Enrique Dufaur y á Ana Duburgo, y salió precipitadamente como si no pudiera contener su ira.

No es necesario deciros, amigos y hermanos míos, que el señor de Montmorency obedeció las órdenes del rey. Duburgo y Dufaur fueron presos en pleno parlamento, y todos nos quedamos consternados.

Gil Lemaitre fué el único que tuvo valor para añadir:

—¡Ese es un acto de justicia! ¡así deben ser castigados los que se atrevan á faltar al respeto que se debe á la majestad real!

Como para desmentirles entraron unos soldados en el templo de las leyes, y en virtud de órdenes que presentaron, prendieron tambien á Fois, Fumée, y La Porte, que ántes de que llegase el rey habían hablado; limitándose á de-

fender la tolerancia religiosa, sin hacer al soberano la mas mínima reconvención.

Era evidente, pues, que no por sus alusiones contra el rey, sino por sus opiniones religiosas, fueron presos por medio de una alevosía horrible aquellos cinco individuos del parlamento, inviolables como ya sabeis.

Nicolas Duval calló, no sin que la reunion hubiese interrumpido veinte veces con murmullos de dolor y cólera la narracion de aquella sesión tempestuosa, que, á pesar de la distancia con que nosotros la vemos, nos parece es propia de otra asamblea, y que ha tenido lugar doscientos años mas tarde.

¡La única diferencia que hay es que dos siglos mas tarde no era el trono sino la libertad la que debía morir! . . .

El ministro David subió á la tribuna que acababa de dejar Nicolas Duval, y dijo:

— Hermanos, ántes de entrar á deliberar, elevemos á Dios nuestro pensamiento, y entónemos un salmo, para que nos ilumine con la luz de la verdad.

— ¡El salmo cuarenta! gritaron varios reformados.

Y todos se pusieron á cantar el expresado salmo.

— No podrían escoger otro peor para restable-

cer la calma, pues es preciso confesar que mas era un cántico de amenaza que un himno religioso

Pero la indignacion hervia en aquel momento en las almas, y todos cantaron con acento penetrante las siguientes estrofas, en que soplaba la emocion á la falta de poesia.

¿Dónde teneis el corazon, dementes,  
Que en guerra os declarais contra Jésus?  
¿Hasta cuándo sañudos é inclementes,  
No acatareis de la verdad la luz?

Abominables traidores,  
Del demonio los errores  
Segundais, y con furor  
Inocentes persiguiendo,  
Dolores vais esparciendo,  
Desconfianza y terror.

La ultima estrofa era mas significativa aun.

¿A qué impedís que nuestra voz alzemos,  
Sembrando ideas de consuelo y paz?  
¿Qué os importa que unidos proclamemos  
Los principios de un Dios toda bondad?

Dejadnos, ¡oh condenados!  
Tranquilos y sosegados,  
O de los reyes el Rey  
Castigará con dureza  
La iareligion y altiveza  
Con que quebrantais su ley.

Terminado el salmo, como si aquel grito elevado á Díos hubiese aliviado los corazones, restablecióse el silencio y se pusieron á deliberar.

El primero que tomó la palabra fué La-Renaudie para dejar sentados los términos y el sentido en que debía deliberarse.

— Hermanos, dijo, desde donde se hallaba, en vista de ese hecho inaudito que echa por tierra todas las ideas de derecho y equidad, tenemos que determinar la conducta que debe seguir el partido de la reforma. Tendremos paciencia, ó obraremos; y en este caso, ¿qué es lo que debemos hacer? Tales son las cuestiones que debemos sentar y resolver con arreglo á lo que nos dicte nuestra conciencia. Ya veis que nuestros perseguidores hablan nada menos que de asesinarnos á todos, y pretenden borrarnos del libro de la vida, como se borra una palabra mal escrita. Esperarémos dócilmente á que descarguen sobre nosotros el golpe mortal; ó supuesto que los mismos que deben proteger la justicia y las leyes son los que las quebrantan, traterémos de hacernos justicia á nosotros mismos, sustituyendo momentáneamente la fuerza á la ley. . . . A vosotros os toca contestar, hermanos y amigos.

La-Renaudie hizo una pausa como para dar tiempo á que quedase consignado en todos los

ánimos el temible dilema, y luego prosiguió, queriendo ilustrar el ánimo de la reunión y apresurar el desenlace;

—Todos sabemos, por desgracia, que el partido de la reforma está dividido en dos bandos, esto es, en el de la nobleza y el de Génova; pero cuando se trata del enemigo común, creo que solo tenemos un corazón y una voluntad. Los individuos, pues, de una y otra fracción deben manifestar su modo de pensar y proponer los medios, en el concepto de que se adoptará al que tenga mas probabilidades de buen resultado, venga de donde viniere. Hablad, pues, amigos y hermanos, con entera libertad y confianza.

Al discurso de La-Renaudie siguió un momento de indecision, porque lo que faltaba á los que allí había reunidos era precisamente confianza y libertad.

En primer lugar, no obstante que la indignación fermentaba en todos los corazones, el trono conservaba demasiado prestigio para que los reformados, novicios en el arte de conspirar, se atreviesen á manifestar desde luego y á las claras sus ideas sobre que era preciso acudir á las armas. Lo que es en masa tenían decisión y entusiasmo; pero particularmente, todos retraían ante la responsabilidad que podía recaer

sobre los que lo propusiesen; todos querían seguir el movimiento; pero ninguno se atrevía á darlo.

En segundo lugar, desconfiaban unos de otros, segun había indicado La Renaudie; ninguno de los dos bandos sabía á dónde quería llevarle el otro, y su objeto era muy distinto para que fuesen á mirar con indiferencia el camino que debían escoger, y los hombres que habían de servirles de guía.

Efectivamente, el bando de Génova se inclinaba, aunque en secreto, á la república, y el de la nobleza á un cambio de dinastía únicamente.

Las formas electivas del calvinismo y el principio de igualdad que por todas partes iba sentando la nueva iglesia, conducían directamente al sistema republicano con las condiciones adoptadas por los cantones suizos; pero no quería ir tan lejos, y se contentaba, de acuerdo con la reina Isabel de Inglaterra, con depoer á Enrique II, y dar la corona á un rey calvinista, hablándose, aunque no abiertamente, del príncipe de Condé.

Véase, pues, como era difícil hacer que dos elementos tan contrarios entre sí concurriesen á una misma obra.

Gabriel observó con sentimiento, así que La Renaudie concluyó su discurso, que, los dos

bandos casi enemigos se miraban con ojos de desconfianza, sin cuidarse al parecer de sacar las deducciones de unas premisas sentadas con tanta osadía.

Uno ó dos minutos transcurrieron en medio de un murmullo confuso, sin atreverse ninguno á salir de aquella dolorosa indecision, y La-Renaudie se preguntaba á sí mismo con su brusca sinceridad si habría destruido involuntariamente el efecto que causó la narracion de Nicolas Duval. Pero una vez puesto el pié en aquel camino, quiso arriesgarlo todo por ver de salvarle todo, y dirigiéndose á un hombrecillo flaco y raquíctico, de espesas cejas y rostro bilioso, que se hallaba en un grupo inmediato á él, le dijo en voz alta:

—Lignieres, ¿porqué no hablais á nuestros hermanos, y les decís vuestro modo de pensar?

—Puesto que lo quereis, respondió el hombrecillo cuyos ojos se inflamaron, hablaré, pero sin ocultar ni disminuir nada.

—Sí, sí, estais entre amigos, prosiguió La-Renaudie.

Miéntras que Lignieres subía á la tribuna, el baron dijo á Gabriel al oido:

—Conozco que me valgo de un medio peligroso, porque Lignieres es un hombre fanático, (no sé si de buena ó mala fe) que lleva las co-

sas al extremo y excita mas repugnancia que simpatía; pero no importa. Es preciso á toda costa saber á qué atenernos, ¿no es cierto?

—Sí, que salga la verdad de todas esos corazones cerrados hasta ahora; dijo Gabriel.

—No tengais cuidado, que Lignieres no los dejará dormir con sus doctrinas genovenses! contestó La-Renaudie.

El orador efectivamente empezó con un *exabrupto*.

—La ley, dijo, acaba de ser infringida: ¿á qué debemos apelar, pues, sino á la fuerza? Preguntáis que es lo que conviene hacer, y yo os respondo que esto.

Y enseñó una moneda de plata, levantándola en alto.

—Esta medalla, prosiguió, es mas elocuente que mis palabras, y como hay algunos que no pueden verla bien por lo lejos que están, voy á decir lo que representa. Esta es la imagen de una espada que corta un lirio cuyo cáliz se inclina y cae, y junto hay un cetro y una corona rodando por el polvo.

Como si temiese no le hubieran comprendido, añadió Lignieres.

—Las medallas sirven por lo regular para recordar hechos realizados ya: ¡ojalá sirva esta para pronosticar un hecho que aun no se ha verificado. Nada mas tengo que decir.

— Bastante había dicho! Así es que se bajó del púlpito en medio de los aplausos de una parte aunque corta de la reunión; y los murmullos del mayor número de concurrentes.

Pero el sentimiento que reinaba entre la generalidad era el del asombro.

— Vamos, dijo La-Renaudie en voz baja a Gabriel, esta cuerda no vibra entre nosotros: toquemos otra.

— Señor baron de Castelnau, prosiguió en alta voz, dirigiéndose a un joven elegante y pensativo que se apoyaba contra la pared a diez pasos de él; señor de Castelnau, ¿nada tenéis que decir?

— Quizá nada hubiera tenido qué hablar; pero ya que se me pregunta, contestaré.

— Hablad, pues, dijo La-Renaudie.

E inclinándose al oído de Gabriel, añadió:

— Ese pertenece al bando de los nobles, y debeis haberle visto en el Louvre el día que trajisteis la noticia de la toma de Calais. Castelnau es franco, leal y valiente: es regular que enarbole su bandera con tanta osadía como Lignières, y ya veremos si le acogen mejor que a él.

Castelnau se subió en una de las gradas del púlpito, y desde allí habló.

— Empiezo repitiendo lo que han dicho los

oradores que me han precedido en el uso de la palabra. Se nos ha herido de un modo inicuo y debemos defendernos por los mismos medios. Proclamemos en el campo entre las corazas la guerra que se nos hace en el parlamento entre los mantos encarnados!.... En lo demás no estoy conforme con lo que ha manifestado el señor de Lignieres. Tambien tengo yo que enseñaros una medalla; pero no es la suya, miradla: desde lejos se parece á los escudos que llevamos en nuestra bolsa, porque presenta la efígie de un rey coronado, pero en vez de *Enricus II rex Galliae*, tiene un rótulo que dice: *Ludovicus XIII, rex Galliae*. He dicho.

El baron de Castelnau dejó su sitio con la frente erguida, y como no podía aludirse de un modo mas claro al príncipe Luis de Condé, los que habían aplaudido á Lignieres empezaron á murmurar, miéntras que los que habían murmurado se pusieron á aplaudir.

Pero la generalidad permaneció inmóvil y en silencio entre una y otra minoría.

—¿Entónces qué es lo que quieren? preguntó Gabriel á La-Renaudie en voz baja.

—Temo que no quieran nada! le contestó el baron.

En aquel momento pidió la palabra el abogado Avenelles, y La-Renaudie dijo:

—Siempre que vengo á París me hospedo en casa de Avenelles, hombre honrado y entendido; pero demasiado prudente, por no decir tímido. Su dictámen hará fuerza de ley.

Apenas empezó á hablar Avenelles, demostró la verdad de lo que decía La-Renaudie, pues se explicó en estos términos:

—Acabamos de oír discursos no solo llenos de animación sino de osadía: ¿pero ha llegado el momento oportuno de pronunciarlos? ¿no es esto caminar con demasiada celeridad? Se nos dijó que el objeto que nos proponemos alcanzar es muy elevado; pero no se nos habla de los medios que debemos emplear, porque son criminales. Mas que nadie siento yo la persecución que se nos hace; pero teniendo, como tenemos, tantas preocupaciones que vencer, ¿hemos de ir á arrojar sobre la causa reformada la mancha de un asesinato? Sí: de un asesinato, pues por otro camino no podemos conseguir el resultado que os atreveis á mostrarnos.

Avenelles tuvo que interrumpir su discurso porque los aplausos de casi todos los concurrentes no le dejaron seguir.

—¿Qué os decía yo? murmuraba La-Renaudie en voz baja. Ese abogado es el verdadero órgano de sus sentimientos.

Avenelles prosiguió:

—El rey se encuentra en todo el vigor de la edad madura, y para arrancarle del trono será necesario precipitarle de él; ¿quién es el que se atreverá á cometer tamaña violencia? ¡Los reyes son divinos, y solo Dios tiene derecho para castigarlos! ¡Ah! si por un incidente, una enfermedad imprevista ó un atentado privado, perdiese la vida el rey, y fuese á parar la tutela del rey niño á manos de los insolentes súbditos que nos tienen oprimidos, atacaríamos á esta tutela y no al trono, atacaríamos á los Guisas y no á Francisco II. Entonces sería laudable la guerra civil, sagrada la rebelion, y yo os gritaría ántes que nadie; já las armas!

Esta energía llenó de admiracion á la asamblea, y nuevas muestras de aprobacion fueron á recompensar el tímido valor de Avenelles.

—¡Ah! dijo en voz baja La-Renaudie á Gabriel, siento haberos traído aquí, porque debéis tenernos lástima.

Pero Gabriel decía allá para sí bastante pensativo:

—No, yo no puedo echarles en cara su debilidad, porque se parece á la mía. Yo contaba con ellos, y cu alquiera diría que ellos cuentan conmigo.

—¿Y qué debe hacerse segun vuestro modo de ver las cosas? dijo La-Renaudie al orgulloso abogado.

—Seguir en los límites de la legalidad y esperar, contestó el abogado con decision. Ana Duburgo, Enrique Dufaur, y otros tres amigos nuestros del parlamento, han sido presos, ¿pero quién nos dice que se atreverán, no ya á condenarles, sino á acusarlos? Creo que si nosotros nos valemos de medios violentos, autorizamos al poder para que haga lo mismo. ¿Y quién sabe si de nuestra medida dependerá la salvación de las víctimas? Tengamos la calma que da la fuerza, tengamos la dignidad que inspira el derecho; dejemos á un lado las faltas de nuestros perseguidores y aguardemos. Verán nuestra moderación y firmeza, se mirarán muy bien antes de declararnos la guerra, así como yo os ruego, amigos míos y hermanos, que lo penseis bien ántes de dar principio á las represalias.

Avenelles calló, y volvieron á empezar los aplausos.

El abogado, cada vez mas enorgullecido, quiso no quedarse duda de que había triunfado, y en consecuencia dijo:

—Que levanten la mano los que piensen como yo.

Casi todos alzaron la mano para manifestar á Avenelles que su opinión era conforme á la de la reunión.

—Quedamos en que . . . . . dijo.

—Nada se resuelva por ahora, interrumpió Castelnau.

—Déjese para mejor tiempo el acudir á medios extremos, prosiguió Avenelles, mirando con furia al que le interrumpía.

El ministro David propuso se cantase otro salmo para pedir á Dios fuesen puestos en libertad los pobres presos.

—Vámonos, dijo La-Renaudie á Gabriel, todo esto me causa indignacion é ira. Esta gente no sabe mas que cantar, y si en algo se conoce que son sediciosos es en sus salmos.

Así que estuvieron en la calle, empezaron á caminar en silencio, absortos ámbos en sus pensamientos.

En el puente de Ntra. Sra. se pararon, La-Renaudie para regresar al barrio de San German, y Gabriel al Arsenal.

—Adios, señor de Exmés, dijo La-Renaudie, siento haberlos hecho perder tiempo; pero podeis creer, sin embargo, que la resolucion tomada nada vale, pues han faltado á la reunion las mejores cabezas, como por ejemplo, el príncipe Coligny y otros.

—Habiendo estado, como he estado, con vos, no he perdido el tiempo, dijo Gabriel; quizá os convencereis de ello dentro de poco.

—Tanto mejor' contestó La-Renaudie. Dudo, sin embargo.

—No dudeis, dijo Gabriel: necesitaba saber si los protestantes empezaban á perder la paciencia, y es para mí mucho mas útil de lo que creis haberme asegurado por mí mismo de que todavía no están cansados.

A falta de descontento de los reformados, quedábale á Gabriel, para llevar á cabo su venganza, la ambicion del duque de Guisa.

Así pues, á las diez de la mañana siguiente, acudió á la cita que Francisco de Lorena le había dado para el palacio de Tournelles.

Como aguardaban al jóven conde de Montgommery, apenas llegó, le condujeron á donde se hallaba el que, gracias á su osadía, pasaba por el conquistador de Calais.

El Acuchillado salió á recibir á Gabriel, y le estrechó ámbas manos con cariño, diciéndole:

—¡Al fin venis á verme, amigo mío! he tenido que ir á buscaros, que perseguiros hasta en vuestro retiro, y si no lo hubiera hecho, ¡sabe Dios cuándo os hubiese vuelto á ver! ¿De qué proviene esto? ¿porqué no habeis venido á buscarme, haciendo como hace tanto tiempo que regresé á París?

—Monseñor, dijo Gabriel, en voz baja.

—¡Ah! estaba seguro de ello, interrumpió el duque de Guisa. Mintieron, ¿no es verdad? ¿faltaron á las promesas que os habían hecho? ¿os

han engañado, disgustado y lacerado vuestro corazón? ¡A vos, que sois libertador de la Francia! ¡Oh! Ya sospeché yo que tramaban alguna infamia! ¿Porqué no os dirigísteis á mi hermano el cardenal? hubiera podido prestaros ayuda.

—Os doy gracias, monseñor, dijo Gabriel con gravedad; pero os aseguro que os equivocais. Han cumplido con la mayor exactitud los compromisos que conmigo trajeron. No hablamos mas de mí, os lo suplico, pues ya sabeis que no me gusta....

—Basta, dijo el duque, lo único que quiero que sepáis es, que en cualquier sitio, en todo tiempo, y por cualesquiera motivo, están á vuestra disposición mi crédito, mi caudal y mi vida; y que si llega un día en que me necesiteis para algo, siempre que me tendáis vuestra mano implorando mi auxilio, hallareis la mía dispuesta á estrecharla.

—Gracias, monseñor, repitió Gabriel.

—Después de quedar en esto, dijo el duque de Guisa, ¿de qué quereis que hablémos, amigo mío?

—De vos, monseñor, respondió el joven, de vuestra gloria y vuestros proyectos; esto es lo que me interesa, este es el imán que me ha hecho acudir apénas me habeis llamado.

—¿Mi gloria? mis proyectos? dijo Francisco de Lorena, moviendo la cabeza.

—¿Qué es lo que quereis decir, monseñor? exclamó Gabriel.

—La verdad, y nada mas, amigo mío; sí, creía, lo confieso, que me había granjeado alguna reputacion; me parecía que mi nombre podía pronunciarse en Francia con cierto respeto, y en Europa con cierto terror; y juzgándome con derecho, en vista de mis ilustres hechos de armas, para pensar en el porvenir, arreglaba mis intentos por mi fama, soñando grandes cosas en favor de mi patria y de mí mismo, cosas que hubiera realizado, me atreví á decirlo.

—¿Y qué, monseñor? preguntó Gabriel.

—¿Y qué, Gabriel? repitió el Duque de Guisa; que hace seis semanas, esto es, desde que vine á la corte, que he dejado de creer en mi gloria y renunciado á todos mis proyectos.

—¿Y porqué, Dios mío?

—No habeis visto, en primer lugar, el tratado casi bochornoso en que han venido á parar nuestras victorias? Aun cuando hubiésemos tenido que levantar el sitio de Calais, no hubiéramos firmado una paz tan infame como la de Chambresis.

—Es cierto, monseñor; y todos deploran que haya dado tan mezquinos frutos una cosecha tan magnífica.

—Pues bien, dijo el duque de Guisa. ¿Cómo quereis que siga sembrando para hombres que tan mal saben coger? Ademas, no me tienen reducido á un estado de inaccion con esa maldita paz?

—Pero quieto y todo, monseñor, dijo Gabriel, sois tan poderoso como siempre.

—Sí, creo que los pueblos me quieren bien, y que me temen en el extranjero, continuó el Alcuchillado; pero no digais, amigo mío, que me respetan en el Louvre, ¡ese Montmorency á quien detesto!....

—¡Oh! No tanto como yo, seguramente.

—Por él, y en beneficio suyo, se ha celebrado esa paz, que á todos nos cubre de baldon.

—¡Y el duque de Guisa consiente en que ese hombre sea su rival! dijo Gabriel, con desdenosa sonrisa.

—Tiemblo de rabbia solo al pensarlo, amigo mío; pero ya veis que se lo imponen, ya veis que el condestable está protegido por una cosa mas fuerte que la gloria, por una persona mas poderosa que el mismo rey! Ya veis que mis servicios no pueden igualarse con los de Diana de Poitiers, sobre cuya cabeza debía caer un rayo!

—¡Oh! Si Dios os oyese! dijo Gabriel.

—¿Qué quereis decir?

—¿Me permitis, pues, que hable? dijo Gabriel.

—Os lo ruego.

—¿Estamos solos?

—Enteramente solos, y no puede oírnos alma viviente.

—Pues bien, monseñor, prosiguió Gabriel, hé aquí lo que tenía que deciros.

—Puesto que ese rey y ese condestable no se cuidan de vos, no penseis en ellos; si os han quitado el título de teniente general del reino, recobradlo vos.

—¡Cómo! explicaos, dijo el duque.

—Monseñor: los príncipes extranjeros os temen, el pueblo os ama, y el ejército es enteramente vuestro? Mas rey sois ya en Francia que el mismo rey, pues vos reinais porque tenéis genio para ello, y él porque tiene la corona.. Hablad como soberano, y como súbditos os escucharán. ¿Será mas fuerte Enrique II en el Louvre, que vos en vuestro campamento? Me temería por dichoso, señor, si fuera el primero que pudiera daros el título de majestad.

—Efectivamente que es un proyecto atrevido, dijo el duque, y se sonreía, á pesar de su fingida sorpresa.

—Propongo un proyecto atrevido á un alma de un temple extraordinario, dijo Gabriel con firmeza; y hablo por el bien de Francia, la que necesita la mano de un hombre dotado de gran-

des cualidades. Una vez libre y en el trono, ¿quién sería bastante á detener vuestro génio? ¿el capricho de una cortesana, y la envidia de un favorito? renovariais los tiempos de Carlo-Magno.

—Ya sabeis que la casa de Lorena desciende de él, dijo el duque con viveza.

—Que ninguno lo dude al veros obrar, sed un Hugo Capeto, para los Valois.

—¿Y si no fuese mas que un condestable de Borbon? dijo el duque.

—Os calumniais, monseñor, pues el condestable de Borbon llamó en su ayuda á los extranjeros, y vos solo os valdríais de las fuerzas de la patria.

—Pero dónde están esas fuerzas?

—Teneis dos partidos en que poder escoger: el ejército y la reforma. En primer lugar podreis ser un jefe militar, sed de lo contrario el rey de los hugonotes.

—Y el príncipe de Condé?

—Tiene atractivo y habilidad; pero vos tenéis grandeza y explendor. ¿Creís que Calvino vacilaría en la elección? Una palabra más, y mañana tendréis á vuestras órdenes sesenta mil corregionarios.

—Es que soy un príncipe católico y me indispondría con Roma.

—Con eso tendríais un pretexto para conquistarla.

—¡Amigo mío! dijo el duque de Guisa, mirando fijamente á Gabriel; mucho aborreceis á Enrique II.

—Tanto como os amo á vos, replicó Gabriel con noble franqueza.

—Aprecio esa sinceridad, dijo el duque. Y para probároslo, voy á hablaros ingenuamente. Algunas veces he columbrado, allá en mis sueños de oro, el objeto que me proponeis. ¿Creeis que mi ambicion ha llegado á su madurez, y que la ocasion es oportuna? Trastornos tan profundos es preciso prepararlos con tiempo, y que los ánimos estén dispuestos á recibirlos. ¿Creeis que hoy día esté la nacion acostumbrada á pensar en un cambio de dinastía?

—¿Es decir que titubeais, Monseñor?

—Hago mas, dijo el Acuchillado, me niego á ello. Si por cualquier accidente ó enfermedad muriese Enrique II, sería regente del reino. Y si la reina madre ó el condestable intentaran hacerme oposición; si los reformados se rebelasen; si, por ultimo, el Estado se hallase en peligro, y fuese preciso que empuñara el timon una mano firme, las ocasiones se presentarían por sí, y acaso me harían necesario. Entónces quizá a .

cogería vuestros proyectos, y oiría vuestras proposiciones.

—¿Es irrevocable vuestra resolucion, monseñor? . . .

—Sí; pero con todo, os doy gracias, Gabriel, por la confianza que teneis en mi suerte futura.

—Ahora, dijo Gabriel, me retiro.

—¡Qué! ¿os vais ya? dijo el duque.

—Sí, monseñor: ya sé lo que queria saber; me acordaré de vuestras palabras; pero nunca saldrán de mi corazon. Dispensadme, necesitaba asegurarme por mí mismo de que aun se hallaba adormecida la ambicion régia del duque de Guisa. Adios.

—Hasta la vista, amigo mío.

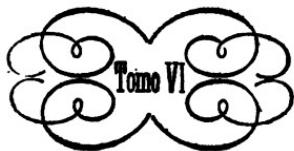
LAS DOS  
**DIANAS.**

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

ALEJANDRO DUMAS,

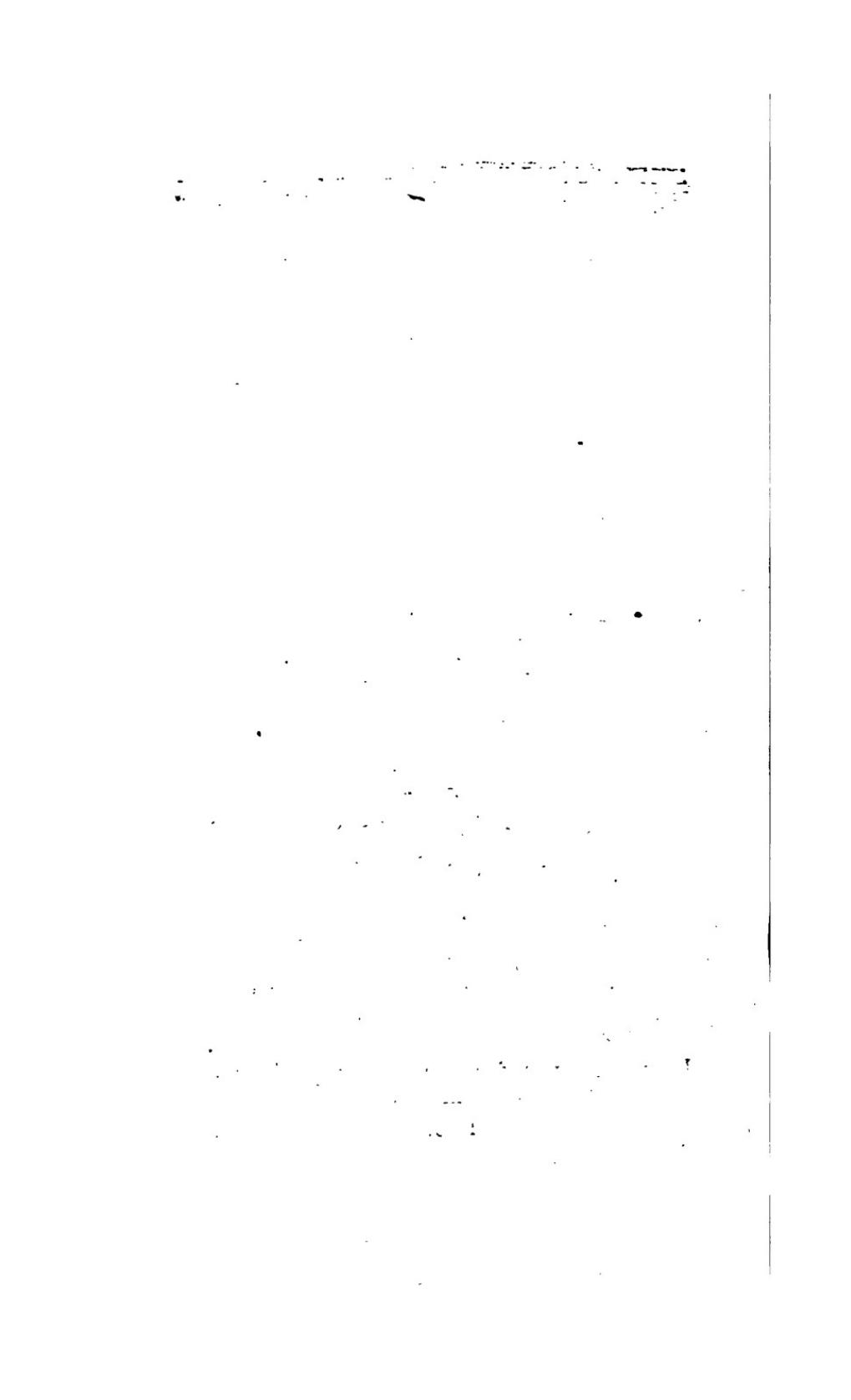
—  
TRADUCIDA AL CASTELLANO.



MEJICO:

—  
PUBLICADA POR LOS EDITORES DEL GLOBO.

—  
1849.





## I.

### **Pase atrevido.**

DIANA de Castro seguía viviendo en el Louvre, entregada á mortales angustias, pues aunque tambien esperaba, como su papel era enteramente pasivo, era mucho mas cruel que el de Gabriel.

Sin embargo, los lazos que los unían no se habían roto del todo; y casi todas las semanas iba el paje Andres á la calle de los Jardines de San Pablo á preguntar á Aloisa por el conde.

Las noticias que llevaba á Diana, no eran, en verdad, muy satisfactorias, pues se reducían á que el conde de Montgomery seguía taciturno.

no, sombrío é inquieto, segun Aloisa, quien siempre hablaba de él llorando y sumamente pálida.

Durante mucho tiempo titubeó Diana, hasta que al fin, una mañana del mes de Junio, tomó un partido decisivo para poner de una vez término á sus temores.

Envolvióse en un manto sencillo, se tapó el rostro con un velo, y cuando todos debían dormir aun en el Louvre, salió acompañada de Andres, para ir á ver á Gabriel.

A fin de justificar á sus ojos aquel paso, iba diciendo allá para sí, que ya que él evitaba su encuentro y callaba, ella iba á buscarle para saber de qué provénia su silencio.

Ademas, bien podía una hermana ir á visitar á su hermano, y ella tenía obligacion de hacerle advertencias ó de consolarle.

Desgraciadamente todo el valor con que Diana se disponía á dar aquel paso, iba á ser inútil.

Gabriel, que entregado á sus correrías, cuya costumbre no había perdido del todo, buscaba tambien las horas solitarias, hacia ya mas de media hora que había salido de su palacio, cuando Diana fué á llamar á la puerta con mano mal segura.

¿Era cosa de esperarle? Nunca se sabía cuando volvería á casa; y si Diana permanecía mu-

cho tiempo fuera del Louvre, se exponía á las calumnias.

¿Mas qué le importaba esto? A lo menos esperaría todo el tiempo que se había propuesto consagrarse.

Preguntó, pues, por Aloisa, porque también tenía necesidad de verla y de hacerla algunas preguntas.

Andres condujo á su ama á una pieza separada, y corrió á avisar á la nodriza.

Hacía años, esto es, desde los días felices de Montgommery y Vimoutiers, que no se veían Aloisa y Diana, es decir, la mujer del pueblo y la hija del rey.

Pero una y otra habían pensado durante su vida en una misma cosa; una y otra pasaban días de sobresalto, y noches sin dormir.

Así, pues, cuando entró presurosa Aloisa, y quiso inclinarse ante la señora de Castro, Diana se arrojó, como en otro tiempo, en brazos de aquella mujer, diciéndola también como siempre:

—¡Querida ama!

—¡Cómo! dijo Aloisa, soltándose las lágrimas, ¿todavía os acordais de mí? ¿todavía me conoceis?

—¡Que si me acuerdo de tí! ¡Si te conozco! repuso Diana; ¡como si yo pudiera olvidar la casa de Enguerrando! Como si yo pudiera desconocer el castillo de Montgommery!

Por ultimo, la nodriza dijo á Diana cuánto sabía, ó á lo menos, cuánto veía; y no hay duda en que Diana recibía sumo gusto oyendo hablar de Gabriel; pero también gran sentimiento al oír hablar de aquel modo tan triste.

Efectivamente, las revelaciones de Aloisa no eran muy á propósito para calmar la angustia de la señora de Castro; sino perra darla mas fuerza; y aquel testigo apasionado de los sufrimientos y la desanimación del joven conde, hacía que Diana creyese estar viendo los tormentos de aquella vida agitada.

Diana se persuadió mas y mas de que si quería salvar á las personas á quienes amaba, era tiempo de intervenir resueltamente.

Como una hora pasa pronto, aun cuando se hable de cosas tristes, Andres llamó á la puerta, y Diana y Aloisa se estremecieron al oírle:

—¡Ya! exclamaron á un mismo tiempo.

—Tanto peor, prosiguió Diana, pues voy á estar aquí todavía un cuartito de hora mas.

—Mirad, señora! dijo la nodriza.

—Tienes razon, ama, debo irme, y voy á hacerlo; pero déjeme una palabra: En todo lo que has dicho de Gabriel has omitido... me parecerá... en fin, ¿nunca habla de mí?

—Nunca, señora, nunca.

—Hace bien! dijo Diana, suspirando.

—Mejor haría en no pensar en vos tampoco.

—¿Crees que piensa en mí, ama? preguntó vivamente la señora de Castro.

—Estoy segurísima de ello, señora, contestó Aloisa.

—Sin embargo, hace todo lo posible por no encontrarse conmigo, y nunca va al Louvre.

—No tiene la culpa de eso, dijo Aloisa, moviendo la cabeza, la señora á quien ama.

—Lo entiendo, pensó Diana allá para sí extrayéndose; la culpa la tiene el hombre á quien aborrece.

Y añadió en voz alta:

—Es preciso que le yea; tengo que verde á toda costa.

—Quereis, señora, preguntó Aloisa, que le diga de parte vuestra vaya á veros al Louvre?

—No, no! ¡en el Louvre no! dijo Diana con terror; que no vaya al Louvre. Yo aprovecharé una ocasión oportuna y haré por venir.

—Y si ha salido como hoy? dijo Aloisa; ¡qué día, qué semana será! ¿Lo sabéis, poco mas ó menos? Con eso os esperaré.

—Ay! dijo Diana, siendo como soy una pobre princesa, ¿cómo he de prever el instante, el día en que tendré libertad? Pero si puedo enviaré á Andrés.

En aquel mismo momento, el paje, que temía

no le hubiesen oido, volvió á llamar á la puerta, diciendo:

—Señora, las calles y los alrededores del Louvre empiezan á poblar de gente.

—Ya voy, ya voy, contestó la señora de Castro.

Y añadió en voz alta, dirigiéndose á Aloisa.

—Ama, debemos separarnos. Dadme un abrazo bien apretado, como cuando era niña y dichosa.

Y mientras que Aloisa la tenía estrechamente abrazada la dijo al oido:

—Cúídale mucho.

—Le cuidaré, contestó la nodriza, como cuando era niño y dichoso.

—Mejor, Aloisa, mucho mejor, porque ahora lo necesita mas.

Cuando Diana dejó el Palacio, todavía no había vuelto Gabriel.

Media hora despues se encontraba en el Louvre en su cámara; pero aunque no tenía la menor inquietud por lo que pudiera resultar del paso que acababa de dar, pensaba con angustia en los proyectos que podría abrigar Gabriel.

Gabriel regresó á su casa ya muy entrado el dia, y enterado de la visita de Diana resolvió ir al Louvre, en el cual entró sin dificultad alguna.

“Ocupábase Diana en aquel momento en bordar en compañía de su doncella; y muchas veces suspendía la labor, poniéndose á pensar en la conversación que había tenido con Aloisa aquella mañana.

De pronto entró en la cámara Andres, sin asiento, y dijo:

—Señora, el señor vicente de Exmes, porque el manzobio no había perdido la costumbre de llamar así al que fué su amo.

—¿Quién? El señor de Exmes aquí! repitió Diana desconcertada.

—Aquí le tieneis, señora, dijo el paje.

Gabriel apareció en la puerta, dominando su emoción lo mejor que pudo, y saludó profundamente á la señora de Castro, quien no contestó á su saludo en un principio, porque estaba enteramente cortada; pero despidió con el gesto al paje y á la doncella.

Solos ya Diana y Gabriel, salieron uno al encuentro de la otra, y se dieron la mano de un modo apretado.

Durante un minuto miráronse en silencio con las manos cogidas, hasta que al fin dijo Gabriel con voz profunda:

—Así que he sabido que habéis estado en mi casa, y que queríais hablarme, he resuelto venir á veros.

—¿Conque el paso que yo he dado ha sido lo que os ha hecho conocer que necesitaba veros, y á no ser por esto, no lo hubierais sabido?

—Diana, dijo Gabriel, sonriendose tristemente, como sabéis que he dado pruebas de valor, puedo deciros que tenía miedo de venir al Louvre....

—Miedo, ¿de quién? preguntó Diana, que tambien le tenía al hacer esta pregunta.

—De vos, y de mí... contestó Gabriel.

—Y por eso, repuso Diana, habeis preferido olvidar nuestro cariño? Hablo de un cariño legítimo y santo, se apresuró á añadir.

—Mejor hubiera querido olvidarlo todo que entrar en el Louvre de motu proprio; pero, ¡ay de mí! no he podido, como prueba....

—¿El qué?

—Como lo prueba que os busco en todas partes: y á pesar de que temía vuestra presencia, hubiera dado cuanto hay en el mundo por veros un minuto, aunque solo fuese de lejos.

—Gabriel, deseaba veros por dos razones; la primera, porque tenía que daros una explicacion; y la segunda, porque tenía que pediros otra.

—Hablad, Diana, dijo Gabriel, abrid mi corazon y desgarradlo á vuestro sabor, pues ya sabéis que es vuestro.

— En primer lugar, necesitaba manifestaros, porqué, así que recibí vuestro mensaje, no tomé el velo que me enviasteis, entrando en un convento, como es lo indiqué en Calais la última vez que nos vimos.

— ¿Os he dirigido la menor reconvención acerca de esto, Diana? dijo Gabriel. Andres os manifestaría que os relevaba del cumplimiento de vuestra promesa, y podeis creer que mi intencion era sincera.

— También lo era la que yo había formado de renunciar al mundo, Gabriel; y debeis saber que esta intencion no la he perdido aun.

— ¿Porqué, Diana? ¿porqué renunciar á ese mundo en que estais destinada á brillar?

— Vuestra conciencia puede estar tranquila, amigo, repuso Diana, no tanto por cumplir el juramento que había hecho, como por satisfacer los deseos de mi alma, quiero dejar este mundo en que ya he sufrido demasiado. Necesito vivir en paz, necesito descansar; y solo estaré tranquila en el seno de Dios. No envidieis, pues, mi único refugio.

— Oh! ¡que no lo envidie! dijo Gabriel.

— No he realizado aun mi irrevocable designio, continuó Diana, por una razon; porque quería que accedieseis á lo que os pedí en mi ultima carta, esto es, á que no hicieseis de juez y verdugo, á que no os anticipaseis á Dios.

—¡Como si hubiera alguien que se anticipara á él! murmuró el conde.

—Esperaba, en fin, prosiguió Diana, que en caso necesario podría interponerme entre las personas á quienes quiero bien y se odian; y ¿quién sabe si acaso impediré una desgracia ó un crimen? ¿Me queréis mal porque pienso así, Gabriel?

—A los ángeles no se les puede querer mal; Diana. Sois generosa, y nada mas natural.

—Sé yo acaso, exclamó la señora de Castro, si lo he sido? ¿Sé si lo soy? Perdono sin saber á quién, y á ciegas; y esto es precisamente sobre lo que tengo que preguntaros, Gabriel, porque quiero conocer todo el horror de mi destino....

—¡Diana! ¡Diana! Esa curiosidad es fatal! dijo Gabriel.

—No importa! contestó Diana; ni un día mas quiero permanecer en esta perplejidad horrible! ¡Decidme, Gabriel! ¿habeis adquirido al fin la convicción de que efectivamente soy hermana vuestra? ó habeis perdido enteramente la esperanza de saber la verdad acerca de este extraordinario secreto? Responded; os lo pido, os lo suplico.

—Responderé, dijo Gabriel, con voz triste. Diana, hay un refran español que dice que:

“siempre debemos ponernos en lo peor.” Desde que nos sepáramos, me he acostumbrado á miraros como hermana mía; pero no he querido mas pruebas, ni tengo esperanzas de poder adquirirlas.

—¡Dios mío! exclamó Diana; ¿No existía ya cuando regresasteis de Calais, el que debía suministraros esas pruebas?

—Existía, Diana;

—Entonces, no os han cumplido la promesa sagrada que os hicieron! ¿Quién me dijo, sin embargo, que el rey os había recibido perfectamente? . . .

—Todo cuanto me habían prometido lo han cumplido exactamente, Diana.

—Con qué tono me decís eso, Gabriel! ¡Qué espantoso enigma encierran vuestras palabras, Virgen Santa!

—Puesto que lo habeis exigido, vais á saberlo todo, dijo Gabriel, vais á llevar á medias conmigo el peso de un secreto espantoso. Con eso veré lo que pensáis de mi revelación; y si, después de haberme oído insistir en ser clemente; si vuestros ademanes, vuestro semblante, ó vuestros gestos, desmienten vuestras palabras de perdón. . . .

—Escuchad!

—Antes de oíros tiemblo, Gabriel.

Entonces todo lo contó Gabriel á la señora de Castro, con voz jadeante: la adogida del rey; de qué modo le había reiterado su promesa Enrique II; lo que al parecer habían dicho la señora Poitiers y el condestable; la angustia que Gabriel pasó aquella noche; su segunda visita al Chatelet; su bajada al infierno del calabozo apestado; el lugubre relato de Sazeray; todo, en fin.

Diana le oyó sin interrumpirle, sin hacer una exclamación, sin moverse; tan muda y yerta como una estatua de piedra; fijos los ojos en su órbita, y con los cabellos erizados.

Cuando Gabriel acabó su lugubre historia, reinó entre ambos una pausa: luego quiso hablar Diana, pero no pudo. Ahogábasele la voz en la garganta; y Gabriel miraba, con una especie de alegría terrible, su turbacion y espanto. Al fin arrojó este grito:

—¡Perdonad al rey!

—¡Ah! exclamó Gabriel. ¿Conque me pedís que le perdone? Eso prueba que le teneis por criminal! ¡Ah! eso equivale á una condenación! ¡Que le perdone!... ¿No es verdad que debe morir?....

—¡Oh! yo no he dicho eso, repuso Diana desatinada.

—Sí, que lo habeis dicho; ya veo, Diana, que

sois de mi mismo dictámen, que pensais lo mismo que yo. La única diferencia que hay entre los dos, proviene de nuestra índole particular: la mujer pide perdón, y el hombre justicia.

—¡Ah! exclamó Diana. ¡Qué imprudente, qué loca soy! ¿A qué habré hecho que vengáis al Louvre?

En aquel momento dieron un golpecito a la puerta.

—¿Quién está ahí? ¡qué me querrán, Dios mío! dijo la señora de Castro.

Andrés entreabrió la puerta, y dijo:

—Dispensadme, señora, os traigo una carta del rey.

—Del rey! repitió Gabriel, cuyos ojos chispearon.

—A qué me traes esa carta, Andrés?

—Señora, porque me han dicho que es urgente.

—Entonces, dámela. ¿Qué querrá el rey?  
Sal, Andrés, que ya te llamaré si hay que contestar algo.

Andrés salió, y Diana abrió la carta, leyendo en voz baja lo que sigue, con un terror que iba aumentándose por grados.

“Querida Diana:

“Me han dicho que te hallas en el Louvre, y te ruego que no salgas hasta tanto que yo vaya

á verte. Estoy en un consejo que va á concluirse de un momento á otro, y al instante iré á tu cámara.

“¡Hace tanto tiempo que no te he visto á solas! Estoy triste, y necesito hablar unos cuantos instantes con mi amada hija. Hasta luego, pues.—ENRIQUE.

Diana arrugó la carta en sus crispadas manos así que dejó de leerla.

¿Qué es lo que debía hacer?

Despedir al instante á Gabriel. ¿Y si encontraba al tiempo de irse al rey, quien podía llegar de un momento á otro?

Detener á su lado al jóven? Eso era lo mismo que exponerse á que el rey le encontrara al entrar.

Ayisar al rey, era excitar sospechas; prevenir á Gabriel, era provocar su cólera, demostrando que la tenía.

Segun todas las trazas, iban á encontrarse frente á frente aquellos dos hombres, tan peligrosos el uno para el otro; y Diana, esto es, la que quería salvarlos á costa de su sangre, era quien había acarreado aquel encuentro fatal.

—¿Qué os dice el rey, Diana? preguntó Gabriel, con una calma afectada que desmentía su voz temblona.

—Nada, nada, respondió Diana; me hace un encargo para la reunion de esta noche

— Quizá os estaré molestando, Diana, dijo Gabriel, y así, me retiro.

— No, no! quedaos, exclamó Diana con viveza. Sin embargo, si tenéis que evacuar algún asunto urgente, no quisiera deteneros.

— Esa carta os ha turbado, Diana, temo molestáros, y así, voy á despedirme de vos.

— Vos molestarme, amigo mío! ¿Podeis pensar lo que quiera? dijo la señora de Castro. ¿No soy yo quien ha ido á buscaros en cierto modo? ¡Ay! con harta imprudencia quizás. Nos volveremos á ver; pero no aquí sino en vuestra casa. Así que pueda escaparme iré á veros, y á proseguir esta conversación, tan dulce como terrible; os lo prometo, contad conmigo. Lo que es en este momento, tenéis razón, os confieso que estoy algo distraída, y un poco mala.... Me siento como si tuviera calentura.

— Ya lo veo, Diana, y así os dejo, dijo Gabriel, con voz triste.

— Hasta dentro de poco, amigo mío, dijo Diana. Idos, idos.

Y se encaminó con él hasta la puerta de la cámara, pensando, allá para sí, que si le detenía, de seguro vería al rey, al paso que si se iba al instante, había á lo menos alguna probabilidad de no encontrarse con él.

Sin embargo, vacilaba, dudaba, y temblaba todavía.

—Permitidme que os diga una palabra, y será la última, Gabriel, dijo ya en el umbral de la puerta. ¡Dios mío! ¡Vuestro relato me ha trastornado de tal modo!... No sé cómo coordinar mis ideas. ¿Qué es lo que iba á pediros? ¡Ah! ya caigo.... Oídme una palabra, una palabra importante. No me habeis dicho lo que pensais hacer; yo he pedido perdon, y vos pedís justicia: ¿cómo esperais conseguirla?

←Aun no lo sé, dijo Gabriel, con aire sombrío; confio en Dios, en los sucesos y en la ocasión.

—¿En la ocasión? repitió Diana estremeciéndose; ¿en la ocasión? ¿Qué entendéis por esto? ¡Oh! ¡entrad, entrad! No quiero que os vayais, Gabriel, hasta que no me expliqueis esa palabra. Os ruego que os quedeis.

Y cogiéndole de la mano lo condujo á su aposento.

Si encuentra al rey fuera de este sitio, pensaba la pobre Diana, estarán solos, sin acompañamiento el rey, y Gabriel con espada. A lo menos, estando yo presente, podré arrojarme entre ellos, suplicar á Gabriel, y parar el golpe. Es preciso, pues, que Gabriel se quede.

←Me siento mejor, dijo en voz alta; quedaos, Gabriel, y prosigamos nuestra conversacion: explicadme lo que deseá saber, porque me siento mucho mejor.

—No, Diana, estais mucho mas agitada que hace un rato, contestó Gabriel; y quereis saber lo que se me figura al ver vuestro terror?

—No, Gabriel, ¿cómo quereis que yo sepa?...

—Pues bien, dijo Gabriel, si con pedir perdón confesasteis hace poco que para vos era notorio el delito, vuestro temor actual declara que á vuestros ojos sería legítimo el castigo. Temeis que me vengue del criminal, y de consiguiente temeis mi venganza: me deteneis aquí para evitar represalias que os asustan, pero que no extrañareis, ¿no es verdad?

Diana se estremeció, porque no podía ser mas certero el golpe.

Con todo, reuniendo toda su energía, dijo:

—¡Oh! ¿Cómo podeis creer, Gabriel, que yo pueda concebir de vos esos pensamientos? ¡Vos, Gabriel mío, convertido en asesino! ¡Vos atacar por sorpresa á uno que no pudiera defenderse! Esto es imposible! Esto sería mas que crimen cobardía! Os figurais que os detengo. Estais equivocado, jidos! Yo misma os abriré la puerta. Ya veis que estoy tranquila; muy tranquila, á lo mejor sobre este punto: Si alguna cosa turba mi razon, no es semejante idea, os lo aseguro. Dejadme en paz, salid del Louvre, que ya iré á terminar esta conversacion en vue-

tra casa. Idos, amigo mío, idos. Ya veis como quiero conserváros.

Y al mismo tiempo que hablaba así lo condujo hasta la antesala.

Allí se hallaba el paje, y Diana pensó en mandarle que fuese acompañando á Gabriel hasta fuera del Louvre; pero conoció que si tomaba esta precaucion iba á descubrir su falta de confianza.

Sin embargo, no pudo ménos que llamar á Andres con una seña, y preguntarle al oído:

—¿Sabes si ha acabado el consejo?

—Todavía no, señora, respondió Andres en voz baja; aun no he visto salir á los consejeros.

—Adios, Gabriel, dijo Diana en voz alta, a dios, amigo mío. Casi me obligais á que os despidá, para probaros que no era mi ánimo deteneros. Adios, hasta dentro de poco.

—Cuando gusteis, dijo el jóven, con melancólica sonrisa, apretándole la mano.

Y salió, permaneciendo allí Diana hasta que se cerró la última puerta que Gabriel tenía que atravesar.

En seguida se volvió á su aposento, y se hincó de rodillas ante su reclinatorio, llorando y palpitándose el corazon.

—¡Oh Dios! decía, mirad, lo que pido, en nombre de Jesus vuestro hijo, por el que quizá

sea mi hermano, y por el que tal vez sea mi padre. Preservad, oh Dios mío, á los seres á quienes amo tanto, de que se hagan daño el uno al otro, pues vos sois ya el único que puede hacerlo.

A pesar de los esfuerzos que hizo para impedirlo, ó por mejor decir, resultas de esos mismos esfuerzos, sucedió lo que había previsto y temido la señora de Castro.

Gabriel salió de su aposento triste y abatido, porque en cierto modo se había apoderado de él la agitación febril de Diana; y nada veía, no acertaba á formar un pensamiento.

De pronto se estremeció; dió un paso hacia atrás y se paró como petrificado.

Acababa de abrirse al otro extremo de la galería la puerta paralela á la suya, y un hombre entró en la misma galería.

Aquel hombre era Enrique II. Enrique, autor, ó á lo menos, principal cómplice de aquellos criminales engaños, que habían perdido para siempre el alma y la vida de Gabriel.

El rey iba solo, sin armas y sin acompañamiento.

El ofensor y el ofendido encontrábanse por primera vez desde el ultraje, uno en presencia del otro, solos, y á distancia de unos cien pasos, distancia que podía salvarse en veinte segundos y veinte brincos.

Ya hemos dicho que Gabriel se paró, quedándose inmóvil y helado como una estatua, como la estatua de la Venganza ó del Odio.

Tambien se paró el rey al ver de pronto al que hacía cerca de un año que solo veía en sueños.

Aquellos dos hombres permanecieron así cerca de un minuto, sin moverse, como fascinados el uno por el otro.

Asaltado Gabriel por un torbellino de pensamientos e ideas, que llenaban de tinieblas su corazón, no sabía qué reflexionar ni qué resolver; y esperaba.

En cuanto á Enrique, á pesar de su acreditado valor, tenía miedo; sí, miedo.

Sin embargo, alzó la frente al pensar en esto, desechar su indecision, y tomó su partido.

Llamar, es temer, retirarse, era lo mismo que huir.

Adelantóse, pues, hacia la puerta en que parecía que Gabriel estaba clavado.

Es verdad, tambien, que una fuerza superior, una especie de seducción invencible y fatal, le llamaba, le empujaba hacia aquél pálido fantasma, que parecía estarle esperando.

Empezaba á desvariar al pensar en su destino.

Gabriel le veía ir hacia él con una especie de

satisfaccion ciega é instinctiva; pero no conseguia desprender ningun pensamiento de las nubes que oscurecian su mente.

Lo único que hizo fué llevar la mano á la espada.

Cuando el rey se vió muy pocos pasos distante de Gabriel, volvió á apoderarse de él el terror que había desecharo, apretando su corazon como con un tornillo.

Y decía, allá para sí, aunque de un modo valgo, que había ya llegado su última hora con justa razon.

Sin embargo, seguia avanzando; pero le llevaban los piés y no la voluntad, como sucede á los sonámbulos.

Así que se vió frente á Gabriel, cuando ya podía sentir su aliento y tocar su mano, sin saber lo que se hacia, se llevó la mano á la gorra de terciopelo que llevaba puesta, y saludó al joven.

Gabriel no contestó á su saludo; siguió en su marmórea actitud; no quitó la mano de la espada para llevársela al sombrero.

Para el rey no era Gabriel un súbdito, sino un representante de Dios, ante el cual nos inclinamos todos.

Para Gabriel no era Enrique un rey, sino un hombre que había matado á su padre, y á quien solo debía rendir un tributo de odio.

Sin embargo, le dejó pasar, sin hacerle ni decirle nada.

El rey, por su parte, pasó sin volverse ni mostrarse admirado de aquella falta de respeto.

Cuando la puerta que había entre aquellos dos hombres se cerró, una vez deshecho el encanto, ambos despertaron, restregándose los ojos, y se preguntaron á sí mismos:

—¿Conque no era sueño? . . .

Gabriel salió lentamente del Louvre, y no sentía haber dejado perder la ocasión, ni se arrepentía de haberla dejado escapar.

Experimentaba mas bien una especie de alegría confusa, y decía, allá para sí:

—La presa viene hácia mí, anda dando vueltas á mis redes, y se pone al alcance de mi venablo.

Los contratos matrimoniales de Isabel y de Margarita de Francia, debían firmarse en el Louvre el día 28 de Junio, y con este motivo regreso el rey á París el 25, mas triste y pensativo que nunca.

Desde su último encuentro con Gabriel, sobre todo, era su vida un suplicio, y huía la soledad, queriendo distraer con el bullicio y la animacion el sombrío pensamiento de que estaba poseido, por decirlo así.

El 26 de Junio, por la tarde, Diana estaba

sola en su aposento, cuando una doncella entró precipitadamente y le anunció que el rey iba á visitarla.

Enrique tenía su acostumbrado aspecto de gravedad, y despues de los cumplimientos de estilo, entró en materia, como si quisiera desprenderse desde luego de sus impetuosos pésares.

—Querida Diana, dijo, clavando la vista en la de su hija, ya hace mucho tiempo que no hemos hablado los dos del vizconde de Exmés, quien ha tomado el título de conde de Montgommery. ¿Hace tambien mucho tiempo que tú no lo ves?

Al oír Diana el nombre del vizconde, se estremeció y puso pálida; pero reponiéndose lo mejor que pudo, respondió:

—Señor, solo una vez he vuelto á ver al señor de Exmés desde que vine de Calais.

—¿Y dónde le has visto, Diana? preguntó el rey.

—Aquí, señor.

—Habrá unos quince días, ¿no es verdad? dijo Enrique.

—En efecto, señor, contestó la señora de Castro, podrá haber unos quince días.

—Ya lo sospechaba yo, dijo el rey.

E hizo una pausa, como si tratara de recono-

cer los nuevos pensamientos que le aquejaban.

Diana le miraba con tanta atención como temor, procurando adivinar el motivo de aquel interrogatorio inesperado.

Pero la fisonomía seria de su padre le parecía impenetrable.

—Señor, dispensadme, dijo, reuniendo todo su valor; ¿me atreveré á preguntar á V. M. por qué, después de haber guardado durante tanto tiempo silencio coamigo, acerca del que me libró en Calais de la infamia, hoy me dispensa la honra de venir á verme expresamente, segun me imagino, para saber de él?

—¿Quieres saberlo, Diana? dijo el rey.

—Hasta ese extremo llevo mi osadía.

—Corriente, lo sabrás todo, prosiguió Enrique; y deseo que al ver mi confianza, la tengas tú tambien en mí. Hija mía, ¿no me has dicho que mequieres?

—Lo he dicho, y lo repito, señor, exclamó Diana: os quiero como á rey.

—Oyeme, pues, Diana.

—Os oigo con toda mi alma, señor.

Enrique contó los dos encuentros que había tenido con Gabriel; el primero, en la galería del Louvre, y el segundo, en los bosques de Fontainebleau. Contó á Diana que había dado muestras de rebelion el conde, no queriendo saludar

á su rey la primera vez, ni salvarle la segunda.

Al oír aquel relato Diana, no supo disimular su tristeza y espanto, pues ya había tenido lugar en dos ocasiones el conflicto que tanto temía entre Gabriel y el rey, y podía renovarse con mayor riesgo y crudeza.

Enrique, sin observar al parecer la emoción de su hija, concluyó diciendo:

—Estas son ofensas, y muy graves; ¿no es verdad, Diana? Casi son delitos de lesa majestad. Y sin embargo, he ocultado á todos estas injurias, y disimulado, porque ese jóven ha sufrido por mi causa hace tiempo, á pesar de los gloriosos servicios que ha prestado á mi reino, y que sin duda alguna debieron ser mejor premiados.

Y fijando en Diana su mirada penetrante, continuó:

—Ignoro, no quiero saber, Diana, si conoces lo mal que me he portado con el Sr. de Exmés; lo único que quiero, es que sepas que mi silencio ha sido dictado por el convencimiento en que estaba de mi mal modo de procedor. ¿Pero no es imprudencia guardar silencio por mas tiempo? ¿No indican esos ultrajes que me hará otros mayores? ¿No debo, en fin, guardarme del señor de Exmés? Esto es sobre lo que he venido á consultarte amistosamente.

—Os doy gracias por vuestra confianza, señor, respondió Diana, con doloroso acento, al verse colocada de aquel modo entre los deberes de dos afectos.

—La confianza que tengo en tí es muy natural, Diana, dijo el rey. Y bien, añadió, viendo que su hija vacilaba.

—Señor, dijo Diana, haciendo un esfuerzo, creo que V. M. tiene razon, y que quizá obrará con prudencia en precaverse del señor de Exmés....

—¿Crees, Diana, que mi vida corre peligro? dijo el rey;

—¡Oh! no digo eso, señor! exclamó Diana con viveza; pero al fin, el señor de Exmés ha sido ofendido gravemente, segun parece, y puede temerse....

La pobre Diana se detuvo temblando, y con la frente bañada de sudor, porque causaba repugnancia á su noble corazon aquella especie de denuncia que le arrancaba la violencia moral.

Pero Enrique interpretó su sufrimiento de otro modo, y dijo, levantándose y paseándose agitado por el aposento:

—Te comprendo, Diana; sí, ya lo temía yo; ya ves que debo desconfiar de ese jóven Perro vivir con esa espada de Democles suspendida sobre mi cabeza, es cosa imposible: los reyes

tienen otras obligaciones que los caballeros, y voy á hacer que no me moleste el señor de Exmés, . . . .

Y dió un paso como para salir; pero Diana le salió al encuentro.

¡Qué! ¡Gabriel iba á ser acusado, preso tal vez, por haberle vendido Diana!

No pudo soportar esta idea; ademas de que las palabras de Gabriel no habían sido tan amenazadoras como todo eso.

—Aguardad un momento, señor, exclamó; os equivocais, ¡os juro que estais equivocado! Yo no he dicho que corre peligro vuestra cabeza, una y mil veces sagrada. En lo que el señor de Exmés me ha manifestado en confianza, nada hay que haya podido excitar mis sospechas. De otro modo, ¡gran Dios! ¿no os lo hubiera yo revelado?

—Es verdad, dijo Enrique, parándose; pero entonces, ¿qué es lo que quieres decir?

—Quería decir, señor, que V. M. haría bien en evitar, hasta donde pudiese, esos encuentros sensibles, con un súbdito ofendido que puede olvidar el respeto que debe á su rey; pero de una falta de respeto á un regicidio, va mucha distancia, señor. ¿Sería digno de vos reparar una injusticia con otra iniquidad?

—No, ciertamente, no era esa mi intención,

dijo el rey; la prueba es que he callado; y puesto que disipas mis sospechas, respondes de mi seguridad ante Dios y tu conciencia; y segun tú, puedo estar tranquilo.

—¿Estar tranquilo? preguntó Diana, estremeciéndose; y no he ido tan lejos, señor, y quereis que cargue con una responsabilidad terrible. V. M. debiera, por el contrario, estar alerta . . .

—No, dijo el rey, ¡yo no puedo estar siempre temiendo y temblando! Hace dos semanas que no existo; y es preciso acabar de una vez. Una de dos: ó confiando en tu palabra, voy á abandonarme tranquilo á mi suerte y mi vida, á pensar en el reino y no en mi enemigo, á no ocuparme, en fin, absolutamente del vizconde de Exmés; ó bien voy á hacer que el hombre que me quiere mal, no pueda causarme daño alguno; á denunciar sus insultos á quien tiene derecho para castigarlos; y como estoy en un puesto tan elevado, como tengo mucho orgullo para defenderme yo mismo, dejaré este cuidado á los que deben guardar mi persona.

—Y quiénes son, señor? preguntó Diana.

—En primer lugar, dijo el rey, Montmorency, condestable y jefe del ejército.

—Montmorency! repitió Diana estremeciéndose.

El nombre odioso de Montmorency le recor-

daba á un mismo tiempo todas las desgracias del padre de Gabriel, su largo y duro cautiverio, y su muerte. Si Gabriel caía, pues, en manos del condestable, le aguardaba igual suerte, y se perdía sin remedio.

Diana vió con el pensamiento al que tanto había amado, sumido en un calabozo sin aire, muriendo en una noche, ó lo que era mucho mas terrible, al cabo de veinte años; y muriendo, no sin acusar á Dios, á los hombres; y sobre todo, á Diana, la que lo había entregado cobardemente con solo pronunciar algunas palabras inciertas y de sentido equívoco.

Nada probaba que Gabriel quisiera extender su venganza hasta el rey, al paso que era seguro no perdonaría á Gabriel Montmorency, teniéndole, como le tenía, rencor.

A Diana se le ocurrió todo esto en un instante; y cuando el rey sentó definitivamente la cuestión, diciéndole:

—Y bien, Diana, ¿qué consejo me das? Como tú puedes conjeturar mejor que yo los riesgos que corro, tu palabra me servirá de ley. ¿Debo no volverme á ocupar del Sr. de Exmés, ó me ocupo de él?

—Señor, replicó Diana, á quien asustó el acento con que el rey pronunció estas últimas palabras. No tengo qué dar á V. M. otro conse-

jo sino el que le dicte su conciencia.. Si cualquiera otro hombre, á quien no hubiéseis ofendido, señor, os hubiera faltado al respeto al pasar á vuestro lado, ú os hubiera abandonado traidoramente al peligro, creo que no hubierais venido á consultarme para imponer al culpable un justo castigo. Algun motivo imperioso ha inducido, pues, á V. M. á guardar un silencio que equivale á un perdón, y no veo que tenga motivo para dejar de obrar como ha empezado á hacerlo. Porque al fin, si el señor de Exmés hubiera pensado en acudir al crimen, se me figura que no esperaría á que se presentasen dos ocasiones mejores que las que ya se le han presentado, en una galería solitaria del Louvre, y en los bosques de Fontainebleau, al borde de un precipicio.

—Eso basta, Diana, dijo Enrique, y es todo cuanto te pedía. Tú ahuyentas de mi alma un gran pesar, y te doy las gracias, querida mía. No hablémos mas de esto: con eso podré pensar desde hoy con entera libertad en las fiestas que van á celebrarse con motivo de nuestros casamientos. Quiero que sean expléndidas, y que tú tambien te presentes radiante de explendor, ¿lo oyes, Diana?

—Dispénsemelo V. M., dijo Diana; pero justamente quisiera pedirle me permitiese no concur-

fir á esas fiestas. Mas quería, si he de hablar francamente, permanecer encerrada en mi soledad.

—Pues cómo! dijo el rey; ¿no sabes, Diana, que se va á desplegar un boato enteramente régio? Habrá justas y torneos bellísimos, y yo seré uno de los mantenedores del palenque. ¿Qué tienes que hacer, hija mía, qué no quieres presenciar un espectáculo tan magnífico?

—Señor, contestó Diana, con voz grave, tengo que rezar....

Algunos minutos despues dejó el rey á la señora de Castro con el alma aliviada de parte de sus angustias.

Pero todas las dejaba en el corazón de la pobre Diana.

Libre el rey casi enteramente, desde entonces, de las inquietudes que le traían contristado, apresuró, con su acostumbrada actividad, los preparativos de las magníficas fiestas que quería dar á los habitantes de París, con motivo de los felices consorcios de su hija Isabel con Felipe II, y de su hermana Margarita con el duque de Saboya.

Consorcios bien afortunados efectivamente, y que merecían celebrarse con tantos festejos. El poeta de D. Carlos ha dicho, de un modo que nada deja que desear, el resultado que tuvo el

primero. Vamos á ver nosotros á lo que dieron lugar los preliminares del segundo.

El contrato matrimonial de Filiberto Emmanuel con la princesa Margarita de Francia, debía firmarse el 28 de Junio.

Enrique anunció que aquel día y los dos siguientes, habría en Tournelles torneos y otros juegos de caballería.

Y so pretesto de honrar mas y mas á los dos esposos, pero en realidad con el objeto de satisfacer la pasion que tenía por aquella especie de justas, declaró que el sería uno de los mantenedores.

Mas el 28 por la mañana, la reina Catalina de Médicis, que en aquel tiempo no salía de su retiro, pidió al rey con instancia le concediese una entrevista.

No es necesario decir que Enrique accedió desde luego á los deseos de su esposa y señora.

Catalina entró sumamente commovida en el aposento del rey, y exclamó:

—¡Ah! señor, os pido por Dios que no salgais del Louvre hasta que haya transcurrido el mes de Junio.

—¿Porqué, señora? preguntó Enrique, admirado de aquella repentina peticion.

—Porque os debé suceder una desgracia en unos de estos días, contestó la Florentina.

— ¿Quién os lo ha dicho? preguntó el rey.

— Vuestra estrella, señor, puesto que esta noche la hemos observado mi astrólogo italiano y yo; descubriendo en ella señales de peligro, pero de un peligro mortal.

Preciso es saber que Catalina de Médicis empezaba á darse á la mágia y á la astrología judiciaria, las cuales, si hemos de creer las memorias de aquel tiempo, muy rara vez le mintieron durante todo el curso de su vida.

Pero Enrique II era muy incrédulo tocante á los astros, y respondió á la reina riéndose:

— Si mi estrella me anuncia un peligro, lo mismo lo correré aquí que fuera.

— No, contestó Catalina, pues estais amenazado al aire libre.

— ¡De veras? Entónces será agluna racha de viento, dijo Enrique.

— ¡Señor, no os burleis de estas cosas! repuso la reina. Los astros son las palabras escritas de Dios.

— Pues entónces, dijo Enrique, preciso es convenir en que la Escritura divina es muy oscura y embrollada en lo general.

— ¿Porqué, señor?

— Porque hay en ella borrones que hacen ininteligible el texto, de tal modo, que cada cual puede descifrarlo á su antojo. ¿No es verdad,

señora, que habeis visto en esa jerigonza celeste, que corre peligro mi vida si dejo el Louvre?

—A no dudarlo, señor.

—Pues bien, Forcastell vió el mes pasado otra cosa. Creo que apreciais á Forcastell, señora.

—Sí, dijo la reina, porque es un hombre muy instruido, como que ya lee, cuando nosotros no hacemos otra cosa que deletrear.

—Sabed, pues, señora, prosiguió el rey, qué Forcastell ha leido en vuestros astros este verso; que el mayor defecto que tiene es no ser inteligible:

“No siendo Marte, á su imágen teme.”

—¿Y qué, se opone esa predicción á lo que os digo? preguntó Catalina.

—Esperad, señora, contestó el rey; pero hoy debo tener una felicitacion que se me hizo el año pasado el día de mi santo. ¿Os acordais de lo que predice?

—Sí; pero confusamente, señor.

—A creer dicha felicitacion, señora, debo morir en desafío, lo cual será muy raro y nunca visto en un rey. Pero se me figura que un desafío no es la imágen de Marte, sino Marte mismo.

—¿Y qué deducís de esto, señor? dijo Catalina.

—Que puesto que todas las predicciones son contradictorias, lo mas seguro es no creer en ninguna. Ya veis como se desmienten unas á otras.

—¿Y V. M. dejará al Louvre uno de estos días? preguntó Catalina.

—En cualquiera otra circunstancia, sería para mí una fortuna poder daros gusto quedándome con vos; pero he prometido y anunciado públicamente, que iría á esas funciones, y debo ir.

—Pero á lo ménos, señor, no bajeis al palenqué, dijo Catalina.

—Como tambien en esto he dado mi palabra, siento no poder complacerlos, señora. ¿Pero qué peligro puede correrse en esos juegos? Os agradezco con todo mi corazon el interes que me teneis; mas permitidme que os diga, qué semejantes temores son quiméricos, y si me dejara llevar de ellos, daría á entender que tengo por peligrosos esos torneos tan bonitos como divertidos, y no quiero que por mi causa queden abolidos.

—Señor, dijo Catalina de Médicis, estoy acostumbrada á ceder á vuestra voluntad, y tambien hoy me resigno, pero con el corezon tras pasado.

—¿Vos ireis á Tournelles, no es verdad, señora? dijo el rey, besando á Catalina la mano;

aunque no sea mas que para aplaudir los botes de mi lanza, y convencerlos por vuestros propios ojos de lo pueriles que son vuestros temores.

—Os obedeceré en todo y por todo, señor, dijo la reina, y se retiró.

Catalina de Médicis asistió en efecto, con toda la corte, ménos Diana de Castro, al torneo del primer día, en que el rey corrió lanzas con todo el que se presentó.

Aquella noche dijo el rey á la reina, riéndose:

—Ya veis, señora, como las estrellas no tenían razon.

Catalina movió tristemente la cabeza, y contestó:

—¡Ay! aun no se ha concluido el mes de Junio....

Pero el segundo día, esto es, el 29 de Junio, fué lo mismo: Enrique no dejó la liza, y tuvo tanta suerte como osadía.

—Ya veis, señora, que tambien se engañaban los astros tocante á hoy, dijo á Catalina así que entraron en el Louvre.

—¡Ay! señor, exclamó la reina, temo el tercer día.....

El tercer día de torneo, esto es, el viernes 30 de Junio, debía ser el mas brillante de los tres, poniéndo fin dignamente á aquellos primeros festejos.

Los cuatro mantenedores eran:

El rey, cuyo traje era blanco y negro, colores que había escogido la señora de Poitiers.

El duque de Guisa, que vestía blanco y encarnado.

Alfonso de Este, duque de Ferrara, que llevaba amarillo y rojo.

Y Santiago de Saboya, duque de Nemours, que lucía amarillo y negro.

Aquellos príncipes eran, dice Brantome, los cuatro mejores guerreros que había, no solo en Francia, sino en otros países. Así es que todo el día estuvieron haciendo maravillas, y no se sabía á quién adjudicar la palma de la gloria, á pesar de ser el rey uno de los ginetes mas diestros del reino.

Efectivamente, las probabilidades de triunfo estaban por los afamados mantenedores; sucedíanse las carreras unas á otras, y el día avanzaba sin que pudiera decirse á quién pertenecería el honor del torneo.

Enrique II estaba muy animado y orgulloso, porque las justas eran su elemento; y tenía quizá tanto empeño en vencer en un torneo, como en un verdadero campo de batalla.

Entre tanto aproximábase la noche; y las trompetas y clarines anunciaron la última carrera.

El señor duque de Guisa fué el que tomó parte en ella, siendo aplaudido por las damas y la multitud allí reunida.

La reina se levantó entonces, dando la señal de marcha; pero envidioso el rey, exclamó:

—¡Qué! ¿Se ha acabado ya? Esperad, señoras, esperad, que ahora me toca á mí correr. Vieilleville manifestó al rey que él había sido el primero que dió principio á la liza, que los cuatro mantenedores habían corrido igual número de lanzas, que era verdad que la ventaja no había quedado por ninguno de ellos; y que no había vencedor; pero al fin ya estaba cerrada la liza de aquel día.

—No, contestó Enrique, impaciente, si el rey entra el primero, debe salir el último. No quiero que esto acabe así, y mucho mas, quedándome, como me quedan, dos lanzas intactas.

—Pero, señor, dijo Vieilleville, ¿no ve V. M. que ya no hoy justadores?

—Sí que hay, respondió el rey, mirad, allí hay uno que se ha mantenido con la visera caída, y todavía no ha corrido. ¿Quién es, Vieilleville?

—Señor, no lo sé, ni había reparado en él, dijo Vieilleville.

—¡Eh! ¡caballero! dijo Enrique, dirigiéndose hacia el desconocido, ¿queréis romper conmigo la última lanza?

El hombre tardó algun tiempo en responder; pero al fin dijo, con voz grave, profunda y comovida:

—Permitame V. M. no acepte la honra que quiere dispensarme.

Sin saber porqué, el sonido de aquella voz turbó de un modo extraño la impaciencia febril que devoraba á Enrique.

—¡Que os permita no acepteis! No; no lo permito, caballero, dijo, con un movimiento nervioso de cólera.

Entonces el desconocido se alzó la visera, sin decir una palabra.

Y por la tercera vez en quince días, vió el rey el rostro pálido y sombrío de Gabriel de Montgommery.

Al ver el rey el sombrío é imponente rostro del joven conde de Montgommery, la sorpresa, y acaso el terror, hicieron estremecer todo su pulso.

Pero no quiso confesarse á sí mismo, y mucho ménos dejar que conocieran los demás aquél primer impulso, que reprimió al instante. El alma pudo en él mas que el instinto; y justamente porque había temido, aunque solo un segundo, se mostró valiente y temerario.

Gabriel volvió á decir, con voz compasada y grave:

—Suplico á V. M. que no insista en su deseo.

—Insisto, sin embargo, señor de Montgommery, contestó el rey.

Aturdido Enrique con emociones tan contrarias, creyó adivinar una especie de desafío en las palabras y el acento de Gabriel. Asustado al volver á sentir la extraña turbacion que Diana de Castro disipara un momento, luchó enérgicamente contra su debilidad, y quiso desechar de una vez aquellas cobardes inquietudes, indignas de Enrique II, de un hijo de Francia, de un rey.

En seguida dijo á Gabriel, casi con arrogancia:

—Preparaos á combatir.

Gabriel, con el alma tan turbada, cuando menos como la del rey, se inclinó sin responder.

En aquel momento se acercó al rey el señor de Boisy, caballerizo mayor, y le dijo que venía á suplicarle, de parte de S. M. la reina, que por amor hacia ella, suspendiera ya el torneo.

—Decid á la reina, le contestó Enrique, que precisamente por el amor que le tengo, voy á romper esta lanza.

Y volviéndose hacia el señor de Vieilleville le dijo:

—Vamos, señor de Vieilleville, armadme inmediatamente.

En medio de su preocupacion, exigia del señor de Vieilleville un servicio que pertenecia á las atribuciones del caballerizo mayor, el señor de Boisy. El señor de Vieilleville se lo advirtió respetuosamente.

—Teneis razon! dijo el rey, dándose un golpe en la frente. He perdido la cabeza.

Y encontrándose con la fría e impasible mirada de Gabriel, añadio con impaciencia:

—He dicho bien, el señor de Boisy va á llevar mi respuesta á la reina. Armadme, señor de Vieilleville.

Su destino le cegaba indudablemente.

El señor de Saboya fué aun á suplicarle, en nombre de Catalina de Médicis, que abandonara el campo.

Y como el rey no se dignase ni aun contestar á sus instancias, añadio en tono bajo:

—Señor, Diana de Poitiers me ha encargado tambien os prevenga un secreto, que os guardéis del adversario-con quien vais á combatir ésta vez.

Al oir el nombre de Diana se estremeció Enrique como á pesar suyo, pero aun pudo reprimirse.

—¡He de demostrar que tengo miedo delante de mi dama! dijo entre si.

Y continuó guardando el silencio altanero de un hombre importunado y decidido.

Sin embargo, el señor de Vieillevalle, mientras le armaba, le dijo en voz baja:

—Señor, juro ante Dios que hace tres ó cuatro noches sueño constantemente debe sucederos hoy alguna desgracia, siendoas fatal este último día de Junio.

Pero el rey no oyó siquiera, al parecer, y ya armado, tomó su lanza.

Gabriel, con la suya, compareció en la liza.

Los dos campeones montaron á caballo, y fueron á tomar distancia.

Reinó entonces en los espectadores un silencio extraordinario y profundo: todos miraban atentamente y no se atrevían á respirar.

Estando ausentes el condestable y Diana de Castro, todos ignoraban, excepto Diana de Poitiers, que existiesen entre el rey y el conde de Montgommery motivos de odio y venganza. Nadie preveía, en un combate fingido, un resultado sangriento. Acostumbrado el rey á estos juegos que carecían de peligro, habíase presentado cien veces, durante aquellos tres días, en la arena, aparentemente, del mismo modo y en iguales circunstancias que las presentes.

Sin embargo, en aquel adversario, que permaneciera misterioso hasta entonces, en su obs-

tinación significativa en no querer batirse, sentía vagamente algo de inusitado y terrible: ante aquél peligro desconocido todos enmudecían y esperaban.

— ¿Porqué? Esto es lo que nadie hubiera podido decir. Pero un extraño, que hubiese llegado en aquél momento, al ver el aspecto de todos los semblantes, habría dicho para sí: —Seguramente va á ocurrir algún acontecimiento supremo.

Hasta en el aire había una cosa que infundía terror.

Una notable circunstancia dió á conocer evidentemente la siniestra disposición en que se hallaban todos los ánimos.

Mientras duraban las carreras ordinarias, resonaban en el patenque las continuas y atrañadoras sonatas de las trompetas y de los clarines, lo cual venía á ser la alegría y éstreptosa voz del torneo.

Pero desde que el rey y Gabriel entraron en la liza, las trompetas callaron de repente; y sin saber cómo, se aumentó el horror general en medio de aquél inusitado silencio.

Los dos campeones sentían aun más que los espectadores, aquellas impresiones extraordinarias de espanto, que, por decirlo así, llenaban la atmósfera.

Gabriel no pensaba ya, no veía, y casi había dejado de existir. Andaba maquinalmente, se figuraba estar soñando, y obraba por instinto, según lo había hecho otras veces en iguales circunstancias; pero conducido en cierto modo por una secreta y poderosa voluntad, que seguramente no era la suya.

El rey estaba más impasible y mas turbado que nunca. Veía agitarse ante sus ojos una especie de nube fantasmagórica, que ni bien era la realidad, ni bien un sueño.

Tuvo, sin embargo, un lucido intervalo, durante el cual recordó perfectamente las recientes predicciones de la reina, las del día de su nacimiento, y las de Forcastell. Iluminado de repente por cierta luz terrible, comprendió el sentido y la relación que guardaban entre sí aquellos siniestros agüeros: un sudor frío le inundó de pies á cabeza, y hubo un momento en que deseó salir del campo y renunciar al combate. Pero ¡cómo hacerlo así, delante de miles de personas, cuyas miradas estaban fijas en él, y parecía que le clavaban en su puesto!

Ademas, el señor de Vieilleville había dado la señal de acometer.

La suerte lo había decidido ya. Adelante; y cumplase la voluntad de Dios.

Los dos caballos salieron á galope en aquel

momento, mas inteligentes y menos ciegos que sus pesados ginetes cubiertos de hierro.

Gabriel y el rey se encontraron en medio de la arena; las lanzas de ambos chocaron y se hicieron pedazos sobre sus corazas, pero siguieron su carrera sin ningun accidente.

Los presentimientos de terror no se habían realizado. Un murmullo de alegría se escapó á la vez de todos los corazones, aliviados del peso que los oprimía, y la reina dirigió al cielo una mirada de reconocimiento.

Empero se regocijaba demasiado pronto.

Aun estaban los caballeros en el palenque. Despues de haber llegado ambos al extremo opuesto de donde partieron, debían volver á galope á su primitivo puesto, y por consiguiente tener un segundo choque.

¿Qué peligro podían correr entonces, cuando solo iban á cruzar sin tocarse?

Mas ora fuese en medio de su turbacion, ora de intento, ora por desgracia casual, pues solo Dios sabe la verdadera causa, lo cierto es, que Gabriel, al emprender la vuelta no arrojó, segun costumbre, el pedazo de lanza que tenía en la mano, sino que le bajó enristrándole hacia adelante; y en medio de la veloz carrera, arrebata do por su caballo, dió con dicho pedazo en la cabeza de Enrique II.

Con la violencia del golpe se levantó la viseira del casco, y la astilla de la lanza, penetrando por el ojo del rey, fué á salir por el eido.

Distraidos ya los espectadores y preparándose para salir, solo pudieron ver este golpe la mitad de ellos; pero el grito que lanzaron estos llamó la atención de los demás.

Enrique soltó la brida, y sujeto al cuello del caballo acabó su carrera de este modo, viniendo á dar en los brazos de los señores Vieilleville y Boisy, que le esperaban al fin de ella.

—¡Ah! me han muerto! fué la primera palabra que pronunció el rey.

En seguida añadió á media voz:

—¡Que no se moleste al señor Montgomery!.... es muy justo.... le perdonó.

Y se desmayó.

No pintarémos la confusión que se siguió á esta catástrofe: fué preciso sacar á Catalina de Médicis en muy mal estado, y conducir al rey, que aun no había vuelto en sí, á su habitación de Tournelles.

Gabriel, que se había bajado del caballo, permanecía de pie arrimado contra la barrera, inmóvil, petrificado, y como herido por aquel terrible golpe.

Las últimas palabras del rey fueron comprendidas y respetadas, por lo cual nadie se atrevió

á inquietarle lo mas mínimo; sin embargo, cuchicheaban en su derredor, y le miraban de reojo con cierta especie de terror. El almirante Coligny, que había asistido al torneo, fué el único que se decidió á acercarse al joven; y al pasar cerca de él, por el lado izquierdo, le dijo en voz baja:

—¡Terrible accidente, amigo! Sé muy bien que todo ha sido una casualidad; creo de positivo que ésta fatalidad, no tiene relacion alguna con las cuestiones que se debaten en la reunion de la plaza Maubert, á las que habeis asistido, segun me ha dicho La Renaudie. ¡Mas no importa! Aun cuando no puedan acusaros, estad sobre aviso; yo por mi parte os aconsejo que desampareis por algun tiempo, que salgais de París y hasta de Francia; de cualquiera modo, contad siempre conmigo. Hasta la vista.

—Gracias, contestó Gabriel, sin cambiar de actitud.

Una triste y apagada sonrisa asomó á sus pálicos lábios, miéntras le dirigió la palabra el jefe protestante; el cual haciéndole una señal con la cabeza, se alejó en seguida.

De allí á poco, el duque de Guisa, que acababa de conducir al rey, se adelantó á su vez hacia á Gabriel, dando algunas órdenes; y al pasar junto á él, por el lado derecho, le dijo al oído:

—¡Desgraciado golpe, Gabriel! pero por eso no se os debe aborrecer; es necesario compadeceros solamente. No obstante, si alguno hubiera escuchado la conversacion que hemos tenido en Tournelles, ¡qué terribles conjeturas no formarían los hombres perversos sobre esta fatal casualidad! De todos modos, ahora que tengo valimiento, sabed que podeis contar conmigo. No os pongais en evidencia durante algunos días, pero creo inútil que salgais de París. Si alguien se atreviera á acusaros, acordaos de lo que acabo de deciros: contad conmigo en todo y por todo.

—Gracias, monseñor, repitió Gabriel, en el mismo tono, y con la misma melancólica sonrisa.

Era evidente que el duque de Guisa, y Colligny, tenían, no la íntima conviccion, pero sí una vaga sospecha, de que el accidente que fingían depolar, no era tal como se creía. En el fondo, el protestante y el ambicioso, sin querer convenir en ello ante su conciencia, presumían con algun fundamento; este, que Gabriel había aprovechado á todo trance la ocasion de servir á la fortuna de un protector admirado; y aquel, que el fanatismo del jóven hugonote le habría arrastrado á libertar á sus hermanos oprimidos, de su perseguidor.

Ambos se creyeron obligados á dirigir algunas palabras afectuosas á su discreto y adicto auxiliar; siendo esta la razon porque se llegaron á él uno despues de otro; y hé aquí tambien por qué Gabriel acogió su doble error con esa triste sonrisa.

El duque de Guisa, sin embargo, volvió á internarse entre los agitados grupos que le rodeaban. Gabriel lanzó al fin una mirada en torno suyo, vió aquella curiosidad que revelaba el espanto, suspiró, y se decidió á alejarse del sitio fatal.

En seguida regresó á su palacio de la calle de los Jardines de San Pablo, sin que nadie le detuviera, ni le dirigiese siquiera la palabra.

La cámara del rey, en Tournelles, estaba cerrada para todo el mundo, exceptuando la reina, sus hijos, y los cirujanos que asistían al real herido. Pero Fernel y los demás médicos reconocieron muy luego, que no había esperanza alguna de salvar á Enrique II.

Ambrosio Paré se hallaba en Perona, y el duque de Guisa no pensaba enviarle á buscar.

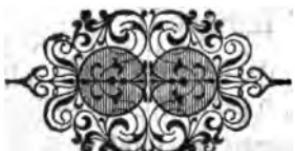
El rey permaneció cuatro días sin conocimiento: el quinto volvió un poco en sí, solo para dar algunas órdenes, y encargar especialmente qué se celebrase al instante el casamiento de su hermana. Tambien vió á la reina, á

quien recomendó sus hijos, y los negocios del reino.

En seguida volvié á apoderarse de él la fiebre, el delirio y la agonía.

Al fin, el 10 de Julio de 1559, día siguiente al en que, segun su última voluntad, su hermana Margarita, con lágrimas en los ojos se había casado con el duque de Saboya, espiró Enrique II, al cabo de once días de agonía....

Aquel mismo día partió, ó mejor dicho, huyó Diana de Castro á su antiguo convento de Benedictinas de San Quintin, abierto desde la paz de Cateau-Chambresis.





## II.

### **Reinado de Francisco II.**

LA verdadera muerte, así de la favorita, como del favorito de un rey, no es la muerte, sino la desgracia.

De consiguiente, el hijo del conde de Montgommery vengaba sobradamente la horrible muerte de su padre, si hacia que el condestable y Diana de Poitiers, autores de ella, cayesen desde la cúspide del poder en la sima del olvido, yendo á parar á un destierro desde el estado brillante en que se hallaban.

Este era el resultado que aun esperaba Gabriel en la triste y melancólica soledad de su palacio, adonde se había retirado desde el fatal

golpe del 30 de Junio. Y lo que mas temía no era su propio suplicio, pues si Montmorency y su cómplice continuaban en el poder quedaban absueltos. Así es que esperaba los acontecimientos.

Durante los once días de agonía de Enrique II, el condestable de Montmorency se valió de todos los resortes para conservar su influjo en el gobierno. Escribió á los príncipes de la sangre, exhortándoles que fueran á ocupar su puesto en el consejo del jóven rey; y dirigió principalmente sus instancias á Antonio de Borbon, rey de Navarra, el mas inmediato heredero del trono, despues de los hermanos de aquel, encargándose que no se descuidase, pues el menor retraso de su parte, iba á dar á los extranjeros una superioridad de que despues no se les podría despojar. Por ultimo, envió un correo tras de otro; excitó á estos, solicitó á aquellos, no descuidando nada de cuanto condujera á formar un partido que tuviese á su cabeza al de los Guisát.

Diana de Poitiers, á pesar de su dolor, le ayudaba con todos sus esfuerzos, pues su propia fortuna estaba entonces ligada á la de su antiguo amante, con quien aun podía remar, si no directa, á lo menos eficazmente.

En efecto, cuando el 10 de Julio de 1569

fué proclamado rey el primogénito de Enrique II, con el nombre de Francisco II, el jóven príncipe tenía solo diez y seis años; y aunque por la ley estaba ya declarado mayor de edad, esos mismos pocos años, su inexperiencia, y su delicada salud, le condenaban á abandonar, durante mucho tiempo, la dirección de los negocios, á un ministerio, que en su nombre, fuera aun mas poderoso que él mismo.

¿Quién, pues, sería este ministro, ó mas bien, este autor? ¿El duque de Guisa, ó el condestable? ¿Catalina de Médicis, ó Antonio de Borbon?.....

Esta era la cuestión que se ventilaba al día siguiente de la muerte de Enrique II, día en que Francisco II debía recibir á los diputados del parlamento; los cuales, podían en conciencia saludar, como á su verdadero rey, á aquel que les presentase Francisco II como su ministro.

Tratábase, pues, de ver quién ganaba la partida; y en la mañana de aquel mismo día, 12 de Julio, Catalina de Médicis y Francisco de Lorena se presentaron al rey, cada uno por su parte, bajo el pretexto de darle el pésame, pero en realidad á darle sus consejos.

La misma viuda de Enrique II arrostró con tan importante motivo, la etiqueta, que le pres-

cribía no presentarse en los cuarenta primeros días.

Catalina de Médicis, oprimida y abandonada por su marido, conoció que se había despertado en ella, hacia doce días, aquella grande y profunda ambicion que abrigó durante el resto de su vida; y conociendo que no podia ser regente de un rey mayor de edad, la única probabilidad que le quedaba de mandar, era por medió de un ministro adicto á sus miras.

No debía ser este el condestable de Montmorency, el cual fué de los mas que contribuyeron para disminuir la influencia legítima de Catalina, para aumentar la de Diana de Poitiers. La reina madre no le perdonaba esas intrigas, pensando exclusivamente en castigarle, por el comportamiento cruel, y con frecuencia inhumano, que con ella había tenido.

Antonio de Borbon hubiera sido en su mano un instrumento mas fácil; pero pertenecía á la religion reformada; Juana de Albert, su mujer, era tambien ambiciosa; y por ultimo, su título de príncipe de la sangre, junto al poder efectivo, podía inspirarle serias consecuencias.

Faltaba el duque de Guisa. Francisco de Lorena iba á reconocer gustoso la autoridad moral de la reina madre, ó bien á rehusar toda participacion en el poder?

Catalina de Médicis podía averiguarlo, fácilmente; por lo cual aceptó gozosa la especie de entrevista con Francisco de Lorena, que le había proporcionado la casualidad, delante del rey, en la mañana de aquel día decisivo: iba, pues, á entrar ó crear ocasiones de ver el partido que podía sacar del Acuchillado, sondeando sus disposiciones con respecto á ella.

Pero el duque de Guisa, por su parte, que no era ménos hábil en la política que en la guerra, se mantuvo alerta.

Este prólogo de la comedia se representaba en el Louvre, en la cámara real, donde fué instalado la víspera Francisco II, sin mas actores que la reina madre, el Acuchillado, el joven rey, y María Estuardo.

Francisco y la joven reina no eran otra cosa, al lado de aquellas egoístas ambiciones de Catalina y del duque de Guisa, sino dos encantadores niños sencillos y enamorados, cuya confianza poseería el primero que supiese diestramente ganarse sus corazones.

Lloraban sinceramente la muerte del rey su padre, cuando Catalina les encontró tristes y desconsolados.

—Hijo mío, dijo á Francisco, haceis bien en derramar lágrimas por la memoria de aquel cuya pérdida debeis lamentar mas que nadie. ¡No

ignorais que participo del mismo amargo dolor? Sin embargo, pensad en que no solo teneis que cumplir con los deberes de hijo, pues tambien sois padre, si, padre de vuestro pueblo. Despues de haber concedido al pasado ese legitimo tributo de sentimiento, volved la vista hacia el porvenir. Acordaos al fin de que sois rey, hijo mio, ó mejor dicho. V. M., para conformarme con un lenguaje que os recuerde al mismo tiempo vuestras obligaciones y vuestros derechos; podeis disponer de mis escasas luces, y me creeré dichosa y llena de orgullo cada vez que pueda seros útil. Pero yo no soy mas que una mujer, y al lado de vuestro trono se necesita un defensor que sepa ceñir una espada. Ese brazo vigoroso, esa energia varonil, sabrá encontrarlos V. M., sin duda, entre los mismos que, por alianza y parentesco, son vuestros naturales apoyos.

Catalina de Médicis pagaba incontinenti; al duque de Guisa, sus buenos servicios.

Este fué un pacto mudo que formaron con una sola mirada; pero que, preciso es confesarlo, no era sincero por ninguna de ámbas partes, y que debía quebrantarse muy pronto, como veremos mas tarde.

El joven rey comprendió á su madre; y animado por una mirada de María, alargó su mano con timidez al Acuchillado.

Con este apretón de mano le entregaba el gobierno de Francia.

Catalina de Médicis, sin embargo, no quiso dejar que su hijo se comprometiera demasiado pronto, y hasta tanto que el duque de Guisa le asegurase formalmente á ella misma, de sus buenas intenciones. Adelantóse, pues, al jóven rey, que iba á confirmar probablemente con alguna promesa formal, la demostracion de confianza que acababa de hacer, y tomó la palabra en estos términos:

—En todo caso, señor, antes que tengais un ministro, vuestra madre tiene, no que pediros un favor, sino una reclamacion que haceros.

—Decid una órden que darme, señora, respondió Francisco II. Hablad, os lo suplico.

—Pues bien, hijo mío, repuso Catalina, se trata de una mujer que me ha hecho mucho daño, y mucho mas á la Francia. No nos toca á nosotros censurar las debilidades de aquel que nos es mas sagrado que nunca; vuestro padre, señor, ya no existe, por desgracia; su voluntad no reina ya en este palacio; y sin embargo, esa mujer, que ni aun quiero nombrar, se atreve á permanecer en él todavía, imponiéndome hasta el fin la obligacion de sufrir su odiosa presencia. Durante el prolongado letargo del rey, se la advirtió que no era conveniente su permanencia

en el Louvre.—¿Ha muerto el rey? preguntó.—Aun vive.—Pues bien, solo él puede darme órdenes.—Y se quedó con la mayor impudencia.

El duque de Guisa interrumpió con respeto á la reina madre, y se apresuró á decir:

—Perdonad, señora, pero creo conocer las intenciones de S. M. acerca de lo que acabais de decir.

Y sin mas preámbulos, dió un golpe sobre una campana, y se presentó un ayudante de cámara.

—Que hagan advertir á la señora de Poitiers, dijo, que el rey desea hablarla en este momento.

El ayuda de cámara se inclinó, y fué á ejecutar la órden.

El joven rey parecía que no extrañaba en lo mas mínimo, ni se inquietaba porque le usurparan su autoridad sin su consentimiento: siendo lo cierto, que se alegraba de todo cuanto pudiera disminuir su responsabilidad, y quitarle el trabajo de mandar y obrar.

No obstante, el Acuchillado quiso dar á su modo de obrar, la sanción del consentimiento real.

—Será mucho presumir, dijo, creer que estos son los deseos de V. M. acerca de este asunto?

—No, ciertamente, no querido tío, contestó

Franeisco con precipitacion; obrad como os parezca, creo de antemano, que quanto hagais estará bien hecho.

—Y eso muy bien dicho, querido mío, añadió en voz baja María Estuardo al oído de su esposo.

Francisco se puso encendido de satisfaccion y de orgullo; por una palabra, por una mirada de aprobacion de su adorada María, hubiera comprometido y entregado, á no dudarlo, todos los reinos de la tierra.

La reina madre esperaba con impaciencia la resolucion que íba á tomar el duque de Guisa; sin embargo, creyó deber añadir, tanto para interrumpir el silencio, como para marçar mas sus ideas:

—Aquella á quien acabais de llamar, señor, puede ademas, muy bien, segun me parece, abandonar el Louvre sin herencia, á la sola reina legitima pasada, lo mismí que á la encantadora reina actual, dijo, inclinándose graciosamente hacia María Estuardo. Esa rica y hermosa dama tiene para retiro y consuelo, su magnífico palacio de Anet, mucho mejor, sin duda alguna, que mi sencilla casa de Chaumont-sur-Loire.

El duque de Guisa no contestó, pero fijó en su mente aquella insinuacion.

· Lo dirémos de una vez, detestaba tanto como

Catalina de Médicis á Diana de Poitiers. Por agradar á su condestable, había entorpecido hasta entonces, la señora de Valentinois, con todo su poder y fortuna, los proyectos del Acuchillado; la misma que sin duda le hubiera oscurecido por toda su vida, si la lanza de Gabriel no hubiera acabado, al propio tiempo que con la vida de Enrique II, con el poder de la encantadora.

Pero al fin le llegó su turno á Francisco de Lorena, el cual sabía aborrecer tan bien como amar.

En este momento anunció un lugier en alta voz:

—La señora duquesa de Valentinois.

Diana de Poitiers entró evidentemente turbada, pero con altanería.

La señora de Valentinois hizo una leve inclinación ante el joven rey, otra mas leve ante Catalina de Médicis y María Estuardo, y no se apercibió, al parecer, de la presencia del duque de Guisa.

—Señor, dijo, V. M. me ha mandado com parecer en su presencia . . .

Y no prosiguió.

Francisco II, irritado, y sorprendido á la vez, por la arrogante actitud de la ex-faventia, vaciló un momento, asomó un color subido á sus mejillas, y dijo al fin:

—Nuestro tío, el duque de Guisa, ha tenido á bien encargarse de participaros nuestras intenciones, señora.

Y se puso á hablar en voz baja con María Estuardo.

Diana se volvió lentamente hágia el Acuchillado; y al ver la sonrisa astuta y burlona que vagaba en sus lábios, intentó oponerle la mas imperiosa de sus miradas, aquella irritada Juno.

Empero el Acuchillado no se intimidaba tan fácilmente como su real sobrino.

—Señora, dijo á Diana, despues de hacerle un profundo saludo, el rey ha tenido noticia del sincero pesar que os ha causado la terrible desgracia que nos ha afectado á todos. S. M. os da las gracias, y cree anticiparse á vuestra mas caro deseo, permitiéndoos abandonar la corte por la soledad. Podreis partir cuando lo juzgueis oportuno.

Diana devoró una lágrima de rabia.

—S. M. colma, en efecto, mi mas ardiente anhelo; ¿qué tendría yo que hacer aquí desde este momento? Solo pienso en retirarme á mi destierro, señor; y esto lo mas pronto posible: descuidad.

—Todo está muy bien, replicó el duque de Guisa; pero señora, vuestro palacio de Anet, es sin duda harto mundano y alegre, para una des-

consolada como vos. La reina Catalina os ofrece el suyo de Chaumont-sur-Loire, que se halla mas distante de París, y por lo tanto mas conforme, segun creo, con vuestros gustos y vuestras necesidades del momento. Tan luego como lo deseis estará á vuestra disposicion.

Diana comprendió que este cambio no era otra cosa, sino una confiscacion arbitraria; ¿pero qué hacer? ¿Cómo oponerse á ello? Ya no tenía crédito ni poder. Todos sus amigos de ayer eran hoy sus enemigos. Aunque temblando de rabia, era preciso ceder; y cedió.

—Me juzgaré dichosa, en poder ofrecer á la reina el magnífico dominio que debo, en efecto, á la generosidad de su esposo.

—Acepto esta reparacion, señora, dijo Catalina de Médicis, con suma frialdad.

—Allí, continuó el duque de Guisa, para oponer á lo menos una inocente burla á las fúriosa miradas que le fulminaba Diana, allí, en medio de la soledad, podreis reposar á vuestro gusto de las fatigas que os han ocasionado, segun me han dicho, en estos últimos días, las numerosas conferencias que habeis tenido, de acuerdo con el señor de Montmorency.

—No creía servir mal al que, entonces era rey, contestó Diana, entendiéndose con el gran político, con el gran guerrero de la época, para

todo cuanto tenía relación con el bien del reino.

Pero en medio de su precipitación en contestar á una palabra punzante con otra, la señora de Poitiers no pensó en que suministraba armas á sus contrarios, recordando á la rencorosa Catalina d' Médicis á su otro enemigo, el condestable.

—Ciertamente, dijo la implacable reina madre, la gloria y los trabajos de Montmorency, son bien conocidos en los dos reinos, por lo cual es ya tiempo, hijo mío, prosiguió, dirigiéndose al joven rey, que penseis en asegurarle tambien el honroso retiro que á tanta costa ha ganado.

—El señor de Montmorency, repuso Diana con amargura, espera, lo mismo que yo, que se recompense de ese modo sus largos servicios. Cuando S. M. envió á llamarla, hace poco, se hallaba en mi habitación, y debe hallarse aun en ella: voy en busca suya, para anunciarle las buenas disposiciones que hay con respecto á él; y podrá venir en seguida á ofrecer sus respetos á S. M., y á despedirse al mismo tiempo. ¡Mas él es hombre; condestable, y uno de los poderosos del reino: á no dudarlo, encontrará tarde ó temprano la ocasión de probar, mejor que con palabras, su profundo reconocimiento á un rey tan clemente hacia lo pasado, y á los nuevos

consejeros que tan utilmente cooperan á la obra de justicia é interes público que deseaba llevar á cabo!

—¡Una amenaza! dijo para sí el Acuchillado. ¡La víbora se atreve aun á erguir la cabeza! Pues bien; tanto mejor!

—El rey está siempre dispuesto á recibir al condestable, contestó la reina madre, pálida de indignacion; y si tiene que reclamar ó hacer alguna observacion á S. M., puede venir cuando guste, se le oirá, y, como decís, se le hará justicia.

—Al instante, repuso la señora de Poitiers, en tono de desafio.

Y saludando de nuevo al rey y á las dos reinas, salió con la frente erguida, pero el alma destrozada; con el orgullo retratado en su semblante, pero llevaba la muerte en el corazon.

Si Gabriel la hubiera visto entonces, se habría creido suficientemente vengado de ella. La misma Catalina de Médicis consentía en odiarla menos en cambio de aquella humillacion.

Algunos momentos despues anunciaron la llegada del señor de Montmorency.

El condestable, preciso es decirlo, se presentó con mas dignidad y mas tranquilo que la señora de Valentinois. Es verdad que este venia ya advertido, y quería, á lo menos, caer con he-

nor, inclinóse con respeto ante Francisco II, y fué el primero que tomó la palabra.

—Señor, dijo, he sospechado de antemano, que el antiguo servidor de vuestro padre y de vuestro abuelo gozaría de poco favor cerca de vos; no me quejo, señor, de este cambio de fortuna que ya había previsto. Me retire sin murmurar siquiera: si el rey ó Francia necesita de mí alguna vez, me hallarán en Chantilly, señor; y mis bienes, mis hijos, mi propia vida, y todo cuanto poseo estará siempre al servicio de V. M.

Esta moderación conmovió al parecer al joven rey, que mas turbado que nunca se volvió hacia su madre, como sin saber qué decir.

Pero el duque de Guisa, conociendo que su sola intervención, convertiría en cólera la reserva del anciano condestable, dijo entonces, aparentando la mas refinada política:

—Ya que el señor de Montmorency abandona la corte, tendrá la bondad, segun creo, de entregar á V. M., antes de partir, el sello real que le fué confiado por el rey difunto, y el cual necesitamos desde hoy.

El Acuchillado no se engañó; estas simples palabras excitaron en el más alto grado la ira del envidioso condestable.

—¡El sello! Héle aquí, dijo con aspereza, sacándolo de su ropa; iba á entregarle á S. M.

sin necesidad de que se me pidiera; pero veo, que S. M. está rodeado de personas dispuestas á aconsejarte que afrente á los que solo tienen derecho á ser tratados con gratitud.

—¿A quién alude Montmoreney? pregunta Catalina con altivez.

—Hablo de los que rodean á S. M., señora, replicó el condestable, recobrando su índole áspera y brutal.

Pero el momento que había elegido no era el mas oportuno; y Catalina solo esperaba esta ocasión para desahogar su rabia.

Así es que se levantó, y sin miramiento alguno, empezó á echar en cara al condestable el modo brusco y despectativo con que siempre la había tratado, su aversion con todo lo que tenía relacion con Florencia, y el haber preferido públicamente la querida á la mujer legítima. Catalina no ignoraba que á él era á quien debían atribuirse todas las humillaciones que sufrieron los emigrados que la habían seguido. Sabía que en los primeros años de su matrimonio se atrevió Montmorency á proponer á Enrique II que la repudiase como estéril, y que después la calumnió cobardemente.

Al oír esto el condestable, furioso, y poco acostumbrado á sufrir reconvenciones, contestó con una risa burlona, que era un nuevo insulto.

Entre tanto, el duque de Guisa tuvo tiempo de recibir en voz baja las órdenes de Francisco II, y mejor dicho, de dictárselas; y á su vez, alzando tranquilamente la voz, aterró á su rival, con gran contentamiento de Catalina de Médicis.

—Señor condestable, le dijo con su astuta política, Bechotet, l'Aubespine, su eminencia el guarda sellos Juan Bertrandir, y demás amigos vuestros, nombrados por vos, tienen asiento en el consejo, querrán probablemente retirarse siguiendo vuestro ejemplo. El rey os encarga les deis las gracias en su nombre, pues desde mañana van á ser reemplazados, quedando por tanto en completa libertad.

—¡Está bien! murmuró entre dientes el condestable.

—Por lo que respecta al señor de Coligny, vuestro sobrino, que desempeña á la vez los gobiernos de Picardía y de la isla de Francia, prosiguió el Acuchillado, considerando el rey que estos dos destinos son una carga sobrado pesada para uno solo, desea aliviar al señor admirante del peso de uno de ellos, dejando á su elección el que haya de conservar. Tendreis la bondad de advertírselo así, ¡no es verdad señor Montmorency?

—¡Es posible! replicó el condestable, con una dolorosa sonrisa.

—En cuanto á vos, señor condéstable, continuó tranquilamente el duque de Guisa.

—¿Se me va á recojer tambien el baston de condestable? interrumpió ásperamente el señor de Montmorency.

—Oh! contestó Francisco de Lorena, bien sabéis que eso es imposible, y que el cargo de condestable no es como el de teniente general del reino; es inamovible. ¿Pero no hay incompatibilidad entre este y el de gran maestre con que tambien os hallais investido? Es la voluntad de S. M. que os reclame este ultimo cargo, señor, el cual se ha dignado concederme á mí, qué carezco de otro alguno.

—Tanto mejor, repuso Montmorency, rechinando los dientes. ¿Hay mas todavía, señor?

—Creo que sí, dijo el duque de Guisa, volviendo á sentarse.

El condestable, que creyó difícil contener por mas tiempo su rabia, y que tal vez faltase al respeto á S. M., lo cual le haría aparecer como rebelde después de haber caido en desgracia, no quiso dar esta alegría á su enemigo triunfante, y haciendo un corto saludo se preparó á marchar. Sin embargo, ántes de alejarse, y como mudando de parecer, se dirigió al jóven rey en estos términos:

—Señor, una palabra más; la memoria de

Vuestro gloriose padre me impone aun este deber. El que le hirió mortalmente, el autor del desconsuelo que á todos nos aflige, tal vez no fué torpe únicamente, señor, tengo motivos de creelo así. Aquella funesta casualidad pudo llevar en sí, á mi modo de ver, alguna intención criminal; porque el hombre á quien acusé, me consta que se creía agraviado del rey. No dudo que V. M. se servirá mandar hacer una severa informacion sobre este asunto.

El duque de Guisa se estremeció al oír aquella acusacion formal y peligrosa contra Gabriel; pero Catalina de Médicis se encargó esta vez de responder.

—Tened entendido, dijo al condestable, que no os incurré á vos llamar la atención sobre un hecho semejante, de aquellos para quienes no ha sido ménos preciosa que para vos la existencia real tan cruelmente arrebatada. Yo, la viuda de Enrique II, no puedo conseñar que nadie en el mundo tome la iniciativa en este asunto. Descuidad, pues, y sabed que otros os han precedido en vuestra solicitud: podeis retiraros tranquilo acerca de esto.

—Entonces nada tengo que añadir.

Ni aun le era permitido satisfacer personalmente su profundo rencor contra el conde de Montgomery, constituyéndose en acusador del culpable y vengador de su rey.

Ahogado por la vergüenza y la cólera, salió desesperado, y aquella misma tarde se puso en marcha para sus dominios de Chantilly.

En el mismo día abandonó tambien el Louvre la señora de Valentinois, retirándose á su lejano y sombrío destierro de Chaumont-sur-Loire, de donde no debía salir hasta su muerte.

Gabriel quedó, pues, vengado de Diana de Poitiers. La ex-favorita, por su parte, conservaba un resentimiento terrible al que de aquel modo la había derribado.

Por lo que respecta al condestable, aun tenía que habérselas con Gabriel, quien debía volver á encontrarle el día que recobrase su valimiento.

Pero no anticipemos los sucesos, y volvamos al Louvre, en donde acababan de anunciar á Francisco II la llegada de los diputados del parlamento.

Segun lo había deseado Catalina de Médicis, los enviados del parlamento hallaron en el Louvre la mas completa armonía. Francisco II, que tenía á la derecha á su esposa, y á su madre á la izquierda, les presentó al duque de Guisa como teniente general del reino, al cardenal de Lorena como superintendente de hacienda, y á Francisco Oliver como guardasellos. El Acuchillado triunfaba, la reina madre se sonreía de su triunfo, y todo iba á las mil maravillas. Nin-

gun síntoma de discordia turbaba, al parecer, los afortunados auspicios de un reinado que prometía ser tan largo como dichoso.

Uno de los consejeros del parlamento, creyendo que no sería mal recibida en aquellos momentos de felicidad, una idea de clemencia; fué á colocarse delante del rey y exclamó:

—Perdon para Ana Duburgo!

Pero este consejero olvidaba sin duda el cielo católico que animaba al nuevo ministro. El Acuchillado contestó con voz altanera y energética:

—Sí, señores, se continuará el proceso de Ana Duburgo y de sus co-acusados, terminándose á la mayor brevedad.

Los miembros del parlamento salieron del palacio alegres ó tristes, segun el modo de pensar de cada uno, pero persuadidos todos de que jamas hubo gobernantes mas unidos y satisfechos, que aquellos á quienes acababan de felicitar.

Luego que salieron los diputados, vió el duque de Guisa en los labios de Catalina de Médicis, aquella sonrisa que cada vez parecía estar mas fija en él.

Francisco II, fatigado ya de aquella representación, se levantó y dijo:

—Al fin nos vemos libres de ceremonias. De-

cid, madre mía, y vos, tío mío, ¿no podremos dejar á París un día de estos, é ir á pasar el tiempo que nos falta de luto en Blois, por ejemplo.

—Haced que todos consientan en ello, dijo María Estuardo, pues en verano está París triste, no así el campo, tan alegre.

—El duque de Guisa es quien ha de arreglarlo, dijo Catalina. Vos, hijo mío, aun no habeis terminado vuestra tarea, y ántes de que os entregueis al descanso, tengo que pediros me oigais media hora, ademas de que todavía os falta cumplir un deber sagrado.

—¿Cuál es, madre mía? preguntó el rey.

—Un deber de justicia, señor, dijo Catalina; es aquel en cuyo cumplimiento creyó anticiparse á mí el condestable; pero la justicia de la esposa es mas pronta que la del amigo.

—¿Qué querrá decir? se dijo el duque.

—Señor, prosiguió Catalina, vuestro padre murió violentamente. ¿Es solo desgraciado el que le hirió, ó culpable? Yo, por mi parte, me inclino á lo último. . . . . De todos modos creo que la cuestión merece ventilarse, pues si miramos con indiferencia un atentado de esta naturaleza, sin procurar á lo menos indagar si ha sido voluntario ó casual, ¿á cuántos riesgos no se verán expuestos entonces todos los reyes, in-

cluso vos, señor? Me parece indispensable la formacion de una sumaria de lo acaecido el 30 de Junio.

—Pero entonces, dijo el Acuchillado, será preciso, en vista de lo que acabais de decir, mandar arrestar al conde de Montgomery como presunto regicida.

—Lo está desde esta mañana.

—¡Preso! ¿y por orden de quién? preguntó el duque de Guisa.

—Por la mía, contestó la reina madre; como aun no había autoridad constituida, he tomado sobre mí esta responsabilidad. El conde podía fugarse de un momento á otro, y he querido evitarlo, haciendo que le conduzcan al Louvre sin ruido ni escándalo. Os pido, hijo mío, que lo interroguéis.

Y sin mas permiso dió un golpe sobre la campana, llamando segun lo había hecho al duque de Guisa dos horas ántes.

El Acuchillado esta vez frunció las cejas....  
Se preparaba la tormenta.

—Haced que traigan al prisionero, dijo Catalina al lugier que se presentó:

Así que salió este, hubo un momento de silencio; el rey parecía que estaba indeciso, María Estuardo inquieta, y el duque de Guisa descontento.

El duque de Guisa fué el primero que aven-  
turó estas sencillas palabras.

—Me parece que si el señor de Montgomme-  
ry hubiera querido escaparse, nada le habría si-  
do mas fácil al cabo de quince días

Catalina no tuvo tiempo de responder, por-  
que en aquel momento entró Gabriel.

Estaba pálido pero tranquilo. Aquella ma-  
ñana muy de madrugada fueron á buscarle á  
su casa cuatro hombres de malas cataduras, lo  
que asustó mucho á la pobre Aloisa. Gabriel  
les siguió sin resistencia alguna.

Al entrar Montgomery con paso firme y con-  
tinente sereno, mudó de color el joven rey, ora  
por la emocion que sintió al ver al que había  
herido á su padre, ora por el terror que le ins-  
piraba tener que cumplir el deber de que su ma-  
dre le hablara poco ántes. El deber por cierto  
mas terrible que Dios ha impuesto á los reyes.

Así es que, con voz ahogada y volviéndose á  
Catalina, le dijo;

—Hablad, señora, á vos os corresponde.

Catalina hizo uso de la palabra, y dijo:

—Hemos querido, ántes de toda informacion,  
haceros comparecer ante S. M. e interrogaros  
personalmente, á fin de que no sea necesario de-  
clararos inocente si resultare que lo sois, y para  
que resalte mas la justicia si aparecenculpa-

ble... Los delitos extraordinarios requieren jueces extraordinarios. ¿Estás pronto á contestar?

— Estoy dispuesto á escucháros, señora, dijo Gabriel.

Catalina se irritó mas bien que quedó persuadida, por la calma de aquel hombre á quien ya aborrecía ántes de que hubiera muerto á su esposo, y á quien profesaba tanto odio, como amor, le había tenido en otro tiempo.

En seguida continuó con amargura:

— Hay circunstancias particulares que os acusan: vuestras largas ausencias de París, vuestro destierro voluntario de la corte de dos años á esta parte, vuestra misteriosa presencia en el torneo fatal, y el haberlos negado á entrar en la liza. ¿Cómo es posible que vos, acostumbrado á estos juegos de armas, omitieseis la preparacion habitual y necesaria de arrojar á la vuelta el pedazo de vuestra lanza? ¿Cómo explicais este extraño olvido? Responded, ¿qué decis á todo esto?

— Nada, señora, dijo Gabriel.

— Nada? repitió la reina madre asombrada.

— Absolutamente nada,

— Es posible! repuso Catalina, ¡convenís, pues!... ¡confesais!...

— Lo negáis entonces?

— Tampoco niego nada; callo tan solo.

Maria Estuardo hizo un gesto de aprobación; Francisco II veía y escuchaba con cierta especie de avidez; el duque de Guisa permanecía mudo é inmóvil.

Catalina siguió cada vez mas exasperada:

—Mirad lo que haceis; mejor os fuera tratar de defenderos ó justificaros. Escuchad lo que os digo: Montmorency, que en caso necesario depondría como testigo, afirma que teniais del rey algunos motivos de queja y de animosidad personal.

—¿Qué motivos eran esos, señora? ¿los ha dicho el señor de Montmorency?

—Aun no, pero los dirá sin duda.

—Pues bien! ¡que los diga, si se atreve! contestó Gabriel con una sonrisa tranquila y llena de orgullo.

—Segun eso, ¿os negais completamente á hablar? insistió Catalina.

—Me niego.

—Ignorais que el tormento puede romper tal vez vuestro orgulloso silencio?

—No lo creo, señora.

—Os advierto que así arriesgais la vida.

—No trataré de defenderla, señora, no merece la pena.

—¿Estais resuelto á no decir una sola palabra?

—Ni una siquiera, señora, contestó Gabriel moviendo la cabeza al mismo tiempo.

—¡Bien! ¡muy bien! gritó María Estuardo con un entusiasmo irresistible; ¡ese es un noble y magnánimo silencio! propio de una persona ilustre que no quiere ni aun rechazar la sospecha, por temor de que empañé su honor. Digo que ese silencio es la mas elocuente justificación.

La reina madre, sin embargo, miraba á la joven reina con cierto enojo.

—Quizá haya hecho mal en hablar así; pero de cualquier modo digo lo que pienso. Mi corazón no podrá nunca sellar mis labios; yo no tengo otra política que mi instinto, el cual me dice que Montgomery no ha concebido á sangre fría, y ejecutado voluntariamente el crimen de que se le acusa, sino que solo ha sido ciego instrumento de la fatalidad.

El joven rey contemplaba con amor y alegría á su queridita, como él la llamaba, explicarse con aquella elocuencia y animación que la hacían aparecer cien veces mas hermosa que de costumbre.

Gabriel exclamó con voz conmovida y profunda;

—¡Oh! gracias, señora, gracias! ¡Bien, muy

bien! no por mí, sino por vos, V. M. hace bien en obrar de ese modo.

—¡Ay! ¡bien lo sé! contestó María con un acento lleno de gracia y candor.

—¿Se han acabado ya esas niñerías sentimentales? dijo Catalina irritada.

—No señora, repuso María Estuardo herida en su amor propio de joven reina, ¡no! si para vos pasaron ya esas niñerías, para nosotros, jóvenes, á Dios gracias, no han hecho mas que empezar. ¡No es cierto, querido mío! añadió volviéndose graciosamente hacia su joven esposo.

El rey no contestó pero imprimió un dulce beso en la sonrosada mano que le presentó María.

Catalina no pudo contener por mas tiempo su cólera; aun no se había acostumbrado á tratar como rey á un hijo casi niño, y creyéndose fuerte con el apoyo del duque de Guisa, se atrevió á explicarse abiertamente en estos términos:

—¡Cómo! ¡burlarse de mí cuando reclamo un derecho justo! ¡Pido con la moderación debida, que sea interrogado á lo menos el asesino de Enrique II, y cuando se huye el justificarse, se aprueba su silencio, se alaba su conducta; pues bien, supuesto que las cosas han tomado este giro, ¡basta de cobardes reservas! ¡Me de-

olero, públicamente en acusadora del conde de Montgommery! ¿Negará justicia el rey á su madre, solo por estorazos...? Hablará el condestable, ¡hablará también la fhera necesaria, Diana de Poitiers! Se acusará tambien la verdad, ó si el Estado tiene algún secreto con promiso en este asunto, convocarémos á juicio; y aun cuando la sentencia no sea pública, será vengada á lo menos, la muerte de un rey traidoramente asesinado en presencia de un pueblo.

Mientras habló de este modo la reina madre, una sonrisa triste y resignada vagaba por los labios de Gabriel.

Recordaba entre sí los dos últimos versos de la predicción de Nostradamus:

*Mas de una dama el entierro triste,  
Vengará el soberano.*

Ahi! aquella predicción, tan exacta hasta entonces, debía cumplirse enteramente! Catalina iba á hacer cendario á muerte al mismo á quien había amado entrañablemente! La florentina, sin embargo, creyendo haber obrado con demasiada precipitación, se detuvo un momento, y recordósele háría el duque de Guisa, siempre taciturno, lo siguiente:

*Entierro triste saliendo, duques. Sois de mi  
opinión, que es verdadera.*

—No señora, contestó; he aquí porqué he callado.

—Vos tambien... veo tambien en contra mía!, repuso Catalina con voz sorda.

Tengo ese diagnostico: por esta vez, señora, dijó el duque de Guisa. Sin embargo, habeis visto que hasta aquí he estado de vuestra parte, y que en todo lo concerniente al condestable y á la señora de Valentinois me he adherido á vos.

—Sí, porque eran las vuestras, murmuró Catalina de Médicis. Ahora lo conozco, sobrado tarde,

—Por lo que hace al señor de Montgomery, continuó el Acuchillado, no puedo, en conciencia, participar de vuestras ideas; pues me parece imposible el que se haga responsable de un accidente casual, á un caballero noble y valiente. Un proceso sería un triunfo para él, y confundiría á sus acusadores. Y en cuanto á los peligros, que segun vos decís, señora, correrían los reyes, á causa de una indulgencia que mas bien cree en la desgracia que en el crimen, yo encuentro por el contrario que lo peligroso sería acostumbrar demasiado al pueblo á la idea de que la existencia real no es para todos tan invulnerable y sagrada como se supone. —Grandes máximas políticas! repuso Catalina con amargura.

— Las creo á lo menos verdaderas y sensatas, señora, prosiguió el Acuchillado; y por todas estas razones, y otras muchas mas, soy de opinion que solo nos resta disculparnos con el señor de Montgomery por su arresto arbitrario, que felizmente mas para nosotros que para él, no se ha traslueido; y luego que sean admitidas nuestras disculpas, dejarle en libertad con la hora que tenía ayer, con la que tendrá mañana y siempre. He dicho.

— ¡Muy bien! replicó Catalina con una risa barlona.

Y dirigiéndose bruscamente al joven rey le preguntó:

— ¿Participareis quizá de esta misma opinion, hijo mío?

La actitud de María Estuardo, que con su dulce sonrisa daba las gracias al duque, no dejó que titubease lo mas mínimo el rey.

— Sí, madre mía, confieso que soy de la misma opinion que mi tío.

— Es decir, que haceis traicion á la memoria de vuestro padre? dijo Catalina.

— Al contrario, la respeto, contestó Francisco II. La primera palabra que pronunció mi padre despues de ser herido, ¿no fué para decir que no se molestase al conde de Montgomery? ¿No reiteró en un lucido intervalo de su agonía,

esta súplica, ó mejor dicho, esta órden? Permitid, señora, que le obedezca su hijo.

—¡Bien! ¿y empezais miéntras tanto despreciando la voluutaq santa de vuestra madre? . . .

—Señora, interrumpió el duque de Guisa, permitidme que os recuerde vuestras palabras: ¡Haya una sola voluntad en el Estado!

—Pero yo dije que la del ministro debía ser despues de la del rey, dijo Catalina.

—Ciento, señora, dijo María Estuardo, pero añadisteis en seguida, que la del rey podía ser ilustrada por las personas cuyo único interes fuera evidentemente el de su salvacion y su gloria. Ahora bien, creo que nadie mejor que yo, su esposa, tendrá este interes; y á pesar de todo le aconsejo en union de mi tío el de Guisa, que no dé crédito á la perfidia y sin la lealtad de un hombre experimentado y valiente, y que no inaugure su reinado con un acto de iniquidad.

—Dais oídos á semejantes sugestiones, hijo mío! añadió aun Catalina.

—Cedo á la voz de mi conciencia, madre mía, respondió el jóven rey con mas firmeza de la que podía esperarse de él.

—Es esta vuestra última resolución, Francisco? ¡Mirad lo que haceis! Si rehusais á vuestra madre la primera súplica que os dirige, si os de-

ciarais de este modo independiente de ella, y os convertis en instrumento dócil de los demás, os dejaré que reineis solo, ó cediendo á la de vuestros fieles ministros, ya no volveré á ocuparme de nada que tenga relacion con vuestro reino, os retirò los consejos de mi experiencia y de adhesion, volveré á mi soledad, y os abandonare totalmente! ¡Pensadlo bien, hijo mío!

—Sentirémos esa retirada; pero nos resignaremos á ella, murmuró en voz baja María Estuardo, de modo que solo Francisco II pudo oírla.

Pero el enamorado é inaudito jóven, como un eco fiel, repitió en alta voz.

—Sentirémos esa retirada; pero nos resignaremos á ella, señora.

—¡Está bien! fueron las últimas palabras de Catalina.

Y designando á Gabriel, añadió en voz baja:

—En cuanto á este, volveré á encontrarle tarde ó temprano.

—Lo sé, señora, respondió el jóven que pensaba aun en la prediccion.

Pero Catalina le oyó, y furiosa lanzó una mirada viperina y terrible á la real pareja y al duque de Guisa; mirada fatal y siniestra por la que hubieran podido presentirse ya todos los crímenes de la ambicion de Catalina y toda la sombría historia de los Valois.

En seguida salió sin añadir una sola palabra.

Después que salió Catalina de Médicis, hubo un momento de silencio, y parecía que hasta el joven rey estaba asombrado de su audacia: María, en medio de su delicado instinto de ternura, pensaba con cierto terror en aquella última amenazadora mirada de la reina madre; y el duque se alegraba secretamente de verse libre desde el momento en que subía al poder, de una asociada peligrosa y llena de ambición.

Gabriel, que fué la causa de aquel disturbio, habló el primero.

—Señor, dijo, y vos, señora, y vos también, monseñor, os doy las gracias por vuestras excepcionales y generosas intenciones hacia un desgraciado á quien hasta el cielo abandona. Mas á pesar del profundo reconocimiento que os profesa mi corazón, confieso ingenuamente que de nada sirve que apartéis de los peligros y de la muerte una existencia tan triste y precaria como la mía. Mi vida á nadie es ya útil, á nadie, ni aun á mí mismo; no se la hubiera disputado ciertamente á Catalina de Médicis, porque de hoy mas, es del todo inútil. . . . .

Y en medio de su meditación añadió tristemente:

—Porque ademas podría ser perjudicial algún día.

—Gabriel, contestó el duque de Guisa, vuestra vida ha sido gloriosa y digna en lo pasado, y será aun digna y gloriosa en lo venidero. Sois un hombre energico como deberían ser los que gobiernan los imperios, que en verdad se encuentran muy difficilmente.

—Y ademas, prosignió María con su voz dulce y consoladora, tenéis un corazon noble y generoso; Montgommery hace mucho tiempo que os conozco, y la señora de Castro y yo nos hemos ocupado de vos con bastante frecuencia.

—En fin, añadió Francisco II, vuestros anteriores servicios me autorizan á contar con vuestros servicios futuros. Las guerras extinguidas actualmente pueden encenderse de nuevo, y no quisiera que por un momento de despecho, cualquiera que haya sido el motivo, se prive la patria de un defensor tan leal, sí, tan leal y tan valiente.

Gabriel escuchaba con cierta sonrisa melancólica y grave aquellas bondadosas palabras que respiraban animación y esperanza; miraba, uno por uno á aquellos altos personajes que se las dirigían, y parecía estar meditando profundamente.

—Sí, replicó al fin, la inesperada bondad que acabais de manifestarme vosotros todos que deberíais aborrecerme, tal vez, cambia comple-

tantente los destinos de mi vida. Desde hoy consagro la existencia que me habeis regalado, por decir así, á vos; señor; á vos, señora, y á vos, monseñor, mientras os dure la vida. Desde hoy abdico mi voluntad; y los seres y las cosas en que creo, pueden hacer de mí lo que gusten; mi espada, mi sangre, mi vida, cuanto soy y valgo es suyo, y sin reserva os consagro mi brazo, monseñor, como consagro mi vida á la relacion.

Gabriel no expresó á cuál; pero los que le escuchaban eran demasiado católicos, para que pensasen lo más mínimo en la reforma.

Sintiéronse conmovidos por la elocuente abnegacion del jóven conde: María vertía lágrimas y el rey se felicitaba de haber tenido suficiente resolucion para salvar á aquel corazón generoso. En cuanto al duque de Guisa, sabía mejor que otro alguno hasta donde podía llegar aquel sacrificio de Gabriel.

—Sí, le dije, sí, amigo mío, necesitaré de vos algún día reclamaré en nombre de la Francia y del rey esa valiente espada que nos ofrecéis.

—Hoy, mañana, á todas horas la habréis dispuesta, monseñor.

—Tenedla envainada algún tiempo, contestó el duque de Guisa. V. M. os lo ha dicho hoy todo: está tranquilo: descanzád, pues; amigo

mío, y dejad que se desvanezca ese funesto rumor que ha producido vuestro nombre en estos últimos días. Aunque ni aguno que tengo un corazón noble y generoso acuse vuestra desvergracia, vuestra verdadera gloria exige que se extinga en cierto modo esa cruel reputación de que gozais injustamente. Luego que haya transcurrido un año ó dos, pediré al rey que os nombre capitán de guardias, cuyo empleo habéis merecido constantemente.

—Ahl dijo Gabriel, no son honores los que anhelo, sino ocasiones de ser útil al rey y á la Francia, ocasiones de combatir, y por temor de parceros ingrato no me atrevo á añadir que deseo tenerlas de perder la vida.

—No hableis así, repuso el Aechillados diciéndome solo que cuando el rey os llame para marchar contra sus enemigos, acudireis inmediatamente.

—Sí, monseñor, esté donde quieras, y á donde quiera que sea necesario marchar, os lo prometo.

—Bien, contestó el duque de Guisa, no he pedido otra cosa.

—Y yo, añadió Francisco II, os doy las gracias por vuestra promesa, y haré de modo que no os arrepintáis de haberlo hecho.

—Y yo, continuó María Estuardo, os aseguro

ro que vuestra confianza respondeá siempre á vuestra adhesión, y que seré para nosotros uno de aquellos amigos á quienes nada se oculta; nada se niega.

El jóven conde, más comovido de lo que pensaba, se inclinó y besó respetuosamente la mano que le presentó la reina; en seguida apretó la del duque de Guisa, y se despidió con una benévolas demostración por parte del rey, se retiró, adicto desde entonces, por causa de un beneficio, al hijo de aquél á quien se había comprometido á perseguir hasta el último de su descendencia.

Al entrar Gabriel en su casa, encontró al almirante de Coligny que le esperaba.

Aloisa había dicho al almirante, que fué á visitar á su camarada de San Quintín, que su amo había sido llamado al Louvre aquella mañana, y como le participase sus temores, Coligny resolvió esperar á que la vuelta del conde de Montgommery le tranquilizase, así como á la alegre madriza.

El almirante recibió á Gabriel con sumo contento, y le preguntó acerca de lo que le había ocurrido; pero Gabriel, sin entrar en pormenores, le dijo solamente, que mediante una señorial explicación suya con respecto á la muerte

de Enrique II, le había mandado retirarse, intacto en su persona y en su honor.

—No podía ser de otra manera, dijo el admirante, pues toda la nobleza de Francia hubiera protestado contra una sospecha que hubiese ofendido a uno de sus más dignos representantes.

—Dejemos eso, contestó Gabriel con disgusto y tristeza. Celebro veros, señor almirante, ya adóminis que se inclinaba mi corazón a la religión reformada, pues os lo había dicho y escrito; y supuesto que creéis que no deshonrare la religión cuyas doctrinas profeso, deseo y puedo abjurar en este momento; vuestros discursos y los del maestro Paré, mis libres y mis propias reflexiones, me han decidido completamente. ¡Soy de los vuestros!

—¡Una buena noticia, y que llega con mucha oportunidad! exclamó el almirante.

—Me parece, sin embargo, añadió Gabriel, que tal vez convendría, por interés de la religión misma, guardar secreto algún tiempo acerca de mi conversión; pues segun me ha hecho observar hace poco el Sr. de Guise, debe evitarse por ahora que suene mi nombre... Por lo demás, ese retraso se conciliará con los nuevos deberes que me he impuesto.

—Nosotros tendremos siempre a vuestra honra.

nor el nombraros públicamente entre los nuestros, dijo el almirante.

—Pero á mí me corresponde rehusar ó aplazar, por lo menos, esta prueba de vuestro aprecio, respondió Gabriel. Solo aspiro á dar este testimonio á mi creencia íntima é inmutable; y á poderme llamar interiormente vuestro hermano.

—Bien, muy bien! rupuan el señor de Coligny: lo único que os pido es que me permitaisse anunciar á los jefes del partido esta notable conquista.

—Consiento con todo mi corazon, dijo Gabriel.

—Así como así, prosiguió el almirante, ya os conoce el príncipe de Condé, La-Renaudie, y el baron de Castelnau, quienes ademas os aprecian por vuestro valor.

—Ah! temo mucho que se lo exagéren, pero de todos modos sabed que ha disminuido mucho.

—No, no! replicó Coligny, razon tienen en contar con él; yo tambien conozco vuestro valor. Tal vez, continuó bajando la voz, tendrémos muy pronto la ocasión de experimentar vuestro nuevo zelo.

—Es cierto? dijo Gadriel sorprendido: ya sabéis, señor almirante, que podeis contar conmi-

gó; con cierta reservá, no obstante por ahora, acerca de lo cual os daré explicaciones.

—Todos tenemos nuestros secretos... respondió el almirante. Oídme sin embargo, Gabriel: el que ha venido á visitaros hoy, no es solo vuestro amigo, sino también vuestro correligionario. Hemos hablado de vos con el príncipe y con La-Renaudie, y aun antes de vuestro asentimiento decisivo, os teníamos por un auxiliar de gran mérito y de incontestable probidad. Ultimamente, convencidos cada uno por su parte en consideraros capaz de servirnos, á ser posible, pero no de hacernos traicion sucediera lo que sucediese.

—Tengo efectivamente esta última cualidad, en defecto de la primera, contestó Gabriel. Podéis fiar siempre, si no en mi ayuda, á lo menos en mi palabra.

—Contando con esta seguridad, hemos resuelto no tener nunca secretos para vos. Se os iniciará en todos nuestros designios, como á uno de los jefes, y no tendréis mas responsabilidad que la del silencio. Vos no sois un hombre como los demás, y en presencia de hombres excepcionales es preciso obrar de un modo excepcional. Vos permaneceréis libre, quedando sólo nosotros comprometidos.

—¡Semejante confianza! . . .

—Solo os obliga á ser discreto, os lo repito, contestó el almirante. Sabed, pues, que los proyectos que os fueron revelados en la reunión de la plaza de Maubert, y que debían aplazarse, son hoy realizables. La debilidad del joven rey, la insolencia de los Guisas, la idea de persecución ya manifiesta contra nosotros todo nos exalta á obrar, y en su consecuencia vamos.....

—Perdonad! dijo Gabriel; os he dicho, señor almirante, que solo contáseis conmigo hasta ciertos límites; por lo qual, ántes que paséis adelante, debe deciros que precisamente no tomaré parte en nada que tenga relación con la parte política de la reforma, á lo menos, durante el presente reinado. Para la propagación de nuestras ideas y de nuestra influencia moral, ofrezco voluntariamente mi fortuna, mi tiempo, mi vida; pero solo tengo derecho á considerar la reforma como una religión y no como un partido. Francisco II, María Estuardo, y hasta el mismo duque de Guisa, acaban de tratarme con generosidad y grandeza. Gabriel, haría así traicion á su confianza como á la vuestra; dejad que me abstenga de la acción y solo me ocupo de la idea; reclamad, si es place, mi convencimiento; pero yo me reservo la independencia de mi espada.

El señor de Coligny después de reflexionar un momento, dijo:

—Vuelvo á repetiros que sois y sereis siempre libre; podeis obrar ó no, segun os parezca, sin contar con nosotros, pues jamas os pediremos cuenta de vuestras acciones.

—¿Qué quereis decir? preguntó Gabriel sorprendido.

—Yo me entiendo, contestó el almirante: ¿Por lo pronto no os quereis mezclar en nuestras conspiraciones contra la autoridad real? Pues bien, sea como gusteis.

—Acepto, y os doy las gracias, dijo Gabriel.

.....

Trascurrieron siete ú ocho meses sin que ocurriesen acontecimientos importantes para los héroes de este libro, ni para los de la historia,

Para ponernos al corriente de los sucesivos, solo necesitamos trasladarnos al 25 de Febrero de 1560, al despacho del subdelegado de policía, que era el señor de Braguelonne.

En la noche del referido dia 25 de Febrero de 1560, el señor de Braguelonne, muellemente sentado en un sillón de cuero de Córdoba, oía el informe del Sr. Arpion, uno de sus secretarios.

El señor Arpion leía lo siguiente;

“Hoy ha sido preso en el gron salon de palacio, el famoso ladrón Gil Rosas; en el acto de estar cortando una punta del cinturon, guarne- cida de oro, á un canónigo de la santa capilla.”

—¡A un canónigo!

—¡Impio! dijo el señor Arpion.

—¡Y diestro! añadió el teniente de policía, porque los canónigos son desconfiados. Despues os diré, señor Arpion, lo que se ha de hacer con ese astuto ratero. Adelante.

“Las ninfas de la calle de Grand-Heulen, continuó Arpion, están en completa rebelion.”

—¡Jesus! . ¿Porqué?

—Dicen que han dirigido una exposicion al rey, nuestro señor, á fin de que se las permitá residir en sus casas, y miéntras tanto han arrollado ó hecho arrollar la ronda.

—Eso es muy gracioso! dijo riéndose el señor de Braguelonne. Se arreglará como corresponde. ¡Pobres chicas! A otra cosa.

El señor Arpion continuó:

“Habiéndose presentado los señores diputados de la Sorbona en casa de la señora princesa de Condé, en París, para advertirla que se abstuviera de comér carne durante la Cuaresma, fueron recibidos de un modo burlesco por el señor de Sechelles, el cual les dirigió, entre otros ultrajes, el de que jamas había visto unos embajadores mas parecidos á terneros.”

—¡Ah! ¡eso es más serio de lo que parece! dijo el teniente de policía levantándose. ¡No querer ayuntar é insultar á esos señores de la Sorbona! Mucho va á subir vuestra cuenta, señor.

ra de Condé, y cuando hoy presentemos el total!..... ¿Hay algo mas, Arpion?

—Nada mas por hoy, á Dios gracias. Pero monseñor no me ha dicho qué se ha de hacer con Gil Rosa.

—Escuchad; dijo el señor de Braguelonne, sacadle de la prisión junto con los rateros más finos que halles con él, y enviad esas buenas alhajas á Blois, á fin de que en la fiesta que se prepara al rey, diviertan á S. M. dando una muestra de sus habilidades,

—Pero, monseñor, ¿y si se quedan con los objetos robados solo de burlas?

—Entónces serán ahorcados.

En aquél momento se presentó en la puerta un ugier, perfectamente vestido anunciando:

—El señor inquisidor de la fe.

No necesitó el secretario que le mandaran salir, y saludando respetuosamente se marchó sin decir una palabra.

El que entraba era, en efecto, un importante y temible personaje.

A sus ordinarios títulos de doctor de la Sorbona y canónigo de Noyon, reunía el extraordinario de inquisidor de la fe en Francia, y á fin de que su nombre fuese tan retumbante como su título, se hacia llamar Demochares, si bien él se llamaba simplemente Antonio de Mou

chy. El pueblo bautizó á sus emisarios con el nombre de Moscardones.

—¡Y bien! señor teniente de policía? dijo el inquisidor general.

—¡Y bien! señor inquisidor general? preguntó el teniente de policía.

—¿Qué hay de nuevo en París?

—Iba á haceros precisamente la misma pregunta.

—Eso quiere decir que no hay nada, repuso Demochares, con un profundo suspiro. ¡Ah! ¡qué tiempos tan calamitosos! Todo se ha paralizado: ni un pequeño, ni el mas leve atentado. ¡Qué cobardes son esos hugonotes! Nuestro respectivo oficio va desapareciendo, señor de Braguelonne.

—¡Ah! dijo el teniente de policía, creo que desde el principio de este reinado no hemos echado ménos la persecucion; pues hubiera sido difícil excitar y provocar á los descontentos mas de lo que se ha hecho.

—¡Bah! ¿qué se ha hecho? dijo el inquisidor general con desden.

—Entónces, ¿no son nada para vos las visitas, los atropellos y saqueos de que son víctimas diariamente los hugonotes inocentes ó culpables?

—Sin duda que no; todo eso no vale nada en

mi concepto, respondió Demochares, pues bien veis soportan con una paciencia tranquila esas vejaciones.

—Tampoco es nada el suplicio de Ana Douburg, sobrino de un canciller de Francia, quemado hace dos meses en la plaza de la Greve?

—Todo ello no vale la pena, dijo el imbécil inquisidor. ¿Qué resultados ha producido ese suplicio? El asesinato del presidente Minard, uno de los jueces, y una supuesta conspiración, cuyos indicios no han podido hallarse. Hé aquí un gran negocio!

—Y qué pensais del último edicto? preguntó el señor Braguelonne, el último edicto, en que se ataca, no solo á los hugonotes, sino á toda la nobleza del reino. Yo por mi parte, solo he dicho sinceramente al señor cardenal de Lorena, encuentro que ese paso es muy atrevido.

—Calla! ¡Hablais de la orden que ha suprimido las pensiones?

—No de esa, sino de la que prescribe á los pretendientes nobles ó plebeyos, que salgan de la corte en el término de veinticuatro horas, bajo pena de ser ahorcados. Convenid conmigo en que la soga de los hidalgos, lo mismo que la de los pecheros, es bastante fuerte y regularmente escandalosa.

—Es cierto que no deja de haber en eso su

parte de atrevimiento, dijo Demochares, con una sonrisa de satisfaccion. Hace cinco años nada mas, una órden semejante hubiera, lo confieso, hubiera hecho sublevarse á toda la nobleza del reino; pero hoy, ya lo veis, han puesto el grito en el cielo y nadie se ha atrevido á moverse.

—Os engañais, señor inquisidor general, repuso Braguelonne, bajando la voz, y si no se mueven en París, no sucede lo mismo en provincia.

—¡Hola! exclamó de Mouchy, ¿teneis algunas noticias?

—Aun no; pero las aguardo de un momento á otro.

—De Dónde?

—Del Loira.

—¿Teneis emisarios hacía aquel punto?

—Sólo tengo uno, pero bueno.

—Nada mas que uno! Pues no deja de ser arriesgado, dijo Demochares, echándosela de hombre infelizente.

—Lo que es yo, repuso el señor de Braguelonne, mejor quiero pagar un solo confidente, con tal que sea entendido y seguro, aunque me cueste tan caro como veinte pillos de esos estúpidos que andan por el mundo. ¿Qué quereis? así veo yo las cosas.

—¿Y quién os responde de que ese hombre será fiel?

—En primer lugar, su cabeza, y en segundo, los servicios que me haya prestado, porque lo pruebo ántes.

—Con todo, es muy arriesgado, repitió Demochares.

Hablando estaba todavía el señor de Mouchy, cuando entró lentamente Arpion, y se acercó á hablar al oído de su jefe.

—¡Ah! ¡ah! prorumpió el teniente de policía, con aire de triunfo. Muy bien, Arpion, introducid á Lignieres al momento.

Era este aquel hombrecillo flaco, negro y despreciable, que vimos en la asamblea protestante de la plaza Maubert; el mismo que con tanta osadía presentó la medalla republicana y habló de lises arrancadas y de coronas holladas.

Ya se advierte, que si en aquel tiempo no existía aun el nombre de agente provocador, la cosa iba floreciendo.

Al entrar Lignieres, lanzó sobre Demochares una fría y desconfiada mirada, y despues de haber saludado al señor de Braguelonne, permaneció en un prudente silencio, esperando á que le interrogasen.

—Me alegro mucho de veros, señor de Lignieres, dijo el de Braguelonne. Podeis hablar

sin temor delante del señor inquisidor general de la fé de Francia.

—¡Oh! ¡ciertamente! se apresuró á decir Lignieres; y si hubiera sabido, qué me hallaba en presencia del ilustre señor Demochares, creed, monseñor, que habría titubeado un solo instante.

—Muy bien, dije Mouchy, meneando la cabeza en señal de aprobación, y evidentemente lleno de orgullo por la deferencia respectiva del espía.

—Vamos, hablad, señor Lignieres, hablad pronto, dijo el teniente de policía.

—Pero el señor, repuso Lignieres, ¿no estará por ventura al corriente de cuanto ha pasado en el último conciliáculo de los protestantes en el Ferté?

—No estoy muy enterado, en efecto, contestó Demochares.

—Voy, pues, si me lo permitís, añadió Lignieres, á referir en breves palabras los hechos graves que he recogido en estos últimos días; esto será lo mas claro y acertado.

El señor de Braguelonne concedió á Lignieres, por medio de un movimiento de cabeza, la autorización que aguardaba. Esta pequeña diligencia agravaba, sin duda, la impaciencia del teniente de policía; pero ilusionaba su orgullo, haciendo ver al inquisidor general la capacidad

superior y hasta extraordinaria de sus agentes.

Pero es lo cierto, que Demochares estaba sorprendido y maravillado á la vez, como un conocedor hábil que encuentra un instrumento mejor y mas á propósito que todos los de que hasta entónces se ha servido.

Lignieres, excitado por este alto honor, quiso mostrarse digno del buen concepto que todos de él acababan de formar.

—Verdaderamente no ha sido muy grave la primera reunion de la Ferté, estando todo reducido á decir cosas bastante tontas; y por mas que yo propuse que debía derribarse del trono á S. M. y establecerse en Francia la constitucion de los estados suizos, mis palabras fueron acogidas con injurias. Lo único que se ha hecho, ha sido determinar que se dirija al rey una exposicion pidiéndole ponga término á las persecuciones contra los religionarios, despida de su lado á los Guisas, llame al ministerio á los principes de la sangre, y convoque inmediatamente los estados generales. Una simple petición es cosa muy pobre; pero sin embargo, contóse el número de los filados, organizándose, y esto ya es algo. Luego se trató de nombrar jefes; y mientras la cuestión estuvo reducida á jefes secundarios de distritos, no hubo ninguna difen-

tado; pero lo que sí costó trabajo fué nombrar el jefe supremo, ó lo que es lo mismo, el que ha de estar á la cabeza de la conspiración. El señor de Coligny y el príncipe de Condé, se negaron á aceptar, por medio de sus representantes, el peligroso honor que querían dispensarles designándolos para dicho cargo, manifestando los comisionados en su nombre, que mas valía escoger un hugonote que no tuviese una posición tan elevada, para que el movimiento presentase mas á las claras el carácter de una empresa popular. Este pretexto será muy bueno para los tontos; pero es lo cierto que se contentaron con él; y después de debatir el asunto largo tiempo, acabaron por elegir á Godofredo de Barry, señor de La-Renaudie.

—¡La-Renaudie! repitió Demochares; si; efectivamente, es uno de esos ardientes agitadores que tratan de soliviantar á los parpallotes. Sé que es un hombre energético y de convicciones.

—Pues pronto sabréis que es un Catilina, dijo Lignières.

—Oh! oh! contestó el teniente de policía, me parecer que aumentais su mérito.

—Ya vereis como no, dijo el espía. Mas venígnos á nuestra segunda reunión celebrada en Nantes el día 15 del mes de Febrero en que nos

hallamos, y en la que La-Renaudie, entusiasmado, manifestó sus ideas é hizo traicion al atrevido proyecto que ocultaba bajo sus humildes apariencias.

Y ámbos se acercaron á Lignieres con ansiosa curiosidad.

—Véamos ese atrevido proyecto, dijo Demo-  
chares, como hombre que no se asustaba tan  
fácilmente.

—Creo que merece la pena de descubrirse, prosiguió Lignieres. Mientras que se llamará la atención por medio de algunos temerosos y desarmados peticionarios que se acercarán al trono suplicantes, deberán reunirse de las diferentes provincias, quinientos ginetez y mil infantes, lo entendeis, señores, mil quinientos hom-  
bres elegidos entre los nobles mas resueltos y adheridos á la reforma y á los príncipes, al mando de treinta capitanes elegidos; se adelan-  
terán en silencio hacia Blois por distintos ca-  
minos, penetrarán en la ciudad, de grado ó por fuerza, se llevarán al rey, á la reina madre, al señor de Guisa, entregándolos para que sean juzgados, y les sustituirán con los príncipes de la sangre, salvo el que se decida despues por los Estados generales la forma administrativa que convendrá adoptar, . . . . . ¿Qué decís del complot, señores? ¿Es esto una bagatela? ¿No sirvo al fin para nada, ó soy útil para algo?

Lignieres pronunció la última frase con aire de triunfo. El inquisidor general y el teniente de policía se miraron sorprendidos.

—¡Por Dios, que esto es admirable! lo confieso, exclamó Demochares.

—Decid mas bien horrible, contestó Braguelonne.

—¡Necesitamos ver! continuó el inquisidor general meneando la cabeza.

—¡Oh! dijo Braguelonne, hasta ahora solo conocemos los designios de La-Renaudie, pero es fácil adivinar que no debemos atenernos únicamente á eso, que los Guisas se defenderán, que ántes se dejarán hacer pedazos, y qué si S. M. confia el poder al príncipe de Condé, sólo será por la violencia.

—Pero ya que estamos advertidos, repuso Demochares, todo cuanto esos pobres parpalotes intentan contra nosotros, se vuelve en contra de ellos desde luego, y van á caer en sus propias redes. Apostaría á que el señor cardenal está sumamente contento, y qué hubiera pagado á peso de oro esta ocasión de acabar con sus enemigos.

—¡Quiera Dios que esta alegría sea duradera! dijo Braguelonne.

—Y dirigiéndose á Lignieres, que ya era un hombre importante, le dijo:

—En cuanto á vos, señor marques, habeis prestado á S. M. un importante servicio, por lo cual sereis premiado.

—Sí, á fe mía, dijo Demochares, sois verdaderamente digno de alabanzas, y contad con mi aprecio; ;A vos tambien os felicito, señor de Braguelonne, por la acertada eleccion de vuestres empleados!

—Esa es la mejor recompensa de cuanto haya pedido hacer, contestó Lignieres.

—Sabeis que no somos ingratos, señor de Lignieres, continuó el teniente de policía. Pero véamos, aun no lo han dicho todo. ¿Han fijado época? ¿Tienen punto de reunion?

—Deben reunirse en las cercanías de Blois, el día 15 de Marzo, respondió Lignieres.

—¡El 15 de Marzo! ¿lo oís? dijo, señor de Braguelonne. Solo tenemos veinte días. ¡El señor Cardenal de Lorena está en Blois! ;Ademas se necesitan casi dos días para avisarlo y recibir sus órdenes!

—¡Pero qué triunfo al cabo! dijo Domochares.

—Decid, querido señor de Lignieres, prosiguió el teniente de policía, ¿teneis los nombres de los gefes?

—Por escrito, contestó Lignieres.

—Sois el único hombre! dijo Demochares

→ Hablar á monseñor, dijo el secretario. Me ha parecido que viene muy asustado.

—;No puede saber nada! se apresuró á decir Lignieres con cierta inquietud. Ademas, continuó con desden, es un hombre honrado.

→ ;Veamos! ;veamos! añadió el inquisidor general.

—Arpion, dijo el señor de Braguelonne, introducid en seguida á ese hombre.

— ¡l momento, monseñor, contestó.

—L. spensadme, querido marques, continuó Bragueonne, dirigiéndose á Lignieres, ese Aviñelles os conoce, y pudiera muy bien inquietarle vuestra vista inesperada; aunque en último caso no os debe importar gran cosa que sepa sois de los nuestros. Tened, pues, la bondad, mientras dura esta entrevista, de pasar al despacho de Arpion, situado en el fondo de ese corredor, y yo cuidaré de haceros llamar tan luego como háyamos concluido. Vos, señor inquisidor general, quedaos: vuestra presencia no puede inémos de sernos útil.

—Sea como decís; me quedo por complaceros, dijo Demochares satisfecho.

—Y yo me retiro, añadió Lignieres. Pero tened presente lo que os he dicho, señor teniente de policia. No sacareis gran partido de Aviñelles. ¡Es una polaca cabeza! ¡Vale bien pecha osa!

—Procurarémos obrar del mejor modo posible. ¡Pero adios, adios querido Lignieres; ya está aquí nuestro hombre.

Lignieres apena tuvo tiempo de salir. En aquel momento entró un hombre pálido y agitado por temblor nervioso, acompañado y casi conducido por Arpion.

Era el apogado Pedro de Avenelles, á quien vimos por primera vez en compañía del señor Lignieres en la reunión de la plaza Maubert, y el que obtuvo, si no lo hemos olvidado, los honores de ella, por su discurso valiente, aunque hijo de la timidez.

Volvemos á hallar á Avenelles tímido, pero ya sin resto alguno de valpor.

Despues de saludar, inclinándose casi hasta tocár el suelo, á Demochares y Braguelonne, dijo con balbuciente voz:

—Estoy por ventura en presencia del señor teniente de policía?

—Y del señor inquisidor general de la fé, añadió Braguelonne, señalando á Mouche.

—Jesus! gritó el pobre Avenelles, palideciendo cada vez mas. Señores, teneis delante de vos á un gran culpable, sí, á un grandísimo culpable. ¿Puedo esperar conseguir mi perdón? Lo ignoro. Una confesión sincera, podrá atenuar mis faltas; á vuestra clemencia toca responder.

El señor de Braguelonne conocía en seguida en qué clase de hombre tenía que tratar.

—No basta confesar, dijo en tono aspero, es preciso esperar.

—¡Oh! Si puedo, lo haré, monseñor.

—Sería necesario que nos prestaseis algún servicio, que nos diérais alguna noticia importante.

—Procuraré darla, dijo el abogado balbuciendo.

—Muy fácil será eso, repuso negligentemente Braguelonne, pues todo lo sabemos.

—¿Cómo! ¿sabéis? . . .

—Todo! ya os lo he dicho; y según el camino que habeis tomado, veo que vuestro tardío arrepentimiento no puede ya salvar vuestra cabeza.

—Mi cabeza! ¡cielos! mi cabeza está en peligro? Sin embargo, puesto que he venido . . .

—Demasiado tarde! dijo el inflexible Braguelonne. Ya no podeis sernos útil, pues sabemos de antemano cuantos podríais revelarnos.

—Puede ser! repuso Avenelles. Perdonad la pregunta; ¿qué es lo que sabéis?

—En primer lugar, que sois un herege condenado, dijo interviniendo Démochares, con voz de triunfo.

—Ay de mí! ¡por desgracia es demasiado cierto! repuso Avenelles. Sí, soy religionario.

¿Porqué? es eso lo que no puedo decir. Pero abjuraré, monseñor, si me conceden la vida.

—Aun hay mas, dijo Demochares; admití en vuestra casa á los hugonotes.

—Jamás han podido hallar uno siquiera en las requisiciones que se han hecho, se apresuro á responder el abogado.

—Sí, dijo el señor de Bragadolomne, debéis tener probablemente en vuestro domicilio alguna escondite, alguna salida secreta, alguna comunicacion desconocida con el exterior. Pero un día de estos demoleremos vuestra casa hasta no dejar una piedra sobre otra, y de este modo descubrirémos el secreto.

—Yo mismo os le enseñare, dijo el abogado. Confieso, monseñor, que he admitido alguna vez y ospedado á religionarios. ¡Pagan tan buenas prisiones; y los pleitos producen tan poco! Ya conocéis que es preciso vivir! Pero esto no volverá á suceder; ¡ademas de que abjurando yo, creo que los hugonotes tendrán muy buen cuidado de no venir á llamar á mi puerta.

—Tambien habeis usado de la palabra con frecuencia, continuó Demochares, en el conciláculo de los protestantes.

—Soy abogado, dijo lastimosamente Avellaniles; pero siempre he hablado en favor de los partidos moderados. Vos lo debeis saber, presto que nada ignorais....

Y atreviéndose á levantar la vista y á fijarla en los dos siniestros personajes, prosiguió diciendo;

—Diepensadme, pero creo que no lo sabeis todo, cuando solo habeis hablado de mí, sin decir una palabra acerca de los asuntos generales del partido, los cuales, por otra parte, no carecen de importancia..... Veo, pues, con placer, que ignorais aun muchas cosas.

—Estais engañado, dijo el teniente de policía, y vamos á probároslo.

Demochares le hizo una seña á fin de que mítase bien lo que iba á decir.

—Os entiendo, señor inquisidor, le dijo; pero no puede haber imprudencia por mi parte en manifestar nuestra táctica á ese caballero: pues no saldrá de aquí en mucho tiempo.

—¡Como! exclamó lleno de espanto Pedro Avenelles, ¿no saldré de aquí en mucho tiempo?

—Es claro que no, dijo el señor Braguelonne con mucha calma. ¿Os figurais, pues, que bajo pretexto de venir á hacer revelaciones, podriais ver tranquilamente dónde estamos, y aseguraros de nuestras intenciones, para ir despues á referirlo todo á vuestros cómplices? El negocio ha variado de rumbo, amiguito, y desde este momento sois nuestro prisionero.

—Prisionero! replicó Avenelles consternado.

—Luego que reflexionó un instante, tomó su partido. Nuestro hombre, recordarémos, poseía en un grado eminente al ánimo que inspiraría la cobardía.

—Muy bien! exclamó; mas seguro estoy aquí que en mi casa, en medio de todos sus complots: y ya que estoy bajo vuestra salvaguardia, señor teniente de policía, no tendréis inconveniente en contestarme á alguna de mis respetuosas preguntas. Por lo pronto me parece que no estais tan completamente informado como creéis estarlo, y que yo hallaré medio de probaros con alguna revelación importante; mi buena fé y lealtad.

—Hum! mucho lo dudo, dijo el señor de Braguelonne.

—¿Qué sabeis acerca de las últimas reuniones de los hugonotes, monseñor? preguntó el abogado.

—¿Hablais de la de Nántes? dijo el teniente de policía.

—Hola! sabeis eso. Pues bien, sí, veamos acerca de la de Nántes. ¿Qué hubo en ella?

—A udís sin duda á la conspiración que allí se fraguó: repuso el señor Braguelonne.

—¡Ah! sí, voy viendo que no podré deciros mucho mas de lo que sabeis, contestó Avenelles. ¿Esa conspiración?

—Es para llevarse al rey de Blois, sustituir violentamente los príncipes á los señores de Guisa, convocar los Estados generales, &c.... Todo esto pertenece ya á la historia antigua, señor de Avenelles, pues data desde el 5 de Febrero.

—¡Y los conjurados que se creían tan seguros del secreto! exclamó el... abogado. ¡Todos están perdidos! perdidos, y yo tambien. Entonces no dudo que sabréis los nombres de los jefes.....

—De los secretos y de los públicos; de los primeros son el príncipe de Condé y el almirante; á los segundos pertenecen La-Renaudie, Castelnau, Mazeres..... ¿Pero á qué entretenernos tanto en su enumeracion? Ahí teneis la lista de sus nombres y la de las provincias que deben sublevar.

—Misericordia! dijo Avenelles admirado, cuán hábil es la policía, y cuán locos los conspiradores! ¿No podré decir una sola cosa que ignoreis? ¿Sabeis dónde está el príncipe de Condé y La-Renaudie?

—Juntos en París.

—¡Esto es horroroso! ya no me queda otro recurso que encomendar mi alma al Criador, una palabra mas: ¿dónde se hallan en París?

El señor de Braguelonne no contestó esta vez de seguida, pero con su penetrante mirada, pa-

recia que deseaba penetrar el interior de Avenelles:

Este se creyó divisar un rayo de esperanza, repitió la pregunta.

—Sabeis en qué sitio de París se hallan el príncipe de Condé y La-Renaudie, monseñor?

—No nos costará mucho trabajo encontrarlos, contestó el señor de Braguelonne.

—Pero aun no les habeis encontrado! añadió Avenelles lleno de alegría. ¡Ah! ¡bendito sea Dios! Aún puedo alcanzar mi perdón. Yo sé donde están, monseñor, yo lo sé.

Los ojos de Denibochares brillaron de júbilo, pero el teniente de policía supo disimular su alegría.

—Dónde están? preguntó este con la mayor indiferencia.

—En mi casa, señores, en mi casa! dijo muy ufano el abogado.

—Ya lo sabía yo, repuso tranquilamente el señor de Braguelonne.

—¡Qué! ¡cómo! ¡tambien lo sabeis! gritó Avenelles palideciendo.

—Sar duda ninguna... Pero he querido probar vuestra buena fe. ¡Vamos! ¡perfectamente! no estoy descontento de vos. Pero es un caso el vuestro muy grave por lo menos! ¡Haber dado asilo a tali grandes culpables!

—¡Os habeis hecho tan culpable como ellos! dijo sentenciosamente Demochares.

—Oh! no me digais esa, monseñor, replicó Avenelles. Ya me recelaba ya los peligros que corría, por lo qual, tan luego como supe los horribles proyectos de mis dos huéspedes, ya no tuve tranquilidad. Pero de esto solo hace tres días, os lo juro. A vos debe constaros que yo no asistí á la reunión de Nantes. Cuando llegaron á mi casa en la semana pasada el príncipe de Condé y el señor de La-Renaudie, creí admitir en ella á reformados, pero no á conspiradores. Aborrezo con toda mi alma á los conspiradores y á las conspiraciones. Ellos no me dijeron nada en un principio, y hé aquí porqué los aborrezo: ¡exponer sin mas ni mas, á un pobre hombre que solo les ha prestado servicios! esto es muy mal hecho; pero esos grandes personajes no se portan nunca de otro modo.

—¿Cómo? dijo el señor de Braguelonne, que se tenía por un gran personaje.

—Hablo de los grandes personajes de la reforma, se apresuró á decir el abogado. Desde luego empezaron ocultándome todo; pero como andaban cuchicheándose á todas horas, escribían de día y de noche, y á cada momento recibían nuevas visitas, procuré acecharlos y oírlos. En breve adiviné de lo que se trataba,

y tuvieron que confesármelo todo: la reunion de Nántes, la gran conspiracion, en fin, todo quanto vos sabeis, y que ellos creen está tan secreto como les conviene. Desde el momento en que me hicieron la revelacion, no comia, el sueño huía de mis ojos, no tenía un instante de reposo; cada vez que entraba alguien en mi casa, figurábaseme que venían en mi busca para llevarme á la presencia de los jueces. Por la noche, en mis cortos instantes de calenturiento sueño, no soñaba mas que tribunales, cadalso y verdugos. Entonces me despertaba bañado de un sudor frío, para calcular y prever los peligros á que me hallaba expuesto.

—Los riesgos que corriais? dijo el señor de Braguelonne. La prision, por lo pronto...

—Despues el tormento, añadió Demochares.

—En seguida, la horca probablemente, continuo el teniente de policía.

—La hoguera quizá, prosiguió el inquisidor general.

—Al paso que ver tambien la rueda, dijo el señor de Braguelonne.

—Encarcelado, puesto en el tormento, ahorcado, quemado, enroddado! exclamaba entre sí á cada palabra el señor de Avenelles, como si sufriese todos los tormentos que íban enumerando.

—Bah! vos sois abogado, sabeis la ley, añadió el señor de Braguelonne.

—¡Demasiado! exclamó Avenelles; por eso al cabo de tres días de angustia, conocí que un secreto de esa naturaleza era una carga muy pesada para mi responsabilidad, y he venido á depositarle en vuestras manos, señor teniente de policía.

—Esto era lo mas seguro, repuso el señor de Braguelonne; y aunque vuestra revelacion no nos sea de muy grande utilidad, como veis, tendrémos, sin embargo, en cuenta vuestros buenos deseos.

Habló en seguida algunos instantes en voz muy baja con el señor de Mouchy, el cual, le hizo adoptar, al parecer, no sin algun trabajo, la resolucion que debía seguir.

—Ante todo, les dijo Avenelles, en tono de súplica, os pediré por favor que no descubrais mi defección á mis antiguos.... cómplices; pues, ¡ay de mí! los que asesinaron al presidente Minard pudieran igualmente jugarme una mala pasada.

—Os guardarémos el secreto, contestó el teniente de policía.

—Vais á tenerme preso, sin embargo, ¿no es verdad? dijo Avenelles, en tono humilde y tímido.

—Nada de eso, podeis volver libremente á vuestra casa desde ahora mismo, respondió Braguelonne.

—De veras, dijo el abogado. Entonces es a mis huéspedes á quienes vais á hacer prender, según veo.

—Tampoco: ellos quedarán en libertad lo mismo que vos.

—Pues cómo? preguntó Avenelles, estupefacto.

—Escuchad, repuso el señor de Braguelonne, y tened bien presente lo que voy á decirlos. Vais á volver inmediatamente á vuestra casa; por temor de que una larga ausencia excite sospechas. No participareis á vuestros huéspedes los temores que os acosan; ni les direis una palabra acerca de sus secretos. Obrareis, y les dejareis á ellos que hagan lo mismo, como si nada hubiera pasado. ¿Me entendéis bien lo que os digo? Nada impedáis, y de nada os asombreis.

—Eso es muy acertado, dijo Avenelles.

—Solo, añadió el señor de Braguelonne, si necesitamos alguna noticia, os la pediremos; ó harémos que vengais aquí; vos, por supuesto, estareis siempre á nuestra devoción; y si juzgase necesario hacer alguna visita en vuestra casa, haremos la vista gorda.

—Acabaré ya que he empezado, dijo Avenelles, exhalando un suspiro.

—Bien está.

—Concluyo, pues, diciéndoos, que si las cosas tomasen un giro que nos diera á conocer, habiais obedecido fielmente nuestras órdenes, bien sencillas, á la verdad, obtendriais nuestro perdón; pero si por el contrario, llegamos á sospechar la menor indiscrección de vuestra parte, sereis el primero y el mas terriblemente castigado.

—Sereis quemado á fuego lento, sin remedio, dijo Demochares, con su voz lugubre y profunda.

—;Sin embargo! quiso decir el abogado, que temblaba como un azogado.

—Basta, repuso Braguelonne. Acordaos de lo que os he dicho; no lo olvidéis. Hasta la vista.

Hizole una seña imperiosa con la mano, y el muy prudente abogado salió contento y alijido á la vez.

Despues que se marchó hubo un momento de silencio entre el teniente de policía y el inquisidor general.

—Vos lo habeis querido, y yo no he hecho mas que ceder, dijo al fin el primero; pero confieso que tengo mis dudas acerca de este modo de obrar.

—Es el mas conveniente, contestó Demochares. Este negocio debe seguir su curso, y por

lo santo, importa no infundir sospechas á los conjurados, á fin de que se crean seguros del secreto, y continúen trabajando. Ellos creen obrar por medio de las mas profundas tinieblas, y nosotros les seguimos los pasos, como si fuera al resplandor del mas brillante día. ¡Esto es sublime! En veinte años quizá no se presente una ocasión tan magnifica de acabar con la herejía por medio de un golpe maestro.

—Mejor que yo, á no dudarlo, dijo Bragelonne. ¿Qué hemos de hacer ahora?

—Vos, dijo Demochares, os quedareis en París, y vigilareis constantemente, por medio de Lignieres y de Avenelles, vuestros dos jefes de conspiracion. Yo partiré dentro de una hora á prevenir á los señores de Guisa, y aunque el cardenal pronto se acobardará algun tanto, el Acuchillado, que está siempre á su lado, cuidará de tranquilizarle; ademas de que, en reflexionando, no podrá ménos de alegrarse. Lo que ellos deben hacer es reunir sigilosamente, en doce ó quince días, alrededor del rey, todas las fuerzas disponibles. Los hugonotes, que no tendrán la menor sospecha, caerán todos juntos, ó unos despues de otros, en el lazo que con tanta sagacidad les preparamos. ¡Todos, sí, todos caerán en nuestro poder! ¡Matanza general!

El inquisidor se paseaba agitado por la habitacion, frotándose las manos.

—Dios quiera tan solo, dijo el señor de Braguelonne, que algun cambio imprevisto no leche por tierra este proyecto.

—Imposible, dijo Demochares. ¡Matanza general! ¡Están en nuestro poder! Haced venir á Lignieres, si os parece, para que acabe de darnos las noticias que debo llevar al cardenal de Lorena; en cuanto á mí yauento á la herejía por muerta.

Salvando con el pensamiento dos días y cuarenta leguas, nos hallaremos en el expléndido palacio de Blois, donde estaba reunida la corte.

El día anterior hubo una gran fiesta, arreglada por el poeta Antonio de Baif, con justas, danzas y alegrías.

Pero el rey y su augusta esposa se levantaron á la mañana siguiente de la función, mas tarde que de costumbre, y algo cansados de un espectáculo que se dió con el objeto de divertirlos.

Afortunadamente á nadie debían recibir aquél día en audiencia pública, de suerte que descansaron hablando á su antojo de las cosas que tanto habían admirado.

—Lo que es á mí, decía María Estuardo, todas esas diversiones me han parecido lo mas singular del mundo.

—Sí, contestó Francisco II; pero sobre todo,

los bailes y las escenas que se han ejecutado; confieso, sin embargo, que los sonetos y madrigales me parecieron algo largos y pesados.

— ¡Cómo! dijo María, os aseguro que han estado muy buenos.

— Sí, querida mía, pero es preciso que convengas en que han sido en extremo aduladores. Y no es, por cierto, muy divertido estarse oyendo alabar horas enteras; ademas, que esos señores, sobre todo los de Baif y de Maisonfleur, mezclan en sus discusiones una porción de nombres latinos que yo no entiendo.

— Pero eso es de mi gusto, y denota erudición, dijo María.

— ¡Ah! eso demuestra que tú eres muy entendida, María, añadió suspirando el joven rey. Tú haces versos, y entiendes el latán, el cual jamás he podido aprender.

— El saber es el recreo de nosotras las mujeres, al paso que á vosotros los hombres y principes os está destinado la acción y el mando.

— No importa, repuso Francisco II, yo de searía, aunque no fuera mas que por parecerme á tí en algo, ser, á lo méno, tan instruido como mi hermano Carlos.

— A propósito de nuestro hermano Carlos, interrumpió María, ¿le habeis observado ayer, en su papel de la alegoría de “La Religion defendida por las tres virtudes teologales?”

—Sí, dijo el rey, me parece que era uno de los caballeros que representaban las virtudes, él hacia la caridad.

—Jestamente, replicó María: —Y ¿qué has visto con que furor golpeaba la cabeza de la Herregia?

—Ciento que sí; cuando está avanzó por entre las llamas, a caballo, sobre una serpiente. Carlos parecía, en verdad, que estaba fuera de sí . . . .

—Y decidme, mi amable señor, añadió la reina, ¿no os ha parecido hallar alguna semejanza en la cabeza de la Herregia?

—En efecto, contestó Francisco II, creía engañarme; pero seguramente se da un aire al señor de Oodigny, ¿no es verdad?

—Decid mas bien que es un vivo retrato del almirante.

—Y aquellos diablos que se le llevaron! dijo el rey.

—Y la alegría de nuestro tío el cardenal! añadió la reina.

—Y la sonrisa de mi madre!

—Casi asustaba, dijo la joven reina. Pero de todos modos, Francisco, vuestra madre estaba ayer muy hermosa aún, con su vestido de oro perfectamente bordado; y su ricó velo de crespon; ¡magnífico traje!

— Teneis razon, querida maria, por eso he mandado pedir á Constantinopla igual para vos, el cual os traerá Grandchamp, juntó con un velo de gasa rothana, semejante á otro que tiene tambien mi madre.

— Oh! gracias, reyecito mio, gracias. No envidio ciertamente á nuestra hermana Isabel de España, de quien se dice que jamas se pone dos veces un mismo vestido. Sin embargo, no quisiera que mujer alguna en toda la Francia, aun cuando fuese vuestra madre, os pareciese mejor compuesta que yo.

— ¿Qué importa al fin, todo eso, dijo el rey, si tú serás siempre la mas hermosa?

— No pensabais ayer así, replicó María, un tanto enojada, pues cuando acabé de bailar no me dijisteis ni una sola palabra. Preciso es creer que no os agradé.

— ¡Sí tal! exclamó Francisco. ¡Pero qué pudiera yo haber dicho, Dios mío! al lado de aquellos talentos de la corte que te contemplaban á porfia así en prosa como en verso. Despues de tanta poesía, ¿hubiera debido decirte que estabas divina, encantadora?

— Porqué no? contestó María: esa sola palabra vuestra me habría complacido mucho mas que todas esas frívolas alabanzas que me prodigaron.

—Pues bien, esa palabra te la he dicho esta mañana, con toda mi alma; sí, porque eres la hermosa de las hermosas, y porque á tu lado se oscurecen los mas brillantes hochizos... Sí, lo mismo con tu régio explendor, que con ese traje sencillo, siempre eres mi reina, mi amor. A nadie veo mas que á tí. Solo á tí amo en el mundo.

—¡Querido mío!

—¡Prenda adorada!

—¡Mi vida!

—¡Mi tesoro! Escucha: aun cuando solo tuvieses el humilde sombrerillo de una aldeana, te amaría mas y mejor que á todas las reinas de la tierra.

—Y tú serías el único dueño de mi corazón, repuso María, aunque solo fueras un simple paje....

—Mira, continuó Francisco, hay momentos en que estoy casi decidido á abandonar el título de rey, lo mismo que he abandonado el poder....

—¡Oh! ¡Qué dices! exclamó María Estuardo.

—Digo lo que siento, María. ¡Ah! Si para ser esposo vuestro no fuera necesario ser rey de Francia! Figuraos, pues, que no experimento otros disgustos, sino los que me proporciona mi dignidad régia: El último de nuestros súbditos

tos está más libre que yo. En fin, si me hubiera enojado con vos, nos habrían dado habilitaciones separadas. ¿Porque? Porque dicen que es la costumbre entre los reyes y reinas de Francia.

—¡Qué absurdas son las costumbres! repuso María; pero nosotros las cambiaremos y estableceremos otras nuevas, que, Dios mediante, valdrán tanto como las antiguas.

—Seguramente, María. — ¡Salve tú cuál es el secreto deseq que abrigó de algún tiempo á esta parte?

—No, por cierto. — ¡Salve tú cuál es el secreto deseq que abrigó de algún tiempo á esta parte?

—¡Oh! Sería mi mayor delicia, señor, respondió María; ademas de que me inquieta bastante el estado de vuestra salud, por esos ataques á la cabeza que sufries con mucha frecuencia. La variación de aires, de novedad de los objetos, todo esto os serviría de distracción, al paso que os aliviaría inudablemente. — Sí, ¡pertámos, pertámos! — ¡Ah! ¡El emulo permitirá el cardenal y la reina madre?

—En tal caso, dijo Francisco II, yo soy el rey! El reino está pacífico y tranquilo; y supuesto que no necesitan de mí para gobernarle, bien podrán pasar sin mi presencia. María, partiremos ántes del invierno, como las golondrinas; ¿no te parece? —A dónde quieras ir? —Visitarémos nuestros estados de Escocia.

—Claro! ¡pasar el mar! contestó María. Ir á respirar entre aquellas finísimas tan peligrosas para vuestro delicado pecho. Mas me agrada nuestra alegre Turena. —Mas ¿porqué no hemos de ir á España á hacer una visita á nuestra hermana Isabel?

—El aire de Madrid no es bueno para los reyes de Francia, María.

—Bien! entonces á Italia, replicó María. Allí siempre reina un tiempo hermoso. Es un país lleno de encantos; tiene un cielo tan azul!

—Convenido: já Italia! exclamó el rey alegramente. Verémos en toda su gloria á la santa religión católica; los hermosos templos y las santas reliquias.

—Y los cuadros de Rafael, dijo María, y San Pedro, y el Vaticano.

—Pedirémos la bendición al Santo Padre, y nos traeremos infinitas indulgencias.

—Qué hermoso será, dijo la reina, realizar este dulce sueño, y encontrarnos el uno junto al

otro recorriendo ese país encantador, donde podrémos entregarnos á nuestros amores en medio de la mas sublime poesía!

El paraíso! exclamó entusiasmado Francisco II.

En aquel instante se abrió bruscamente la puerta, y el cardenal de Lorena, rechazando al lugier de servicio, que aun ni tuvo tiempo de anunciarle, entró pálido y sin aliento en la cámara real.

El duque de Guisa, mas tranquilo, aunque tambien serio, seguia á su hermano á cierta distancia, y se oían resonar sus pasos en la antecámara á través de la puerta que había que dado entornada.

— Será posible, señor cardenal, dijo el joven rey con viveza, que no he de tener un momento de reposo ni de libertad, aun en este sitio?

— Señor, respondió Carlos de Lorena, siento mucho contravenir á las órdenes dadas por V. M.; pero el negocio qué aquí nos trae á mi hermano y á este fiel servidor de V. M., es de tal importancia, que no sufre el menor retardo.

En aquel momento entró el duque de Guisa con paso mesurado, saludó al rey y á la reina, y permaneció de pie detras de su hermano; mudó, inmóvil y grave.

—¡Y bien! ya os escuché, hablad, dijo Francisco al cardenal.

—Señor, dijo este, se acaba de descubrir una conspiración contra V. M.; vuestra vida no está ya segura en este palacio de Blois y conviene abandonarle.

—¡Una conspiración! ¡salir de Blois! exclamó el rey, ¿qué significa esto?

—Esto significa, señor, que hay malvados que atentan contra la vida de V. M.

—Es posible! dijo Francisco; aborrecen á un niño que ha subido ayer al trono, y que ni á sablendas, ni voluntariamente á lo menos, ha hecho mal á nadie! ¿Quiénes son, pues, estos malvados, señor cardenal?

—¿Quiénes han de ser, señor? esos malditos hugonotes y herejes.

—¡Siempre los herejes! exclamó el rey. ¿Estais seguro de no dejaros llevar de infundadas sospechas contra ellos?

—¡Ay! dijo el cardenal, esta vez desgraciadamente no ha lugar á dudas.

—¿Qué he hecho á mi pueblo para que no me quiera? dijo Francisco despechado.

—Creo haber dicho á V. M. que solo los hugonotes se han insurrecionado, dijo el cardenal de Lorena.

—Pero no por eso dejan de ser franceses!

contestó el rey. En fin, señor cardenal, dé he confiado todo mi poder, esperando hicieraís que le bendijesen; y solo veo en mis derredores disturbios, quejas y descontentos.

—Oh! señor, dijo María Estuardo reconviñéndole.

El cardenal de Lohena repuso con cierta sequedad:

—No sería justo, señor, hacerlos responsable de lo que que solo debe achacarse á las desgracias del tiempo.

—Sin embargo, señor, continuó el joven rey, desearía conocer una vez el fondo de las cosas, y qué por cierto tiempo os separásteis de mí la do, á fin de saber si es á mí ó á vos á quien aborrecen.

—¡Oh! ¡señor! repitió María Estuardo vivamente afectada.

Francisco II se detuvo, reconviñéndose de haber dicho demasiado. El duque de Guisa no manifestaba la menor turbación. Carlos de Lohena, después de un silencio glacial, contestó con aire digno y resignado de un hombre injustamente ofendido.

—Señor, ya que tenemos el sentimiento de ver desconocidos ó inútiles nuestros esfuerzos, solo nos resta, cual cumple á leales súbditos y á parientes que profesan la mayor adhesión á

V. M., retirarnos y dejar el puesto á mas dignos ó mas dichosos.

—El rey no supo que contestar, y el cardenal prosiguió despues de una pausa:

—V. M. no tendrá mas sino desirnos á qué personas debemos entregar nuestros puestos. En cuanto á mí, nada mas fácil sin duda que hallar quien me reemplaze; y V. M. puede escoger desde luego entre el señor canciller Oliver, el señor cardenal de Tournon y el señor de l'Hopital....

Maria Estuardo desconsolada, ocultó su frente entre las manos, y Francisco arrepentido, habiera deseado olvidar su cólera infantil; únicamente el silencio altapero del Acuchillado le intimidaba.

—Impero el cargo de gran maestre, continuó Carlos de Lorena, la dirección de los negocios militares exigen tan singulares talentos y tan vasta ilustración, que despues de mi hermano, apuntas en contra dos hombres capaces.... el señor de Brissac tal vez....

—Brissac! dijo el jóven rey, siempre riendo, siempre enojado; ¡imposible!

—En segundo lugar, repuso el cardenal, el señor de Montmorency, que á falta de cualidades, tiene por lo menos renombre.

—¡Bah! replicó Francisco, el condestable es

demasiado viejo para mí; y además, trató en otro tiempo con mucha ligereza al Delfín, para que sirva hoy respetuosamente al rey. Pero, señor cardenal, ¿por qué de la casi inención de mis demás parientes, los príncipes de la sangre, el de Condé por ejemplo . . .

—Señor, contestó el cardenal, con sentimiento se lo digo á V. M. entre los nombres de los jefes secretos de la mencionada conspiración, figura en primer lugar el príncipe de Condé.

—¡Es imposible! dijo el joven rey estupefacto.

—Señor, es cierto.

—Pero es tan serio como debió lo de este complot tramado contra el estado, presiguió Francisco.

—Es casi una sublevación, señora, respondió el cardenal, y toda vez que V. M. no exime a mi hermano y a mí, de la responsabilidad más terrible que jamás ha podido pesar sobre nosotros, mi deber me obliga a suplicar á V. M. que sirva nombrar á nuestros sucesores lo más pronto posible; pues los reformados están dentro de algunos días á las puertas de Blois.

—¿Qué dices, tío? dijo María asustada.

—La verdad, señora.

—Y son muchos los rebeldes? preguntó el rey.

—Señor, se habla de dos mil hombres, dijo el cardenal. Las noticias a que me refiero son enviadas de París por el señor de Monsay: decían que la vanguardia estaba ya cerca de Carriére. .... Señor, el de Guisa y yo vamos pues . . .

—¿Cómo! exclamó Francisco, ¿me abandonaís ámbos en medio del peligro?

—Creí, señor, contestó Carlos de Lorena, que tal era la intención de V. M.

—¿Qué quereis? dijo el rey, me pongo tan triste cuando veo que . . . que tengo enemigos! .... Pero no hablemos de eso, buen tío; ántes bien, dadme permisos sobre esa tentativa de los revolucionarios. ¿Qué pensáis hacer para centenerla?

—Dispensad, señor, respondió el cardenal resintido aún; después de lo que se ha servido decirme V. M. me parecen que otros mas bien . .

—Bah! os suplico, buen tío, que dejemos á un lado ese impulso momentáneo, del cual siento haberme dejado llevar, dijo Francisco II. ¿Os puedo desir mas? Es necesario que me justifique y os pida perdón?

—Ah! señor, repuso Carlos de Lorena, desde el momento on que V. M. nos devuelve su confianza . . .

—Toda entera, dijo el rey.

—¡Cuánto tiempo perdido! dijo gravemente el duque de Guisa.

Era la primera palabra que pronunciaba desde el principio de aquella entrevista.

Adelantóse entonces, como si todo lo pasado no hubiera sido mas que insignificantes preliminares, ó un prólogo fastidioso en el cual había cedido al cardenal de Lorena el papel principal. Pero terminados aquellos pueriles debates, volvía á tomar con arrogancia la palabra y la iniciativa.

—Señor, dijo al rey, he aquí de lo qué se trata: dos mil revolucionarios mandados por el baron de La-Renaudie, y apoyados por bajo de cuerda por el príncipe de Condé, deben reunirse un día de estos, de Bearn y de otras provincias, para intentar sorprender á Blois y llevarse á V. M.

Francisco hizo un movimiento de indignación y sorpresa.

—Llevarse al rey! exclamó la reina.

—Y á vos también, señora, prosiguió el Acuchillado; pero tranquilizaos, nosotros velaremos por VV. MM.

—¿Qué medidas vais á tomar? preguntó el rey.

—Solo hace una hora que hemos recibido la noticia, dijo el duque de Guisa. Lo primero,

señor; es poner en salvo la sagrada persona de V. M. Es necesario que hoy salgas de esta ciudad abierta; que abandones este palacio sin defensa, trasladandose a Amboise, cuyo castillo bien os pondrá cuberto de un golpe de mano, —¡Qué! dijo la reina, encerrarnos en ese horrible castillo de Amboise, tan sombrío y tan triste!

—Niña! dijo el Achillido a su sobrina, si no de palabra, con su mirada severa:

Y contestó únicamente.

—Señora, es necesario.

—Es decir, que huiremos ante esos rebeldes, dijo el joven rey temblando de ira.

—Señor, contestó el duque de Guisa, no se huye delante de un enemigo que no ataca; que ni aun ha declarado la guerra. Debe creerse que ignorais los culpables designios de esos facciosos.

—Pero lo sabemos sin embargo, dijo Francisco.

—Piese V. M. de mí en las cuestiones de honor, respondió Francisco de Lorena. No evitamos el combate por mudar el campo de batalla; y, creo que los rebeldes no dejarán de seguirnos hasta Amboise.

—¿Porque lo creéis así? preguntó el rey.

—Porque, dijo el Achillido con su arro-

gante sonrisa, porque ese será el modo de acabar de una vez con los herejes y la herejía, porque ya es tiempo de herirles de otra manera que en fiecciones y alegorías, y porque hubiera dado un dedo de mi mano... izquierda, á trueque de empeñar, sin daño por nuestra parte, esa lucha que los imprudentes propuscan para nuestro triunfo.

— Ah! esa lucha, dijo el rey, no deja de ser la guerra civil.

— Aceptémosla para terminarla, señor, añadió el duque de Guisa. Hé aquí mi plan en dos palabras: ante todo tenga en cuenta V. M. que vamos á tratar con facciosos. Salvo esta retirada que no debe darles mucho en qué pensar, fingirémos estar, con respecto á ellos, más tranquilos que nunca, y en una completa ignorancia; y cuando se adelanten para sorprendernos, á uso de traidores, les cogerémos en su propio lazo. Cuidado, pues, con manifestar el menor síntoma de alarma, os lo recomiendo mucho; á vos principalmente, señora, dijo dirigiéndose á María. Daré mis órdenes, y haré prevenir á nuestras gentes, pero en secreto. Que no se trasluzca nada fuera de aquí, y respondo de todo.

— Y á qué hora debemos partir? preguntó Francisco, con cierta especie de abatida resignación.

— A las tres de la tarde, señor, dijo el duque de Guisa; he tomado ya de antemano todas las disposiciones necesarias.

— ¡Cómo! anticipadamente?

— Sí señor, anticipadamente, contestó el Acuchillado, con firmeza, porque anticipadamente sabía yo que V. M. oiría los consejos de la razón y del honor.

— ¡Está bien! dijo con una débil sonrisa el joven rey subyugado por aquella voluntad de hierro, estarémos dispuestos á las tres: en vos depositamos toda nuestra confianza.

— Señor, contestó el duque, os agradezco esa confianza y me haré digno de ella. Pero disígneme V. M., porque en tales circunstancias los momentos son preciosos, y tengo cien cartas que escribir, y otras tantas comisiones que despachar. Mi hermano y yo nos despedimos humildemente de V. M.

Y saludando brevemente al rey y á la reina, salió acompañado del cardenal.

Francisco y María se miraron un instante en silencio y llenos de tristeza.

— ¡Querida mía! dijo por fin el rey, y nuestros sueños del hermoso viaje á Roma?

— Se han reducido á una huida á Amboise, respondió suspirando María Estuardo.

Desde el torneo fatal del 10 de Julio, Gabriel

había tenido una vida pacífica, retirada y sombría. Aquel hombre energético, de movimiento y de acción, cuyos días fueron en otro tiempo tan ardientes y apasionados, se complacía hoy en medio de la soledad y el olvido.

Jamas se presentaba en la corte; no veía á ningún amigo, y apenas salía de su casa, en donde dejaba transcurrir sus largas y tristes horas entre su nodriza Aloisa y el paje Andrés, que se reunió á Gabriel después que Diana de Castro se refugió de repente al convento de benedictinas de San Quintín.

Górdiel, joven aun por la edad, era viejo por el dolor.

Tenía recuerdos; pero no esperaba ya.

Cuántas veces, durante aquellos meses que parecían años, se lamentaba de no haber muerto! Cuántas veces se preguntaba á sí mismo porque el duque de Guisa y María Estuardo se interpusieron entre él y la cólera de Catalina de Médicis, imponiéndole de este modo el amargo beneficio de la vida? Que hacía, pues, en el mundo? Para qué era útil? La tumba, por ventura, sería más estéril que aquella existencia en que vegetaba, si es que aquello podía llamarse existencia?

Tenía, sin embargo, momentos en que su juventud y vigor protestaban contra él mismo.

Estatuas tendia el brazo, alzaba su frente y miraba á su espada.

Sentia vagamente que su vida no había terminado, que aun tenía un porvenir, y que la hora de la lucha y tal vez de la victoria tarde ó temprano resonaría en sus oídos.

Considerándolo bien, solo veía dos cosas que pudieran volverle á su verdadera vida, es decir, á la acción: la guerra extranjera ó la persecución religiosa.

Si la Francia, si el rey se empeñase en una nueva guerra: si intentase alguna conquista ó tuviese que rechazar alguna invasión decía el conde de Montgommery, que su ardor juvenil renacería sin trabajo, siéndole muy dulce el morir como había vivido, combatiendo.

Ademas, deseaba pagar de este modo la deuda involuntaria que había contraído con el duque de Guisa y el joven rey Francisco II....

Tambien creía Gabriel que sería muy hermoso perder la vida en testimonio de las verdades nuevas con que se había iluminado su alma en aquellos últimos tiempos. La causa de la reforma, esto es, según él, la causa de la justicia y de la libertad, era del mismo modo una noble y santa causa.

El joven conde leía asiduamente los libros de controversia y de predicación religiosa que abun-

daban en aquella época. Se apasionaba al ver aquellos grandes principios revelados en palabras magníficas por Lutero, Melanchton, Calvinio, Teodoro de Beza y otros muchos. Las obras de todos estos libres pensadores le habían seducido, convencido y arrastrado en pos de sus doctrinas. Hubiera tenido á dicha y orgullo el firmar con su sangre la protesta de su fe.

Tal era siempre el noble instinto de aquel corazón digno y generoso: necesitaba dedicar su vida á alguna persona ó cosa.

En otro tiempo, arriesgó cien veces sus días por salvar ó vengar, ya á su padre, ya á su querida Diana. . . . . (Cruellos eternos recuerdos para aquel corazón destrozado!) Ahora, á falta de estos seres queridos, hubiera deseado defender ideas religiosas.

Su patria en vez de su padre, su religión en vez de su amor.

¡Ah! preciso es confesar que no era lo mismo, y que cuando el hombre deja los gozos terrenos por ideas abstractas, siente y se alegra sin hallar en el entusiasmo el equivalente del amor que antes tenía á personas queridas.

Sea como quiera: por una y otra causa, por la reforma ó por Francia, se hubiera sacrificado gustosamente Gabriel; pues por medio de

uno de estos sacrificios pensaba Negar al de  
senlaze de su suerte.

En la lluviosa mañana del 6 de Marzo de 1560, Gabriel, sentado en un sillón, á un lado de su chimenea, se hallaba embebido en sus pensamientos habituales, cuando Aloisa introdujo hasta donde él estaba, á un mensajero con botas de camino y espuelas.

Este correo llegaba de Amboise, con una fuerte escolta, y era portador de muchas cartas del señor duque de Guisa, teniente general del reino.

Una de estas cartas iba dirigida á Gabriel, y he aquí su contenido:

“Querido amigo y compañero:  
“Os escribo precipitadamente, pues no tengo tiempo ni posibilidad de explicarme. Muchas veces nos habeis dicho al rey y á mí, que nos erais adicto, y que cuando necesitáramos de vuestra adhesión, solo tendríamos qué llamaros.

“Así lo hacemos hoy.  
“Salid inmediatamente para Amboise, donde acaban de instalarse por unos días el rey y la reina, y yo os diré á vuestra llegada, cómo debéis servir á SS. MM.

“Bien entendido, sin embargo, que sois libre de obrar ó no. Aprecio sobremanera vuestro

zelo, para que trate de abusar ó de comprometerle. Pero, ya esteis de nuestra parte ó permanezcais neutro, creería faltar á mi deber si desconfiase de vos.

“Venid, pues, sobre la marcha; y sereis bien recibido como siempre.—Amboise, 4 de Febrero de 1560:

“Vuestro afectísimo

“FRANCISCO DE LORENÁ.”

“P. S. Es adjunto un salvoconducto, para en el caso de que por casualidad fuéseis preguntado en el camino por algunas tropas leales.”

El mensajero del duque de Guisa, había ya partido á evacuar sus demás comisiones, cuando Gabriel acabó de leer la carta.

El fogoso jóven se levantó inmediatamente y sin titubear dijo á su nodriza:

—Mi buena Aloisa, hazme el favor de llamar á Andrés, y dile que ensile el tordó, y prepare mi maleta de campaña.

—Partís de nuevo? monseñor, dijo la buena nodriza.

—Sí, Aloisa, dentro de dos horas, á Amboise.

Nada había que replicar, y Aloisa salió tristemente, pero sin decir una palabra, para hacer ejecutar las órdenes de su jóven amo.

Pero he aquí que mientras se hacían los pre-

parativos, se presenta un nuevo mensajero, que pide hablar en secreto al conde de Montgommery.

Este correo no llevaba escolta; había entrado silenciosa y modestamente, y entregó á Gabriel una carta sin decir la menor palabra.

Gabriel se setremeció, creyendo reconocer al hombre que le había llevado en otro tiempo de parte de La Renaudie la invitación para salir al conciliáculo protestante de la plaza Maubert.

Era el mismo hombre en efecto, y la carta que tenía tambien la misma firma, decía así:

“Amigo y hermano,

“No hubiera querido salir de París sin vos; pero me faltó tiempo, pues los acontecimientos se precipitan y me impelen; es necesario que parta sin apretaros la mano, y sin daros parte de nuestros proyectos y nuestras esperanzas.

“Pero conocemos vuestra adhesión á nuestra causa, y yo sé quién sois.

“Con hombres como vos no se necesitan preparativos, ni reuniones, ni discursos, una palabra basta.

“He aquí esa palabra. Necesitamos de vos, veid.

“Estad el 10 ó el 12 de Marzo en Noizai, cerca de Amboise. Allí encontrareis á nuestro valiente y noble amigo Castelpau. El conde

rá de lo que se trata, y lo cual no puede ocurrir al papel.

“Inútil es advertir que no tenéis compromiso alguno, y si el derecho de permanecer á la expectativa, lo qual podeis verificar sin infundir la menor sospecha y sin que se os haga el menor cargo.”

“Pero marchad á Noizai, que allí nos encontraremos, y á falta de vuestra correspondencia, reclamaremos vuestros consejos.”

“Nada puede realizarse en el partido, de que ántes no hayais sido informado.”

“Hasta nuestra próxima vista en Noizai: contámos á lo menos con vuestra presencia.”

“L. R.”

“P. S. Si os encontrais con algunos de los nuestros en el camino, al santo es Génova, y la señá gloria de Dios, como en otro tiempo.”

—Parto dentro de una hora, dijo el conde de Montgommery al mensajero taciturno, que salió haciendo una reverencia.

—Qué significa todo esto? se preguntó Gabriel á sí mismo luego que se vió solo, qué querían decir estas dos citas, casi para el mismo día y sitio? Mis obligaciones son ciertas, tanto hacia el poderoso duque, como hacia los religiosos oprimidos. Mi deber es partir inmediatamente, despues, suceda lo que quiera. Por

mucho que se complique mi posición, mi conciencia me dice que jamás seré traidor.

Y una hora después se puso Gabriel en camino, acompañado de Andrés únicamente.

Empero no sabía que su misma lealtad iba a colocarle en una alternativa tan extraña como terrible.



que el duque de Guisa se presentó en la prisión  
que el duque se había situado en el centro de la prisión  
y de los que se le acusaba de haber sido el autor del  
ataque a la casa del cardenal Richelieu.

### III.

#### Una confianza peligrosa.

**E**n el castillo de Amboise y en la habitación del duque de Guisa, se veía un hombre alto nervudo y vigoroso, de marcadas facciones y aspecto orgulloso y atrevido, y con el uniforme de los arcabuzeros del rey, que estaba como esperando á que el Acuchillado le interrogase.

—El mariscal de Brissac, decía este, me ha asegurado, capitán Richelieu, que podía tener en vos una ciega confianza.

—El señor mariscal me honra sobremanera, dijo Richelieu.

—Teneis ambición, segun parece, añadió el Acuchillado.

—Deseo á lo menos, monseñor, no permanecer de capitán de arcabuzeros toda la vida; pues aunque descendiente de una buena familia, tanto que ya en la batalla de Bobina había señores

de Plessis, soy el quinto de mis seis hermanos, y necesito ayudar algo á mi fortuna y no disminuir mucho mi patrimonio.

—;Bien, dijo con satisfaccion el duque de Guisa; ahora, caballero, podéis prestarnos algunos servicios, de lo cual no tendréis ciertamente motivo de arrepentiros.

—Monseñor, aquí me tenéis dispuesto á todo por complaceros, contestó Richelieu.

—He començado por confiaros la custodia de la puerta principal del castillo.

—Prometo cumplir con mi deber, monseñor.

—No es precisamente el gran cuidado que exige esa puerta, continuó el duque, porque los reformados, segun creo, tengan tan poco acierto que intenten atacar por donde necesitarían atravesar siete puertas una tras de otra; sino que como nadie debe entrar ni salir; á no ser por allí, ese puesto es de la mayor importancia. A nadie, pues, dejéis pasar adentro ó afuera, que no lleve una órden expresa firmada por mi mano.

—Descuidad, monseñor. A propósito, un jóven noble llamado el conde de Montgomery, acaba de presentarse sin órden expresa, pero con un salvoconducto vuestra. Llega, segun dice, de París. ¿Debo introducirle á vuestra presencia como lo solicita, monseñor?

—Sí, sí, al instante, se apresuró á decirle el duque de Guisa; pero esperad, aun no he acabado de daros mis instrucciones. Hoy debe negar á la puerta que custodialas, como á eso de medio día, el príncipe de Condé, á quien hemos mandado llamar para tener en nuestro poder al jefe presunto de los rebeldes, y el cual yo respondo que no se atreverá á alimentar las sospechas, desobedeciendo á nuestro mandato. Abridle, pues, capitán Richelieu, pero á él solo, y de ningun modo á las personas que pueda traer en su compagnia: cuidareis de ocupar con vuestros soldados todos los nichos casamatas que hay en toda la bóveda, y así qué entre, bajo pretexto de hacerle los honores debidos, deberán formar todos en órden de parada, con el arcabuz al brazo, hasta cebado.

—Se hará como decis, monseñor, dijo Richelieu.

—Ademas, añadió el duque de Guisa, cuando ataquen los reformados, y empieze la accion, vigilad de cerca, vos mismo, á nuestro hombre, capitán; y si dais un paso, si trata de querer unirse á los sitiadores, si solamente titubea en tomar la espada contra ellos, como se lo manda su deber... no vacileis en herirle.

—No veré en ello la menor dificultad, mon señor, dijo sencillamente el capitán Richelieu, á

no ser que mi carácter de simple capitán de arcabuzeros no me permita tal vez, con facilidad, estar á todas horas tan cerca de él como sería necesario.

El Acuchillado, despues de reflexionar un momento, dijo:

—El gran prior y el duque de Aumale, que no perderán tampoco de vista un instante al supuesto traidor, os darán la señal, y vos los obedecereis.

—Les obedeceré, monseñor, contestó Richelieu.

—Bien! dijo el duque de Guisa. No tengo mas órdenes que daros; adios. Si el explendor de vuestra casa empezó en tiempo de Felipe Augusto, podreis muy bien renovarle en el del duque de Guisa. Cuento con vos, contad vos conmigo. Idos, pues. Tened la bondad de hacer introducir á mi presencia inmediatamente, al señor de Montgommery.

El capitán Richelieu hizo un profundo saludo y salió.

Pocos minutos despues anunciaron á Gabriel al Acuchillado.

Gabriel estaba triste y pálido, y la cordial acogida del duque de Guisa no le hizo la menor impresión.

Efectivamente, segun sus conjeturas, y algu-

nas palabras que los guardias dejaron escapar sin escrupulo delante de un noble portador de un salvoconducto, con la firmeza de Guisa; el joven religionario pudo casi adivinar la verdad.

El rey, que le había perdonado, y el partido á que se había adherido, estaban en guerra abierta, y su lealtad se hallaba comprometida en aquel conflicto.

—¿Supongo, Gabriel, dijo el duque de Guisa, que sabreis ya porqué os he llamado?

—Lo sospecho, pero no lo sé á punto fijo, monseñor, respondió Gabriel.

—Los reformados están en abierta rebelion, repuso el Acuchillado, y van á venir á atacarnos al castillo de Amboise; he aquí lo que hay.

—Es un extremo doloso y terrible, dijo Gabriel, pensando en su propia situación.

—Es una situacion magnifica, amigo mio, replicó el duque de Guisa.

—¿Qué quereis decir, monseñor? preguntó Gabriel admirado.

—Quiero decir, que los hugonotes creen sorprendernos, cuando nosotros les esperamos; quiero decir, que están descubiertos sus planes y vendidos sus proyectos. Esta es una guerra de buena ley, supuestó que ellos han sido los primeros en sacar la espada; pero nuestros enemigos van á entregarse ellos mismos; os aseguro que están perdidos.

—¡Es posible! exclamó el conde de Montgommery azorado.

—Juzgad, continuó el Acuchillado, hasta qué punto conocemos todos los pormenores de su temeraria empresa día por día. El 16 de Marzo á medio día deben estar reunidos delante de la ciudad, para empezar el ataque. Estaban en inteligencia con la guardia del rey, pero esta ha sido relevada; sus amigos debían abrirles la puerta del Oeste, pero está amurallada. En fin, sus destacamentos debían llegar hasta aquí secretamente, por ciertos senderos del bosque de Chateau-Regnali, pero las tropas reales caerán de improviso sobre esas partidas sueltas, á medida que vayan presentándose, y no dejarán llegar al frente de Amboise la mitad de sus fuerzas. Estamos informados con entera exactitud, y admirablemente preparados.

—Admirablemente! replicó Gabriel aterrizado.

Y en seguida, sin calcular bien lo que decía, en medio de su turbación, añadió: ¿mas quién ha podido informaros?

—Dos de ellos mismos, contestó el Acuchillado, son los que nos han denunciado todos sus planes; el uno por dinero, y el otro por miedo: dos traidores, lo confieso, un espía pagado, y un alarmista asustado. El espía á quien vos

conoceis tal vez por desgracia, lo mismo que muchos de nosotros, y del cual debeis desconfiar en lo sucesivo, se llama el marques de....

—¡Callad! os lo suplico, interrumpió Gabriel. ¡No me digais esos nombres! Os he hecho una pregunta indiscreta, y ya me habeis dicho bastante, pues lo mas dificil para un hombre de honor, es el no hacer traicion á los traidores.

—¡Oh! dijo el duque de Guisa con cierta sorpresa; tenemos en vos una entera confianza, Gabriel. Ayer mismo por la tarde, hablando de vos con la reina, la dije que os había mandado llamar, y me felicitó por ello.

—Y para qué me habeis mandado llamar; monseñor aun no me lo habeis dicho.

—Para qué? dijo el Acuchillado; muy sencillo, el rey solo tiene un pequeño número de servidores fieles y seguros, y como vos sois de estos, vamos á confiaros el mando de un destacamento contra los rebeldes.

—Contra los rebeldes? ¡imposible! dijo Gabriel.

—Imposible? Y porque? no me teniais acostumbrado á oíres pronunciar esa palabra, Gabriel.

—Monseñor, repuso Gabriel, pertenezco á la religion.

El duque de Guisa se levantó con un brusco

estremecimiento, y miró al conde con una sorpresa llena de terror.

—Esa es la verdad, añadió Gabriel sonriendo tristemente. Cuando os plazca enviarme contra los ingleses ó los españoles, ya sabeis qué no vacilaré un instante; y os ofreceré mi vida, mas qué con adhesión, con alegría. Pero en esta guerra civil, en una guerra religiosa contra mis compatriotas, me veo precisado, monseñor, á conservar la libertad que tuvisteis la bondad de garantizarme.

—¡Vos hugonote! contestó el de Guisa.

—Y por convencimiento, monseñor, ese es mi crimen y mi excusa al mismo tiempo.

—Y vuestra espada tambien, ¿no es esto? dijo el Acuchillado con amargura.

—No, monseño, dijo Gabriel.

—Entónces, dijo el de Guisa, quereis hacerme creér que ignorabais el complot tramado contra el rey por vuestros hermanos, como vos los llamais, y que esos mismos renuncian gustosos la cooperacion de un aliado tan intrépido como vos?

—Será necesario qué así lo creais, dijo Gabriel cada vez mas serio.

—Entónces, repuso el Acuchillado, es su causa de la que desertais, pues vuestra nueva fé os pone en el caso de faltar doblemente á vuestros compromisos.

—¡Oh señor! exclamó Gabriel con desvío.

—¿Y cómo lo arreglais de otro modo? dijo el duque, arrojando con despecho su gorra sobre un sillón.

—¿Cómo, decís? contestó Gabriel. Del modo mas sencillo: yo opino que cuanto mas falsa es la posición en que se encuentra el hombre, tanto mas sincero debe ser. Al hacerme protestante, declaré á los hugonotes, que las sagradas obligaciones que tenía contraídas con el rey, la reina y el duque de Guisa, me impedirían siempre, durante el presente reinado, combatir en las filas de los protestantes. Ellos saben que la reforma para mí es una religión, y no un partido. Con ellos, lo mismo que con vos, he estipulado el estricto mantenimiento de mi libre albedrío. A ellos, lo mismo que á vos, tengo derecho de rehusar mi cooperación. En este triste conflicto, de mi reconocimiento y mi creencia, mi corazón sentirá los desastres de todos, pero mi brazo no se inclinará á ninguno. Y he aquí, monseñor, como vos no me conocéis, y como permaneciendo neutral, espero continuar siendo honrado, y digno de que se me tenga por tal.

Gabriel dijo esto con dignidad y animación. El Acuchillado iba tranquilizándose poco á poco, no pudiendo menos de admirar la sinceridad

dad y nobleza de su antiguo compañero de armas.

—¡Sois un hombre extraordinario, Gabriell! le dijo pensativo.

—¿Porqué soy extraordinario, monseñor? ¿Es tal vez porque digo lo que hago, y hago lo que digo?... Os juro, que ignoraba la conspiración de los protestantes; y sin embargo, confieso que he recibido en París al propio tiempo que vuestra carta, otra de uno de ellos; pero en ninguna de las dos me daban explicaciones de ningun género, diciendo únicamente: Venid. He previsto la cruel alternativa en que iba á encontrarme, y no obstante, monseñor, he acudido á las dos citas, para no faltar á ninguno de mis deberes. He venido para deciros: no puedo combatir contra aquellos cuyas creencias profeso, y para hacer presente á estos, que no pueda hacer armas contra los que me han perdonado la vida.

El duque de Guisa alargó la mano al joven conde Montgommery.

—¡He hecho mal! le dijo cordialmente, atribuid solo mi movimiento de despecho, á la persona que me ha causado el encontraros entre mis enemigos; cuando contaba con vos.

—Enemigo! jamas, monseñor, jamas lo seré vuestro. ¡Por haberme declarado mas franca-

mente que ellos, lo soy acaso más que el príncipe de Condé y Coligny, que son lo mismo que yo, protestantes desarmados!

—Ellos no son desarmados, no, dijo el Acuchilado, lo sé muy bien; sí, lo sé todo! . . . . Sino que ocultan sus armas. Pero es seguro que si nos llegamos á encontrar, disimularé, como ellos, les llamaré amigos, y si fuere necesario, saldré oficialmente garante de su inocencia.

—Bien, monseñor, añadió Gabriel; ya que sois conmigo sobrado bendadoso, decidme que fuera de la política, seguireis creyendo en mi adhesión y en mi honor, aunque hugonete: si algún día estalla de nuevo la guerra extranjera, me hareis la gracia de enviarme al ejército, á morir por la patria y por la ley.

—Sí, Gabriel, dijo el duque de Utisa, aunque deplorando la indiferencia que hoy nos separa, confío y confiaré siempre en vos, y á fin de probaroslo, tomad esto, y haced de ello el uso que gusteis.

Y se dirigió en seguida á una mesa, escribió una palabra en un papel, puso su firma y se lo entregó al joven conde.

—Es la orden para que podáis salir de Amboise, y dirigiros á donde os parezca, te dijo: con este papel sois libre. Sabed que no daré esta prueba de aprecio y confianza al príncipe

de Condé, á quien me acabais de citar, y el cual, desde el momento que ponga los piés en este castillo, será vigilado como un enemigo, y custodiado tácitamente como un prisionero.

Debo rehusar esta prueba de confianza y de aprecio, monseñor, dijo Gabriel.

—¿Cómo! ¿Porqué? contestó asombrado el euque de Guisa.

—¿Sabeis, monseñor, si me permitís salir de Amboise, á dónde iré en seguida?

—Eso es cuenta vuestra, y yo no os lo pregunto, dijo el Acuchillado.

—Pero yo voy precisamente á deciroslo. A encontrar á uno de los rebeldes en Noizai. . . .

—En Noizai? Castelnau es quien manda en aquel punto, dijo el duque.

—Justamente, joh! estais muy bien informado de todo, monseñor.

—Y qué vais á hacer en Noizai, desgraciado? añadió el Acuchillado.

—Ah! ¿qué voy á hacer? Voy á deciroslo: me habeis llamado, y heme aquí; pero en nada puedo ayudaros. Si me preguntasen acerca de lo que haya podido ver ú observar en el camino, guardaré silencio, no podré advertirlos del lazo que les teneis preparado. En vista de esto, monseñor, os pido una gracia. . . .

—¿Cuál?

—Retenedme aquí prisionero, y salvadme de este modo de la cruel perplejidad, pues si me dejais partir, querré á lo ménos presentarme á aquellos que caminan á su perdicion, y viéndolos, tal vez no pueda ménos de salvarlos.

—Gabriel, contestó el duque de Guisa después de haber reflexionado, no puedo ni quiero abrigar semejante desconfianza.

—Entónces, monseñor, añadió Gabriel, concededme á lo ménos este último favor, que imploro en nombre de lo que yo haya podido contribuir á vuestra gloria en Metz, Italia y Calais; en nombre de cuanto he sufrido despues ¡que ha sido mucho!

—¿De qué se trata? dijo el duque de Guisa: si puedo, lo haré amigo mío.

—No solo podeis, sino que tal vez debéis hacerlo, pues franceses son, contra los que vais á combatir. Ahora bien, permitidme que les disuada de su fatal proyecto, de ningun modo revelándoles el medio seguro de retirarse, sino aconsejándoles y suplicándoles.

—Cuidado Gabriel! dijo solemnemente el duque de Guisa, que con una sola palabra que se os escape acerca de nuestras disposiciones, los revolucionarios persistirán en su intento modificando solo los medios de llevarle á cabo.

—Me comprometo á ello, dijo el conde de Montgommery, bajo mi palabra de honor.

—Id, pues, añadió el duque de Guisa, é intentad hacerles renunciar tan criminal tentativa, que yo renunciaré gustoso por mi parte á mi fácil triunfo, considerando que es sangre francesa la que va á derramarse. Pero si, como creo, no mienten mis últimas noticias, tienen en su empresa una confianza tan ciega y obstinada, que perdereis el tiempo sin duda, Gabriel. ¡No obstante! Id, y probad este último esfuerzo. Por ellos, por vos principalmente, no quiero oponerme á ello.

—Os lo agradézco, por ellos y por mí, monseñor, dijo Gabriel....

Un cuarto de hora despues estaba en camino de Noizai.

—El baron de Castelnau de Chalosses era un jóven valiente y generoso, á quien los protestantes habían confiado uno de los puestos mas difíciles, enviándole á tomar los puntos avanzados del castillo de Noizai, sitio donde debían reunirse todos los destacamentos el 16 de Marzo.

Necesitaba presentarse á los hugonotes y ocultarse de los católicos: posición delicada, por cierto, que exigía tanta prudencia y sangre fría como valor.

Gracias al santo y seña que La-Renaudie le había revelado en su carta, Gabriel pudo llegar

hasta donde se hallaba el baron de Castelnau.

Era el 15 de Marzo á medio dia. Antes de diez y ocho horas debían los protestantes estar reunidos en Noizai, y antes del 24 atacar á Ambroeuse; lo cual daría conveinientemente el poco tiempo que restaba para hacerles desistir de su proyecto.

El baron de Castelnau conocia bien al conde de Montgommery, al que había visto muchas veces en el Louvre, y de quien habian hablado con frecuencia delante de él, los principales del partido.

Salió, pues, á su encuentro y le recibió como á un amigo y aliado.

—He os aquí ya, señor de Montgommery, le dijo así que se quedaron solos; ciertamente confiaba en vos, pero no os esperaba. El almirante ha censurado á La-Renaudie por haberos escrito esa carta.

“Debió advertirse, le dijo, de nuestros proyectos al conde de Montgommery pero no llamarle: así él hubiera obrado segun su parecer. ¿No nos tiene dicho el conde que mientras reine Francisco II, su espada no podrá pertenecernos á nosotros ni á él tampoco? La-Renaudie contestó que su carta á nada os comprometía, conservando por el contrario la mas completa independencia.”

—Es cierto, dijo Gabriel.

—No obstante, añadió Castelnau, creíamos que vendriais, porque la carta no os decia de lo que se trataba; yo estoy, pues, encargado de comunicaros nuestro designio y nuestras esperanzas.

—Hablad, dijo el conde de Montgomery, ya os escucho.

Castelnau repitió entonces á Gabriel cuanto ya le había anunciado minuciosamente el duque de Guisa.

Gabriel no pudo menos de asombrarse de la exactitud prodigiosa con que se hallaba informado el Acuchillado. Los delatores no habian omitido lo mas insignificante del complot!

Los conjurados estaban verdaderamente perdidos.

—Ahora que ya estáis enterado de todo, dijo Castelnau á Gabriel, luego que hubo concluido, solo me resta dirigiros una pregunta, cuya contestacion preveo de antemano. ¿No podéis uniros á nuestras filas, no es verdad?

—No puedo, respondió Gabriel.

—Bien, repuso Castelhati, por eso no dejaremos de ser buenos amigos. Me consta que tenéis derecho, según estipulación anterior, de no mezclaros en el combate.

—¿Estais bien seguros? preguntó Gabriel con intencion.

—Completamente seguros, contestó el baron; el enemigo nada sospecha, y será cogido de improviso. Temimos un instante, cuando el rey y la corte se trasladaron desde la ciudad abierta de Blois, al castillo fortificado de Amboise. A no dudarlo, debieron sospechar alguna cosa.

—Eso salta á primera vista en efecto, dijo Gabriel.

—Sí, repuso Castelnau, pero nuestras dudas cesaron bien pronto, pues hemos visto que este inesperado cambio de residencia, lejos de perjudicar á nuestros proyectos, les sirve maravillosamente, por el contrario. El duque de Guisa, confiado hoy en una falsa seguridad, duerme muy tranquilo, ignorando que nosotros, querido conde, tenemos espías en la plaza, y que la puerta del Oeste se nos abrirá tan luego como nos presentemos delante de ella. ¡Oh! el éxito es segurísimo, os digo, por lo cual sin escrupulo ninguno podéis absteneros de entrar en batalla.

—Los acontecimientos, contestó Gabriel con gravedad, suelen á veces engañar las mas fundadas esperanzas.

—Pero en esto no tenemos ninguna probabilidad de mal éxito, ninguno!, repitió Castelnau. El dia de mañana presenciarás el triunfo de nuestro partido y la caida de los Guisas.

—Y.... no pudiera haber una traicion?..

dijo Gabriel haciendo un esfuerzo, y aflijido al ver tanto valor y juventud ir á precipitarse en el abismo con los ojos vendados.

—La traición es imposible, contestó Castelnau; solo los jefes están en el secreto y ninguno de ellos es capaz.... Vamos, señor de Montgomery, añadió, creo á fé de caballero, que nos teneis envidia y quereis augurar mal á toda costa de nuestra empresa, porque no podeis tomar parte en ella.

—Sí, es cierto, os envidio! dijo Gabriel con aire sombrío.

—¡Bien lo sabía yo! exclamó riendo el joven barón.

—Sin embargo, repuso Gabriel, ¿teneis en mí alguna confianza?

—Si hablamos formalmente, os diré que tengo en vos una ciega confianza, respondió Castelnau.

—Bueno! ¿quereis escuchar un buen consejo, un consejo de amigo?

—Cuál?

—Renunciad á vuestro designio de tomar mañana á Amboise; enviad al momento mensajeros fieles á todos los nuestros que deben reunirse aquí esta noche ó mañana, y decidles que ha fallado el proyecto, ó cuando menos que debe aplazarse.

—Pero por qué? por qué? dijo Castelnau. Debeis tener una razón muy grave para hablarme de este modo.

—Nada de eso! contestó Gabriel con dolorosa violencia.

—En fin, dijo Castelnau, por algo me aconsejareis que abandone y haga abandonar a nuestros hermanos, un proyecto que se presentaba bajo tan favorables auspicios.

—Por algo es sin duda, pero esto es lo que no puedo deciros.

—Decidme, contestó seriamente Castelnau, si yo tomo esta extraña resolución de retroceder en el momento crítico, seré el responsable ante La-Renaudie y los demás jefes. ¿En este caso, podré á lo menos decirles qué se entiendan con vos?

—Sí, respondió Gabriel.

—Y á ellos les direis, añadió Castelnau, los motivos que han dictado vuestros consejos?

—Ah! ¡no será posible!

—¿Cómo quereis entonces, dijo Castelnau, que ceda á vuestras instancias? ¿No me echarán en cara cruelmente el haber destruido, sólo por una palabra, tan fundadas esperanzas?

—Mirad, pues, lo que hacéis! contestó severamente Gabriel; ¿vos solo y aceptais ahora la responsabilidad de cuanto funesto pueda sobrevenir!

Castelnau se sorprendió al oír el acento con que Gabriel pronunció estas palabras:

—¡Señor de Montgomery!, le dijo iluminado por una idea repentina; creo adivinar la verdad. Se os ha confiado ó habeis sorprendido un secreto que os está prohibido revelar. Sabéis algo importante acerca del éxito probable de nuestra empresa; si, tal vez nos han vendido, ¿no es cierto?

—¡Nada de eso he dicho! se apresuró a exclamar Gabriel.

—O bien, continuó Castelnau, habeis visto, viniendo aquí, al duque de Guisa, vuestro amigo, el cual, ignorando que sois de los nuestros, os habrá hecho íntimas confianzas.

—¡Ninguna de mis palabras ha podido haceros sospechar!... repuso Gabriel algo cortado.

—O bien, prosiguió Castelnau, al pasar por Amboise, habeis visto preparativos, oído órdenes, y provocado confianzas... ¡En fin, nuestro complet será descubierto!

—Por ventura, dijo Gabriel asustado, os he dado motivo para que lo creáis?

—No, señor conde, no, pues veo que os habeis comprometido á guardar el secreto; por lo tanto, no pido que me deis una seguridad positiva, ni una sola palabra si no os place; pero vuestro gesto, vuestros ojos, vuestro silencio mismo, bastan á ilustrarme.

Gabriel, sin embargo, lleno de ansiedad, recordaba los términos en que se había comprometido con el duque de Guisa.

Bajo su palabra de caballero, se había comprometido á no dejar adivinar ó sospechar nada de cuanto ocurría en Amboise.

Entretanto, como su silencio se prolongase, dijo el baron de Castelnau, que le miraba de hito en hito:

—¿Guardais siempre el mismo silencio? Pues bien, os comprendo y voy á obrar en consecuencia.

—¿Y qué vais á hacer? preguntó Gabriel con ansia.

—Prevenir, segun me acabais de aconsejar, á La-Renaudie y demás jefes: suspender todo movimiento, y hacer presente á los nuestros en cuanto lleguen, que una persona en quien debemos tener la mas completa confianza, me ha denunciado.... me ha denunciado una traicion probable....

—¡Cómo! interrumpió vivamente el conde de Montgommery, yo nada os he denunciado, señor de Castelnau.

—Conde, repuso Castelnau apretando con una expresion muda la mano á Gabriel, ¿por ventura no basta una reticencia para salvarnos? y una vez ya sobre aviso, entonces.....

—Entonces? repitió Gabriel.

— Todo marchará bien para nosotros y mal para ellos, respondió Castelnau: aplazaremos para mejores tiempos nuestra empresa, descubriremos á toda costa á los delatones, si es que los hay entre nosotros, redoblaremos las precauciones y el misterio, y el dia que todo esté preparado, seguros entonces del golpe, repetiremos nuestra tentativa.

— ¡Hé ahí justamente lo que yo trataba de evitar! exclamó Gabriel viéndose con terror arrastrado hacia el abismo de una traición involuntaria. Hé ahí, señor de Castelnau, la verdadera razon de mis advertencias y consejos. Yo encuentro, absolutamente hablando, vuestra empresa culpable y peligrosa. Atacando á los católicos, os separáis del camino de la razon; justificais todas sus represalias; de oprimidos os convertís en rebeldes. ¿Está bien que tratéis de apoderaros del rey, cuando vuestras quejas solo son contra los misterios? ¡Ah! desfallezco al pensar en esto. ¡Por el bien general debéis renunciar para siempre á esta lucha impía; dejad mas bien á vuestros principios que combatan por vosotros, evitad á toda costa el derramamiento de sangre! hé aquí únicamente lo que he querido deciros. Por esto os he conjurado de nuevo á vos y á vuestras hermanas, que os abstengáis de esas funestas guerras ci-

viles que solo sirven para retardar el advenimiento de nuestras ideas.

—Es este en realidad, el único motivo de todos cuantos habeis dicho? preguntó Castelnau.

—El único... continuó Gabriel, con voz sorda.

—En ese caso, os agradezco la atención, señor conde, añadió Castelnau con cierta frialdad, pero no puedo menos de olíver en el sentido de lo que ha sido prescrito por los jefes de la reforma. Conocio perfectamente que debe seros muy doloroso ver combatir á los demás, sin poder tomar parte en la pelea; pero esto sólo ya conoceis que no pueda ser bastante para detener y paralizar á todo un ejército.

—Es decir, respondió Gabriel pálido y triste, que vais á dejarles llevar adelante ese fatal designio?

—Sí, señor conde, respondió Castelnau con una firmeza que no admitía réplica; y en seguida, con vuestro permiso, voy á dar las órdenes necesarias para el ataque de mañana.

Y saludando á Gabriel salió sin esperar su respuesta.

Gabriel, sin embargo, no salió del castillo de Noizai, y resolvió pasar allí aquella noche. Su presencia daria á los religionarios una prueba

de su buena fé en caso de que fuesen atacados, ademas de que aun esperaba poder convencer á la mañana siguiente si no á Castelnau, á otro jefe cualquiera que no estaviese tan ciegamente obstinado. ¡Si llegase La-Renaudie! Castelnau le dejó enteramente libre, tratándole al parecer con algun desden.

Gabriel le encontró varias veces aquella noche en los corredores y salas del castillo, yendo de un lado á otro, dando órdenes para los reconocimientos y la provision de víveres.

Pero entre los dos valientes jóvenes, tan orgullosos y nobles el uno como el otro, no se cruzó una sola palabra.

Durante las interminables horas de aquella angustiosa noche, el conde de Montgommery, demasiado inquieto para poder dormir, estuvo en las murallas escuchando, meditando y orando.

Con el dia empezaron á ir llegando las tropas de los reformados, en cortos destacamentos.

A las ocho había ya reunidos gran número de ellos, á las once á nadie aguardaba ya Castelnau.

Gabriel, empero, no conocia á uno solo de los jefes La-Renaudie había mandado un aviso diciendo que marcharía con sus tropas sobre Amboise por el bosque de Chateau-Regnault.

Todos estaban dispuestos para marchar; los capitanes Mazre y Raunay que debían formar la vanguardia, habían ya bajado al camino abierto, y formado sus destacamentos en orden de marcha.

—¡Vamos! le dijo á Gabriel, á quien en medio de su alegría perdonaba la conversación de la víspera; ya veis, señor conde, que os equivocais, y que todo marcha á las mil maravillas.

—Aguardaos aun, contestó Gabriel meneando la cabeza.

—¿Qué necesitais, pues, para convenceros, incrédulos? dijo Castelnau sonriendose. «El uno solo de los nuestros ha faltado á sus compromisos; todos han llegado á la hora convenida, y muchos con mas gente de la que tenian ofrecida. Todos han atravesado por sus respectivas provincias sin que nadie les haya molestado, y lo que es mas aun, sin que ellos hayan molestado á nadie. ¿No es esto, á la verdad, una dicha extraordinaria?

Interrumpió al barón un gran ruido de clarines y armas que se sintió fuera del castillo.

Pero en medio de su ciega confianza, no se alarmó, sino que antes por el contrario, creyó que sería algún accidente favorable.

—¡Mirad! le dijo á Gabriel, apuesto á que son nuevos refuerzos inesperados; tal vez La-

mothe Deschamps, con los conjurados de Picardía, aunque no debían llegar hasta mañana, había forzado la marcha: caos bravos compañeros, para participar del combate y de la victoria. ¡He ahí unos verdaderos amigos!

— ¿Estais seguro de que son amigos? dijo Gabriel que había palidecido al oír el sonido de los clarines.

— ¿Y qué otros podrían ser? respondió Castelnau. Venid, señor conde, desde las almenas se descubre el camino cubierto en donde parecen que se oye el ruido.

Llevóse consigo á Gabriel; pero al llegar junto á la muralla, lanzó un grito, alzó los brazos y se quedó petrificado.

No eran tropas de reformados las que ocasionaban el tumulto, sino los soldados del rey; no era Lamothe el que mandaba los recien llegados, sino Santiago de Saboya, duque de Neomours.

A favor de los bosques de que está rodeado el castillo de Noizai, los caballeros reales habían podido llegar casi de improviso al camino cubierto donde estaba la vanguardia de los rebeldes, formada en orden de batalla.

Ni aun hubo combate, pues el duque de Neomours mandó inmediatamente echarse sobre las armas que estaban en pabellones.

Mazere y Remay; tuvieron que rendirse sin disparar un tiro, y en el momento en que Castelnau miraba desde lo alto de la muralla que los suyos, vencidos sin pelear, entregaban sus espadas á los vencedores. Donde creía hallar á sus soldados solo vió prisioneros.

Sin poder dar crédito á lo que veía, permaneció un minuto inmóvil, estupefacto, aterrado y sin poder hablar una palabra. Semejante acontecimiento, no podía jamás haberle siquiera pasado por la imaginación.

Gabriel, aunque no tan sorprendido por aquel golpe repentino, no estaba por eso menos angustiado.

Mirándose uno á otro, ambos tristes y pálidos, entró precipitadamente un abanderado, buscando al señor de Castelnau.

—¿Dónde nos hallamos? preguntó el barón con voz casi ininteligible.

—Señor de Castelnau, respondió el abanderado, han tomado el puente levadizo y la primera puerta; apenas hemos tenido tiempo de cerrar la segunda; pero no podrá resistirse mucho tiempo, y dentro de un cuarto de hora estarán en el patio. ¿Debemos, sin embargo, intentar el combate, ó parlamentar? Aguardamos vuestras órdenes.

—Voy á armarme, dijo Castelnau; dentro de un minuto estaré á vuestro lado.

Y entró precipitadamente en la sala inmediata, para ponerse la coraza y cefir la espada. Gabriel le siguió.

—¿Qué vais á hacer, amigo? le dijo tristemente.

—No lo sé, no lo sé, respondió Castelnau fuera de sí. Para morir siempre es buena ocasión.

—¡Ah! repuso Gabriel, ¿por qué no me creisteis ayer?

—Sí, teneis razon, ya lo veo, contestó el baron. ¿Habiais previsto lo que sucede, ó lo sabiais tal vez anticipadamente?

—Tal vez!.... dijo Gabriel. Es ese mi mayor tormento! Pero ya conoceis, Castelnau, que hay en la vida extrañas y terribles combinaciones de la suerte!

—Habeis hecho muy bien en callar, dijo Castelnau; yo hubiera hecho lo mismo en vuestro lugar. Yo he sido un insensato, pues que debí comprenderlos; sí, yo he debido creer que un valiente como vos, no aconseja evitar el combate, sin muy poderosos motivos.... Pero voy á expiar mi falta, voy á morir.

—Moriremos juntos, dijo Gabriel tranquilamente.

—Vos! ¿Por qué? exclamó Castelnau. Solo estais obligado á una cosa, que es absteneros de combatir.

—No combatiré, repuso Gabriel, pues no puedo hacerlo; pero la vida es una carga insopportable para mí; el doble papel que estoy haciendo, en la apariencia á lo menos, me es odioso. Iré á la lid sin armas, no mataré, pero me dejaré matar, podré oponer mi cuerpo á los tiros que os dirijan; en fin, si no sirvo de espada, podré aun servir de escudo.

—No, respondió Castelnau, quedaos: no debéis, no quiero envolveros en mi ruina.

—¡Ah! dijo Gabriel, vos arrastrais hacia ella sin provecho y sin esperanza, á todos nuestros compañeros que se hallan con vos dentro de este castillo. Mi vida es mucho mas inútil que las suyas.

—Puedo hacer mas por la gloria de nuestro partido, que pedirles este sacrificio? añadió Castelnau. Los mártires son frecuentemente mas útiles y gloriosos para su causa que los vencedores.

—Sí, contestó Gabriel, pero vuestro deber como jefe, ¿no es el intentar primero salvar las fuerzas que os han sido confiadas? salvo el morir despues á su cabeza si la salvacion no concilia con el honor.

—Entonces, dijo Castelnau, ¿vos me aconsejais? . . .

—Intentar los medios pacíficos, respondió

Gabriel. Si os resistís no teneis probabilidad alguna de evitar la derrota y el asesinato. Si cedeis á la necesidad, no tienen, me parece, derecho de castigar un proycto de ejecucion. Entregándoslos, desarmais á vuestros enemigos.

—Estoy tan arrepentido de no haber seguido vuestro primer consejo, dijo Castelnau, que quisiera obedeceros esta vez; sin embargo, os confieso que no sé lo que he de hacer. ¡Me es tan penoso el retroceder!

—Para retroceder, es necesario haber avanzado, repuso Gabriel. Véamos, ¿qué es lo que hasta ahora prueba vuestra insurrección? Sacando la espada es como os declarais culpable. ¡Ah! mi presencia, tal vez os puede ser aun de alguna utilidad. Ayer no pude salvaros; ¿queréis que vea si puedo salvaros hoy?

—¿Qué vais á hacer, preguntó Castelnau so-hresaltado.

—Nada que no sea digno de vos: estad tranquilo! contestó Gabriel. Iré en busca del duque de Nemours que manda las tropas reales, al que diré que no se le hará la menor resistencia, que van á abrirseles las puertas, y que os entregareis á él bajo palabra de honor; pero que él ha de comprometer la suya ducal de que no se os hará á vos ni á los vuestros, el menor daño, y fié que despues de que os haya condu-

cido á la presencia del rey para exponer vuestras quejas y súplicas, mandará poveros en libertad.

—¿Y si rehusa? dijo Castelnau.

—Si rehusa, contestó Gabriel, él será quien haya obrado mal, no admitiendo una conciliación justa y honrosa, y toda la responsabilidad de la sangre que se derrame, caerá sobre su cabeza. Si rehusa, Castelnau, volveré con vosotros para morir á vuestro lado.

—Creeis, dijo Castelnau, que La-Renaudie, en mi lugar, accedería á lo que proponeis?

—Creo á ciencia cierta que todo hombre razonable accedería á ello.

—¡Hacedlo, pues! dijo Castelnau; y si, como me temo, nada conseguís del duque, nuestra desesperación será mas temible.

—Gracias, contestó Gabriel. Espero obtener buen éxito, y preservar, con la ayuda de Dios, tantas nobles y valientes existencias.

Bajó en seguida la escalera rápidamente; hizo que le abrieran la puerta del patio, y con una bandera de parlamento en la mano, se adelantó hacia el duque de Nemours, que á caballo en medio de los suyos, aguardaba la paz ó la guerra.

—No sé si monseñor me reconocerá, dijo Gabriel al duque; soy el conde de Montgomery.

—Sí, señor de Montgommery, os reconozco, respondió Santiago de Saboya. El señor de Guisa me ha advertido que os encontraría aquí, pero añadiendo que estabais con su permiso y recordándome que os tratase como amigo.

—Precaucion que podria calumnarme en el concepto de otros amigos desgraciados..... añadió Gabriel meneando tristemente la cabeza. Pero, monseñor, ¿os serviríais prestarme un momento de atención?

—Estoy á vuestra disposicion, señor de Montgommery.

Castelnau, que desde una ventana enrejada del castillo, seguia con ansiedad todos los movimientos del duque y de Gabriel, les vió retirarse á un lado y hablar algunos minutos con grande animacion. En seguida Santiago de Saboya pidió recado de escribir, y sobre un tambor escribió con rapidez una esquela que entregó al conde de Montgonamery, el cual le dió las gracias, al parecer, con efusion.

Renació la esperanza en el corazon de Castelnau; y en efecto, Gabriel volvió precipitadamente al castillo, entregando en seguida al baron, sin decir una palabra, la declaracion siguiente:

“Consintiendo á mi llegada el señor Castelnau, y sus compañeros del castillo de Noizai, en

deponer las armas y entregarse á mí, yo, Santiago de Saboya, le he jurado á fé de príncipe, bajo palabra de honor y por la salvacion de mi alma, que nada tendrán que temer, y que les dejaré volver sanos y salvos; debiendo seguirme solo quince con el señor de Castelnau á Amboise, para dirigir al rey nuestro señor, sus pacíficas representaciones.

“Castillo de Noizai, á 16 de Marzo de 1560.

“SANTIAGO DE SABOYA.”

—Gracias, amigo, dijo Castelnau á Gabriel, despues de acabar esta lectura; nos habeis salvado, y lo que es mas, el honor. Bajo estas condiciones estoy pronto á seguir al señor de Nemours á Amboise, pues cuando menos, no llegaremos como prisioneros á la presencia del vencedor, sino como oprimidos á la presencia de su rey. Gracias señor de Montgomery.

—¿Que teneis aun? le preguntó:

—Estoy pensando en La-Renaudie y en los demas protestantes que deben atacar á Amboise esta noche, contestó Gabriel. ¡Ah! tal vez es ya demasiado tarde para salvarlos; pero al fin, si yo lo intentase.... ¿No debe llegar La-Renaudie por el bosque de Chateau-Regnault?

—Sí, se apresuró á decir Castelnau; y quizás podreis encontrarle y salvarle.

—Lo intentaré á lo menos, añadió Gabriel:

el duque de Nemours creó que me dejará en libertad. Adios, pues; amigo, voy á continuar desempeñando mi papel de conciliador...

—Hasta la vista, dijo Castelnau.

Según lo había previsto Gabriel, el duque de Nemours no se opuso á que abandonara á Noizai y al destacamento de las tropas reales.

El ardiente y decidido jóven pudo salir á galope en dirección del bosque de Chateau-Renault.

Castelnau y los quince jefes que iban con él, siguieron confiados y tranquilos al duque de Nemours á Amboise.

Pero apenas llegaron, fueron reducidos á prisión, donde les dijeron que debían permanecer hasta que todo estuviera tranquilo y ya no hubiese peligro en que se presentasen al rey.

El bosque de Chateau-Renault no distaba por fortuna, más de legua y media de Noizai. Gabriel se dirigió á galope hacia aquel punto; pero después de recorrerlo en todas direcciones por espacio de una hora, no encontró tropa alguna.

Por último, al volver una calle de áboles, le pareció oír el galope de la caballería. Aquellas tropas no podían ser de reformados, pues reían y hablaban libremente; y los hugonotes tanían demasiado interés en ocultar sus marchas para que no guardasen el mas profundo silencio...

—No obstante, Gabriel se lanzó hacia ellos no tardando en descubrirlos.

Adelantóse hasta donde se hallaba el jefe, reconociéndose ambos.

Era este el baron de Pardaillan, un joven oficial con el que había combatido en Italia á las órdenes del duque de Guisa.

—¡El conde de Montgomery! exclamó Pardaillan. —Os creia en Noizai.

—De allá vengo, respondió el conde.

—¿Y qué hay? Marchemos juntos un rato y contadme lo que ha ocurrido.

Gabriel le refirió la repentina llegada del duque de Nemours, la sorpresa del castillo, la intervencion que él mismo había tenido entre ambos partidos, y la sumision pacifica que había resultado.

—Voto á tall, dijo Pardaillan, el señor de Nemours se le ha presentado la ocasion que yo deseo. —Pero sabeis, señor de Montgomery, contra quién marcho en este momento?

—Contra La-Renaudie, ¿no es cierto?

—Precisamente. —Y sabeis qué parentesco me une con La-Renaudie?

—Nuestro primo, segun creo.

—Sí, mi primo, dijo Pardaillan, mas aun, mi amigo, mi companero de armas. —Cuán duro es tener que batirse contra el que contenta, frecuencia se ha batido á nuestro lado!

— ¡Oh! ¡sí! . . . repuso Gabriel. ¿Pero estais seguro de encontrarle?

— ¡Lo estoy! respondió Pardaillan; mis instrucciones son harto precisas; y las noticias de los que le han vendido demasiado ciertas. Mirad, dentro de un cuarto de hora y continuando la marcha por la segunda calle de árboles á la izquierda, debo encontrarme frente á frente de La-Renaudie.

— ¿Y si no os dirigiérais por esa calle? dijo Gabriel respondiendo con trabajo.

— Faltaria al honor y al deber de soldado; contestó Pardaillan. Aunque quisiera hacerlo no podria; pues mis dos oficiales han recibido lo mismo que yo las órdenes del duque de Guisa, y no me consentirian faltar á ellas. No, mi única esperanza es que La-Renaudie consienta en entregarse á mí. ¡Incierta esperanza! porque es orgulloso y valiente, y en campo abierto no puede sorprendérsele como á Castelnau; ademas de que no les seremos superiores en número. En fin, señor de Montgomery, ¿me ayudareis á aconsejarle la paz?

— ¡Ah! dijo Gabriel, haré cuanto esté de mi parte.

— ¡Al diablo esas guerras civiles! exclamó Pardaillan en conclusión.

— Debemos acercarnos. Con qué fuerza me late el corazon!

Los caballeros reales suspendieron la algarza, pero avanzaban cautelosamente.

Apenas habian andado doscientos pasos, cuando á traves de una arboleda muy espesa, les pareció que habian visto brillar armas.

Su duda no duró mucho, pues casi al mismo tiempo una voz fuerte gritó:

—¿Quién va allá?

—Es la voz de La-Renaudie, dijo Pardaillan á Gabriel, y en seguida contestó:

—Valois y Lorena.

En el mismo instante La-Renaudie desembocó á caballo por la calle paralela seguida de su tropa.

Sin embargo, mandó hacer alto á los tuyos, y él se adelantó solo algunos pasos.

Pardaillan, imitándole, gritó tambien á su gente: ¡alto! y se adelantó á su vez seguido solo de Gabriel.

Hubiérase dicho al verlos, que eran dos amigos deseosos de volverse á ver despues de una larga ausencia, mas bien que dos enemigos dispuestos á combatir.

—Ya te habria contestado como deblo, dijo La-Renaudie, á no haber creido reconocer la voz de un amigo.... O mucho me engaño, ó esa visera oculta las facciones de mi querido Pardaillan.

—¡Sí! yo soy, mi pobre La-Renaudie, contestó Pardaillan y si quieres que te dé un consejo de hermano, renuncia á tu empresa.

—Calla! ¿es ese verdaderamente un consejo de hermano? dijo La-Renaudie con cierta ironía.

—Si, señor de La-Renaudie, repuso Gabriel presentándose, el consejo es el de un amigo leal, os lo aseguro. Castelnau se ha entregado al duque de Nemours esta mañana, y si vos no seguís su ejemplo estais perdido.

—¡Ah! ¡ah! señor de Montgommery, añadió La-Renaudie, ¿pertenecéis tambien á esa gente?

—Ni á ellos ni á vosotros, respondió grave y tristemente Gabriel.

—¡Oh! perdonad, señor conde; se apresuró á decir La-Renaudie, conmovido.

—Creedme, pues, entonces, repuso Gabriel, y no arriesgueis un combate inútil y funesto. Deponed las armas.

—¡Imposible! contestó La-Renaudie.

—Sabed, añadió Pardaillan, que nosotros no somos mas que una insignificante vanguardia.

—Y crees tú, respondió el jefe de los reformados, que haya yo empezado con ese puñado de valientes que yes ahí?

—Te advierto, dijo Pardaillan, que tienes traidores en tus filas.

—Al presente se hallan en las vuestras, contestó La-Renaudie.

—Yo me encargo de obtener del duque de Guisa gracia para vos.

—¡Gracia para mí! exclamó La-Renaudie; espero concederlas muy pronto, mas bien que recibirlas.

—¡La-Renaudie! ¡La-Renaudie! tú no querás obligarme á tirar de la espada contra tí, Godofredo, mi antiguo camarada y amigo de la infancia.

—Es preciso, sin embargo, Pardaillan, pues me conoces justamente demasiado bien, para creer que esté dispuesto á cederte el campo.

—Señor de La-Renaudie, gritó Gabriel, os repito que haceis mal....

Al llegar aquí fué interrumpido bruscamente.....

Los caballeros de ambos partidos que se mantenían á cierta distancia mirándose unos á otros, no comprendian aquella extraña conferencia de sus respectivos jefes, y ardian en deseos de venir á las manos.

—¿Qué diablos estarán diciendo que tanto tardan?

—Si creerán, decian los hugonotes por su parte, que hemos venido aquí para estarles viendo hablar de sus negocios?

—¡Esperad! dijo uno de los de la tropa de

La-Renaudie, donde cualquier soldado era jefe, yo sé un medio de abbreviar su conversación.

Y en el momento en que Gabriel tomaba la palabra, disparó un pistoletazo contra la tropa de Pardaillan.

—¡Lo ves! exclamó este dolorosamente, los tuyos han disparado el primer tiro.

—¡Sin órden mía! añadió vivamente La-Renaudie. Pero ya que la casualidad lo ha querido así, ¡cómo ha de ser! ¡Adelante, amigos míos, adelante!

Volvió á reunirse con los suyos, y Pardaillan, para no ser menos, hizo otro tanto y gritó también:

—¡Adelante!

Empezó el fuego.

Gabriel, sin embargo, permaneció inmóvil entre encarnados y blancos, entre reales y reformados. Ni aun había separado casi su caballo, por lo cual, sufria el fuego de ambas partes.

Desde los primeros tiros le atravesaron las plumas de su casco, y su caballo quedó muerto á sus piés; pero aun permaneció de pie, inmóvil, y como pensativo en medio de aquella terrible refriega.

Habiendo apurado las municiones ambos ejércitos, continuaron el combate con espada en mano.

Gabriel no se movió siquiera en medio del choque de las armas, y sin llevar tampoco una sola vez la mano á la empuñadura de la espada, se contentó con ver los furiosos golpes que menudeaban en derredor suyo, triste y sombrío como hubiera podido estarlo el génio de la Francia entre aquellos franceses enemigos.

Los reformados, inferiores en número y disciplina, comenzaron en seguida á replegarse.

La Renaudie en medio del tumulto, se encontró con Pardaillan.

—¡A mí! le gritó, que muera yo á lo menos á tus manos.

—¡Ah! dijo Pardaillan. ¡El que quede con vida será el mas generoso!

Y se acometieron con denuedo: los golpes que se descargaban resonaban en sus armaduras como los martillos sobre el yunque. La Renaudie daba vueltas alrededor de Pardaillan, que firme sobre la silla, paraba y devolvía los golpes sin cansarse. Dos enemigos á quienes exasperasen la venganza, no se hubieran encarnizado mas.

Al fin La Renaudie hundió su acero en el pecho de Pardaillan.

Oyóse un grito en el mismo instante, pero no fué Pardaillan quien lo lanzó, fué La Renaudie. ....

Dichosamente para el vencedor, no tuvo tiempo ni aun de contemplar su funesta victoria.

Montegny, el paje de Pardaillan, le dispuso un arañazo y le derribó del caballo, herido mortalmente.

La Renaudie, sin embargo, antes de morir tuvo suficientes fuerzas para tender muerto de un manotazo, en el mismo sitio, al paje que acababa de herirle.

Concentróse la pelea en derredor de estos tres cadáveres, más furiosa, más terrible que nunca.

Empero, los hugonotes llevaban, á no dudarlo, la peor parte, y muy en breve, careciendo ya de jefe, fueron derrotados completamente.

La mayor parte quedaron en el campo, algunos cayeron prisioneros, y otros emprendieron la fuga.

Este atroz y sangriento combate, apenas duró diez minutos.

Los caballeros reales se dispusieron á volver á Amboise: colocaron sobre su mismo caballo, para trasportarlos juntos, los cadáveres de Pardaillan y de La Renaudie.

Gabriel, que á pesar de sus deseos, respetado sin duda por las balas de ambos partidos, no recibió siquiera un arañazo, contemplaba tristemente aquellos dos cuerpos, que pocos momentos antes, albergaban los dos corazones más nobles que tal vez había conocido.

—¿Cuál de los dos era el mas valiente? se decía a sí mismo. —¿Cuál de los dos era mayor pérdida para la patria?

Era necesario, sin embargo, que después de la rendicion del castillo de Noizai y la escaramuza debbosque de Chateau-Regnault, quedase todo terminado.

La mayor parte de los conjurados de Nantes, no teniendo conocimiento de los dos descalabros sucesivos de su partido, continuaban marchando hacia Amboise, dispuestos á atacar en aquella noche.

Ya sabemos que, merced á las exactas noticias de Lignieres, estaban preparados en el castillo para su llegada.

El joven rey por lo tanto, no quiso acostarse y disgustado é inquieto, iba y venia de un lado para otro de la desmantelada habitacion, que le habian designado, con paso calenturiento.

Maria Estuardo, el duque de Guisa y el cardenal de Lorena, velaban tambien junto á él.

—Qué noche tan larga! dijo Francisco II. Sufro mucho, mi cabeza es un volcan, y estos insopportables dolores de oídos empiezan de nuevo a atormentarme.

—Pobre señor! exclamó dulcemente Maria. no os agiteis de ese modo.

Maria se afectó y dos torrentes de lágrimas inundaron su hermoso rostro.

—V. M. no deberia afigirse hasta ese punto, dijo el Acuchillado. Ya he tenido la honra de asegurar á V. M. que están tomadas las medidas de tal modo, que la victoria es segura. Yo respondo de V. M. á V. M. mismo, señor.

—¿No hemos empezado bien? añadió el cardenal de Loréna. Castelnau prisionero, La-Renaudie muerto, ¿no son estos buenos auspicios para creer en un feliz éxito?

—¡Buenos auspicios ciertamente! dijo Francisco con un acento lleno de tristeza.

—Mañana todo se habrá concluido, prosiguió el cardenal; los restantes jefes estarán en nuestro poder, y podremos hacer un terrible esclavamiento.—Es preciso un Auto de fé, señor, como dicen en España, exígenlo así la gloria ultrajada de la religion y la seguridad del trono amenazada. En primer lugar, debe morir ese Castelnau; pues aunque el duque de Nemours le ha jurado por sí, que le devolveria la libertad, á nosotros nada nos debe importar eso, porque nada hemos prometido. La-Reaudie se ha librado del suplicio con la muerte: pero ya he dado órden de que mañana al amanecer sea expuesta su cabeza en el puente de Amboise con esta inscripcion: "Jefe de los rebeldes."

—¡Jefe de los rebeldes! replicó el rey; sin embargo, vos mismo decís que no era el verdadero jefe, y que las declaraciones y la correspondencia de los conjurados designan como tal exclusivamente al príncipe de Condé.

—En nombre del cielo, os suplico que no hableis tan alto, señor, le interrumpió el cardenal. Sí, es muy cierto que el príncipe lo ha dirigido todo, aunque no ostensiblemente. Esos par pallotas le llamaban el capitán mudo, y solo debia dar la cara, luego que hubieran conseguido el primer triunfo; pero como esto no ha sucedido, ni se ha declarado, ni se declarará. No le impulsemos, pues, á algún extremo peligroso: no reconoczcamos á las claras esa poderosa cabeza de la revolucion, finjamos que no le tememos, á fin de ponerle en evidencia.

—¡El señor de Condé, no deja de ser por eso el verdadero rebelde! dijo Francisco, cuya joven impaciencia se avenia mal con todas aquellas ficciones gubernamentales, como las llaman despues.

—Sí, señor, contestó el Acuchillado; pero el príncipe, lejos de confesar sus proyectos, los niega completamente. Aparecetemos creerle bajo su palabra. El príncipe ha venido hoy á encerrarse en el castillo, donde es vigilado de la misma manera que él ha estado conspirando,

esto es, indirectamente. Finjamos aceptarle por aliado, lo cual es menos peligroso que tenerle por enemigo, pues al fin, en caso necesario, va á descargar el golpe con nosotros esta noche contra sus cómplices y á asistir mañana á su suplicio. ¿No es esa para él una necesidad mil veces mas dolorosa que para nosotros?

—Ciertamente, dijo el rey; ¿pero lo hará así? ¿y en este caso, puede crecerse que sea culpable?

—Señor, contestó el cardenal, tenemos en nuestro poder, y entregaremos á V. M. todas las pruebas de la complicidad oculta del señor de Condé; pero cuanto mas terminantes són estas pruebas, tanto mas debemos disimular, y siento mucho, por mi parte, haber dejado escapar algunas palabras que si llegaran á su noticia, podrían ofenderle.

—Temeis ofender á un culpable! exclamó Francisco. . . . . ¿Pero qué ruido es ese? ¡Dios mio! ¿Serán tal vez los rebeldes?

—Voy á informarme, dijo el duque de Guisa. Pero antes de pasar al umbral de la puerta se presentó el capitán de arcabuceros, Richelieu, y dijo al rey apresuradamente:

—Perdonad, señor, es el señor de Condé que ha creido oír algunas palabras que perjudican á su honor, y pide con vivas instancias

carse de una vez públicamente en presencia de V. M.

El rey pensaba negarse; pero el duque había hecho una señal, y los arcabuceros abrieron paso al señor de Condé, que entró con la frente erguida.

Seguíanle varios caballeros y canónigos de San Florentino, que el cardenal había transformado aquella noche en soldados con motivo de la defensa, llevando el arcabuz junto al rosa-rio, y el casco bajo la capucha.

—Señor, dignaos perdonar mi atrevimiento, dijo el príncipe de Condé, después de inclinarse ante el rey, justificado tal vez anticipadamente por la audacia de ciertas acusaciones que dirigen mis enemigos en secreto contra mi lealtad, á los cuales deseo obligar á manifestarse á las claras para confundirlos y abofetearlos.

—¿De qué se trata, primo? preguntó el rey con seriedad.

—Hay quien se atreva á decir, señor, contestó el príncipe, que soy el verdadero jefe de los rebeldes, cuya loca e impía tentativa agita en este momento al Estado y contrista á V. M.

—¡Ah! ¿dicen eso? dijo el rey, y quién lo dice?

—He logrado sorprender hace un instante tan odiosas calumnias, señor, en boca de esos reverendos hermanos florentinos.

—¿Y acusais á los que han repetido ó á los que han inventado la ofensa?

—A unos y á otros, principalmente á los investigadores de tan atroz calumnia.

Mirando descaradamente al cardenal de Llorena, quien no podia ocultar detras de su hermano su turbacion.

—¡Bien, primo! contestó el rey, os permitimos confundir la impostura.

—Confundir la impostura, señor? repitió el príncipe. ¿No la confunden mis acciones, mejor que pudieran hacerlo mis palabras? ¿No he venido á este castillo apenas se me ha llamado, á colocarme entre los defensores de V. M?

—Acusad á los impostores! dijo el rey.

—Lo haré, señor, no con palabras, sino con obras. Será preciso, si es que tienen razón, que se acusen á sí propios, que se nombren ellos mismos. Les arrojo públicamente el guante, en presencia de Dios y de mi rey. Que se presente el hombre, cualquiera que sea su clase y condicion, que deseé sostener que soy el autor de la conjuracion! Prometo combatir con él cuando y como quiera, y en el caso de que su clase no correspida á la mia, ofrezco tambien igualarme con él.

Al acabar de hablar el príncipe, arrojó su guante á sus pies. Su mirada se fijó en la del duque de Guisa.

Hubo en seguida un momento de silencio en aquella reunion, donde no habia uno que no le juzgara culpable.

—Apruebo y sostengo en sus palabras al príncipe de Condé, dijo el Acuchillado, teniendo á mucho honor el ser pariente suyo; y me ofrezco por lo tanto á ser su padrino, y á batirme contra todo el que se presente, ayudándole de este modo en tan justa defensa.

Y al decir esto el Acuchillado, paseaba osadamente sobre los que le rodeaban su indagadora mirada.

El príncipe de Condé, por el contrario, no la alzaba del suelo, y se sentia vencido mejor que en un palenque.

—No hay, repitió el duque de Guisa, quien se atreva á levantar el guante?

Nadie se movió efectivamente.

—Primo, dijo Francisco II con melancólica sonrisa; creo que ya estais lavado, segun deseábias, de toda sospecha de felonía.

—Sí, señor, repuso con impudente sencillez el *capitan mudo*, y doy gracias á V. M. por haberme ayudado...

Y volviéndose con algún esfuerzo hacia el Acuchillado, añadió:

—Doy gracias tambien á mi buen aliado y pariente señor de Guisa: y combatiendo á los

rebeldes esta noche, si llega el caso, espero probarle, como á todos igualmente, que no ha hecho mal en tomar mi defensa.

El príncipe de Condé y el duque de Guisa se hicieron mutuamente un cortés y profundo saludo.

En seguida, el príncipe, justificado ya como era debido, y no teniendo nada que hacer allí, se inclinó ante el rey, y salió seguido de los espectadores que le habian acompañado á su entrada.

Solo quedaron en la cámara real los cuatro personajes á quienes aquella extraña comedia habia hecho olvidar por un momento sus esperanzas y temores....

Pero siempre se desprende de esta escena caballeresca, que la política data del siglo XVI... cuando menos.

Despues que salió el príncipe de Condé, ni el rey, ni la reina, ni los dos hermanos de Lorena suscitaron conversacion acerca de lo que acababa de pasar. Parecia que de tácito y comun acuerdo huian de tan peligroso asunto.

Transcurrieron los minutos y luego las horas en aquel triste y sombrío silencio.

Francisco II se llevaba la mano con frecuencia hacia su frente ardorosa, Maria Estuardo, sentada á un lado, miraba tristemente el rostro

pálido y ajado de su jóven esposo, y enjugaba de vez en cuando una lágrima. El cardenal de Lorena tenia toda su atencion en el ruido que se oía en el esterior. Por lo que respecta al Acuchillado, no teniendo que dar ya órden alguna, y necesitando ademas por su destino estar siempre junto al rey, sufria al parecer cruelmente en aquella forzada inaccion.

La noche avanzaba: el relox del castillo, primero, y luego el de San Florentino; dieron sucesivamente las seis y las seis y media. Comenzaba á apuntar el dia, y ningun ruido de ataque, ninguna voz de los centinelas habia turbado el silencio de la noche.

—¡Vamos! dijo el rey alentado, empiezo á creer, señor cardenal, que ese Lignieres ha engañado á vuestra eminencia, ó bien que los hugonotes han cambiado de parecer.

—Lo siento, dijo Carlos de Lorena, porque en último resultado estamos seguros de vencer la rebelion.

—¡Oh! no es de sentir, contestó Francisco, porque solo el combate es derrota para el trono.

Pero aun no habia concluido de hablar el rey, cuando sonaron dos arcabuzazos que era la señal convenida de alarma, y se oyó repetir á los centinelas de la muralla, el grito de:

—¡A las armas! ¡á las armas! ¡á las armas!

—No hay duda, son los enemigos, exclamó el cardenal de Lorena palideciendo á pesar suyo.

El duque de Guisa se levantó casi alegre, y saludando al rey, dijo solamente:

—Señor, hasta dentro de un momento, confiad en mí

Y salió con precipitacion.

Aun se le oía dar órdenes en la antecámara, cuando resonó una segunda descarga.

—Lo veis, señor, dijo el cardenal, quizá para entretenér su miedo hablando: ¿veis como Lignieres tenía buenos informes, y solo se ha equivocado en algunas horas?

Pero el rey no le hacia caso, y mordiéndose los labios de cólera, solo prestaba atención al ruido creciente de la artillería y los mosqueteros.

—¡Apenas puedo creer tanta audacia! murmuraba. ¡Semejante afrenta á la corona!....

—Esto va á concluir vergonzosamente para esos miserables, señor, dijo el cardenal.

—¡Sí, hé! contestó el rey, á juzgar por el estruendo que arman, los reformados deben ser muchos, y no tener gran miedo.

—Todo va á terminarse en breve, añadió Carlos de Lorena.

—No tiene trazas de eso, pues se aproxima el ruido, dijo Francisco, y me parece que el fuego en vez de apagarse se enciende cada vez mas.

—¡Jesus! exclamó María Estuardo asustada, ¿no os estrellarse las balas contra la tapia?

—Me parece, señora..... balbuceó el cardenal. Creo muy bien á V. M.... pero yo no advierto que se aumente el ruido....

Antes de acabar se oyó una terrible explosión.

—He ahí la contestación, le dijo el rey con amarga sonrisa, ya que vuestro pálido y espartado rostro no bastare para contradeciros.

—Ya siento el olor de la pólvora, afadió María. Además escuchad los gritos tumultuosos

—Perfectamente! dijo Francisco. Los reformados sin duda han penetrado ya en la ciudad, y tratan, según presurno, de sitiarnos en regla en nuestro castillo.

—Pero señor, dijo el cardenal temblando, en esta situación no sería mejor que V. M. se retirase á la torre? A lo menos podeis estar seguro de que no se apoderarán de ella.

—Yo, exclamó el rey, ¡yo ocultarme ante mis súbditos! ¡ante herejes! Dejadlos llegar hasta aquí; deseo mucho, señor tío, saber hasta qué punto llevarán su osadía. Ya vereis como nos suplican que cantemos con ellos algunos salmos en francés, y qué convirtámos en un púlpito nuestra capilla de San Florentino.

—Señor, por favor, consultad un poco la prudencia, dijo María.

—No, contestó el rey, aquí les espero; y por mi real nombre, el primero que me falte al respeto debido, verá si esta daga me sirve solo de adorno....

El tiempo pasaba, y las descargas de mosquetería iban siempre en aumento. El pobre cardenal de Lorena no tenía valor ni aun para decir una sola palabra. El joven rey apretaba los puños de cólera.

—¡Cómo! dijo María Estuardo, ¡nadie viene á traernos noticias! es tanto el peligro, que ninguno puede abandonar su puesto un instante!...

—¡Ah! exclamó al fin el rey desesperado, cualquier cosa sería mejor que esta insopportable espera. Pero el medio de saber lo que pasa es el ir yo mismo al sitio de la pelea.

Francisco dió dos ó tres pasos para salir; pero María se puso delante de él.

—Señor, ¿pensais lo que vais á hacer? ¡Es-  
tando enfermo!.... exclamó fuera de sí.

—Ya estoy bueno, dijo el rey. La indignación ha sustituido á mi sufrimiento.

—Esperad, señor, repuso el cardenal; me parece que esta vez el ruido se aleja realmente. Sí, los tiros son más escasos.... ¡Ah! he aquí un paje que trae noticias sin duda.

—Señor, dijo el paje entrando, el duque de Guisa me encarga anunciar á V. M. que los re-

formados han abandonado el campo y están en completa retirada....

—Al fin, ya sabemos algo bueno, interrumpió el rey.

—Tan luego como el señor teniente general no crea indispensable su presencia en la muralla, continuó el paje, vendrá á dar cuenta de todo al rey.

En seguida salió el paje.

Ya lo veis, señor, dijo el cardenal de Lorena triunfante, ¿no habia yo previsto muy bien que todo era una bagatela, que mi ilustre y valiente hermano os daría cuenta muy pronto de esos cantores de salmos?

—¡Oh! buen tio, ¡qué pronto habeis recobrado el valor!....

Mas en aquel instante estalló una segunda explosion mucho mas terrible que la primera.

—¿Qué será aun este ruido? dijo el rey.

—Ciento.... que es particular; añadió el cardenal temblando de nuevo.

Afortunadamente no duró mucho su terror. El capitán de los arcabuceros, Richelieu, acababa de entrar con el rostro negro de pólvora y una espada rota en la mano.

—Señor, dijo al rey Richelieu, los rebeldes están en completa derrota, y escasamente han tenido tiempo para volar un gran barril de pólvora.

vora que tenian preparado al efecto cerca de una de las puertas; pero por fortuna no nos ha causado el menor daño. Los que no han sido muertos ó hecho prisioneros, han retrocedido y parapetádose en una casa del arrabal de Vendomios, en donde seguramente no se nos escapan..... Desde esta ventana puede V. M. mismo ver de qué modo se les trata.

El rey se dirigió apresuradamente á la ventana seguido del cardenal, y á cierta distancia de la reina.

—Sí, en efecto, dijo; ahora son ellos los sitiados. .... ¿Pero qué veo? ¿Qué humo es el que sale de aquella casa?

—Señor, la habrán prendido fuego, respondió el capitán.

—¡Bien! ¡muy bien! exclamó el cardenal; mirad, señor, como saltan por la ventana. Dos.. tres.. cuatro.. ¿oís sus gritos?

—¡Dios mio! ¡pobres gentes! dijo María Estuardo juntando las manos.

—Me parece, añadió el rey, que distingo á la cabeza de los nuestros el penacho y la banda de nuestro primo Condé. ¿Es él, capitán?

—Sí, señor, contestó Richelieu, no se ha separado un momento de nuestras filas, y con espada en mano se ha mantenido al lado del señor de Guisa.

—Ya veis, señor cardenal, dijo Francisco II, que no se ha hecho de rogar.

—Necesariamente, señor, pues el príncipe hubiera arriesgado mucho obrando de otro modo.

—Pero las llamas van en aumento, exclamó María conmovida por el horrible espectáculo que se veía desde la ventana: la casa va á hundirse sobre esos desgraciados.

—Se desploma, dijo el rey.

—¡Viva! ¡todo se acabó! gritó el cardenal.

—¡Ah! apartémonos de aquí, señor, eso horroiza, dijo María llevándose consigo al rey.

—Sí, repuso Francisco, me causan compasión esos desgraciados.

Y se alejó de la ventana, en donde solo quedó el cardenal sumamente complacido.

Pero muy pronto se separó de ella, al oír la voz del duque de Guisa.

El Acuchillado entró tranquilo y arrogante, acompañado del príncipe de Condé, á quien por el contrario costaba sumo trabajo no parecer triste y abatido.

—Señor, todo se ha concluido, dijo el duque de Guisa al rey, y los rebeldes han encontrado el castigo que merecian. Doy mil gracias á Dios por haber libertado á V. M. de tan inminente peligro; pues segun lo he visto ahora, era

mucho mayor de lo que se creyó en el primer momento. Había traidores en nuestras filas.

—¡Es posible! exclamó el cardenal.

—Sí, señor, contestó el Acuchillado, desde el primer ataque fueron segundados los de la reforma por los hombres de armas de La Mott, que han atacado por el flanco: lo cual ha sido causa de que los enemigos fueran un instante dueños de la ciudad.

—Eso es horrible! dijo María estrechándose contra el rey.

—Mucho mas lo habría sido, señora, prosiguió el duque, si los rebeldes hubieran recibido el auxilio, como creían, de un ataque que Chaudie, el hermano del ministro, debía intentar sobre la puerta de Bons-Hommes.

—¿Y se frustró ese ataque? preguntó el rey.

—No llegó á realizarse, señor. El capitán Chaudie se ha retardado, á Dios gracias, y cuando llegue será únicamente para ver destrozados á sus amigos. ¡Que ataque ahora si le place! Pero á fin de que reflexione bien lo que debe hacer, he mandado colgar veinte ó treinta de sus cómplices en lo alto de las almenas de Amboise. Creo que semejante espectáculo le servirá de advertencia.

—Eso está muy bien pensado, dijo el cardenal de Lorena.

—Gracias, tío, dijo el rey al Acuchillado; pero como la protección divina se ha manifestado claramente en esta ocasión, vamos lo primero á la capilla á dar gracias al Todopoderoso.

—En seguida, añadió el cardenal, dar las órdenes para el castigo de los culpables que hayan de sobrevivir. Señor, V. M. asistirá á la ejecución, igualmente que S. M. la reina madre, ¿no es cierto?

—Mas . . . . eso ha de ser indispensable, dijo el rey dirigiéndose hacia la puerta, y visiblemente contrariado.

—Señor, es indispensable, insistió el cardenal siguiendo al rey, Francisco I y vuestro ilustre padre, señor, jamás dejaron de asistir á la quema de los herejes. Por lo que respecta al rey de España, señor . . . .

—Los demás reyes obran como les parece, dijo Francisco I sin dejar de andar, y yo haré lo que me plazca.



## CONCLUSION.

SOMETIDOS los conjurados á la autoridad real, y encargado su funesto proceso al parlamento de París y al canciller Olivier, demas estará decir la suerte que se les reservaba, no obstante que entre los papeles cogidos á La-Renaudie había una protesta "de no atentar de modo alguno contra la majestad del Rey, ni contra los príncipes de la sangre, ni contra el estado." En efecto, gracias al frenético y nada cristiano celo del cardenal de Lorena, fueron ahorcados en Amboise varios autores subalternos de la rebellion, que, como gente por otra parte de poca importancia, no merecieron los honores y gastos de la justicia, que solo debian dividirse entre las personas de cierta clase y nombradía. Estos en número de 27 barones, 11 condes y 7

marqueses, que con algun otro mas formaban un total de 50 nobles, jefes de los reformados, perecieron en un solemne Auto de fé que se fijó para el 15 de Abril, es decir, apenas pasadas tres semanas de la primera ejecucion.

A la una del dia, y cuando ya solo quedaban por ajusticiar doce infanzones que eran los principales jefes, se presentó el rey Francisco II que, no pálido, sino lívido, concurria con supremo desagrado á tan funesta ejecucion, y colocándose en una elegante y suntuosa tribuna que para la familia real estaba reservada, acompañado de María Estuardo, de la reina madre, del príncipe de Condé y otros, vió rodar las cabezas de aquellos desgraciados, sin que ni las súplicas de Gabriel de Montgommery, ni las instancias del duque de Nemours, ni los gritos de ¡perdon! del pueblo, y ni aun la misma voluntad del rey, lograsen salvar la vida al jóven y valiente Castelnau de Chalosses, merced á una nueva y exquisita maldad del cardenal de Lorena.

La salud del rey, con este motivo se empeoró mas y mas, teniendo que hacer cama en Orleans á donde se había trasladado la corte. Entretanto seguian las intrigas palaciegas con mas vigor de parte de Catalina de Médicis y Carlos de Lorena, si bien luchando respectivamente por intereses diversos. De sus resultas fué arrestado en

Orleans Antonio de Navarra, apenas acababa de llegar para asistir á los estados generales, y reducido á prision el príncipe de Condé su hermano, con quienes habia formado alianza secretamente la reina madre, y cuya sentencia de muerte se habia dictado por inspiracion de los Guisas, para que muerto Francisco II, como esperaban, desterrada á Florencia Catalina de Médicis y dueños aquellos de la situacion por este medio, pudieran hacerse reyes con el auxilio de dichos estados generales, en que contaban con una mayoría adicta y sumisa.

En tal situacion murió el rey á los 17 años de su edad, sin que ni las lágrimas de María Estuardo, ni sus oraciones continuas, ni sus cuidados exquisitos, ni la presteza con que por medio de Gabriel de Montgommery hizo venir á Ambrosio Paré, quien se ofreció á salvarlo, lograsen alargar una vida que tan cara era á aquella tierna y aflijida esposa. La vengativa y feroz Catalina de Médicis, Montmorency, el nuevo canciller Hopital, Antonio de Navarra y el príncipe de Condé su hermano, fueron los que impidiendo al ilustre cirujano la operacion del trépano que intentaba hacerle, dieron una muerte segura al desdichado rey, arrebatoando así el poder á los de Lorena, que buscaban ya nuevos medios para minar-

c. Con este motivo la inconsolable María Estuardo partió de Francia para su reinado de Escocia, donde la implacable Inglaterra, ese verdugo de todo lo grande de Francia, exterminó en ella la gracia, como había exterminado ya la inspiración en Juana de Arco, y como debía exterminar el genio en Napoleón.

Gabriel de Motgomery, que había llorado con ella la muerte del rey, y la había igualmente acompañado hasta el mismo pueblo de Calais donde la reina debía embarcarse, sin ser conocido de la comitiva, embozado en su capa y con el sombrero hasta los ojos, se presentó ante ella en aquel momento, y ofreciéndole afectuosamente sus respetos, partió para San Quintín, llamado por Diana de Castro, á donde llegó el 16 de Agosto, dia siguiente al de la marcha de María Estuardo.

Encontró en la puerta á Juan Pequoy que lo aguardaba, quien le manifestó que el dia anterior había Diana pronunciado los votos eternos que la hacían religiosa para toda su vida, bajo el nombre de Sor Bendita. Absorto Gabriel marchó al convento de Benedictinas con Pequoy, é introducido en el locutorio, vió con el mayor dolor la verdad de cuanto había escuchado, y con despecho la presencia de la señora de Poitiers que hacia compañía á su hija.

Allí manifestó aquella, con su infernal sangre fria, que Diana de Castro no era hermana de Gabriel de Montgommery, sino hija de Enrique II, á quien tan desgraciadamente hirió el conde en un fatal torneo. Presentó en comprobacion á Gabriel una carta de su padre escrita á Diana de Poitiers pocos dias antes de morir, en que se quejaba de sus rigores, pero se resignaba pensando en que pronto seria su esposa.

Hablóle de Babette, quien le había hecho recientemente padre de un robusto niño, de su hermano Pedro, de Martin Guerra y de la Beltrana; pero abismado Cabriel en su dolor, no comprendió, ó por mejor decir, no oyó sino muy imperfectamente aquella alegre narracion.

Despidiéndose de Peuquoy, montó á caballo y se lanzó al galope. Cuando llegó á París, como si la suerte lo hubiera querido abrumar con todas sus desgracias á la vez, halló muerta á su buena nodriza Aloisa, despues de una corta enfermedad, sin haber tenido la infeliz el consuelo de volverlo á yer. Allí ofreció al almirante Colligny á favor de la causa de los reformados no solo sus ideas, sino su espada, y la historia del conde á partir desde este momento fué, pues, la de las guerras religiosas, que ensangrentaron el reinado de Carlos IX.

Gabriel de Montgommery hizo un papel ter-

rible en estas guerras, y solo oír pronunciar su nombre hacia palidecer á Catalina de Médicis.

Cuando Rouen y toda la Normandía se declararon abiertamente en favor de los hugonotes, Gabriel fué designado como el principal autor del levantamiento de una provincia entera. Se halló en la batalla de Dreux, donde hizo prodigios de valor, hiriendo mortalmente de un pistoletazo al condestable de Montmorency. Sometió al Bearn, después de otras acciones, á la ley de la reina de Navarra, haciendo reconocer al príncipe de Bearn, como generalísimo de los hugonotes. Marchó con Lanoue á la Rochela, cuya ciudad sostuvo nueve asaltos y costó 40,000 hombres al ejército real, la cual conservó su libertad por medio de una capitulación y el conde logró salir sano y salvo. Penetró después en Sancerre, cuyas únicas armas consistían en unos palos forrados cubiertos de hierro, resistió cuatro meses á un cuerpo de mas de 6,000 hombres. Por último, lo mismo que en la Rochela, obtuvieron por medio de capitulación la libertad de conciencia y seguridad de personas.

Catalina de Médicis veía cada vez con mas furor, que siempre se le escapaba de las manos su antiguo enemigo.

Montgomery salió de Poitou donde ardía el

fuego de la insurrecion, y volvió á inflamar los ánimos á la Normandía que ya se iba pacificando.

Habiendo marchado desde San Ló, tomó en tres dias á Carentag y dejó completamente sin amisiones á Valognes. Toda la nobleza normanda fué á alistarse bajo sus banderas.

Catalina de Médicis y el rey levantaron al momento tres ejércitos, e hicieron publicar en Percha y Mans el llamamiento de toda la nobleza, nombrando jefe de las tropas reales al duque de Matignon. Montgomery no combatió en esta ocasión; perdido entre las filas de sus religionarios, hacia frente directa y personalmente á Carlos IX, y como éste disponía de un ejército.

En seguida combinó un plan admirable que debia asegurarle una brillante victoria.

Dejó á Matignon sitiár á Sau Ló con todas sus tropas; abandonó secretamente la ciudad y marchó á Dromfront, á donde debia ir Francisco de Hallet con toda la caballería de Bretaña, de Anjou y del pais de Caux. Con estas fuerzas reunidas iba á caer de improviso delante de San Ló, sobre el ejército real, que cogido entre dos fuegos debia ser exterminado.

Empero la traicion venció al invencible; un oficial advirtió á Matignon la secreta marcha

de Montgommery, que de San Ló dejó encargado el sitio á uno de sus capitanes, y acudió á Dromfront con dos regimientos, seiscientos caballos y una formidable artillería.

Cualquiera otro que no hubiera sido Gabriel, se hubiera rendido sin intentar siquiera una resistencia inútil, pero él, con solo cuarenta hombres, quiso hacer frente á aquél ejército.

Es preciso leer en la historia de Thon la relación de aquel sitio increíble.

Dromfront resistió doce días, durante cuyo tiempo hizo el conde de Montgommery siete salidas desesperadas. En fin, cuando los medio destrozados maros de la ciudad fueron, por decirlo así, entregados al enemigo, Gabriel se retiró para seguir combatiendo, á la torre llamada de Guillermo de Belleme.

Solo tenía ya consigo treinta hombres.

Matignon envió para dar el asalto cien infantes armados, de relucientes corazas, setecientos mosqueteros, cien lanceros y una batería de cinco piezas de artillería gruesa.

El ataque duró cinco horas, durante las cuales dispararon seiscientos cañonazos contra el viejo torreón.

Por la tarde solamente quedaban ya á Montgommery diez y seis hombres, pero se resistía aún y pasó toda aquella noche reparando la brecha como un simple trabajador.

Al dia siguiente volvió á empezar el asalto; habiendo recibido Matignon; nuevos refuerzos durante la noche, Gabriel y sus diez y seis compañeros se hallaban rodeados entonces en un viejo torreon por quince mil soldados y diez y ocho piezas de artillería.

No fué, sin embargo, el valor lo que faltó á los sitiadores, sino la pólvora.

Montgomery, para no caer en poder de sus enemigos, quiso atravesarse con su propia espada; pero en aquel momento recibió un parlamentario de Matignon que le juró en nombre de su jefe: "Que si se entregaba, se le concedería la vida y la libertad de retirarse donde quisiera."

Montgomery se rindió bajo la fé de este juramento; pero no debió haber olvidado lo que le sucedió á su valiente amigo Castelnau.

Aquel mismo dia fué enviado cargado de cadenas á París. Catalina de Médicis al fin le tenía en su poder! Era por una traición, es cierto, ¿mas qué le importaba? Acababa de morir Carlos IX, y mientras llegaba Enrique III de Polonia, Catalina era la reina regente á cuyo poder nada se resistía.

Habiendo comparecido Gabriel ante el parlamento, fué condenado á muerte el 26 de Junio de 1574.

Hacia cuatro años que peleaba contra la mujer y dos hijos de Enrique II.

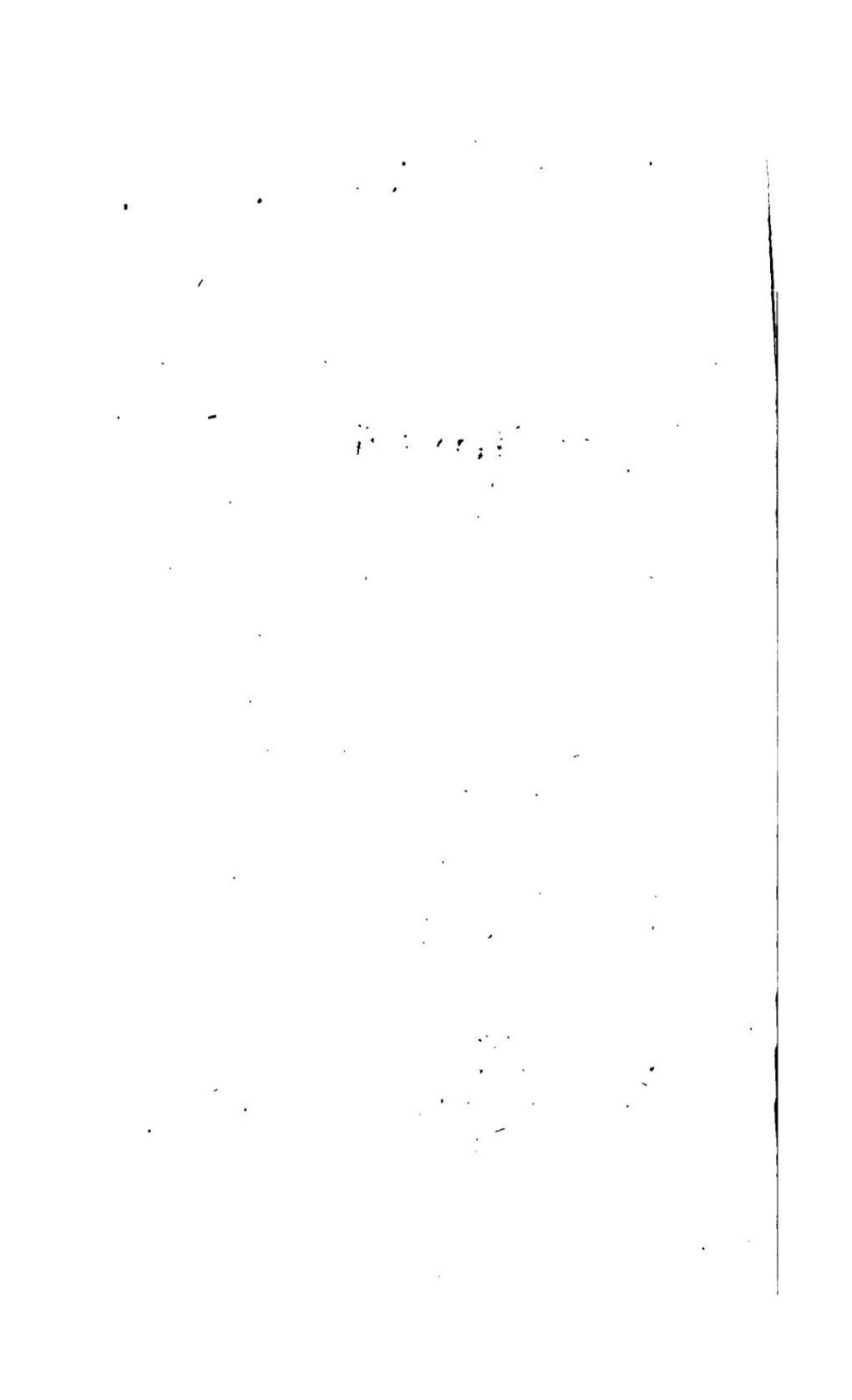
El 27 de Junio el Conde de Montgommery, á quien por un refinamiento de残酷 hadian aplicado el tormento, subió al cadalso, donde despues de cortarle la cabeza fué descuartizado inhumanamente.

Catalina de Médicis asistió al acto.

Así acabó este hombre extraordinario, una de las almas mas nobles y valientes del siglo XVI. Jamás figuró sino en segundo término, pero se mostró siempre digno de ocupar el primero...

Diana de Castro no tuvo noticias de esta muerte. Sor Bendita había fallecido el año anterior, siendo abadesa de las Benedictinas de San Quintin.

FIN.



## LETRILLA.

---

¿A qué se reduce en suma  
Lo que aquí escribiendo estoy?  
A que compré plumas hoy  
Y estoy probando una pluma.

Que le diga Don José  
A Guadalupita hermosa,  
Te quiero y serás mi esposa;  
Y aunque el viejo no te dé  
Ni tu dote ni otra cosa  
Con tu amor me iré á una aldea,  
“Para el tonto que lo crea.”

Que me diga un jugador,  
Présteme usted Don Julian,  
Que segun las cartas van  
Me hago del monte, señor,  
Y mañana le doy doble  
Por lo que hoy me franquea,  
“Para el tonto que lo crea.”

Que al ver ese pié divino,  
Y tu talle delicado,  
Y tu dominó ajustado  
Y tu mirar peregrino,  
Me respondas con desden,  
“Te engañaste, soy muy fea.”  
“Para el tonto que te crea.”

Que un crítico literato  
Venga á contarnos mil bolas,  
Y á decir que “en mil trescientos  
Se usaban ya las pistolas.”  
—¡Pistolas! ja . . . ja . . . qué rato;  
—Mírello aquí impreso . . . . lea.  
—“Para el tonto que lo crea.”

Que me nieguen que es peluca  
Lo que lleva Doña Ines,  
Y el mirriñaque, y los dientes  
Que todo postizo es:  
Y que por de veinte pase  
La que al hablar ya chochea,  
“Para el tonto que la crea.”

Que me diga á mí Manuel  
Que nunca quiso á Panchita  
Cuando es ella tan bonita  
Y tan calevera él,  
Y que bailando los dos  
El no esté hecho una jalea,  
“Para el tonto que lo crea.”

Que me diga un vejestorio,  
"Por la Virgen, Doña Juana,  
"No vaya usted una noche  
"Al teatro de Santa-Anna,  
"Se cae; no vaya usted,  
"Pues dicen que se menea;"  
"Para el tonto que lo crea."

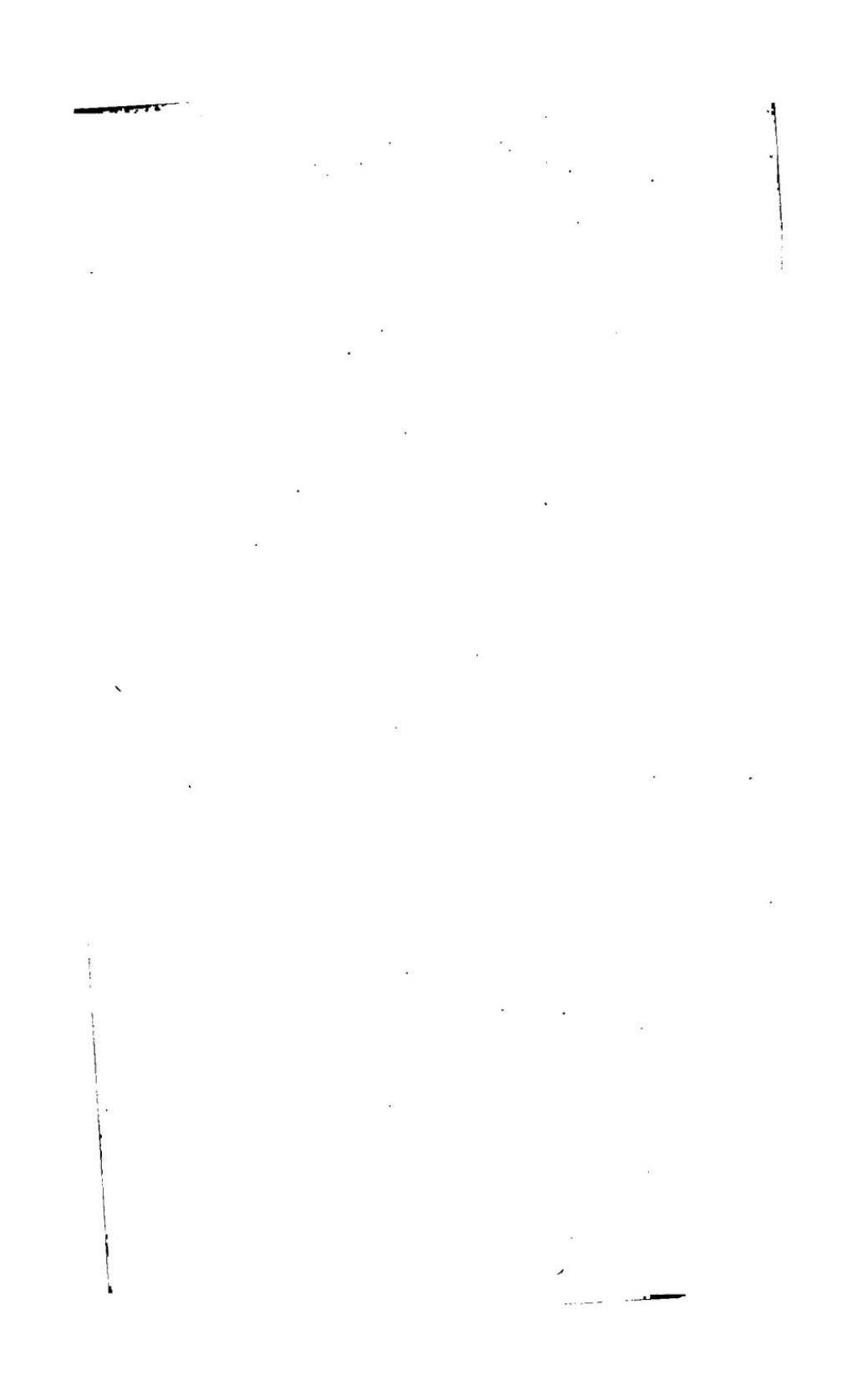
Que con sueldo tan escaso  
Ponga un coche un empleado,  
Y su mujer gaste lujo,  
Y él nunca vaya á su lado,  
Y que tanta seda y blonda  
Solo del empleo sea,  
"Para el tonto que lo crea."

Que los que mil saltos daban  
Y manotadas y gritos  
En el baile de Vergara,  
No estaban ya *fosforitos*,  
No... nada... si no bebimos,  
Es alegría.... Marea,  
"Para el tonto que lo crea."

Porque es usted marchantica  
[Me dice ayer José]  
Le daré el gros; Lucianica,  
Pierdo dinero, crea usted,  
Pero á nadie se lo diga,  
Solo á usted.... porque usted vea;  
"Para el tonto que lo crea."

¡Ah! cuando veas, lector,  
Tanto disparate escrito,  
Cuál levantarás el grito  
Contra tan mal rimador  
Y maldecirás mi musa,  
¿No es verdad? Sea cual sea,  
O dirás con compasion.....  
No es mala composicion.....  
“Para el tonto que lo crea.”

UNA MEJICANA.



**14 DAY USE  
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED  
LOAN DEPT.**

This book is due on the last date stamped below, or  
on the date to which renewed.  
Renewed books are subject to immediate recall.

**FEB 4 1967 29**

**RECEIVED**

**JAN 31 '67 -9 AM**

**LOAN DEPT.**

**MAY 2 1969 3 8**

**RECEIVED**

**APR 22 '69 1 PM**

**LOAN DEPT.**

YC177857



